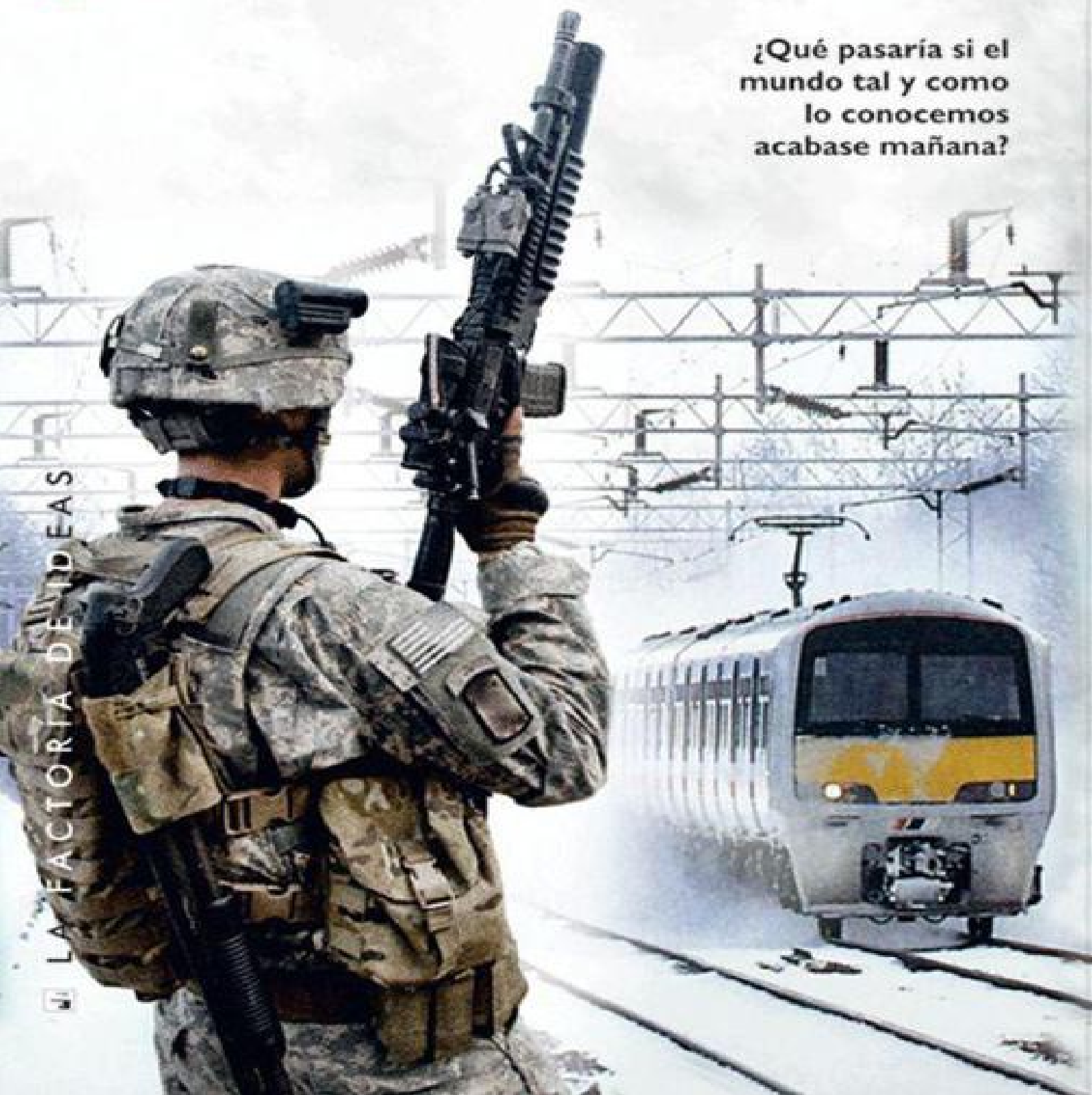


# SUPERVIVIENTES

JAMES WESLEY RAWLES

¿Qué pasaría si el mundo tal y como lo conocemos acabase mañana?



# Supervivientes

James Wesley Rawles



Título original: *Survivors*

Primera edición

© 2011 James Wesley Rawles

Ilustración de cubierta: Alonso Esteban

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2014, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 9788490182741

Libros publicados de James Wesley Rawles

1. Patriotas

2. Supervivientes

Próximamente:

### 3. *Founders*

#### Descargo de responsabilidades

Todos los derechos reservados. La copia y la difusión no autorizada de esta edición, total o parcialmente, mediante cualquier medio (incluyendo fotocopias, internet y boletines electrónicos, entre otros) serán castigadas con todo el peso de la ley.

Esta es una obra de ficción. Todos los sucesos que se refieren en ella son imaginarios. La mayoría de los personajes son ficticios. Algunos individuos auténticos han consentido que se utilizaran sus nombres. Con la excepción de estos, todo parecido con personas vivas es una coincidencia.

Seguramente la fabricación y/o la tenencia de algunos de los dispositivos y fórmulas que se describen en esta novela son ilegales en algunas jurisdicciones. Hasta la posesión de los componentes no combinados puede constituir intención de cometer un delito. ¡Consulte las leyes locales y estatales! Si fabrica alguno de estos dispositivos y/o fórmulas, será el único responsable de la tenencia y el uso de las mismas, así como de sus propios errores y/o descuidos. Esta información solo tiene fines educativos y contribuye al realismo de una obra de ficción.

Esta novela no constituye consejo legal de ninguna clase. Consulte a un abogado o sociedad jurídica si tiene dudas legales. Los detalles médicos que se refieren en la novela no constituyen recomendación médica alguna. Consulte a un médico o herbolario si tiene dudas de carácter médico. Esta novela tiene como objetivo el entretenimiento y la educación. El autor y el editor no son responsables de las pérdidas ni los daños supuestamente causados de forma directa o indirecta por la información que contiene esta novela.

#### Dramatis personae

**Diego Aguilar:** cocinero, vaquero y capataz.

Nabil Jassim Ali: dependiente afgano.

Jamie Alstoba: residente de Dewey, Arizona; diez años al comienzo de la Escasez.

Arturo Araneta: padre de Blanca Araneta-Doyle.

Kurt Becker: propietario de una tienda de bicicletas en Landstuhl, Alemania.

Comandante Alan Brennan: líder del escuadrón de Ian Doyle.

Chambers Clarke: comercial de pesticidas y fertilizantes de Monsanto.

**Hollan Combs:** edafólogo jubilado y casero en Bradfordsville, Kentucky.

**Clifford Conley:** urbanista en Prescott, Arizona.

**Consuelo Dalgón:** maestra y profesora de español.

**Pablo Dalgón:** marido de Consuelo Dalgón.

**Alex Doyle:** vendedor de armas en Prescott, Arizona y hermano de Ian Doyle.

**Blanca Araneta-Doyle:** esposa hondureña de Ian Doyle.

**Comandante Ian Doyle:** piloto de F-16 de la Fuerza Aérea estadounidense destinado en la base de Luke, Arizona, y hermano de Alex Doyle.

**Linda Doyle:** hija de Ian y Blanca Doyle.

**Larry Echanis:** batallón Stryker S-1, base de operaciones avanzada Lobezero, Afganistán.

**Ben Fielding:** abogado en Muddy Pond, Tennessee.

**Rebecca Fielding:** esposa de Ben Fielding.

**Dan Fong:** compañero de universidad de Ian Doyle.

**Ignacio García:** cabecilla de la banda de delincuentes llamada La Fuerza.

**Charley Gordon:** miembro del Club de Vuelo de Ultraligeros de Phoenix.

**Todd Gray:** compañero de universidad de Ian Doyle y propietario de un rancho/refugio en los alrededores de Bovill, Idaho.

**Pedro Hierro:** criador de caballos en los alrededores de Orange Walk, Belice.

**Dustin Hodges:** ayudante del sheriff del condado de Marion, Kentucky

**Maynard Hutchings:** miembro del consejo de administración de Hardin, Kentucky.

**Peter Ivens:** hostelero en Blair Atholl, Belice.

**Doctor Robert Karvalich («doctor K.»):** viudo y pediatra jubilado.

**Tom «T. K.» Kennedy:** compañero de habitación de Todd Gray en la residencia universitaria.

**Capitán Andrew «Andy» Laine:** oficial del cuerpo de artillería. Señal de llamada de radio: «K5CLA».

**Grace Laine:** hija de Lars y Lisbeth Laine, apodada «Anelli»; seis años al comienzo de la Escasez.

**Comandante Lars Laine:** veterano del ejército estadounidense recientemente discapacitado. Señal de llamada de radio: «K5CLB».

**Lisbeth «Beth» Laine:** esposa de Lars Laine.

**Joseph Lejeune:** capitán del barco de pesca Beau Temps, amarrado en Boulogne-sur-Mer, Francia.

**Ricardo López:** cubano, ingeniero de procesos petroquímicos en la refinería de Bloomfield.

**Michael Lyon:** agente del Departamento de Policía del condado de Kent, Inglaterra.

**L. Roy Martin:** dueño de la refinería de Bloomfield. Apodado «El Rey» por sus empleados hispanohablantes.

**Phil McReady:** director de planta de la refinería de Bloomfield.

**Darci Mora:** enfermera profesional jubilada en Dangriga, Belice.

**Gabriel Mora:** leñador jubilado y marido de Darci Mora.

**Ted Nielsen:** banquero en Prescott, Arizona, y antiguo ingeniero eléctrico.

**Coronel Ed Olds:** comandante del batallón Stryker.

**Arsène Paquet:** práctico del puerto de Calais, Francia.

**Matthew Phelps:** huérfano; dieciséis años al comienzo de la Escasez.

**Reuben Phelps:** huérfano; dieciséis años al comienzo de la Escasez.

**Shadrach «Shad» Phelps:** huérfano; diecisiete años al comienzo de la Escasez.

**Teniente primero Bryson Pitcher:** oficial de enlace de Inteligencia de la Fuerza Aérea en la embajada norteamericana en Tegucigalpa, Honduras.

**Jerome Randall:** director adjunto de un establecimiento de neumáticos.

**Sheila Randall:** contable a media jornada y esposa de Jerome Randall.

**Tyree Randall:** hijo de Jerome y Sheila Randall; diez años al comienzo de la Escasez.

**Kaylee Schmidt:** prometida de Andy Laine. Código de radio: «KL».

**Carston Simms:** administrador de escuela jubilado y dueño del yate Durobrabis, amarrado en Oare Creek, Kent, Inglaterra.

**Donna Simms:** esposa de Carston Simms.

**Alan Taft:** banquero de inversiones.

**Jules Taft:** hijo de Alan y Simone Taft; catorce años al comienzo de la Escasez.

**Simone Taft:** ama de casa y decoradora de interiores a media jornada.

**Yvette Taft:** hija de Alan y Simone Taft; once años al comienzo de la Escasez.

**Yvonne Taft:** hija de Alan y Simone Taft; once años al comienzo de la Escasez.

**Brian Tompkins:** oficial del cuerpo de vehículos blindados del ejército estadounidense.

**Emily Voisin:** abuela («*grandmère*» o «*memère*») de Sheila Randall y bisabuela de Tyree Randall; setenta y seis años al comienzo de la Escasez.

## Nota del autor

Al contrario que la mayoría de las secuelas, la trama de *Supervivientes* se desarrolla al mismo tiempo que los sucesos relatados en mi anterior novela, *Patriotas*, de modo que no hace falta leerla antes (ni después), aunque seguramente la encontrará interesante.



«Las armas están al servicio de todos los hombres y aumentan en la misma medida las capacidades de los buenos y los malos. Como no son autosuficientes, no estamos sometidos a ellas, sino ellas a nosotros: son fieles servidoras de los hombres buenos. Sin armas, el hombre se encuentra empequeñecido y disminuyen las ocasiones de que alcance su destino. Un hombre desarmado solo puede escapar de sus enemigos y no se derrota a los enemigos huyendo de ellos».

—Coronel Jeff Cooper

Base de operaciones Lobezno, equipo de trabajo Duque, provincia de Zabul, Afganistán

Octubre, año uno

Andy se despertó con el sonido de los morteros. A lo largo de los meses que había estado destinado en Afganistán había aprendido la diferencia entre el sonido de los morteros salientes y entrantes, así como de otras piezas de artillería. Aquellos morteros estaban lejos, de modo que sabía que no se trataba de fuego amigo. Andy se había puesto el uniforme de camuflaje de la operación Libertad Duradera<sup>1</sup> y el chaleco antibalas<sup>2</sup> y estaba asiendo el casco y el fusil M4 cuando se accionó la sirena de alarma. Salió corriendo del cubículo<sup>3</sup> en el que estaba instalado y se arrojó hacia la entrada de un refugio cercano, al otro lado de una barricada de sacos de arena. Al cabo de unos instantes los dos tenientes del cubículo contiguo entraron atropelladamente. Uno de ellos inspeccionó el suelo y las paredes del refugio con una linterna en busca de escorpiones. Encontró uno y lo aplastó sin hacer ningún comentario.

Las andanadas de mortero se acercaban con sucesiones de fuertes detonaciones que estremecían el terreno. Hubo una veintena de impactos en un lapso de diez segundos. Los fogonazos de las explosiones se reflejaban en el muro opuesto a la puerta. La andanada más cercana impactó a unos cien metros, lo suficiente para que sintieran las ondas de choque.

Andy Laine musitó una oración mientras se acercaban las andanadas. Sabía que solo corría peligro si sufría un impacto directo, pero estaba nervioso de todas formas, porque apenas le quedaba un mes sobre el terreno.

—Creo que eso ha sido todo, señor —comentó secamente uno de los tenientes.

Laine asintió.

—Seguramente tienes razón. No ha sido más que otro ataque de guerrilla.

Al otro extremo de la base de operaciones avanzada<sup>4</sup> se oían las órdenes que repetían los muchachos de artillería, seguidas de las roncadas explosiones de los morteros salientes. Parecían grandes morteros de cuatro coma dos pulgadas. Solo hubo tres detonaciones. El equipo de radar de la contrabatería había determinado la posición de los insurgentes y estaba devolviendo el fuego con una rapidez asombrosa, menos de un minuto después de que hubieran impactado las andanadas del enemigo, con

una precisión considerable. No era de extrañar que los duelos de mortero con los yihadistas hubieran disminuido a lo largo de los meses anteriores.

Mientras esperaban que la sirena anunciara que había pasado el peligro, Andy se reclinó contra la barricada de sacos de arena y estiró los músculos de las pantorrillas, debido a la costumbre más que al entumecimiento. Medía un metro ochenta y ocho de estatura, tenía un físico atlético, apenas pesaba ochenta kilos y se enorgullecía de su agilidad. Cuando se entrenaba con las unidades de la guarnición, casi siempre se hallaba entre los más rápidos.

A la mañana siguiente, junto con una docena de compañeros de la base, Laine inspeccionó boquiabierto el daño que habían causado los morteros. No era demasiado. Una andanada había desportillado una esquina de uno de los cubículos y otra había hecho docenas de orificios en una tienda de campaña; el más grande de ellos medía apenas siete centímetros y medio. El resto de los impactos no habían surtido efecto alguno, dejando marcas negras en el terreno y metralla diseminada. Algunos de los recién llegados a la base de operaciones se fotografiaron delante del cubículo afectado.

—¿Y qué? Vaya cosa —masculló Andy mientras se dirigía a los cuarteles de la compañía.

Andrew Laine tenía treinta y un años y era el típico capitán del ejército norteamericano, delgado y fuerte. Era el segundo servicio que realizaba en Afganistán. Anteriormente había estado en Irak. En este nuevo despliegue lo habían asignado a la «división de apoyo». Aunque formaba parte del cuerpo de artillería, se hallaba destinado en un batallón Stryker, una unidad de infantería equipada con vehículos blindados de transporte de tropas de dieciséis toneladas<sup>5</sup>. Considerando los ingentes requisitos de los destacamentos destinados en Afganistán, no tenía nada de extraordinario que algunos oficiales se vieran apartados de la carrera que habían escogido. «Las necesidades del ejército», era el argumento que se esgrimía cuando se realizaban aquellas asignaciones.

Andy y su hermano mayor Lars habían crecido a la sombra de su difunto padre, Robie Laine, un oficial del ejército que se había jubilado con el rango de coronel. Finlandés de nacimiento, había obtenido la ciudadanía norteamericana al alistarse en el ejército y se había retirado a un humilde rancho de caballos en los alrededores de Bloomfield, Nuevo México. Robie se había criado en una granja y estaba convencido de que debía jubilarse en una. La madre de ambos era norteamericana, aunque tenía una fuerte ascendencia sueca y había muerto de cáncer de mama cuando todavía estaban en el instituto.

Después de la andanada de morteros, Andy tuvo que enfrentarse a una jornada de diez horas encargándose del papeleo del batallón, que se había complicado considerablemente a causa del inminente traslado de la unidad a Alemania. Aquella tarde mantuvo una conversación con Larry Echanis, el S-1 del batallón, el oficial responsable de las tropas. Echanis también era el sparring de artes marciales de Laine desde hacía unos meses. Le había enseñado algunos katas de hwa rang do y Andy había correspondido enseñándole movimientos de artes marciales mixtas.

El batallón (o «escuadrón», en la jerga de los del Stryker) era una avanzadilla del segundo regimiento de caballería Stryker acuartelado en Vilseck, Alemania. El escuadrón que se disponía a relevarlos era una unidad hermana del mismo regimiento, que asimismo formaba parte del equipo de

trabajo Duque. Pero ahora el escuadrón de Andy regresaba a Alemania, obedeciendo a una rotación regular de unidades.

Laine y Echanis habían discutido los sucesos que se estaban desarrollando en los Estados Unidos. En los últimos tiempos el esfuerzo de la guerra se había visto relegado a un segundo plano ante las tumultuosas circunstancias económicas que emanaban de Nueva York y los restantes centros financieros del planeta. Larry Echanis estaba intranquilo, aunque tratara de mostrarse optimista.

—Tú crees que las cosas se calmarán, ¿no? —aventuró.

Laine adoptó una expresión sombría.

—Llegados a este punto, es imposible. El sistema se está desmoronando. El mercado de crédito mundial se ha congelado, la deuda soberana de muchos países se ha disparado y supera al PIB, y los derivados se han derrumbado definitivamente. Estamos jodidos. Creo que dentro de poco estallarán revueltas y empezarán los saqueos.

Echanis se mordió el labio.

—Bueno, a mi familia no le afectará mucho. Casi todos viven en el este de Oregón. ¿Has estado en Ontario, Oregón? Está en mitad de la nada. Habrá disturbios en las ciudades más importantes. Nuestro pueblo está a casi quinientos kilómetros de Portland y a más de quinientos sesenta kilómetros de Seattle, a vuelo de pájaro.

Laine meneó la cabeza.

—Ojalá fuera tan sencillo. Claro que habrá disturbios en las grandes ciudades. Las áreas metropolitanas se convertirán en trampas mortales. Las urbanizaciones serán un poco más seguras. Pero no olvides que actualmente hasta los pueblos pequeños dependen de las largas cadenas de abastecimiento. Cuando se detengan los camiones de dieciocho ruedas, todo el mundo estará jodido. Claro que el campo será más seguro. Pero tienes que advertirle a tu familia que haga acopio de comida. Que se olviden de los dólares y compren comida enlatada cuanto antes.

—¿En serio crees que las cosas empeorarán tanto?

—Me temo que sí —contestó Laine con tono sobrio—. ¿Tu familia vive en un pueblo o en un rancho?

—Antes éramos rancheros. Ahora todos viven en el pueblo. Pero somos de ascendencia vasca, así que todavía sabemos sobrevivir a la antigua usanza. Mi madre siempre cocinaba en una olla. Yo ni siquiera había probado la comida rápida antes de irme a la universidad. La cocina de mi madre no tiene comparación.

—Bueno, con esas aptitudes, y viviendo donde viven, seguramente capearán el temporal sin demasiadas dificultades.

Aquella conversación había dejado intranquilo a Andy, que se proponía abandonar el servicio activo. Ciñéndose el chaleco MOLLE6 mientras dejaba el escritorio que ocupaba en el cuartel del

batación, se volvió hacia Echanis, añadiendo:

—Bueno, cuando las cosas se ponen feas, los tíos duros se van de compras. Cogeré la bolsa de lona del cubículo y me iré al mercado de Haji.

La temperatura era de treinta y dos grados, aunque la sensación térmica era mayor, pues Andy llevaba un chaleco antibalas y el peso de un fusil M4 a las espaldas, así como una radio PRC-148 y un buen número de cartucheras MOLLE. La única concesión que hizo, en aquella zona relativamente segura, fue un gorro en lugar de un casco MICH7.

Cuando llegó ante los guardias apostados en los gaviones HESCO del acceso de la base de operaciones observó los rótulos del escaparate del mercado de Haji, al otro lado de la carretera, que anunciaban: «Los mejores precios», «DVD» y «Ropa a Medida». Cuando franqueó la puerta, el olor del mercado lo golpeó como un martillo. Se trataba de una curiosa amalgama de humo de tabaco turco, incienso, queroseno, sudor y cordero demasiado hecho. Desde luego no olía como la tienda de la base. Aparte de los restos de combustible de avión JP8, que impregnaban todo el recinto, la tienda era idéntica a todos los establecimientos de Norteamérica: casi no olía a nada, era casi antiséptica. En comparación, la tienda de Alí apestaba. Había un antiguo aparato de aire acondicionado italiano rugiendo encima de la puerta, pero no era suficiente. Dentro hacía unos doce grados menos que fuera.

Nabil Jassim se dirigió a Laine con el saludo acostumbrado: «*Salaam, salaam*, señor coronel», enseñándole los dientes torcidos y amarillentos. Se trataba de un pastún fornido y calvo que llamaba «coronel» a todos los norteamericanos, incluso a los soldados rasos. Andy siempre se reía cuando lo oía.

Reparando en la bolsa de lona vacía que Laine se había echado al hombro, Alí soltó una carcajada.

—¿Quiere comprar muchas cosas, señor coronel? —Laine asintió. Alí le indicó que entrara y añadió —: Cierro dentro de un rato, pero por usted estoy dispuesto a retrasarme.

—Siempre tiene las mejores ofertas, señor Alí —contestó Andy con una sonrisa.

—¿Tiene afganis? El dólar americano no es demasiado bueno hoy en día. Ha bajado otro cinco por ciento.

—¿Cinco por ciento en una semana? —exclamó Andy.

—En un día, coronel —lo corrigió Alí con tono serio—. Creo que dentro de poco dejaré de aceptar dinero americano.

—No se preocupe, señor. Tengo un montón de afganis. —De hecho, tenía un abultado fajo en el bolsillo, una mezcla de afganis, dólares y algunos euros. En el fondo sentía el peso de dieciocho monedas de plata de una onza American Eagle en fundas de plástico.

La tienda de Ali ofrecía la típica mercancía que se encontraba en el mercado de Haji. Había cigarrillos, CD y DVD piratas, gafas de sol de diseño de imitación, revistas (sobre todo en árabe), cuchillos chinos baratos, así como imitaciones de herramientas Leatherman, caramelos, pipas de

girasol, refrescos y bebidas isotónicas, cecina, chicle y un surtido de baratijas.

En ese momento había tres reclutas jóvenes del batallón Stryker en el establecimiento. Cuando Laine se topó con ellos en los estrechos pasillos débilmente iluminados lo saludaron murmurando: «¡Listos, señor!». Era el lema extraoficial del batallón recién llegado, aunque Andy estaba acostumbrado a oírlo mucho más alto dentro de la base.

Laine inspeccionó los envoltorios de cecina y escogió los que sabían a teriyaki, acumulando un voluminoso montón en el brazo izquierdo. Los tres reclutas terminaron sus compras; la comida típica de la base: barritas energéticas, bolsas de patatas fritas y latas de Coca-Cola con rótulos en inglés y árabe.

Cuando salieron de la tienda, Laine depositó la cecina en el mostrador y regresó al estante, donde cogió una segunda remesa que dejó en el mismo sitio. Allí sonrió.

—¿Quiere comprarme toda la cecina? —quiso saber.

Laine se rió y contestó:

—No, toda no, pero casi.

A continuación hizo acopio de pilas. Hizo caso omiso de una dudosa marca egipcia, aunque estaba de oferta, y seleccionó una docena de paquetes de cuatro pilas Energizer AA, escogiendo meticulosamente aquellos que caducaban más tarde. Mientras los examinaba, Allí cerró la puerta y le dio la vuelta al letrero de «Abierto».

Laine dejó las pilas en el mostrador en dos montoncitos al lado de la cecina y sus ojos se volvieron hacia la eterna sonrisa de Allí. Al cabo de un rato, preguntó:

—Me han dicho que también vende otros productos más, eh..., inusuales que guarda en la trastienda.

—Señaló la puerta de la trastienda, que entre otras cosas hacía las veces de cocina y dormitorio.

—Señor, no tengo alcohol. Está prohibido.

—No, no. No me refería a eso. He oído que tiene algunos productos más caros, como relojes, sistemas ópticos y pistolas.

La sonrisa de Allí se ensanchó más que de costumbre y asintió.

—Un momento, señor coronel —dijo, y desapareció en la trastienda.

Allí regresó arrastrando una voluminosa maleta y Laine supo que había dado en el blanco. En la base se rumoreaba que allí era donde el dependiente guardaba «lo bueno».

Allí depositó la abultada maleta en el mostrador con cuidado, abrió los cerrojos y le dio la vuelta antes de abrirla, mostrándole un amplio surtido de relojes de pulsera, tanto viejos como nuevos, así como cámaras digitales, cámaras de vídeo, prismáticos, cajas de munición diversa y algunas

cartucheras.

Laine y Alí regatearon durante unos minutos por unos prismáticos compactos Nikon 7 x 30 recubiertos de goma. Al fin establecieron un precio que Andy seguía considerando excesivo, aunque accedió, consciente de que sin duda los precios se habrían doblado en menos de un mes, quizá en apenas unos días.

Laine pagó la cecina, las pilas y los prismáticos. El fajo de afganis menguó considerablemente.

—Veo que tiene munición de nueve milímetros —comentó, observando las cajas de munición—. ¿Tiene pistolas de ese calibre?

Alí frunció el ceño.

—Sí, coronel, sí que las tengo, pero no creo que pueda permitirselas. Los precios se han... ¿Cómo se dice? Disparado. En el caso de una pistola, una buena, estamos hablando de cinco mil dólares americanos.

—¿Y si le pago en monedas *lujain* de plata? ¿*Lujain*?

—¡Ah! *Lujain*! Eso me sirve. En Kabul, la plata ha cerrado a ochenta y tres dólares americanos la onza. A ochenta y un dólares en Londres. —Andy asintió. Era innegable que Alí conocía bien el mercado de la bolsa.

El señor Alí se dio la vuelta, dirigiéndose de nuevo a la trastienda. Laine oyó los sonidos de las cajas que se desplazaban y volvían a apilarse. El dueño del establecimiento regresó enseguida con otra maleta, aún más avejentada que la primera. La depositó sobre el mostrador, abrió los cierres y le mostró el contenido. El capitán Laine exhaló un débil resoplido al verlo. La maleta estaba repleta de pistolas, revólveres, cartucheras y cartuchos.

Andy inspeccionó las armas. Encontró antiguas Tokarev del ejército afgano, algunos vetustos revólveres de apariencia belga o alemana y dos pistolas Helwan egipcias. También había un revólver que despertó sus sospechas de inmediato. Se trataba de una copia pakistaní de un revolver Webley del .38. Al mirarlo con atención comprobó que tenía certificados falsos y el sello erróneo «WELBEY». Estalló en una carcajada.

Al ver la expresión de Andy, el tendero señaló:

—Las pistolas de Peshawar no son muy buenas.

—¡Y que lo diga! —exclamó Andy. No confiaba en sus aptitudes mecánicas y metalúrgicas más que en la ortografía.

Dejando el revólver, Andy reparó en algunos cargadores de plástico de Glock modelo 19, aunque no vio ninguna pistola Glock.

—¿Tiene Glock?

—Lo siento, señor coronel, pero no me quedan. Las Glock se venden enseguida cuando las consigo.

Entonces Andy reparó en una pistola enfundada en una impecable cartuchera que tenía un aire distinto al de las otras. Extrajo el arma y comprobó complacido que se trataba de una SIG P228 de nueve milímetros casi nueva. Era idéntica a las P228 del ejército norteamericano que utilizaban los agentes del CID8, con la excepción de que no ostentaba el sello «Propiedad de los Estados Unidos».

—Esa es la pistola más bonita que tengo. ¿Le gusta?

En cuanto vio la SIG, Andy supo que iba a comprarla. Intuía de alguna manera que se trataba de un momento trascendente. Asintió y dijo:

—Sí, me gusta. —Sabía que era contrario a las normas llevarse armas del teatro de operaciones de la operación Libertad Duradera.

Andy rebuscó en la maleta y encontró seis cargadores de la serie SIG P226: dos de trece balas, tres de quince y uno de veinte. Examinó el arma y los cargadores con atención durante unos minutos. La pistola no tenía marcas de óxido y el acabado de la boca apenas estaba desgastado. Echó hacia atrás el carro y examinó el calibre, sosteniendo una hoja de papel detrás del cañón de tal manera que hiciera las veces de reflectante. Ahuecó la mano sobre la mira trasera, sosteniendo el arma cerca de la cara, y atisbó el fulgor tenue de los indicadores de tritio.

—Once coma dos años de vida media —musitó. Los cargadores eran de auténtica fabricación SIG Sauer, con el característico surco serpenteante en el dorso, y estaban casi nuevos.

»Esto es todo —declaró, depositando la pistola enfundada y cuatro cargadores junto a las adquisiciones anteriores.

—Le vendo la SIG con un cargador por treinta onzas de plata y el resto de los cargadores por una onza cada uno.

Laine meneó la cabeza.

—No, no, no —contestó—. Eso es demasiado. Mi oferta es de ocho onzas y quiero que incluya los cargadores.

—Eso es un insulto a mi familia. ¿Quiere que mis hijos se mueran de hambre y mendiguen en las calles? No soy tonto. Pero a usted, que es un oficial bueno y honrado, le hago un precio de veinte onzas, incluyendo los demás cargadores.

—No, que sean doce.

Alí meneó la cabeza.

—Dieciocho onzas.

—Que no. Quince —replicó Andy.

—Dieciséis —espetó Alí.

—¡Trato hecho! —exclamó Andy con tono firme. Se estrecharon la mano. Andy contó dieciséis monedas American Eagle, que todavía estaban empaquetadas de dos en dos en las fundas de plástico «abatibles». Alí las inspeccionó con atención y extrajo algunas. Parecía satisfecho.

—¿Necesita munición?

—No, gracias, tengo de sobra. Nueve milímetros es el estándar del ejército.

Andy hurgó en las maletas durante algún tiempo y escogió dos portacargadores diseñados para distintas pistolas de dos cañones de diversos calibres, en los que apenas cabían los SIG estándar, aunque le servirían. Cada uno albergaba dos cargadores. La pareja costaba 220 dólares cada vez más devaluados.

Andy llenó la bolsa de lona con las compras, depositando la pistola enfundada en el fondo, y estrechó de nuevo la mano de Alí.

Estaba anocheciendo y la temperatura en la calle había descendido hasta los veintiséis grados. Alí desatancó la puerta y ambos intercambiaron sendos *salaamu alaikum* («vaya en paz») a modo de despedida. Andy se preguntó si habría paz en el futuro cercano.

—No mucha —murmuró, mientras se echaba la bolsa de lona al hombro.

1 En inglés, OCP: *Operation Enduring Freedom camouflage pattern*.

2 IBA: *Interceptor Body Armor*.

3 CHU: *Containerized Housing Unit*.

4 FOB: *Forward Operating Base*.

5 APC: *Armored Personnel Carriers*.

6 *Modular Lightweight Load-carrying Equipment*.

7 *Modular Integrated Communications Helmet*, casco de combate que utilizan habitualmente las tropas estadounidenses.

8 *Criminal Investigation Command*, una sección del ejército norteamericano.



«Los ciudadanos aún no se habían dado cuenta de que había estallado la guerra. A las 13:00 horas, apenas unos minutos después del discurso de Molotov, empezaron a formarse colas, sobre todo ante las tiendas de alimentación. Las mujeres compraban de forma indiscriminada en las *gastronomys*: conservas (aunque no eran del gusto de los rusos), mantequilla, azúcar, manteca, harina, grañones, cerillas y sal. La amarga experiencia de veinte años de gobierno soviético había enseñado a los habitantes de Leningrado lo que debía esperarse en tiempos de crisis, de modo que se abalanzaron sobre las tiendas y compraron todo cuanto pudieron. Aunque preferían los alimentos no perecederos, no eran quisquillosos. Algunos compraron cinco y hasta diez kilos de caviar.

Los clientes de las cajas de ahorros aferraban sus cartillas desgastadas y grasientas y retiraban todos los rublos que les quedaban en las cuentas. Muchos de ellos se dirigieron directamente a las casas de empeños, donde entregaron gruesos fajos de billetes a cambio de anillos de diamantes, relojes de oro, pendientes de esmeraldas, alfombras orientales y samovares metálicos.

Las aglomeraciones que se habían formado frente a las cajas de ahorros se soliviantaron enseguida. Nadie quería esperar. Exigían sus *seichas* de inmediato. Acudieron destacamentos de policía. Los bancos cerraron a las 15:00 horas, cuando se agotaron sus reservas de dinero en efectivo, y no reabrieron hasta el martes (los lunes cerraban igualmente). Para entonces, el gobierno había impuesto un límite de retirada de efectivo de doscientos rublos por persona al mes».

—Harrison E. Salisbury, *Los 900 días: el asedio de Leningrado* (1969)

Farmington, Nuevo México

Octubre, año uno

Mientras Andy Laine estaba en el mercado de Haji en Afganistán, su hermano Lars se encontraba a dieciocho mil kilómetros de distancia, empujando un carrito frente a un establecimiento de Sam's Club, en Farmington, Nuevo México. Eran las 6:52 en Nuevo México; las 17:22 en la provincia de Zabul, Afganistán. Sin embargo, ambos estaban pensando en lo mismo: avituallarse en abundancia cuanto antes. Los hermanos Laine experimentaban la misma sensación de urgencia, conscientes de que la inflación generalizada destruiría el valor de sus ahorros enseguida. Los nuevos comercios constataban que las cosas se estaban desmoronando deprisa, muy deprisa.

Las puertas de la tienda de Sam's Club en Farmington, Nuevo México, estaban a punto de abrirse.

Ante ellas se había formado una nutrida muchedumbre de unos cien clientes impacientes, muchos de los cuales esperaban con sus tarjetas de socio en la mano, detrás de remolques y grandes carros de la compra. Lars Laine se volvió hacia su esposa Lisbeth, que estaba sentada en uno de estos carros con su hija Grace, de seis años. Beth tenía treinta y cuatro años, el cabello castaño rizado y los ojos castaños. Tenía algo de sobrepeso y desde que estaban casados había tratado de conservar la figura. Mientras Grace garabateaba en un libro de colorear, Beth sumaba artículos a una larga lista de la compra. De repente se puso en pie, se inclinó hacia Lars y se dirigió al audífono que este llevaba en el oído bueno.

—Será mejor que vayamos primero a la sección de conservas, cariño —sugirió. Lars asintió.

—A sus órdenes —contestó. Beth sonrió, le dio un beso en la mejilla y volvió a sentarse en el carro, expectante.

Lars examinó a la muchedumbre de los alrededores. A su lado había una mujer madura que estaba mirándole fijamente la mano izquierda. Lars lo odiaba. Le dolía que la gente se fijase tanto en la prótesis de plástico de color carne. Les fascinaba, como si la mano fuese una especie de criatura alienígena que hubiese aterrizado en la Tierra. Le miraban la mano izquierda o el lado izquierdo de la cara, o ambas cosas alternativamente, y se sentía como un monstruo de circo.

La cirugía de reconstrucción a la que se había sometido en el pómulo izquierdo (en la que los médicos habían empleado un fragmento de una costilla) no era perfecta. A veces, quienes no lo conocían, o no lo veían desde hacía muchos años, se acercaban desde la derecha, sonriendo, y cuando se volvía hacia ellos hacían una mueca de repugnancia. «El efecto Cuasimodo», lo llamaba Lars.

Hacia un mes, en una esquina de Durango, Colorado, donde se hallaban las grandes superficies comerciales más cercanas, Lars estaba buscando un frigorífico nuevo cuando un hombre de unos setenta años se le había acercado y le había preguntado sencillamente:

—¿Irak?

—Sí, señor —contestó Lars.

—Yo estuve en ese asuntillo dominicano y serví en Vietnam. Volví a casa sin un rasguño. —El anciano lo miró a los ojos y añadió con tono firme—: Gracias por el servicio que has prestado a este país y el precio que has pagado por ello. Bienvenido a casa. —Le estrechó la mano y se fue. A Laine se le humedecieron los ojos, pero no lloró. Aquel encuentro había compensado muchos de los momentos Cuasimodo.

La puerta corredera se abrió al fin y la muchedumbre entró en tromba. Lars y Beth se dirigieron a la sección de conservas y amontonaron cajas en el carro. Ese fue el primer viaje. Aquella mañana llenaron el carro hasta arriba en tres incursiones sucesivas en la misma tienda.

En los noticiarios habían empezado a referirse a aquella creciente crisis económica como «la Escasez». Los espectadores habían adoptado enseguida este término, que se había sumado al

vocabulario corriente. El gasto del gobierno estaba descontrolado. El mercado de crédito se hallaba sumido en una agitación constante. Mientras tanto, los corralitos y los grandes rescates federales se habían generalizado.

La deuda y el déficit se habían disparado hasta cifras estratosféricas. Un informe de la Oficina de Presupuesto del Congreso había declarado que aunque se abonaran «únicamente los intereses» de la deuda nacional de ese año se necesitaría el 100% de los ingresos fiscales individuales, así como el 100% de los impuestos especiales de las empresas y el 41% de los impuestos de las nóminas de la Seguridad Social. Cuando estalló la Escasez, los intereses de la deuda nacional estaban consumiendo el 96% de los ingresos del gobierno.

La deuda nacional oficial era de más de seis billones de dólares. Sin embargo, la deuda extraoficial, en la que se incluían las obligaciones no subvencionadas «fuera del año fiscal», tales como indemnizaciones, obligaciones a largo plazo y pensiones militares, rebasaba los cincuenta y tres billones de dólares. La deuda aumentaba a razón de nueve mil millones de dólares al día o quince mil dólares al segundo. La deuda nacional oficial se había hinchado hasta el 120% del PIB y estaba generando un interés anual del 18%. El 193% de los ingresos del gobierno federal de ese año se habían obtenido mediante un préstamo.

El presidente se acercaba al término de la legislatura. Sus mayores preocupaciones eran el estancamiento de la economía, el aumento de los intereses y la amenazante inflación. En público hablaba enérgicamente de «la derrota del déficit». En privado, no obstante, admitía que el descenso del déficit se debía al movimiento de crecientes partidas de fondos federales «no incluidos en el presupuesto». Detrás de la cortina de humo y el juego de espejos, el verdadero déficit estaba aumentando. El gasto del gobierno a todos los niveles equivalía al 45% del PIB.

En julio, durante una reunión privada con el recién nombrado presidente de la Reserva Federal, este había señalado que aunque el congreso equilibrara el presupuesto, la deuda nacional seguiría aumentando inexorablemente debido al interés compuesto.

Los banqueros europeos manifestaban abiertamente sus dudas de que el gobierno de los Estados Unidos siguiera resarcando los intereses de aquella floreciente deuda. A mediados de agosto el director del Bundesbank hizo algunos comentarios en privado a un reportero de *The Economist*. Al cabo de unas horas sus palabras recorrieron el mundo entero a través de internet. «El impago a gran escala del Tesoro estadounidense es inminente». El uso de las palabras «inminente» e «impago» en la misma frase hizo que al día siguiente la cotización del dólar se desplomara en el mercado internacional de divisas. Al mismo tiempo se desplomó la venta de letras del Tesoro. Empezando por los japoneses, los bancos centrales extranjeros y las autoridades monetarias internacionales se deshicieron de billones de dólares en letras del Tesoro estadounidense. Ahora nadie quería aquellas arriesgadas letras y bonos. Al cabo de unos días, las obligaciones a largo plazo se vendían a veinte céntimos el dólar.

Los inversores extranjeros liquidaron sus activos en acciones, bonos y letras del Tesoro, casi todas las denominaciones en dólares norteamericanos. Después de algunos débiles intentos de sostenerlo, la mayoría de las naciones de la Unión Europea y Japón anunciaron que no seguirían utilizando el dólar como divisa de reserva.

La Reserva Federal monetizaba tantos de deuda cada vez mayores. Tenían seiscientos ochenta y dos mil millones de dólares en deuda del Tesoro, que se consideraban un activo en la expansión del flujo de efectivo. En apenas unos días se duplicaron las participaciones de la Reserva Federal en la deuda del Tesoro. Las imprentas funcionaban sin descanso, acuñando divisa. Poco después, durante la tercera semana de agosto, la inflación doméstica aumentó hasta el 16%. Ante la consternación del gobierno federal, la economía se negaba a reactivarse. El equilibrio de las cifras del comercio empeoraba de forma inexorable. Los indicadores económicos más destacados declinaron gradualmente hasta que al fin se detuvieron.

Cuando los legisladores de Washington D. C. decidieron recortar los gastos federales ya era demasiado tarde, y comprobaron con disgusto que eran casi intocables. La mayoría de los desembolsos consistían en pagos de intereses y diversas indemnizaciones que la legislación anterior había blindado. Por si fuera poco, según la ley, muchos de estos programas se actualizaban automáticamente en función de la inflación, de modo que los presupuestos federales continuaron aumentando, sobre todo debido a la carga de intereses que soportaba la deuda del gobierno. Cuando las tasas se dispararon, los pagos de intereses crecieron de una forma considerable.

Enseguida se establecieron intereses del 85% para que las letras del Tesoro a seis meses sedujeran a los inversores. El Departamento del Tesoro dejó de subastar obligaciones más largas durante los últimos días de agosto. Con la inflación por las nubes, nadie quería prestarle dinero a largo plazo al tío Sam. Los inquietos inversores norteamericanos desconfiaban cada vez más del gobierno, del mercado de valores y hasta del propio dólar. En septiembre, los pedidos que recibían las fábricas, así como la construcción de nuevas viviendas, descendieron tanto que era imposible calcularlo exactamente. Las corporaciones grandes y pequeñas realizaron despidos masivos. La tasa de desempleo saltó del 12% al 20% en menos de un mes.

El mercado de valores se desplomó a principios de octubre. El mercado alcista se había alargado más años de lo esperado, contraviniendo el ciclo tradicional de los negocios. Muchos habían creído que se encontraban a lomos de una ola imparable. Antes de la Escasez, el Dow Jones vendía con un reclamo de unos dividendos de un 65%, como antes de la explosión de la burbuja informática. El mercado había crecido hasta cotas irreales, alentado por una codicia desaforada. Poco después del colapso del dólar, no obstante, estaba alentado por el miedo.

Al contrario de lo sucedido en quiebras anteriores, en esta ocasión los mercados norteamericanos se desplomaron gradualmente gracias a las medidas de cortafuegos que se habían instaurado tras la depresión de Wall Street de 1987. En lugar de derrumbarse en un solo día, como ocurriera entonces, en esta ocasión hicieron falta hasta diecinueve días para que descendiera siete mil quinientos cincuenta puntos. En comparación, la explosión de la burbuja informática en 2000 y la destrucción del mercado financiero en 2008 eran insignificantes.

Los mercados de valores de Londres y Tokio sufrieron un revés más duro que los norteamericanos. El mercado de Londres cerró cinco días después de que empezara la depresión. El de Tokio, que era todavía más impredecible, cerró al cabo de apenas tres días de descensos sin precedentes. A finales de la segunda semana del derrumbamiento del mercado financiero empezaron los corralitos en los bancos estadounidenses. El silencioso corralito internacional sobre los bancos norteamericanos y el dólar había empezado un mes antes. En todo ese tiempo, los ciudadanos todavía no se habían dado

cuenta de que la fiesta se había terminado.

Los únicos inversores que se beneficiaron de la Escasez fueron aquellos que habían invertido en metales preciosos. El oro se disparó hasta cinco mil cien dólares la onza, al tiempo que los demás metales ascendían en consonancia. Pero incluso estas ganancias no eran más que beneficios ilusorios. Aquellos que cometieron la imprudencia de vender oro y comprar dólares después del aumento de precios lo perdieron todo, porque el valor doméstico del dólar se desmoronó al cabo de unas semanas.

El dólar se había desplomado a causa de las garantías de la Corporación Federal de Seguros de Depósitos. «Todos los depósitos asegurados hasta cien mil dólares», había anunciado. Cuando se aplicaron los corralitos domésticos, el gobierno se vio obligado a tomarles la palabra. La única forma de hacerlo era acuñando grandes cantidades de dinero. Desde 1964, la divisa no contaba con el respaldo de los metales preciosos. Los rumores sugerían, como más adelante confirmaron los noticiarios, que las Casas de la Moneda gubernamentales estaban modificando algunas de sus imprentas calcográficas, de tal manera que las que se habían diseñado para billetes de un dólar ahora imprimían billetes de cincuenta y cien dólares. Aquello despertó la suspicacia del público.

Con la liquidación de grandes cantidades de dólares en el extranjero y las imprentas en funcionamiento día y noche, acuñando divisa por decreto, era inevitable que estallara una hiperinflación. La inflación saltó del 16% al 35% en tres días. Y continuó subiendo a borbotones durante días: 62%, 110% y 315%, hasta un increíble 2100%. El colapso de la divisa recordaba a lo sucedido en Zimbabwe.

El valor del dólar cambiaba a cada hora. Era el tema de conversación más extendido. A medida que se marchitaba en las llamas abrasadoras de la hiperinflación, la gente invertía apresuradamente en automóviles, muebles, electrodomésticos, herramientas, monedas exóticas y toda clase de bienes tangibles. Aquello sobrecalentó la economía, creando una situación semejante a la que se había dado en la República de Weimar en la década de 1920. Con más y más billetes se compraban menos y menos productos.

Con una economía sobrecalentada, era imposible que el gobierno controlase el ascenso de la inflación, a menos que detuviera las imprentas. Pero tampoco podían hacerlo, porque los depositantes seguían acudiendo a los bancos y retirando todos sus ahorros. Los obreros que todavía tenían trabajo habían comprendido enseguida las consecuencias de la inflación masiva, insistiendo en que sus salarios se adecuaran a la inflación diaria. Algunos hasta exigían que les pagaran al término de cada jornada.

La hiperinflación exterminó económicamente a los ciudadanos con ingresos fijos en un lapso de dos semanas. Entre estos se contaban pensionistas, beneficiarios del seguro de desempleo y destinatarios de ayudas sociales. Ahora que las latas de alubias costaban ciento cincuenta dólares, se habían convertido en un artículo de lujo. Las revueltas estallaron poco tiempo después de que la inflación sobrepasara la marca del 1000%. Detroit, Nueva York y Los Ángeles fueron las primeras ciudades donde se produjeron saqueos y revueltas a gran escala. Las sublevaciones se desbordaron enseguida, inundando a la mayoría de las grandes ciudades, como Houston, San Antonio, Chicago, Phoenix, Filadelfia, San José, San Diego, Indianápolis y Memphis.

Cuando el índice Dow Jones descendió mil novecientos puntos, Lars Laine decidió que debían avituallarse. Pero entonces era casi demasiado tarde. Los bidones de gasolina habían volado una semana antes. Los estantes de los supermercados estaban limpios. Cuando no encontraron reservas de pilas en los grandes almacenes, Lars y Beth indagaron en otros lugares. Al fin encontraron algunas olvidadas en un establecimiento de Toys “R” Us. Asimismo dieron con algunos artículos de primeros auxilios, que se estaban agotando rápidamente, al igual que las existencias de las farmacias locales. El inventario de las armerías locales había desaparecido completamente. No se vendía ni una sola pistola, ni una caja de munición.

Por la noche, cuando cerraban las tiendas, Lars y Beth se quedaban despiertos hasta tarde, encargando artículos como pilas, bombillas, coagulante de heridas Celox, tapas de frascos de vidrio y equipo de limpieza de armas a distribuidores de internet y vendedores de eBay. Hicieron muchos pedidos, conscientes de que, debido a las estrecheces del nuevo paradigma del mercado, no recibirían ni la mitad de ellos.

Para su consternación, descubrieron que los vendedores de munición en internet se habían quedado sin municiones ni cargadores extra. Después de una larga búsqueda, Lars consiguió encargar un percutor, un extractor y algunos cargadores de caja para la pareja de rifles Mosin-Nagant M39 de fabricación finlandesa que su hermano y él habían heredado de su padre.

A medida que las tiendas locales se quedaban sin existencias, Lars y Beth encontraban menos cosas a la venta. Beth sugirió que compraran pantalones vaqueros y calcetines con el fin de intercambiarlos más adelante. Sin embargo, comprobaron que los estantes de las tiendas de ropa habían sido diezmados. Conscientes de que el dinero se estaba devaluando rápidamente, recurrieron a focos exteriores con sensores de movimiento, accesorios de fontanería, láminas de madera contrachapada y roscas de dos por cuatro que adquirieron en la ferretería local como futura moneda de cambio. Una semana después, ni siquiera quedaba eso. Era como si se estuviera celebrando una enorme liquidación en todo el país. Todo el mundo quería deshacerse de los dólares en favor de los bienes tangibles. Pero enseguida se constató que había demasiados dólares y apenas artículos tangibles que ofertar. Los precios siguieron subiendo.

Los bancos locales estaban abrumados ante la retirada de dinero y enseguida adoptaron la rutina de agotar el efectivo cada mañana y renovarlo cada noche, cuando los comerciantes locales hacían sus depósitos. El volumen de transacciones se disparaba, pero las cuentas de depósitos menguaban rápidamente, más allá de los niveles reglamentarios. Las colas de clientes que se formaban frente a los bancos cada mañana se convirtieron en objeto de bromas y burlas. El chiste «tienen que acuñar dinero fresco todas las noches» se convirtió en algo cotidiano.

Lars era afortunado porque contaba con un depósito subterráneo de más de mil litros de gasolina en el rancho que estaba casi lleno cuando estalló la crisis económica. Le había puesto un candado, pero temía que alguien intentara robarle el combustible a punta de pistola.

En Bloomfield y Farmington, situadas a escasos kilómetros al oeste, que tenían muchos más habitantes, un buen número de los comercios minoristas que seguían abiertos estaban limpios y los clientes se habían quedado con montones de dólares cada vez más devaluados. La gente estaba tan desesperada por deshacerse de ellos que adquirirían incluso camisetas con el logo de Nuevo México y

## La Escasez

«Si el pueblo americano consiente que la banca privada controle la emisión de divisa mediante la inflación y la deflación, los bancos y las corporaciones medrarán, despojándolo de todas sus posesiones, hasta que un día sus hijos se despierten en la calle, en el mismo continente que ellos conquistaron. Debemos arrebatarnos el derecho de emisión a los bancos y devolvérselo al pueblo, a quien le corresponde legítimamente».

—Thomas Jefferson, fragmento del debate sobre la renovación de la ley bancaria (1809)

Nayaf, Irak.

Dos años antes de la Escasez.

Dolor. Ese era el recuerdo más intenso de los dos últimos años. Todo empezó con un convoy rutinario de cinco Humvees blindados a través del barrio antiguo de Nayaf. Lo último que recordaba del trayecto era que estaba sentado en el sofocante asiento trasero del Humvee, escrutando un mapa y sosteniendo el auricular de una radio SINCGARS9. El capitán Lars Laine estaba colaborando con su homólogo del ejército afgano, discutiendo los emplazamientos de los dos controles aleatorios que se instalarían al día siguiente. El artillero del .50 apostado encima de Laine chilló: «¡Posible artefacto a la izquierda!», advirtiéndoles que había divisado un objeto sospechoso que quizá fuera un artillugio explosivo casero. Entonces vio un fogonazo y oyó una explosión ensordecedora.

Lo siguiente que recordaba era que había despertado en un hospital de campo y estaba tratando de aclararse la vista. Y en cuanto se dio cuenta de dónde estaba volvió a desmayarse.

Se despertó de nuevo veintiocho horas después, a cinco mil kilómetros de distancia, en el Centro Médico Regional de Landstuhl, en Alemania, con la cabeza palpitante.

—¿Pueden darme algo para el dolor? —suplicó de forma casi ininteligible. Recordaba vagamente el rostro del enfermero E-6 que se encontraba junto a la cama y que le había administrado con una nueva dosis de Demerol IV a través de la conexión de fluido intravenoso Luer-Lock.

A continuación le ofreció un poco de agua en una esponja. Mientras absorbía aquellas gotas, Lars se dio cuenta de que no tenía visión en el ojo izquierdo. Al cabo de unas horas descubrió que le habían extraído de la cuenca los restos del ojo izquierdo, sustituyéndolos por goma de nitrilo, relleno de gasa y un tubo de drenaje.

La pérdida del ojo sumió a Lars en una breve depresión. Pero cuando reparó en las heridas que habían sufrido los soldados que lo rodeaban se consideró afortunado. Más adelante le confiaría a Beth: «Al menos camino sobre dos piernas. Cada día en la Tierra es un regalo de Dios».

Lars se apercibió gradualmente del entorno en el que se hallaba. Un enfermero se acercó a la cama y le ofreció un vaso de agua con una pajita, sosteniéndolo mientras Lars bebía torpemente algunos sorbos.

Lars asintió.

—Gracias, ya estoy mucho mejor —dijo.

El enfermero depositó el vaso en la mesilla, al alcance de Lars, comentando:

—Has estado delirando. La primera vez que te ofrecí agua con una esponja intentaste comértela. Ah, y no dejabas de repetir algunas frases, me parece que en pastún o árabe.

—¿Cuáles?

—Las dos que recuerdo eran «Wayne riff attack» y «erf-e-dack». ¿Qué idioma era ese?

Lars reflexionó un instante y contestó:

—Era árabe. Ah, bueno, *wayn rifakak* significa «somos vuestros amigos» e *irfa'a eedak* es una orden. Significa: «¡Arriba las manos!».

—Es un poco raro que utilices las dos en la misma conversación —señaló el enfermero, divertido.

—No tanto. En territorio comanche, donde he pasado los dos últimos años, sucede constantemente, créeme.

Durante la convalecencia en el hospital de Landstuhl le habían explicado el alcance de las lesiones que había sufrido: le habían amputado casi toda la mano izquierda. Además, tenía seis costillas rotas y se había fracturado el brazo izquierdo en tres sitios. Había perdido el ojo izquierdo, así como el pómulo del mismo lado y nueve dientes. Tenía múltiples magulladuras y quemaduras de segundo grado en la cara, el cuello y los brazos. Al cabo de unos días le dijeron que también había sufrido un trauma cerebral «de leve a moderado». Mucho después descubrió que había perdido toda la audición del oído izquierdo y un 60% de la del derecho. Ante aquella noticia dudó que alguna vez se reincorporase al servicio activo y se sumió en otro lapso de depresión.

Al cabo de cuatro días en Landstuhl, lo trasladaron en un C-5 a la base de la fuerza aérea de Andrews. A continuación ingresó en el hospital militar Walter Reed, en Washington D. C. Fue el



vuelo más insoportable de su vida. Le pareció que se alargaba durante días y sufrió un dolor increíble. Lisbeth fue a recibirlo al Walter Reed. Durante los cinco meses siguientes, Grace y ella se alojaron en Silver Spring, Maryland, en la casa de la prima de Lisbeth, y fueron a visitarlo casi todos los días. Lars estuvo cuatro meses ingresado en el Walter Reed, donde se sometió a cirugía de reconstrucción y diversos injertos de piel. Más dolor. Después estuvo otro mes en un hospital satélite, donde le implantaron un audífono y un ojo de cristal. Allí empezó una terapia física más intensa.

Durante la convalecencia en el Walter Reed Lars recibió el Corazón Púrpura, que le clavó en la almohada el vicepresidente, que había acudido a hacerse la foto. Lars causó un gran revuelo cuando el vicepresidente quiso saber cuáles eran sus planes cuando abandonara el ejército y volviese a casa.

—¿A casa? —contestó—. Si puedo hablar libremente, señor, tengo intención de volver a la Gran Caja de Arena y tomar el mando de una compañía de Asuntos Civiles. No soy un cobarde, como algunos de los que están en lo alto de la cadena de mando. La retirada acelerada de esta administración es prematura: está poniendo en peligro a los soldados norteamericanos y los ciudadanos de Afganistán. Ahora, por favor, señor, ¡váyase de mi habitación antes de que diga algo malo de su jefe! —Unos minutos después de que el séquito del vicepresidente hubiera abandonado el hospital, Lars Laine recibió una reprimenda del médico (un O-6), que incluyó una carta de amonestación en su expediente 201.

Por último, fue trasladado al Hospital Fort Sam en Houston, Texas, donde lo sometieron a las restantes operaciones dentales, le implantaron la mano protésica y le otorgaron una medalla al mérito del ejército.

Lars se refería jocosamente a aquella prótesis cargada de muelles como «Señor Presidente», en referencia la película *Teléfono rojo: volamos hacia Moscú*. Odiaba aquella mano. Tenía muy pocas ventajas. Una de ellas era que realizaba trabajos eléctricos sin miedo a electrocutarse. También retiraba sartenes y cazos calientes de los fuegos de la cocina sin usar un trapo. Pero en casi todos los demás aspectos era un obstáculo y una molestia.

A causa de aquella carta de amonestación, no aprobaron la reincorporación de Lars al servicio activo sin limitaciones. De manera que sirvió en la división de apoyo durante un año frustrante, encargándose de las labores de intendencia en Fort Hood, donde pasaba tanto tiempo con los terapeutas físicos y los cirujanos dentales MEDDAC<sup>10</sup> como detrás de un escritorio. Durante todo ese año, Lars se obstinó en someterse al resto de las operaciones dentales y ascender al rango de comandante, con un sueldo de O-4, con el fin de obtener una pensión de invalidez más sustanciosa. El jefe de división de PERSCOM<sup>11</sup> le confió que si lo consideraban para este ascenso solo era gracias a las maniobras políticas de dos de sus antiguos comandantes de brigada, que formaban parte del consejo. Cuando obtuvo el ascenso, Lars dimitió de inmediato.

Cuando le dieron el alta, tenía treinta años y era un «O-4 más seis», un comandante con más de seis años de servicio. Y sufría una depresión. El brazo se había curado y había retomado el régimen acostumbrado de ejercicio: corría tres kilómetros cada dos días y hacía doscientas abdominales en los días alternos. Físicamente, aparte de las lesiones nerviosas que había sufrido en el brazo izquierdo, era casi tan fuerte y rápido como antes de la emboscada. Pero si no hubiera sido por la fe

en Dios y el apoyo de su esposa y su hija, dudaba que hubiera llegado a recobrase mentalmente.

9 *Single Channel Ground and Airbone Radio System*, sistema de comunicaciones de combate del ejército norteamericano y las fuerzas aliadas.

10 *Medical and Dental Activity*.

11 *Personnel Command*.

4

Fujian Tulou

«Dando vueltas y más vueltas en la corriente en expansión,

el halcón no oye al halconero;

todo se desmorona, el centro no se sostiene,

la anarquía se desencadena sobre el mundo,

se desata la marea sanguinolenta y

la ceremonia de la inocencia se ahoga en todas partes.

Los buenos no tienen convicciones

y los malos son vehementes y apasionados.

Sin duda se avecina una revelación;

sin duda se avecina la Segunda Venida.

¡La Segunda Venida! Apenas he dicho estas palabras

cuando una imponente imagen del Spiritus Mundi

aparece ante mis ojos: en alguna parte, en las arenas del desierto,

una figura con cuerpo de león y cabeza de hombre,

mirada imperturbable y despiadada como el sol mismo,

mueve despacio los cuartos traseros, mientras en los alrededores

tiemblan las sombras de las indignadas aves del desierto.

Las tinieblas caen de nuevo, pero ahora sé que

el movimiento de una cuna ha convertido

dos mil años de sueño insensible en una pesadilla.

¿Y qué horrible bestia, ahora que al fin ha llegado su hora,

se arrastra hacia Belén para nacer?».

—William Butler Yeats, *La segunda venida*

Bloomfield, Nuevo México

Año uno

Había sido idea de Lisbeth que la familia se instalara en el rancho a tres kilómetros al este de Bloomfield, Nuevo México, que Lars había heredado de su padre, Robie Laine, un coronel del ejército retirado que había enviudado cuatro años antes de sufrir un inesperado ataque al corazón cuando Lars asistía al curso básico de oficiales de Asuntos Civiles y Andy todavía estaba en el instituto. Desde entonces Tim Rankin, domador de caballos a media jornada y alcohólico a jornada completa, había alquilado el rancho durante varios años. Mientras tanto, los dos hijos de Robie Laine, beneficiarios de un seguro de vida de seiscientos mil dólares, habían terminado sus estudios y habían iniciado una carrera en el ejército.

El rancho se hallaba situado en la región de las Cuatro Esquinas, donde se encuentran las fronteras de los Estados de Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona. Beth confiaba en que las tareas del rancho mantendrían ocupado a Lars y contribuirían a levantarle el ánimo. Las circunstancias demostrarían que mudarse fue la mejor decisión de sus vidas.

La finca de ocho hectáreas descansaba en la ribera meridional del río San Juan. La casa, que estaba algo deteriorada, se había construido en la década de 1960. Además, la finca contaba con un granero resistente, un barracón, un pajar y un taller que se hizo en los años ochenta, así como algunas humildes construcciones anejas. Estaba en la carretera 4990, conocida comúnmente como «la carretera de la refinería», que discurría en paralelo al río San Juan, al este de Bloomfield. Después de la refinería, la serpenteante carretera atravesaba docenas de ranchos y granjas de heno. Lars y Beth se instalaron en el rancho apenas seis meses antes de que estallara la Escasez.

En el octubre siguiente, cuando supo que el índice Dow Jones había descendido dos mil puntos más, Lars dejó de interesarse por las reformas del rancho y resolvió avituallarse ante la catastrófica Segunda Gran Depresión que sin duda se avecinaba. Ambos eran conscientes de que se hallaban, en palabras de Lars, «muy atrasados en la curva de energía», así que hicieron numerosos viajes a los establecimientos locales de Target y Sam's Club.

Para financiar algunas de estas compras, le pidieron a Kaylee Schmidt, la prometida de Andy, que se mudase a su casa y ellos le alquilarían una habitación. Ella era una autónoma que trabajaba desde casa y se encargaba de la organización de las sustituciones docentes en el distrito de San Antonio. Su jefe accedió al traslado, siempre y cuando tuviera teléfono propio. Gracias al servicio telefónico de voz sobre IP, Kaylee contaba con un número ilimitado de llamadas. La transición laboral a Bloomfield fue sobre ruedas, aunque, irónicamente, solo tres semanas después se desactivaron los teléfonos y se desintegró internet en algunas redes autónomas aisladas. Kaylee estaba decidida a casarse con Andy, de modo que Lars y Beth la invitaron a quedarse indefinidamente con ellos, aunque no encontrara trabajo.

La joven era de origen alemán; se había criado en los alrededores de New Braunfels, Texas, y hablaba el dialecto alemán de la región, conocido como «alemán de Texas», aunque no con tanta fluidez como sus padres. Tenía las facciones marcadas, el cabello oscuro y una bonita figura. Cuando estalló la Escasez tenía veinticinco años y acababa de graduarse en Márketing en la Universidad A&M de Texas. Había conocido a Andy durante el último curso, cuando ambos asistían a un concierto cristiano en la iglesia de la Victoria en College Station, Texas. Hasta entonces había salido con algunos miembros del cuerpo de cadetes, pero no había conocido a ningún joven cristiano al que considerase digno del matrimonio. Se enamoraron al instante. Pero desgraciadamente Andy solo estaba disfrutando de una breve estancia en Fort Hood, entre misiones en el extranjero, de modo que estaban condenados a una relación a larga distancia.

Una noche, mientras Lars, Beth y Kaylee estaban reordenando la despensa, dejando espacio a los víveres que habían comprado, Lars comentó:

—Mi padre era un tipo listo. Escogió un pueblo en medio de la nada, con terrenos de cultivo, grandes bolsas de gas natural y hasta algunos pozos de petróleo. En una ocasión me dijo que había elegido Bloomfield porque sería un lugar seguro «cuando llegara la sangre al río». ¿Te acuerdas de todos los boletines económicos de derechas y los eventos del Tea Party<sup>12</sup> a los que estaba suscrito?

—Sí —asintió Beth—, siempre había creído que estaba como una cabra, con eso de que no confiaba en el dinero de papel. Pero tengo que reconocer que al final estaba en lo cierto.

—Bueno, al menos nos aconsejó a Andy y a mí que invirtiéramos en lingotes de oro. Si no hubiera sido por eso, ahora estaríamos en el mismo barco que la mayoría y tendríamos planes de pensiones que se habrían quedado en nada. —Lars se ajustó la tira de velcro de la mano protésica, algo que hacía debido a la fuerza de la costumbre más que a las molestias.

»En fin —continuó—, supongo que las Cuatro Esquinas es el sitio más indicado para capear el temporal. Aquí no llueve ni nieva demasiado, pero aunque se caigan las redes eléctricas principales, seguramente aún tendremos energía, gracias a los generadores locales, y también algunos cultivos. En casi todas las demás regiones del país estarán jodidos, pero aquí tenemos gas natural y petróleo y podemos bombear agua de los ríos y del acuífero. Mi padre escogió este rancho especialmente porque se beneficia de las corrientes de la bolsa del distrito de riego de Hammond. Hasta tuvo la previsión de tirar una línea de agua desde la compuerta de la acequia hasta la casa, por si fallaba la energía. Eso nos da la presión de agua suficiente, aunque la ducha no tenga mucha fuerza.

»Además, hay muchos huertos en los alrededores —insistió—, sobre todo al oeste, río abajo. Los vecinos cultivan manzanas, melocotones, peras, ciruelas, albaricoques, nectarinas y cerezas. Secan las ciruelas y también hacen sidra. Y todo el mundo cosecha heno...

El sonido del teléfono lo interrumpió. Lars lo descolgó bruscamente y contestó de forma automática:

—Laine. —Por la fuerza de la costumbre, sintió que debía añadir—: Esta no es una línea segura. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Eh, soy yo. ¿Cómo estáis? —dijo Andy, con una voz notablemente clara para alguien que se hallaba al otro lado del globo.

—En logística todavía no estamos listos, pero nos estamos dando toda la prisa que podemos —contestó Lars—. Se han agotado muchas cosas. ¿Cómo estás tú?

—Como siempre. Odio mi vida. Odio estar aquí. Odio no estar con Kaylee. La única noticia es que le he comprado un recuerdo a un nativo.

—¿Es bueno?

—Auténtica fabricación suiza. ¿Te acuerdas del... eh... reloj suizo que tenía tu compañero de habitación en la universidad?

—Sí, claro. ¿El que tenía tres marcas de tritio?

—Eso es. Creo que se trata del mismo modelo, aunque este es un poco más pequeño.

—Ah, magnífico, un Hotel Sierra. Me encantan esos... «relojes». —Lars le guiñó un ojo a su esposa, cubrió el auricular del teléfono con la mano y susurró—: ¡Ha comprado una SIG en el mercado local!

En ese momento Kaylee entró en la habitación.

—Mira —continuó Lars—, seguro que quieres hablar con Kaylee, así que no me enrollo más, hermanito: vuelve cuanto antes. Cárgate el siguiente informe de eficiencia si hace falta, ¡pero vuelve! Recuerda, si se caen los teléfonos, seguimos teniendo el contacto de onda corta todos los martes.

—Recibido —contestó Andy—. Seguimos con el programa. La banda de treinta metros mola, ahora que han aumentado las manchas solares.

—De acuerdo, aquí la tienes. —Lars le entregó el teléfono a Kaylee, que esperaba con impaciencia. La pareja conversó animadamente durante veinte minutos hasta que se agotó la tarjeta telefónica de Andy. Cuando Kaylee colgó el teléfono estaba llorando. Beth le dio un abrazo.

—Tienes que tener fe en que volverá antes o después —le aconsejó—. No tengas dudas. Nosotras debemos «confiar y obedecer», como dice el antiguo salmo.

12 Movimiento conservador estadounidense.

## El avispero

«La única función del gobierno consiste en salvaguardar los derechos del hombre; en otras palabras, defenderlo frente a la violencia física. Un gobierno legítimo no es más que un cuerpo de policía, un medio de autodefensa del hombre, y como tal, solo debe recurrir a la fuerza contra quienes la utilizan primero. Las únicas funciones legítimas del gobierno son las siguientes: la policía debe protegernos de los delincuentes; el ejército, de los invasores extranjeros; y los tribunales, salvaguardar nuestras propiedades y contratos frente a los incumplimientos o los fraudes y resolver las disputas aplicando normas racionales, de acuerdo con leyes objetivas».

—John Galt en *La rebelión de Atlas*, de Ayn Rand (1957)

Houston, Texas

Octubre, año uno

Ignacio García había crecido en las calles de Houston, donde se había convertido en un hombre astuto y cauteloso. No tomaba drogas, con la excepción de un poco de marihuana de tanto en tanto. Y tampoco las vendía. Era consciente de que los clientes siempre hablaban y sabía que antes o después acabarían arrestándolo. Los únicos drogadictos con los que estaba en contacto eran aquellos que contrataba para los robos. García se había labrado una reputación de ladrón taimado al que no atrapaban nunca. Tenía un estricto *modus operandi*: se daban los golpes entre las diez de la mañana y los dos de la tarde de lunes a viernes, cuando no había nadie en casa. Eludía los barrios de clase obrera, donde el botín no merecía la pena, así como los más ricos, en los que todas las casas disponían de alarmas antirrobo. Por el contrario, acechaba en los barrios de clase media, donde todavía había cosas dignas de ser robadas y los vecinos no mantenían la guardia alta.

Aunque al principio se había encargado de los robos él mismo, enseguida se había dedicado a organizar y armar a otros equipos que hacían el trabajo sucio. Para acercarse subrepticamente a estas viviendas de clase media, se disfrazaban de fontaneros, limpiadores de alfombras o jardineros. Los vehículos que utilizaban ofrecían un aspecto sumamente convincente. García se encargaba del botín a través de un entramado de casas de empeño, comerciantes de mercadillos y tratantes de monedas que mantenían la boca cerrada. Ordenaba a sus equipos que se concentrasen en las joyas, las armas, las colecciones de monedas, el dinero en efectivo y las cámaras digitales de alta tecnología. No guardaba en casa los objetos robados, sino que alquilaba almacenes a ancianas.

Acabó teniendo casi una docena de sitios en los que escondía la mercancía robada.

García nunca se había asociado con las grandes bandas, aunque había reclutado a algunos miembros de la MS-1313. Su banda, «la banda sin nombre», era muy discreta y García insistía en que sus miembros no se pelearan con otras, argumentando: «Que se peleen y se maten entre ellos mientras nosotros esperamos y nos hacemos ricos».

A veces, los fumetas que contrataba cometían estupideces típicas de drogatas. Hacían caso omiso de las instrucciones explícitas que les daba y se agenciaban televisiones de alta definición con pantalla grande, frascos de medicamentos con receta y electrodomésticos de cocina. En una ocasión, uno de sus hombres le había entregado unas bolsas de plástico con carpas vivas que había robado de un estanque en el patio trasero de una casa en la que no habían conseguido entrar. A veces desechaba algunos de estos artículos o tardaba semanas en deshacerse de ellos.

Tres años antes de que estallara la Escasez, García había comprendido que algunos ciudadanos de clase media alta rara vez bajaban la guardia. Así que adiestró y equipó al equipo de allanamiento con estos objetivos en mente. Seleccionaba a los hombres más serenos y despiadados, a los que confiaba sus mejores armas y objetivos cuidadosamente seleccionados, sobre todo viviendas que se les habían resistido anteriormente. Llamaba a este equipo La Fuerza. La mayoría de los allanamientos se realizaban a mediodía, cuando solía haber un solo adulto en la casa.

Estas incursiones tuvieron un gran éxito. García insistía en que se respetara un estricto límite de tiempo de seis minutos, de manera que La Fuerza nunca se enfrentara cara a cara a la policía. Al cabo de algún tiempo La Fuerza se escindió en dos equipos de seis hombres cada uno. El botín era tan lucrativo que García dejó de valerse de los equipos de ladrones tradicionales y le entregó el mando de la operación a su primo Simón.

García, que se había criado en el segundo barrio de Houston, había amasado tanto dinero con estos robos que adquirió una casa en Greenspoint, en el lado norte, un agradable barrio de las afueras, en el que aproximadamente la mitad de los residentes eran de origen hispano. Trataba de integrarse y les explicaba a sus vecinos que se dedicaba al negocio de la importación y exportación. En cierto sentido, era cierto, aunque exportaba cosas de las casas de los demás y las importaba a la suya.

Cuando estalló la Escasez, la banda de García se componía de dieciséis miembros a tiempo completo. Al desplomarse la economía, García comprendió que debía cambiar de marcha enseguida. Hasta entonces, su objetivo había sido convertir mercancía robada en efectivo. Pero ahora el dinero en efectivo era un artículo perecedero y hasta indeseable. Los bienes materiales eran mucho más valiosos. Y comprendió que cuando se produjeran disturbios, Houston quedaría sitiada y él también correría el riesgo de sufrir asaltos y robos.

Así, arrendó un espacioso almacén en Anahuac, una comunidad blanca de clase media en el lado este de Trinity Bay, en el condado de Chambers, al este de Houston. Asimismo alquiló un apartamento cercano, donde se instalaron su esposa y sus hijos. El almacén tenía tres mil doscientos cincuenta metros cuadrados y dos puertas correderas al fondo. García ordenó a todos sus hombres que transportaran la mercancía más valiosa desde los restantes almacenes hasta este y robaran furgonetas de carga de último modelo y camionetas con cabinas de acampada. No se detuvieron hasta que hubo



diecisiete vehículos estacionados en el almacén.

Empleando como agentes a los integrantes de la banda, García trató entonces de convertir todo el dinero en efectivo posible en bienes tangibles útiles. Les ordenó que comprasen una decena de bidones de combustible para cada camioneta y furgoneta y que instalaran bacas en el techo de todos los vehículos. También compraron garrafas de agua, conservas, hornillos de gas, sacos de dormir, munición, herramientas y comida liofilizada. Compraron o robaron cuatro neumáticos de repuesto con llantas para cada vehículo y los instalaron en las bacas. Al cabo de apenas tres días en el almacén, García le pidió a su primo Simón que se uniese a él y se llevara consigo a sus seis hombres más duros, especificando que fueran solteros.

García discutió con detalle sus opciones con Tony, su mano derecha, que tenía tres años de experiencia en artillería y había servido en Irak hasta que se sometió a un juicio disciplinario y se licenció sin honores. Tony sugirió que instalaran radios de banda ciudadana en todos los vehículos y compraran todas las latas y aerosoles de pintura de camuflaje que encontrasen. Era un excelente estratega.

Lo tenían todo casi listo en el almacén cuando se recrudecieron los disturbios. García ordenó a todos sus hombres y sus familias que se acostumbraran a dormir (acampando, básicamente) en los vehículos estacionados en el almacén. Al principio hubo algunas quejas, pero cuando Houston fue pasto de las llamas le dieron las gracias por entrenarlos y rescatarlos del caos.

La banda acabó adoptando el nombre de La Fuerza. Ignacio emprendió una campaña meticulosamente calculada de robos nocturnos en tiendas de deportes, grandes almacenes y tiendas de accesorios de recreo, seleccionadas con cautela de tal manera que ninguna se hallara en el condado de Chambers.

Cuando La Fuerza estuvo equipada para trasladarse y vivir con independencia, sus miembros robaron vehículos blindados. Sus primeros objetivos fueron los miembros de la Asociación de Conservación de Vehículos Militares<sup>14</sup>, un colectivo que la esposa de García había encontrado en internet y que se dedicaba a restaurar meticulosamente vehículos todoterreno, camiones y vehículos blindados. El listado de miembros y direcciones estaba accesible en internet. El objetivo de la banda eran los vehículos blindados de transporte de tropas.

Sus vehículos favoritos eran el Cadillac Gage V-100 Commando (un vehículo ligero de cuatro ruedas) y el Alvis Saracen (un vehículo de seis ruedas británico). García despachó a equipos de cuatro hombres en coches robados hasta Oklahoma y Luisiana para hacerse con ellos.

Llegaban después de la medianoche, derribaban las puertas de la casa y sacaban a sus habitantes de la cama a punta de pistola. A continuación los arrastraban hasta el garaje para que les enseñaran a arrancarlos y pilotarlos. Para ganar tiempo antes de que dieran la alarma, los miembros de la banda asesinaban a los propietarios y sus familias. En el curso de tres noches, regresaron a Anahuac con tres Saracen y dos V-100.

García comprobó decepcionado que casi todos los miembros de la MVPa habían instalado armas falsas en los vehículos. Solo uno de ellos contaba con una ametralladora auténtica, una Browning semiautomática modelo 1919. De modo que sus siguientes objetivos fueron ametralladoras

alimentadas con cintas, que encontraron en tiendas o en las casas de distribuidores de armas automáticas con licencia de clase tres. De esta forma se hicieron con seis ametralladoras del calibre .30, dos Browning del .50 y quince subfusiles de calibres diversos. Descubrieron con sorpresa que estos distribuidores disponían de abundante munición y cargadores adicionales. En total, reunieron hasta doscientas treinta y dos cajas de munición, una buena parte de ella en cintas.

Hasta que no se apoderaron de estas armas y Tony estudió los manuales no comprendieron que necesitarían máquinas para montar las cintas. Entonces tuvieron la audacia de volver a una tienda en la que habían robado dos días antes y se llevaron máquinas manuales de los calibres .30 y .50, así como algunas cajas de munición de veinte milímetros que contenían miles de eslabones usados.

13 Se refiere a la «Mara Salvatrucha», con origen en Los Ángeles.

14 MVPA: *Military Vehicle Presevation Association*.

## 6

### Sobreviviendo

«La mayoría de la gente no piensa y la mayoría de los demás no quiere hacerlo. De los pocos que en efecto piensan, la mayoría no lo hace demasiado bien. La extremadamente reducida sección que piensa regularmente, con precisión, imaginación y realismo, a la larga, es la única que cuenta».

—Robert A. Heinlein

Radcliff, Kentucky

Octubre, año uno

Sheila Randall estaba alarmada. Su marido Jerome los había trasladado desde Nueva Orleans hasta Radcliff, Kentucky, apenas unas semanas antes de que estallara la Escasez. Después de que lo despidieran en Nueva Orleans le habían ofrecido un trabajo estable en Kentucky. Pero aquello significaba que dejaran a sus familias en Luisiana. Se llevaron a su hijo Tyree, que tenía diez años, y Emily Voisin, la vivaracha abuela de Sheila, que tenía setenta y seis, y se instalaron en una casa alquilada de tres dormitorios en la calle Tercera de Radcliff. Este pueblo estaba frente a la puerta sur

de Fort Knox, donde se hallaba la sede de la Escuela y el Centro de Vehículos Blindados del ejército estadounidense: la escuela de pilotos de tanques.

Ahora Jerome trabajaba en la tienda de neumáticos Big O, como en Nueva Orleans, aunque con un salario más alto y la promesa de bonificaciones. Además, le habían asegurado que el sueldo se actualizaría en función de la inflación. Sheila había aceptado un empleo introduciendo datos en el departamento de facturación de la compañía telefónica, muy semejante al que había desempeñado anteriormente en una compañía eléctrica de Luisiana. Era un trabajo aburrido y repetitivo, pero ayudaba a pagar las facturas, y como trabajaba seis horas diarias, cinco días a la semana, seguía recogiendo a su hijo después del colegio todos los días. Aunque solo trabajara treinta horas a la semana, el puesto le ofrecía seguro completo, incluido el servicio dental. Y esto era una ventaja, puesto que el trabajo de su marido no incluía las visitas al dentista.

Jerome opinaba que el trabajo en Radcliff era estupendo porque gracias a la nómina del ejército todas las semanas llegaba al pueblo un flujo constante de clientes con dinero en efectivo, sobre todo los fines de semana. Los negocios locales prosperaban. Los soldados gastaban el dinero sobre todo en las tiendas de alimentación y en Wal-Mart, así como en los numerosos bares y estudios de tatuajes. Sin embargo, la atmósfera del pueblo era algo insalubre y Sheila estaba inquieta. Sobre todo, echaba de menos a sus familias criollas. Ella era tan pálida que pasaba por blanca, pero su marido tenía la piel mucho más oscura.

La casa era confortable, teniendo en cuenta el estado de los alquileres, y tenía un patio amplio, aunque se hallaba en las inmediaciones de la autopista Dixie y el tráfico era ruidoso. El parque municipal y la tienda de neumáticos Big O estaban a un tiro de piedra. Al menos el patio trasero era apacible, porque detrás había un callejón, y tenía una cerca, de modo que era seguro para que jugase Tyree. Los habitantes del vecindario componían una amalgama de blancos, negros y mexicanos. La mayoría de las viviendas, al igual que la suya, databan de la década de 1920. Las de los propietarios estaban bien conservadas, pero los patios de casi todas las casas alquiladas estaban muy descuidados. La vecina de al lado era la señora Hernández, una divorciada que trabajaba en la sección de expediciones de la tienda de caballería del ejército. Aparentemente, medio pueblo trabajaba o había trabajado en ella anteriormente. El negocio se había fundado a principios de la década de 1980 como establecimiento de uniformes militares con identificaciones cosidas a máquina que vendía botas a los soldados de Fort Knox, y con el tiempo se había convertido en una empresa multimillonaria, que sobre todo se dedicaba a la venta por correo.

Cuando se disparó la inflación, la *grandmère* Emily aconsejó a Sheila que comprara semillas. Jerome comentó que era un síntoma evidente de que estaba chocheando, pero Sheila siguió adelante con el plan, considerando que era una mujer muy sabia y había sobrevivido a la Gran Depresión. Así pues, durante tres sábados de septiembre visitaron casi todas las tiendas de semillas de los condados de Hardin, Meade y Breckinridge, donde compraron la liquidación de semillas del verano. Siguiendo el consejo de Emily, también adquirieron docenas de guantes de jardinería de diversas tallas.

Sin decírselo a su marido, Sheila también dedicaba algunas veces su pausa para comer en el trabajo a la compra de semillas por internet, sobre todo las variedades tradicionales polinizadas al aire libre, que en opinión de Emily eran las mejores porque, al contrario que las semillas híbridas, se reproducían. Adquirió sobre todo semillas de verduras y hierbas. Las únicas flores que compró

fueron capuchinas, que también se comían en ensalada, y caléndulas, que según Emily protegían los jardines frente a los conejos, los topos y hasta las babosas a la manera de una barrera.

A medida que recibían docenas de bolsas de semillas por correo, Sheila le recomendó a su abuela que las ocultara en el armario del dormitorio. Jerome había accedido de mala gana al plan de las semillas, sabiendo que el dinero procedía de los ahorros de la jubilación de Emily. Pero Sheila no consideraba necesario hablarle de las semillas tradicionales que solicitaban. Sabía que se enfadaría si descubría el *petit secret* que compartía con su abuela. Pero como ella se encargaba de las facturas de la familia, Jerome no llegó a descubrirlo nunca. Con el tiempo, acumularon cajas con miles de paquetes de semillas en el fondo del armario empotrado de Emily.

No obstante el caos económico, el correo seguía llegando y las distribuidoras de semillas (que eran sobre todo empresas familiares) cumplieron su palabra, de manera que recibieron casi todos los pedidos. Mientras sus vecinos trataban desesperadamente de hacerse con comida enlatada, Sheila Randall estaba adquiriendo discretamente suficientes semillas para cientos de jardines.

Al ver lo que estaba ocurriendo, muchos propietarios de empresas modestas decidieron sabiamente cerrar por «vacaciones» o «inventario». La tienda de monedas fue la primera. A continuación cerraron la joyería y la tienda de la caballería. Las gasolineras privadas las siguieron enseguida, aunque muchos sospechaban que habían abandonado el negocio mientras aún les quedaba combustible en los depósitos. Las gasolineras de las grandes cadenas y paradas de camiones enseguida se enfrentaron a dificultades de suministro. Siempre que corría el rumor de que se había hecho una entrega en un camión cisterna, los clientes desbordaban las estaciones de servicio, formándose colas de coches que se alargaban durante muchas manzanas.

A falta de bidones de combustible, algunos utilizaban otros recipientes menos seguros, como botellas de dos litros, antiguas botellas de leche y barricas de agua que llenaban de gasolina y diésel; aunque no estaba permitido hacerlo en las gasolineras, nada impedía que los clientes llenaran sus depósitos y distribuyeran el contenido en recipientes más pequeños en casa. Aparentemente, la ocupación principal de mucha gente consistía en hacer cola delante del banco o sentarse en sus coches, formando largas aglomeraciones en las gasolineras.

Muchas noches, después del trabajo, Jerome conducía hasta cincuenta kilómetros para comprar alimentos básicos, invirtiendo el flujo menguante de dinero en efectivo en latas de conserva, pasta, salsa para pasta y cereales de desayuno.

La otra contribución de Jerome al esfuerzo preparacionista de la familia consistió en comprarle una escopeta a uno de sus compañeros de trabajo con los ahorros que había retirado del banco. La única arma asequible era una versión reducida del calibre .20 del Remington modelo 870, con una culata corta diseñada especialmente para tiradores menudos. Las huellas del uso eran visibles: la culata estaba rayada y uno de los surcos del cañón estaba raspado; además, tenía manchas de óxido debido a la falta de cuidados, pero funcionaba. Le costó mil cuatrocientos dólares cada vez más devaluados. Cuando era adolescente había cazado patos con el modelo 870 del calibre .12 de su padre, de modo que estaba familiarizado con las características del arma. Al cabo de una búsqueda exhaustiva y una suma de dinero que consideraba desorbitada, también adquirió cuarenta y cinco cajas de cartuchos de escopeta del calibre .20, un surtido muy variado que consistía sobre todo en perdigones de diversos

tamaños, así como algunas balas y balines del calibre cero. Algunos perdigones eran tan antiguos que tenían envoltorios de papel y Jerome se preguntaba si seguirían valiendo para algo.

Durante la tercera incursión de fin de semana en busca de semillas, Jerome llevó a la familia al Parque Nacional de Hoosier, al otro lado del río, en Indiana, para probar la escopeta. Les explicó y enseñó cómo debían cargarla y dispararla, así como el funcionamiento del seguro:

—La escopeta tenía un tapón para patos, así que solo cabían dos cartuchos en el cargador. Pero como se lo he quitado, ahora caben cinco cartuchos y otro en la recámara. Ahora os mostraré una cosa que me enseñó mi padre. Cuando disparéis un cartucho, después de echar el carro hacia atrás, sin quitaros la escopeta del hombro, sacáis otro cartucho de la bandolera y lo metéis rápidamente en el cargador. Debéis aprender a hacerlo a ciegas. Así el cargador siempre estará lleno. Y si alguna vez os encontráis varios, ejem, patos, seguiréis disparando con el cargador lleno. ¿Vale?

—Vale, disparas uno y cargas otro, a menos que sea una emergencia —repitió Sheila.

—Eso es, *ma chérie*.

Solo abrieron fuego con los cartuchos más antiguos, apuntando a latas de refresco vacías que habían colocado a seis metros de distancia. La escopeta realizó una impresionante demostración de potencia, haciendo jirones las latas. Como solo tenían dos juegos de auriculares, dos de ellos debían taparse los oídos con los dedos. Aunque la escopeta era pequeña para Jerome, la culata tenía el tamaño exacto para Sheila, que solo medía uno sesenta y apenas pesaba cincuenta kilos. La joven se acostumbró enseguida a dispararla y disfrutaba haciéndolo. Hasta Emily efectuó algunos disparos y Tyree disparó tres cartuchos sentado entre las rodillas de su padre. Estaba entusiasmado.

—Bueno, ya estamos listos para la tercera guerra mundial —comentó Jerome mientras regresaban al coche, empuñando la escopeta y una bolsa de papel llena de latas de aluminio agujereadas.

—Lo más probable es que sea la Segunda Guerra Civil —espetó Sheila a modo de respuesta.

Base de la Fuerza Aérea de Luke, Arizona

Octubre, año uno

Dos semanas antes de estos sucesos, en Arizona, Ian Doyle y su esposa hondureña Blanca estaban sentados en el salón, viendo las noticias de las diez. Su hija estaba dormida en su habitación. Los reportajes sobre el derrumbamiento del mercado de valores en Wall Street dominaban los noticiarios.

—¿Recuerdas que, cuando se fue a Sudáfrica de vacaciones, tu padre nos dijo que no transportaban los diamantes de las minas por tierra, sino en helicóptero? —preguntó Ian.

—Claro que me acuerdo. Dijo que los robos cesaron en cuanto empezaron a hacerlo.

—Bueno, es que estaba pensando que si la economía acaba de derrumbarse, y puede que eso ocurra el año que viene, si los tres tenemos que irnos, la manera más segura de hacerlo es volando. Pero el

Laron solo tiene dos asientos, así que creo que deberíamos comprar otro avión como el nuestro, que utilice gasolina de coche. Así habrá un asiento para Linda y podremos salir pitando con un equipo muy reducido.

—Yo ni siquiera conduzco, así que me parece un poco extremo —contestó Blanca—. Aunque supongo que es posible. —Después de un momento de reflexión, añadió—: ¿Y Charley, del Club de Ultraligeros? Tiene un Star Streak con pintura de camuflaje. Con eso tendríamos piezas de recambio, en el caso de que tuviéramos que desmontarlo.

—Lo llamaré.

Al cabo de dos días, Ian se reunió con Charley Gordon en la casa de este último en Old Stone Ranch, uno de los barrios más acomodados de Phoenix. Gordon estaba obeso y calvo. Llevaba una camisa de golf y un ostentoso reloj de pulsera Patek Philippe.

Ambos hablaron de aviones experimentales durante veinte minutos. Charley mencionó que últimamente no pilotaba demasiado a causa del lumbago crónico que padecía.

En una de las tres plazas del garaje de Gordon descansaba un remolque cerrado, muy semejante al de Doyle. Gordon explicó que había comprado un Laron Shadow desmontado inmediatamente antes del cambio de siglo. Había tardado dos años en montarlo. Más adelante le había incorporado un motor Hirth de cuatro tiempos, convirtiéndolo a todos los efectos en un Star Streak. Solo había volado ochenta y tres horas con el motor nuevo. Al igual que el de Doyle, el Laron de Charley tenía compartimentos de ala opcionales, de manera que contaba con un espacio de carga extra.

Ian quiso saber si estaba dispuesto a vendérselo.

—Sí, es posible —contestó Gordon—, aunque con la inflación, seguramente no podría reemplazarlo por menos de veinticinco mil dólares. —Le ofreció un vaso de limonada. Ambos se acomodaron con las copas en el salón y la conversación se desvió al reciente derrumbamiento del mercado financiero. Los dos estaban de acuerdo en que se trataba del acontecimiento económico más dramático desde 1929.

—¿Qué harás si las cosas se ponen realmente feas, Charley? —preguntó Doyle.

—¿Te refieres a una Depresión de más de una década? La hipoteca está pagada. Y me jubilo dentro de seis meses, si todavía tengo trabajo y la empresa sigue a flote.

—No me refiero a eso. ¿Qué pasa si estallan disturbios, saqueos, esa clase de cosas? ¿Te mudarías entonces?

Gordon abarcó el salón bien amueblado con un ademán y dijo:

—Mi mujer solo vive para las antigüedades y los cuadros. No creo que quiera alejarse ni un centímetro de esta casa. Así que si las cosas se ponen feas, nos atrincheraremos en ella. Si cortan la corriente, vaciaré la piscina y la rellenaré con agua del grifo. —A continuación añadió con una sonrisa—: Después se la venderé a mis vecinos de litro en litro.

—¿Tienes armas?

—Tengo una .38 de cañón corto y una antigua .22 de corredera.

—Eso no es exactamente un arsenal antidisturbios. —Doyle se inclinó hacia delante y continuó—: No tengo veinticinco mil dólares en efectivo para comprarte la cometa, así que te ofrezco un cambio. Tú no necesitas el avión, pero es posible que dentro de poco necesites un arma en condiciones para defenderte. ¿Sabes lo que es un fusil Sten?

—Sí, claro, lo he visto en el canal Historia. Los usaban los británicos en la Segunda Guerra Mundial y en Corea. Ah, y también en Malasia. El cargador sobresale por un lado.

—Eso es. Bueno, ¿qué dirías si te cambiara mi fusil Sten, un silenciador, una docena de cargadores y un montón de munición de nueve milímetros a cambio del Laron, todos los recambios que tengas y el remolque?

—¿Un auténtico subfusil automático Sten? ¿Estás de broma? —se burló—. Pero ¿vale tanto como mi avión?

—Charley, no sé si habrás comprado armas y municiones últimamente, pero te aseguro que los precios están por las nubes, y ni siquiera se encuentran la mayoría de calibres en los estantes.

Gordon se rascó la barbilla.

—¿El Sten está registrado? —quiso saber—. Me refiero al sello federal de doscientos dólares de impuestos.

—No. Y el silenciador tampoco.

Gordon se echó a reír.

—Ian, siempre he sabido que eres un tipo con recursos.

Ian incorporó tanques de combustible flexibles en el segundo Laron, tal como había hecho el año anterior con el Star Streak. Originalmente, los Star Streak solo tenían un alcance de unos quinientos kilómetros al 80% de potencia. El depósito más grande albergaba cincuenta y cinco litros. Los tanques flexibles no estaban conectados directamente al sistema de combustible principal. Haciendo caso omiso de las normas de seguridad de la FAA15, instaló dos bombas de mano Jack Rabbit de Black & Decker que instaló mediante tiras de velcro a lo largo de los asientos delanteros. La transferencia de combustible desde los tanques flexibles hasta el depósito consumía mucho tiempo, aunque resultaba sencilla, si se volaba en línea recta, manteniendo la altura. Los tanques flexibles aumentaron el alcance de los dos aviones hasta casi ochocientos kilómetros sin aterrizar para repostar.

Bloomfield, Nuevo México

Octubre, año uno

Lars y Beth siguieron encargando artículos diversos por internet, donde las pujas estaban disparando los precios hasta la estratosfera. Lars pagó hasta catorce dólares a cambio de munición extra en forma de cargadores de caja para el rifle Mosin-Nagant M39 que había heredado de su padre. Sin embargo, también encontraron algunas gangas olvidadas que la mayoría de la gente consideraba antiguallas y objetos de coleccionismo, como dos hoces y una amoladora de banco accionada a mano. Lars también consiguió hacerse con nueve recambios para el filtro de agua de la casa del rancho.

Además, compró docenas de flashes Magic Cube obsoletos en paquetes de tres, explicando a Beth y Kaylee que harían las veces de dispositivo de alarma casero si se les aplicaba un simple trocho de sedal de monofilamento y un clip. El fogonazo sobresaltaría a los intrusos durante la noche y advertiría a los que estuvieran despiertos en la casa de que había extraños en el patio. Añadió que, aunque los flashes corrientes se accionaban mediante una batería, los Magic Cubes admitían disparadores mecánicos. Era un truco que le había enseñado un suboficial veterano de la operación Tormenta del Desierto.

Beth elaboró un inventario detallado de la casa, el granero y los edificios anejos del rancho. La única deficiencia sería que encontró se refería a los manguitos de las lámparas de gas: descubrieron que solo tenían dos recambios. De modo que Lars escribió un correo electrónico:

Andy:

Los únicos manguitos compatibles con las lámparas de gas de papá que no se caen a trozos son de Falks y Humpreys. ¿Me harías el favor de comprarme al menos veinte recambios cuando llegues a Alemania?

Gracias, hermano.

Salmo 37

Lars

Base de operaciones Lobežno, equipo de trabajo Duque, provincia de Zabul, Afganistán

Octubre, año uno

Andy hizo una prueba de fuego y calibró la pistola SIG durante una tarde calurosa, dos días después de haberla comprado. Ahora que había empezado la rotación de unidades y faltaban tres días para la primera prueba de la brigada Stryker entrante, el campo de tiro de la base de operaciones estaba desierto. Al contrario que en las instalaciones norteamericanas en CONUS16, donde estaba extremadamente controlado, en Afganistán el ambiente era mucho más distendido. Andy fue al campo tranquilamente y levantó la bandera roja. No hubo formalidades, inspecciones, reuniones de seguridad ni advertencias a través de los megáfonos: «¿Hay alguien en la línea de fuego?».

Al principio Laine disparó con mucha deliberación, hasta que estableció el «cero» del arma.



Después efectuó hasta doscientos cincuenta tiros sin vacilar. Quería usar todos los cargadores para asegurarse de que ninguno de ellos tenía problemas de alimentación. Estaba muy satisfecho. Sabía que tenía un arma en la que podía confiar.

Radcliff, Kentucky

Octubre, año uno

Eran las 21:10 y Tyree acababa de acostarse. Jerome no había regresado todavía. Sheila y la abuela se estaban impacientando. Desde hacía tres semanas llevaba una mochila casi vacía cuando iba andando al trabajo. En los descansos de la comida y cuando acababa la jornada, ofrecía semillas y algunas herramientas manuales sobrantes a cambio de comida enlatada y alimentos básicos, como bolsas de cereales para el desayuno.

Sheila apartó nerviosamente el visillo y miró por la ventana.

—Nunca había tardado tanto.

—Debemos rezar —declaró Emily con tono firme.

A la mañana siguiente, después de hacer una visita a la tienda de neumáticos, donde le aseguraron que había salido a las 17:30 y no habían vuelto a verlo desde entonces, Sheila se dirigió a la comisaría de policía y denunció que Jerome había desaparecido.

—Sí, igual que otros cinco millones de personas —replicó el atareado agente que la recibió. Le aseguró que llevarían a cabo una investigación extraoficial y le sugirió que regresara a mediodía del día siguiente para que le comunicaran los resultados.

Sheila volvió a la comisaría dos días después y esperó en el vestíbulo durante veinte minutos hasta que la atendió un detective de paisano que después de identificarse anunció:

—Lo siento, pero no hay ni rastro de su marido. Hemos comprobado todos los lugares habituales: la comisaría, la policía del Estado y el hospital. Ha sido algo complicado, ahora que los teléfonos están desconectados. Pero no ha habido suerte.

»Sin embargo, hemos dado con un cuerpo no identificado —añadió después de una pausa—. Un hombre negro de unos treinta o cuarenta años; según nos han dicho, solo tenía ocho dedos. ¿Su marido tenía, digo, tiene todos los dedos?

—Sí, así es. Solo le falta una uña, de cuando trabajaba de mecánico.

—Entonces no es él. Tenga paciencia, por favor. Los teléfonos no funcionan, así que podría estar en cualquier parte, tratando de ponerse en contacto con usted. A lo mejor ha ido a hacer un trueque y no ha encontrado ninguna forma de volver. Se tarda mucho en recorrer cincuenta o sesenta kilómetros a pie. En el informe aseguraba que su marido era fiel...

—¡Estoy segura de eso!

—Bueno, de acuerdo, si nos enteramos de algo enviaremos a un agente a su casa.

A la mañana siguiente el mismo detective llamó a la puerta de los Randall.

—¿Podemos sentarnos a hablar un momento? —preguntó.

Sheila sintió que se le formaba un nudo en el estómago cuando sugirió que tomaran asiento.

—Algo me estaba reconcomiendo anoche, así que esta mañana he vuelto a visitar al forense del condado —continuó el detective después de sentarse.

»Resulta que el cuerpo del, ejem, hombre negro no identificado sin zapatos, camisa ni pantalones al que habían disparado... Resulta que había perdido los dos dedos recientemente, inmediatamente antes o después de la muerte. —Apretándose con fuerza el dedo anular y el meñique de la mano izquierda a modo de demostración, añadió—: El forense comentó que aparentemente se los habían cortado con un hacha o una hachuela.

—¿La mano izquierda?

—Sí, era la izquierda.

Sheila se puso pálida y susurró:

—El anillo de boda siempre le había apretado. Tenía que ponerse mantequilla o aceite en el dedo y tirar con fuerza para quitárselo.

15 *Federal Aviation Administration*.

16 *Continental United States*, Estados Unidos continentales.

«Un comandante puede delegar la autoridad, pero no la responsabilidad.»

—Axioma militar norteamericano

Marzo, año uno

El texano L. Roy Martin había comprado la refinería de Bloomfield, Nuevo México, apenas ocho meses antes de que estallara la Escasez. Como tenía reputación de extravagante, no despertó demasiadas suspicacias que adquiriese una refinería en apuros a cambio de acciones y dinero en efectivo. Western Refining había cerrado temporalmente la planta en 2010 debido a la falta de materia prima en los alrededores de Bloomfield. Desde entonces la había reabierto un consorcio de «energía verde», aunque operaba a menos de la mitad de su capacidad, se realizaban despidos con frecuencia y circulaban rumores acerca de un cierre definitivo. Martin compró la planta moribunda a precio de ganga. La mayoría de los analistas de la industria dedujeron que se proponía reactivarla a pleno rendimiento con algunos oleoductos de larga distancia. El anuncio de la compra también mencionaba brevemente que Martin Holdings tenía intención de aumentar la capacidad de cogeneración de la refinería.

Sin embargo, la noticia que sin duda había desatado las habladerías en Bloomfield era que la familia Martin había adquirido un rancho de ganado de cincuenta hectáreas y otros tres ranchos más modestos, de ocho hectáreas cada uno, con sus respectivas haciendas. Las cuatro fincas se encontraban en la misma carretera que la refinería de ciento quince hectáreas. Además, habían construido un taller de metalistería de trescientos metros cuadrados en la finca de cincuenta hectáreas, a la que para entonces los locales se referían como «el rancho del misterio de Martin». En efecto, era un misterio la razón por la cual Martin hubiera vendido una casa de ochocientos metros cuadrados en un barrio acomodado de Houston, instalando a su familia en una hacienda de ciento cuarenta metros cuadrados cuya construcción se remontaba a la década de 1950. Uno de los rumores aseguraba que habían reformado la casa, ampliándola hasta casi trescientos metros cuadrados.

El rancho era más conocido gracias a las bolsas de gas natural que por la cría de ganado. Había cuatro bocas de bajo rendimiento diseminadas por el terreno. Desde la casa del rancho S-Bar-L, la imagen lejana de las montañas de San Juan (sobre la frontera del Estado, en Colorado) se empequeñecía ante las torres de craqueo y los depósitos de la planta de Bloomfield, que se hallaban a solo ochocientos metros. Por la noche, los residuos que se quemaban iluminaban el cielo.

L. Roy había explicado el traslado de la familia declarando que estaba a punto de jubilarse, anhelaba un ritmo de vida más apacible y deseaba supervisar en persona el funcionamiento de la planta de Bloomfield, sobre todo porque era su primera refinería. (Solo tenía experiencia en excavación y desarrollo de campos de petróleo.) A pesar de aquellas humildes declaraciones públicas, corrían rumores insistentes de que L. Roy Martin abriría nuevos campos de petróleo en diversas regiones de las Cuatro Esquinas. ¿Por qué si no un famoso texano con experiencia en exploración de pozos de petróleo se instalaría con su familia en medio de la nada? ¿Y por qué compraría una casa vieja y ruinoso en el desierto cuando podía construir una mansión en la ribera meridional del río San Juan? Aquello no estaba a la altura de las expectativas públicas de un millonario texano que tenía un jet privado Cessna Citation, dos Hammer H1, un Shelby Cobra, un Corvette de 1963 restaurado y una docena de motocicletas.

La planta de Bloomfield tenía casi treinta años y era bastante corriente para tratarse de una refinería

moderna; estaba equipada para la destilación de crudo, el hidrotratamiento de nafta y destilado, la transformación de unidades para combustible de aviación y alto octanaje y las unidades de craqueo catalítico fluido. Lo único extraordinario en este sentido era que estaba muy cerca del río San Juan y contaba con unidades de polimerización con las que se convertía el gas de petróleo condensado en gasolina. Casi toda la producción de la planta procedía del crudo local «dulce de las Cuatro Esquinas», aunque una parte se obtenía del gas natural.

L. Roy (o «*El Rey*»<sup>17</sup>, como enseguida lo llamaron algunos lugareños) tenía sesenta y dos años cuando estalló la Escasez. Aunque la había anticipado, opinaba que no estaba lo suficientemente preparado para enfrentarse a una crisis tan severa. Su hermano pequeño, su cuñado y su primo (todos ellos empleados de Martin Holdings), se instalaron en los tres ranchos de ocho hectáreas contiguos, donde asimismo emprendieron apresuradas reformas y remodelaciones, aunque menos ostentosas que las obras que se realizaron en la casa del rancho S-Bar-L. Aunque los cuatro ranchos pertenecían a la red FEUS<sup>18</sup>, enseguida instalaron en ellos dos generadores Onan idénticos de doce kilovatios con motores de gas natural. Algunos de los ingenieros de Martin también intervinieron en esta compra y adquirieron generadores de emergencia para sus casas con un ventajoso descuento de grupo. Al igual que los terrenos de la refinería, el rancho de Martin estaba salpicado de artemisa y chamiza.

Al suroeste de Farmington se encontraba el desarrollo agrícola más extenso del noroeste de Nuevo México: las granjas de la NAPI<sup>19</sup>, de la tribu navajo, en las que se cultivaban abundantes cantidades de alfalfa, maíz, alubias pintas, calabazas, patatas, grano, cebada y cebollas. Cuando estalló la Escasez había casi veinticuatro mil quinientas hectáreas cultivadas en campos con sistemas de riego circulares. Casi toda el agua de la NAPI manaba del embalse navajo, de más de veinte kilómetros, situado a unos cincuenta y seis kilómetros de distancia. La infraestructura que llevaba el agua hasta la NAPI contaba un túnel gigantesco que se había inaugurado en la década de 1960.

Base de operaciones Lobezero, equipo de trabajo Duque, provincia de Zabul, Afganistán

Octubre, año uno

Andy sabía que el nombramiento como responsable de la «retaguardia» de tres hombres del batallón era terriblemente inoportuno. Pero como oficial responsable del inventario<sup>20</sup>, era la elección más lógica. Los oficiales siempre habían temido las obligaciones adicionales que entrañaba este cargo. Apenas se sumaban puntos y en cambio había millones de maneras de cagarla si no se prestaba una atención minuciosa a los detalles.

La rotación de las tropas y las armas pequeñas, aunque no de los vehículos, se había convertido en una costumbre rutinaria cuando alguna de las unidades abandonaba el teatro de operaciones de la Operación Libertad Duradera. La logística que comportaba el transporte de vehículos, sumada a las rotaciones de las unidades, era desmesurada, de modo que el traslado lateral de vehículos y armas pesadas era razonable. Además, este proceso suponía una carga de trabajo tremenda, que recaía sobre los hombros de los suboficiales de suministro y los oficiales responsables del inventario. Mientras el resto de la unidad regresaba a Alemania, Andy, el suboficial de intendencia E-821 y un encargado de la lista de carga<sup>22</sup> se quedarían en Afganistán, distribuyendo entre la nueva brigada los cubículos y los numerosos artículos designados para el traslado lateral.

En el caso de las brigadas Stryker, los traslados eran la pesadilla de los oficiales responsables del inventario. De acuerdo con la tabla de organización y equipo<sup>23</sup>, debían encargarse de docenas de traslados laterales, entre los que se contaban los transportes de tropas blindados, con sus correspondientes complementos de lanzamisiles TOW<sup>24</sup>, ametralladoras de veinticinco milímetros, radios VHF con saltadores de frecuencias, miras térmicas, etcétera. Cada uno de estos artículos tenía un número de serie único. Asimismo había motores de recambio, remolques de generadores, tiendas de campaña, redes de camuflaje y millares de otras «cosillas», como las denominaba el sargento mayor Rezendes.

El comandante de la unidad entrante había ordenado que se comprobaran dos veces los números de serie. Después de todo, ¿quién iba a culparlo? Aunque era una tarea para el PBO, el comandante entrante era el último responsable. Un inventario de ciento noventa y seis millones de dólares no era ninguna tontería, sobre todo cuando la desaparición de un solo artículo sensible se consideraba «desfavorable» en el expediente. En definitiva, los comandantes de las unidades entrantes y salientes respondían ante cualquier discrepancia. Todo debía estar consignado, hasta los dos equipos de radio que en ese momento estaban desconectados y se estaban reparando en el depósito.

Antes de que el grueso de la unidad se marchara, Laine se dirigió al despacho del comandante con el inventario electrónico<sup>25</sup>. El coronel Ed Olds alzó la mirada del escritorio, entrecerrando los ojos de una manera característica.

—¿Qué tal marchan los laterales? —quiso saber. Andy le explicó los detalles durante unos minutos. El coronel Olds, reclinándose en la silla, insistió—: ¿Ha habido discrepancias no resueltas?

—De momento ninguna, señor, pero si descubro algo será el primero en saberlo. La buena noticia es que si se trata de algo sin importancia, con tantos incidentes con explosivos caseros, podremos archivarlo como pérdida en combate.

Olds se rió.

—Voy a contarte una historia de hace tiempo, Andy —dijo—. Al principio del despliegue Escudo del Desierto, meses antes de la invasión Tormenta del Desierto, se estrelló un helicóptero UH-60 durante una tormenta de arena. La tripulación salió ilesa, pero el aparato fue pasto de las llamas. Seis meses después, cuando los inspectores generales realizaron un seguimiento del informe del accidente, descubrieron que supuestamente había más de noventa kilos de equipo a bordo del helicóptero: radios, miras nocturnas, un vídeo y una televisión de la sala de recreo, dos juegos de generadores, etcétera. Todo menos el fregadero de la cocina. Según el papeleo, en el que te aseguro que se habían puesto todos los puntos sobre las íes, en ese pájaro había equipo de todas las compañías de la brigada. Lo que había en el manifiesto ni siquiera habría cabido en el espacio disponible. Y si realmente hubiera estado a bordo, el Blackhawk no habría podido despegar.

»Todos los de la Yankee 76 de la brigada aprovecharon el accidente para justificar artículos de inventario desaparecidos durante años —se carcajeó Olds—. Por suerte, a los inspectores les hizo gracia, así que hicieron la vista gorda. El hecho es que hubo una declaración muy graciosa en el informe de acción, algo así como: «Es posible que el peso de la nave contribuyera al incidente».

En esta ocasión se rieron los dos. Andy aspiró una bocanada de aire y preguntó:

—Señor, teniendo en cuenta las condiciones de seguridad en la zona de operaciones<sup>26</sup>, me gustaría que la retaguardia conservara las armas reglamentarias, entregando los recibos correspondientes. Estaremos aquí durante al menos una semana, seguramente mucho más tiempo, en función de los medios de transporte disponibles. Y todo el mundo sabe que los vuelos del mando aéreo<sup>27</sup> son cada vez más irregulares.

El coronel Olds se mordió el labio inferior.

—¿Lo permite el reglamento? —quiso saber.

—Sí, señor. Lo he comprobado esta misma mañana. El párrafo nueve del artículo 190-11 del reglamento aprueba que los destacamentos viajen armados a discreción del comandante. Y por supuesto también se aplican los capítulos dos y cuatro del artículo 190-14.

Olds se rascó la mandíbula.

—Con su permiso, señor —añadió Laine—, yo mismo redactaré los recibos para todos los miembros de la retaguardia.

—No se te ocurra perderlos; sería casi tan malo como si se hubieran perdido las armas. Sería una metedura de pata mayúscula.

—Entendido. Le diré una cosa, señor: por si acaso, haré una copia de todos los recibos para que los firme y los dejaré en la caja fuerte de criptografía del centro de operaciones tácticas<sup>28</sup>.

—Buena idea, Andrew. Adelante<sup>29</sup>.

Andy puso los ojos en blanco cuando abandonó el despacho. El coronel Olds era famoso por aquella expresión, que había adoptado de *Star Trek*. De hecho, algunos de los oficiales más jóvenes lo llamaban jocosamente «coronel Picard» a sus espaldas.

La temperatura era de treinta y dos grados. Cuando atravesaba el patio, Andy se preguntó si cambiaría el tiempo. El chiste más habitual de la unidad era que en Afganistán había ciento ochenta días al año de verano y otros tantos de invierno, de manera que solo quedaban dos días de otoño y tres de primavera.

Algunas cosas seguían haciéndose a la antigua usanza en el ejército, sobre todo cuando se desplegaban unidades en el extranjero. Una de estas antiguas tradiciones dictaba que se redactaran los recibos con una máquina de escribir Selectric de la década de 1980 que todavía estaba al pie del cañón. Siguiendo las instrucciones, Andy elaboró dos juegos de formularios <sup>3749</sup>, incluyendo los tres fusiles M4, introduciendo con mucho cuidado la nomenclatura y los números de serie. Pero omitió deliberadamente la línea trazada con regla y bolígrafo en la que se anotaban las palabras «Eso es todo», una expresión que siempre se añadía antes de obtener las firmas.

Antes de que terminara la jornada, entregó los seis formularios al coronel Olds.

—Dos copias, como ordenó, señor. —Olds asintió y los firmó sin apenas una palabra ni una mirada.

Cuando se retiró el comandante, Laine regresó al escritorio y cogió uno de los juegos de formularios, en el que constaba su nombre, lo introdujo en la máquina de escribir y añadió una línea que rezaba: «Pistola, M11 compacta (SIG P228), nueve milímetros» junto con el número de serie del arma que acababa de comprar. Por último, añadió la expresión «Eso es todo» en los seis formularios, con las barras correspondientes. El subterfugio era así de sencillo. Ahora se llevaría a casa la pistola SIG con documentos «oficiales» y tendría otra copia de los documentos con los que también haría que desapareciera.

De vuelta en el cubículo, Andy comprendió que si la SIG iba a ser su única herramienta de autodefensa durante el viaje de regreso a Nuevo México, necesitaba informarse de sus características, así que se instaló en la tienda de recreo con el ordenador portátil y se conectó a internet. Una breve búsqueda en bing.com lo condujo hasta jbmballistics.com, donde introdujo los valores de la munición redonda de nueve milímetros M882 con balas de ciento doce granos. Valiéndose de la calculadora balística, comprobó los valores de caída de los proyectiles a noventa, ciento ochenta, doscientos setenta y cinco y trescientos sesenta y cinco metros.

Comprobó con sorpresa que a trescientos sesenta y cinco metros la compensación era de unos escandalosos quinientos ochenta centímetros, de modo que tendría que apuntar muy por encima del blanco, calculando, a grandes rasgos, la estatura de tres hombres y medio. Asimismo descubrió decepcionado que la energía de las balas disminuía desde trescientos tres metros por kilo en la boca hasta solo ciento dieciocho metros por kilo a trescientos sesenta y cinco metros.

De nuevo en el cubículo, escribió una pequeña tabla de caídas en una tarjeta con un bolígrafo Sharpie de punta fina, la recortó de tal manera que cupiera en la solapa de uno de los portacargadores y la pegó con cinta adhesiva. Sabía que se encontraría en una desventaja considerable en un tiroteo a larga distancia frente a un enemigo armado con un rifle de fuego calibrado, pero al menos sabría cuánto debía compensar el tiro.

Robie Laine había enseñado a sus dos hijos a disparar con pistola desde largas distancias. Cinco años antes de que estallara la Escasez, había asistido a un seminario de Cope Reynolds en la Comisión de Tiro del Suroeste en Luna y estaba deseando compartir sus nuevas habilidades. Después de la clase, alcanzaba a un blanco del tamaño de un hombre a doscientos treinta metros con aproximadamente el 50% de los disparos de la Lahti de nueve milímetros. Cuando Andy volvió a casa de visita durante un permiso, Robie les enseñó a ambos los rudimentos de lo que había aprendido durante el curso. Enseguida ambos consiguieron marcas muy consistentes en un disco de acero de diez centímetros desde ciento ochenta metros de distancia.

Andy había recibido el permiso oficial para volver a Alemania, pero estaba en el limbo, tratando desesperadamente de hallar un medio de transporte, el que fuera, desde Afganistán. Los vuelos del mando aéreo eran menos frecuentes debido a la retirada de las tropas, y en las últimas semanas casi se habían suspendido. El motivo que se alegaba era el nuevo programa de ahorro de combustible<sup>30</sup> que había redactado el Congreso. Con este recorte del 80% en el presupuesto de combustible del ejército, la mayoría de las naves de la Marina se habían quedado en el puerto y los aviones de transporte en tierra. El nuevo latiguillo del ejército estadounidense era: «Miles de millones para

rescates, pero ni un centavo para combustible».

Al cabo de más de una semana suplicando al teléfono y escribiendo mensajes, al fin le asignaron un asiento en un transporte alemán C-160 de la Luftwaffe. Sin embargo, si no quería perderlo debía llegar a la sección militarizada del aeropuerto de Kabul en apenas cinco horas. A sabiendas de que era imposible por carretera, Andy reclamó un favor que le debía el comandante de la base de operaciones avanzada, que convenció a un compañero de clase de West Point que estaba al mando del cercano Regimiento Tercero de Caballería Blindada, que tenía activos aéreos adicionales. Apenas cuarenta minutos después de aquella llamada, un helicóptero de ataque Apache AH-64 con el asiento del artillero desocupado tomó tierra en el helipuerto de la base Lobežno. Ni siquiera apagó el motor. Laine estuvo un buen rato instalando el equipo en un compartimento de carga y el asiento del artillero, donde también debía sentarse. Al contrario que los antiguos helicópteros armados Cobra, el copiloto artillero ocupaba el asiento delantero. El despegue fue un tanto accidentado. El piloto, un rudo CW4 llamado Halverson, aceleró el rotor principal y ganó altura bruscamente, de tal manera que las aspas se inclinaron hasta metro y medio del suelo, levantando una considerable nube de polvo.

—¡Gracias por el viaje! —exclamó Andy, cuando se ciñó el casco y encontró el interruptor que accionaba el micrófono.

—No hay problema, señor. Me encantan los vuelos imprevistos como este. Espero que haya alguien dispuesto a devolverme el favor cuando me suba al Pájaro de la Libertad. Disfrute de las vistas. Y no hace falta que se lo diga, no toque los mandos, aparte del micrófono de Rambo. Aterrizaremos dentro de unos treinta y cinco minutos. —La mención al micrófono se refería al botón rojo que se encontraba en casi todas las palancas de mando de los helicópteros militares estadounidenses. En aquella famosa película se utilizaba erróneamente este botón para lanzar los cohetes, para la indignación de los pilotos de helicópteros militares.

—¡Estupendo! Eres un sabio, además de un caballero. —Andy experimentaba una tremenda oleada de emoción. Al fin se dirigía a casa. Mientras contemplaba el paisaje, no dejaba de pensar en Kaylee. Sacó casi cincuenta fotografías digitales de las aldeas afganas, las típicas granjas familiares amuralladas, los contornos de las antiguas ruinas y finalmente el nebuloso contorno de Kabul.

»Ojalá mi prometida pudiera ver esto —comentó, pulsando el botón rojo del micrófono.

—¡No diga eso! —exclamó el piloto—. Porque si pudiera verlo estaría desplegada en la Gran Caja de Arena con nosotros.

Laine se rió.

—Supongo que tienes razón.

Andy estaba en la pista del aeropuerto internacional de Kabul, observando el AH-64, que se desvanecía hasta convertirse en una mancha lejana. Aunque corría el mes de octubre, el clima seguía siendo caluroso. Faltaban dos largas horas para el despegue anunciado del vuelo de la Luftwaffe, de modo que se echó al hombro la mochila, la bolsa de lona y el fusil M4 y se dirigió al nuevo y



drásticamente reducido y consolidado Centro de Operaciones Aéreas del Ejército en Kabul, donde consiguió enseguida que alguien lo llevara a los hangares alemanes. Era un trayecto de dos minutos, atravesando una sección de una pista concurrida; era enervante, pero el especialista que estaba al volante se comportaba como si no tuviera nada de extraordinario. Otro día en la tierra de Kipling.

El embarque en el vuelo de la Luftwaffe fue sencillo, aunque Andy no tenía ningún documento, tan solo las órdenes de traslado. Todos los trámites se habían llevado a cabo por teléfono y los oficiales alemanes estaban al corriente de su llegada. Le entregaron un complejo itinerario con el encabezamiento «*Luftfahrt-Bundesamt*» y los típicos caracteres y horarios alemanes, en los que solo constaba el nombre y el rango de Andy, mecanografiado en el margen superior, y le aseguraron en repetidas ocasiones que esa era la única documentación que necesitaría durante todo el viaje: «*Ja, ja, Herr Major. Das ist alles*».

Cuando pensaba en la pistola de nueve milímetros oculta en el fondo de la bolsa de lona, sentía cierta angustia. Curiosamente, ni siquiera se cuestionaba la presencia del fusil M4. Como casi todos los soldados de Heer que lo rodeaban llevaban rifles Heckler & Koch G36, no era nada extraordinario. Algunos sostenían los fusiles desde las asas alargadas de arriba, un gesto que le resultaba gracioso. Parecía que llevaban maletines diplomáticos. No inspeccionaron ninguna de sus bolsas, tan solo comprobaron la identificación del ejército y la hoja con el itinerario del vuelo.

Los vuelos de carga con transbordo en Azerbaiyán tardaban unas agotadoras treinta y siete horas. El ruido era excesivo para que charlaran tranquilamente y casi todos los pasajeros (una amalgama de infantería de Heer y aviadores de la Luftwaffe) estaban algo ebrios, después de las copas que se habían tomado antes del vuelo. Al menos compartían la alegría de Andy por volver a casa.

17 En español en el original. En adelante, todas estas expresiones se indican de la misma forma.

18 *Farmington Electric Utility System*, Sistema de Corriente Eléctrica de Farmington.

19 *Navajo Agricultural Products Industry*.

20 PBO: *Property Book Officer*.

21 NCOIC: *Non-Commissioned Officer in Charge*.

22 PLL: *Production Load List*.

23 TO&E: *Table of Organization and Equipment*.

24 *Tube-launched, Optically-tracked, Wire-Guided*.

25 EPB: *Electronic Property Book*.

26 AO: *Area of Operations*.

27 MAC: *Military Airlift Command*.

28 TOC: *Tactical Operation Center.*

29 *Make it so.*

30 FAP: *Fuel Austerity Program.*

8

Ankunft

*«Wir versaufen unser Oma ihr klein Häuschen,*

*Ihr klein Häuschen, ihr klein Häusen.*

*Wir versaufen unser Oma ihr klein Häuschen,*

*Und die erste und die zweite Hypothek!»*

—Canción alcohólica famosa durante la República alemana de Weimar en 1922 que alude a la inflación disparada de la época

Traducida libremente:

*«Nos estamos bebiendo la casita de la abuela,*

*la casita de la abuela, la casita de la abuela.*

Nos estamos bebiendo la casita de la abuela,

¡y la primera y la segunda hipoteca!»

Al cabo de un vuelo interminable, el avión de Andy tomó tierra en la base aérea de Rhein-Main. Pero la urgencia y la espera todavía no habían terminado. Debía dirigirse a los cuarteles del Regimiento de Caballería Stryker en Bavaria, donde transcurrirían los últimos días del proceso.

Pasó la noche siguiente hacinado en un barracón de oficiales de la fuerza aérea<sup>31</sup>, esperando un vuelo a la base aérea de Ramstein, la más cercana a Vilseck con vuelos regulares.

Las conferencias telefónicas con los Estados Unidos estaban «temporalmente fuera de servicio», de modo que Andy no consiguió hablar con Kaylee. Pero le escribió correos electrónicos a los que ella contestaba. Ambos intercambiaron docenas de mensajes durante los dos días y noches que Andy estuvo atrapado en Rhein-Main. Por alguna razón el servicio de videollamada Skype no funcionaba. Laine sabía que la sede estaba en Luxemburgo, aunque ignoraba dónde se encontraba el servidor, y si acaso esa era la causa del problema. Dedujo que seguramente se encontraba en un edificio incendiado, en alguna población de la costa este de los Estados Unidos que se hallaba sumida en el caos.

Durante la estancia de Andy en Rhein-Main, la Agencia de Seguridad del Aéreo Europea<sup>32</sup> anunció que se habían suspendido todos los vuelos comerciales con destino a los Estados Unidos. Los correos electrónicos de Kaylee adoptaron entonces un tono impaciente. En uno de ellos escribió:

Andy:

¡¡¡VUELVE PRONTO A CASA, CARIÑO!!! ¡Métete en una caja grande de Fed-Ex si hace falta! Estoy PREOCUPADÍSIMA por ti. No duermo con tanto jaleo de viaje.

XXOOXX

Kaylee

Aunque estaba tan intranquilo como ella, Andy trataba de contestarle con un tono optimista. En uno de sus últimos correos electrónicos, antes de abandonar el barracón de oficiales, escribió:

Asunto: Re: RE: [U] ¡Proceso y vuelta a casa!

De: Laine Andrew CPT 2SCR [FWD]

Clasificación: DESCLASIFICADO

Mi querida Kaylee:

Me muero de ganas de tenerte entre mis brazos. Por favor, sigue rezando y no te preocupes. No sirve de nada preocuparse.

Lee Filipenses 4, 6-7 y el salmo 46 y grábalos en tu corazón.

Aunque se hayan interrumpido los vuelos comerciales, todavía quedan algunos vuelos del MAC. Además, he hablado con una chica de la Oficina de Traslados Militares y me ha dicho que todavía salen vuelos entre Madrid y Ciudad de México. ¡¡¡Cogeré un autobús desde México si hace falta!!! O iré en avión hasta La Habana y alquilaré una barca de remos. Lo digo en serio. VOLVERÉ a casa. Confía en EL SEÑOR. Volveré a casa, *Deo volente*, pero no olvides que ahora estamos en manos de Dios.

Estás siempre en mis pensamientos y oraciones.

Con todo mi amor,

Andy

Clasificación: DESCLASIFICADO

Si este correo electrónico está destinado EXCLUSIVAMENTE PARA USO OFICIAL es posible que se encuentre exento de divulgación obligatoria según la FOIA33. DoD34 5400./R. Se aplican los supuestos contemplados en el «Programa de ley de libertad de información del DoD», directiva DoD 5230.0, «Autorización de información de dominio público del DoD» y la orden DoD 5230.29, «Política de protección de información de dominio público del DoD».

Mientras esperaba el vuelo con destino a Ramstein, Andy comprobó que habían desconectado todos los cajeros automáticos de la base. También descubrió que el BX35, el economato y la tienda de NAAFI36 solo aceptaban dinero en efectivo; nada de cheques, tarjetas de crédito o débito ni tarjetas EC37. Burger King era el único establecimiento que continuaba aceptando tarjetas de crédito, de manera que se encontraba desbordado de clientes.

La segunda tarde del encierro, Andy se detuvo en el Burger King y pidió un menú Whopper y una cerveza.

—Noventa y seis dólares, por favor —dijo la cajera.

—Esto es un atraco a mano armada —musitó Laine, mientras sacaba la tarjeta Visa.

—Acostúmbrate. Mañana serán casi doscientos —aconsejó una voz sin rostro a sus espaldas. Al volverse, Laine vio a un comandante de la Fuerza Aérea ataviado con un uniforme de vuelo caqui de Nomex y una gorra azul en uno de los bolsillos del pantalón.

—Supongo que son los tiempos que corren —contestó, con un tono más claro.

Octubre, año uno

Shadrach Phelps estaba sentado con aire taciturno en la litera de la residencia del centro de acogida de Río Arriba. Aunque solo tenía diecisiete años, los dos muchachos que lo acompañaban contaban dieciséis, de manera que se había convertido en el cabecilla del grupo. Les resumió sucintamente la situación.

—Básicamente, estamos jodidos.

Cuando estalló la Escasez, les advirtieron que sus días en el centro estaban contados. La escuela iba a cerrarse. El centro de acogida de Río Arriba se había fundado en la década de 1940 con el nombre de «Escuela Phelps para huérfanos». Se hallaba a cien kilómetros al norte de Albuquerque, en la linde del Parque Nacional de Santa Fe, al norte del pueblo de Gallina. Se habían reducido las donaciones de las iglesias, de manera que el número de empleados y residentes había descendido considerablemente desde las cotas alcanzadas en los inicios de la década de 1970. Cuando estalló la Escasez, apenas había diecinueve chicos y tres empleados fijos en el espacioso centro de sesenta y cinco hectáreas.

Allí los huérfanos recibían una buena educación y aprendían la importancia del esfuerzo, mucho esfuerzo. El centro contaba con más de treinta hectáreas de campos de heno irrigados con los que la escuela obtenía algunos ingresos. Además, disponía de dos residencias (aunque una de ellas se había clausurado en los últimos años de la década de 1980), un aula y un edificio de usos múltiples, tres residencias de empleados (una de las cuales estaba actualmente desocupada), una cuadra y dos grandes pajares.

Shadrach Phelps era un muchacho desgarrado y moreno (sin duda tenía al menos un 50% de sangre afroamericana) aunque sus rasgos faciales indicaban asimismo otra ascendencia no identificada. Al igual que los restantes jóvenes sin nombre que el orfanato había acogido, había recibido el apellido Phelps en honor de la benefactora de la escuela, una acaudalada viuda de Santa Fe fallecida en 1962. Desde entonces, la escuela se había mantenido gracias a las donaciones de quince iglesias de Nuevo México y el este de Texas, así como las ventas anuales de heno. El Departamento de Carreteras del condado de Río Arriba llenaba esporádicamente la cámara frigorífica de la escuela con ciervos atropellados. Todos los chicos se acostumbraban a comer venado y aprendían a despellejarlos y cortarlos gracias a Diego Aguilar, que hacía las veces de cocinero, vaquero, capataz y hombre para todo del centro.

Desde que anunciaran la bancarrota y el cierre inminente de la escuela, las familias habían reclamado a quince de los diecinueve muchachos. Cuando estos hicieron las maletas y se marcharon, cundió la desesperación entre aquellos que no tenían parientes conocidos. Estas deserciones solo habían dejado a Aaron Phelps, que era el favorito del director, y el trío que componían Shad, Reuben y Matthew. El director había dejado claro que adoptaría a Aaron; sin embargo, el impasible silencio acerca de los demás no auguraba nada bueno. La noche que Aaron se instaló en la casa del director, Shad, Reuben y Matthew se reunieron para rezar y hablar.

—En mi opinión, todo el mundo se habrá muerto de hambre en cuestión de semanas. La caza de ciervos se ha ido directamente a *la mierda* desde que aumentó la población de pumas. Y aunque siembren cultivos en hilera en lugar de heno, si desconectan la corriente no habrá agua de riego. Este país volverá a convertirse en un gran desierto, sobre todo en las cotas más bajas.

—Diego dice que seguro que la red eléctrica se colapsa dentro de unas semanas —intervino Reuben.

Una voz procedente del pasillo sobresaltó a los muchachos.

—En efecto, será un invierno frío y miserable. —Era Diego Aguilar, que entró en la habitación y tomó asiento en una silla de madera frente a las literas que ocupaban los jóvenes, entrelazando las manos sobre su estómago.

»Los chicos Phelps estáis, como se suele decir, «en una posición nada envidiable». No tenéis *familia*. Aunque sois lo suficientemente mayores para desempeñar trabajos de hombre, no hay trabajo. Quizá os acojan en algún sitio, quizá en alguna de las iglesias que siguen mandándonos dinero. O quizá os ofrezcan trabajo, comida y cama en alguna de las reservas...

—Para usted es fácil decirlo —lo interrumpió Matthew—. Tiene un apellido de verdad. ¡Pero nosotros somos indios que ni siquiera saben a qué tribu pertenecen! Yo era un bebé cuando me abandonaron en una caja de fruta en la puerta de la iglesia luterana de Río Rancho. Lo único que sabían era mi nombre de pila. «Por favor, ocúpense de Matthew». Eso era lo que decía la nota. Ni siquiera estaba firmada.

Aguilar observó atentamente a los chicos. Reuben y Matthew Phelps eran sin duda indios americanos, con facciones redondas y rasgos un tanto imprecisos que no ofrecían ningún indicio de conexiones tribales. ¿Hopi? ¿Navajos? ¿Zia? ¿Mescaleros? Desde luego no eran apaches.

—Lo siento, tenéis razón —reconoció el viejo mexicano—. Olvidaos de las reservas. Allí estarán muriéndose de hambre a estas alturas. Han recibido limosnas del gobierno durante demasiado tiempo.

Al cabo de una pausa, Aguilar continuó.

—He hablado con el director y me ha dicho que podéis llevaros dos buenos caballos de monta. Dos cada uno. Os daré los arreos, una silla de *vaquero* y una alforja a cada uno. Todos los sacos de dormir que tenemos en el centro son baratos, así que también os darán dos a cada uno. Si metéis uno dentro de otro dormiréis calentitos.

Los chicos se miraron nerviosamente antes de volverse de nuevo hacia Aguilar.

—Os lo advierto, muchachos: no os acerquéis a Albuquerque ni a Santa Fe. Ahora no hay nada más que problemas en las ciudades. Acabarán cazándose unos a otros para alimentarse. Lo digo en serio. Y tampoco os acerquéis la frontera. Allí hay *hombres malos*. Y como el invierno se acerca, debéis alejaros de la alta montaña.

Los chicos asintieron.

—Entonces, ¿hacia dónde vamos? —quiso saber Shad.

—Mi madre decía que cuando aprieta el hambre hay que ir a la olla de judías. Creo que deberíais atravesar la reserva apache jicarilla y dirigiros al noroeste del Estado. Es un campo muy bueno y en muchos sitios se riega con agua de gravitación, ya sabéis, de una acequia. No como nosotros, que tenemos que bombearla. Podéis deteneros en las iglesias a lo largo del camino y pedir trabajo.

—A lo mejor encontramos trabajo como vaqueros —sugirió Reuben.

—Tú no le has echado el lazo a una vaca en tu vida —lo reprendió Shad.

—Puedo aprender.

—Tiene razón —añadió Diego Aguilar—. Podéis aprender. Así que también os daré *las reatas*. Aún me quedan algunos lazos en buen estado, que vuestros compañeros no se cargaron. —Se rascó la mandíbula—. Pero no olvidéis que lo más importante es que tenéis una espalda fuerte. Os daré a cada uno dos ganchos de heno y dos guantes gruesos. Estoy seguro de que sois capaces de apilar balas de heno. Os he visto hacerlo. Además, como todos sabéis disparar, os daré uno de los viejos rifles del .22 de la escuela a cada uno. Solo tienen un tiro y los cañones pesan una tonelada. Pero al menos podréis cazar conejos. Y desde lejos nadie se dará cuenta de que solo son del .22, así que si tenéis suerte os dejarán tranquilos.

Diego se rascó la mandíbula de nuevo y continuó:

—Os daré todo el equipo de acampada que aguanten los caballos. Si os sobra algo podéis cambiarlo por comida. Lo mismo con los cartuchos del .22. No le diré al director cuántos cargadores tenéis hasta que estéis muy lejos.

Los tres chicos asintieron.

—En mi opinión —agregó Diego—, es una injusticia que os eche a la calle, así que tengo que compensarlo con un bueno equipo. Así tendréis posibilidades.

—No nos pasará nada —le aseguró Shad, con tono optimista.

—No me gusta que el director se deshaga de vosotros de esta forma. Pero tenéis habilidades prácticas, sois buenos trabajadores y tendréis caballos.

—No se preocupe por nosotros, Diego —lo tranquilizó Matthew.

Shadrach se levantó para estrecharle la mano.

—Gracias, señor. Le prometo que cuidaremos unos de otros. Así que no se preocupe por nosotros. Somos Phelps, y eso significa que aunque no seamos hermanos de sangre, somos hermanos en Cristo.

Estuvieron con Aguilar durante toda la tarde, haciendo las maletas.

31 BOQ: *Bachelor Officers' Quarters*.

32 EASE: *European Aviation Safety Agency*.

33 *Freedom of Information Act*, ley de libertad de información.

34 *Department of Defense*, Departamento de Defensa.

35 *Base Exchange*.

36 *Navy, Army, and Air Force Institute*, Instituto de la Marina, el Ejército y la Fuerza Aérea.

37 *Electronic Cash*, sistema del Comité de la Banca alemana.

## Retorcido

«La inflación será un problema especialmente delicado durante la próxima década, debido a la inminente avalancha de deuda pública que caerá sobre los mercados financieros internacionales. La financiación de los grandes déficits fiscales desembocará en presiones políticas sobre los bancos centrales, que acuñarán divisa para comprar una parte significativa de la deuda recién emitida».

—Alan Greenspan, antiguo presidente de la Reserva Federal, *Financial Times*, 26 de junio de 2009

Base de la Fuerza Aérea de Luke, Arizona

Octubre, año uno

El curso sobre «Diversidad, sensibilidad y acoso sexual», de una semana de duración, contemplaba una hora de descanso para comer. Aunque su esposa le había preparado el almuerzo, el comandante Ian Doyle decidió meterse en el coche y dar una vuelta a la base. Aunque corría el mes de octubre, la temperatura seguía siendo agradable, entre veinte y veinticinco grados. La base de la Fuerza Aérea de Luke, que colindaba con la población de Glendale, Arizona, disfrutaba del clima soleado del desierto. Esa era una de las razones más importantes de que la Fuerza Aérea estadounidense la hubiera urbanizado durante la década de 1950 como uno de los mayores centros de adiestramiento de transición para pilotos y escuadrones de combate operativos. La base se enorgullecía de tener «360



días de vuelo al año» y debido a las condiciones climáticas imperantes la mayoría eran días de reglas de vuelo visuales<sup>38</sup>.

A Doyle el aula le daba escalofríos. No soportaba quedarse en el edificio durante las horas de descanso. La ironía más llamativa era que una de las instructoras civiles más destacadas, una mujer de treinta y tantos años con cicatrices de acné, les tiraba los tejos a algunos de sus compañeros, así como a los pilotos y los miembros del grupo médico de la 56, durante los descansos. A Doyle también le había dedicado una sonrisa voluptuosa y algunos comentarios sugerentes, aunque este jugueteaba constantemente con la alianza. El capellán estaba en lo cierto: «¡Alejaos del pecado!». Lo último que quería era compartir la hora del almuerzo con una ninfómana liberal.

Según la nueva y retorcida normativa de la Fuerza Aérea sobre acoso sexual, era lícito hacerles invitaciones sexuales a los oficiales del mismo rango de ambos sexos, así como a los civiles, dentro de un margen de cuatro niveles de salario, aunque estuvieran casados. Y estas reglas solo se aplicaban a las misiones de servicio de cada mando. En cuanto a los individuos que no estuvieran asignados al mismo mando, era lícito que un piloto de primera clase saliera con un coronel, o con la esposa de este, o incluso con ambos, sin consecuencias de ninguna clase. En opinión de Doyle, con estas nuevas directrices «del ejército del nuevo siglo» de la administración, solo estaban vetados los niños, las mascotas y el ganado. Pero incluso estos, según le habían confiado, estaban «estudiándose, como zonas grises» y habían recibido tentativamente la misma categoría de «ojos que no ven» que anteriormente se había otorgado a los homosexuales. Este cambio de política hacía que Ian se cuestionara el motivo de jugársela en la Fuerza Aérea, con la esperanza de llegar a teniente coronel antes de jubilarse. En los últimos años, los ascensos más allá de O-3 habían disminuido considerablemente a medida que disminuía el tamaño de la Fuerza Aérea. Ya le habían negado un ascenso en una ocasión y tenía sus reservas acerca de la siguiente reunión del consejo.

Durante el trayecto, Doyle no daba crédito a sus ojos. La base de la Fuerza Aérea de Luke se estaba convirtiendo en un pueblo fantasma. El Ala de Combate 56 de Doyle estaba empezando una rotación con destino a Arabia Saudí. Sin embargo, era obvio que todas las demás unidades «residentes» de la base estaban menguando, aunque ostensiblemente seguían estando «listas para misiones» y «destacadas». El aparcamiento del Grupo de Mantenimiento<sup>39</sup> de la 56 estaba casi desierto, al igual que el del Grupo de Apoyo en Misiones<sup>40</sup> y el BX, que había agotado el inventario de alimentos hacía una semana, sobre todo a manos de jubilados con «tarjetas azules» y «tarjetas grises» instalados en las comunidades circundantes. Solo había unos cuantos clientes expectantes sentados en sus coches. Ian supuso que aguardaban con la esperanza de que llegara un camión de reparto.

Los contingentes de adiestramiento de la Fuerza Aérea en Taiwán y Singapur habían abandonado el campamento discretamente hacía dos semanas, con la excusa de órdenes de movilización. En esta ocasión no se habían celebrado las acostumbradas fiestas alcohólicas de despedida. Se habían embarcado apresuradamente en vuelos comerciales, dejando atrás numerosos artículos domésticos.

Asimismo, el aparcamiento del grupo médico de la 56 estaba casi vacío, con la excepción de los vehículos de los pacientes del dentista, que confiaban en que les hicieran algún trabajo mientras todavía hubiera un servicio dental. Al fin, al acercarse a los hangares y la línea de vuelo, condujo ante los edificios del grupo de operaciones. Solo contó cinco coches y todoterrenos.

—Dios mío —musitó—. ¿Adónde ha ido todo el mundo? —Doyle había oído que había habido deserciones, pero como ahora no estaba en un escuadrón de vuelo no había comprendido el alcance del problema. Dedujo que cuando los comedores agotaron sus escasas provisiones y las raciones precocinadas destinadas a las contingencias a corto plazo, los aviadores desertaron en masa. Y según le habían dicho, se habían llevado consigo mucho equipo, combustible y casi toda la comida que quedaba en la base.

Doyle estacionó el coche en el arcén y sacó un termo de *café con leche* y el almuerzo, que consistía en dos *baleadas* (burritos de estilo hondureño) y una manzana. Masticó con aire distraído, sin apenas darse cuenta del sabor, mientras escuchaba el CD *Passion, Grace & Fire* de John McLaughlin, Paco de Lucía y Al Di Meola. Pero estaba absorto y preocupado por su hija Linda, de manera que tampoco prestaba demasiada atención a la música. Encendió la radio del coche y apretó el botón que seleccionaba las emisoras programadas en busca de la KNST 790 AM. El hombre que daba las noticias estaba transmitiendo la orden de la FAA que suspendía temporalmente todos los vuelos comerciales en los Estados Unidos debido a los disturbios que habían estallado en numerosas ciudades; en algunos casos, los aviones habían recibido disparos durante el despegue y el aterrizaje.

—¡No! —exclamó Ian, al tiempo que estampaba el puño contra el salpicadero.

Linda, que no asistía a la escuela y recibía clases en casa, estaba visitando a sus abuelos durante seis semanas, como todos los años. Los padres de Ian vivían en Plymouth, Michigan, un acomodado suburbio de Detroit. Linda tenía once años y esta había sido la primera vez que había viajado sola, aunque durante el vuelo la acompañó una azafata de la línea aérea. Blanca, que había viajado con ella durante varios años consecutivos, en esta ocasión había decidido quedarse en casa y relajarse pintando cuadros al óleo y pasteles.

—Es lo suficientemente mayor para ir sola —le había dicho—. No hay ninguna escala. Es un vuelo directo desde el aeropuerto de Phoenix hasta Detroit.

Cuando acabó la clase, Ian volvió a Buckeye, que se hallaba a treinta y cinco minutos de la base. Originalmente había sido un pueblo agrícola, pero con el tiempo se había convertido en una comunidad dormitorio, así como uno de los destinos favoritos de los jubilados. Los desarrollos urbanísticos formaban una curiosa amalgama de casas de una sola planta con tejados sintéticos que se remontaban a las décadas de 1950 y 1960, salpicados de construcciones neosureñas y McMansiones de estuco de color tierra de doscientos ochenta metros cuadrados de las décadas de 1990 o construidas después del cambio de siglo. Entre ellas seguía habiendo muchos campos, sobre todo de algodón y alfalfa, así como algunas extensas granjas lecheras que abastecían de leche y nata a Glendale y Phoenix.

Los alquileres en Buckeye costaban un 50% menos que en Glendale. Además, la tasa de delitos era más reducida y había mucha menos polución. Ian había escogido aquella casa porque tenía un garaje con mucho fondo, en el que cabía un avión de recreo, un Laron Star Streak que casi siempre estaba guardado en un remolque, con las alas desmontadas.

La noche anterior Ian había mantenido una larga discusión con Blanca. Ambos estaban terriblemente preocupados por su hija.

—Creo que el sábado iré a Detroit a recogerla.

—Pero si se han cancelado todos los vuelos, Ian.

—No, iré volando campo a traviesa en un Viper modelo D de dos asientos. Puedo ir y volver en un solo día si mi padre la lleva al aeropuerto para reunirse conmigo.

Blanca frunció el ceño y meneó la cabeza, pero Ian continuó sin descanso.

—El aeropuerto del condado de Wayne es demasiado grande y está cerca de Toledo, así que es muy arriesgado. El aeropuerto de Canton-Plymouth está a solo tres kilómetros del pueblo, pero tiene una pista de setecientos sesenta metros. Seguro que te acuerdas de que oficialmente un F-16 necesita dos mil quinientos metros, pero en circunstancias difíciles es suficiente con mil doscientos. Aunque supongo que se fuerzan un poco los frenos. Como decía el instructor del curso de transición a F-16: «Si la pista es corta, ¡tira el paracaídas y pisa el freno a fondo, chico!». Anoche lo comprobé en internet: la pista del aeropuerto de Detroit Lakes-Wething tiene mil cuatrocientos metros. Puedo conseguirlo si hace buen tiempo.

—¿Estás loco, Ian? Has servido dieciséis años. Solo te quedan cuatro para jubilarte. Si robas un avión...

—Si tomo prestado un avión —la interrumpió Ian.

—Te someterán a un consejo de guerra.

—Lo archivaré como un vuelo campo a traviesa —insistió Ian.

—Llevar a un civil en un avión de combate es una falta que se castiga con un consejo de guerra. Archivar un plan de vuelo falso supone al menos una infracción del artículo quince y quizá también un consejo de guerra. Un aterrizaje no autorizado en una pista civil demasiado corta seguramente también se castiga con un consejo de guerra. Y si algún entrometido escribe el número de cola con el prefijo «LF»41, el dedo te apuntará directamente a ti. ¡Ni hablar! No puedes jugarte los galones con dieciséis años de servicio. *Es imposible*. —Y al cabo de una pausa añadió—: ¡Estás *muy loco*!

Doyle inclinó sumisamente la cabeza hacia el pecho.

—Mira —dijo—, también había considerado el Star Streak, pero habría que hacer seis paradas en cada viaje por lo menos. Además, solo tiene dos asientos. Sería un viaje de ida y vuelta para uno de nosotros. No puedo pedir tantos días de permiso con tan poca antelación.

—Estoy de acuerdo, el Star Streak está descartado. Con tantas escalas, no sé dónde conseguirías combustible. Podrías quedarte tirado en medio de la nada.

»Solo hay que esperar hasta que se calmen los disturbios en Detroit y se reanuden los vuelos comerciales. También puedes tomarte un par de días de permiso para que uno de los dos, o quizá ambos, vayamos y volvamos en coche.

Ian frunció el ceño.

—¿Sabes cuántas ciudades tendríamos que atravesar hasta Plymouth? Los disturbios son demasiado impredecibles. Tendríamos que ir haciendo zigzag. ¿Y de dónde sacaremos tanta gasolina?

Blanca lo abrazó.

—Mira, no es más que algo momentáneo —insistió—. Tus padres viven en un barrio muy seguro. Solo ha habido disturbios y saqueos en Detroit, no han llegado más lejos. Esperemos a que se calmen las cosas. Si hace falta, tiraremos de nuestros ahorros y contrataremos un vuelo chárter hasta una de las pistas generales de clase A de Michigan. Si las cosas siguen como hasta ahora, el dinero no servirá de nada dentro de un mes, así que por qué no gastarlo. Esperemos unos días. De todas formas, no puedes tomarte un permiso hasta que acabe la clase de esa *loca*.

—Vale. Mañana es martes y este estúpido curso termina el viernes. Pero tengo otra idea: ¿qué te parece si alquilamos un Cessna 172 o un Beech Bonanza en el aeropuerto de Glendale? Salimos el sábado de madrugada, nos turnamos a los mandos y haciendo unas cuatro paradas llegamos directamente al aeropuerto de Canton-Plymouth. Entonces hacemos un descanso de cuatro o cinco horas<sup>42</sup> y volvemos a última hora del domingo o el lunes de madrugada. Al fin y al cabo, también tengo permiso de vuelo para aviones civiles. El tuyo<sup>43</sup> ha caducado, pero si alquilamos el avión a mi nombre nadie se dará cuenta.

Blanca sonrió.

—Con *el infierno*, alquilar un avión nos saldrá caro, aunque un vuelo civil es la solución perfecta. Por la mañana haré unas cuantas llamadas y buscaré un avión. Encontraré todas las paradas de repostaje en aeropuertos rurales; ya sabes, bases privadas, llamaré con antelación o mandaré correos electrónicos y averiguaré cuáles siguen vendiendo combustible de avión. ¡Esto puede salir bien, Ian! Traeremos a Linda de vuelta a casa.

La del comandante Doyle era una de las últimas unidades operativas en activo de la Fuerza Aérea estadounidense que todavía disponía de F-16. El Ala de Combate 56 había iniciado una rotación con destino a Arabia Saudí; el único despliegue en el extranjero desde que el TO&E convirtiera un ala de adiestramiento táctico en un ala de combate táctico dos años atrás. Este cambio era necesario debido a la simultánea reducción del conjunto de la Fuerza Aérea y la flota de F-16 y la aparición de los escasos escuadrones de F-22 que se habían reincorporado en condiciones terribles. Hacía tres años, debido a motivos políticos, el adiestramiento de transición de F-22 de la Base de la Fuerza Aérea de Luke se había trasladado a la base de Shaw, en Carolina del Sur. Según le habían explicado a Doyle, el presidente del Comité de Servicios Armados de la Casa Blanca era un demócrata de Carolina del Sur que estaba cumpliendo una tercera legislatura. Algunas peticiones al Congreso habían salvado a la 56 de la extinción en el último momento. Estaría de nuevo equipada con F-16, casi todos en escuadrones operativos. Pero el presidente del Comité de Servicios Armados lo había dejado muy claro: «Cuando los F-16 estén obsoletos, también lo estarán la 56 y sus grupos de apoyo».

Doyle se había incorporado unos meses después del cambio al ala operativa. Entonces lo habían nombrado oficial de mantenimiento; era el único cargo irrelevante que había desempeñado hasta

entonces. En el transcurso de las últimas semanas, se había encargado sobre todo del papeleo del Grupo de Operaciones de la 5644 o los hangares del MXG. Se trataba de una tarea ciertamente infructuosa, dado que apenas había miembros del ala en Arabia Saudí. Durante muchas horas redactó programas de formación de mantenimiento y procedimientos operativos estándar<sup>45</sup> destinados a las unidades imaginarias que serían necesarias en caso de una contingencia bélica en el teatro de operaciones. Comprendió que nunca obtendrían financiación para los Raptor F-22 y que en efecto estaban condenados a la desactivación. Su trabajo era completamente inútil.

Doyle tenía órdenes de incorporarse al ala en Arabia Saudí a finales de noviembre, aunque la rotación lo inquietaba. Estaría lejos de Blanca y Linda y temía que corrieran peligro mientras estaba ausente a causa de la reciente implosión económica. Se había preguntado en voz alta muchas veces: *¿Y si las cosas empeoran?*

En uno de los descansos de las clases, Doyle llamó con el teléfono móvil a uno de los técnicos civiles de los cuarteles del OG de la 56 que siempre estaba al corriente del pulso de la organización. La noticia lo sobresaltó.

—El Jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea está elaborando planes de contingencia para el despliegue de emergencia en los Estados Unidos de casi todos los aviones de apoyo aéreo cercano. ¡Seguro que es el sueño de algunos idiotas de la Casa Blanca! Se rumorea que toda nuestra ala será desplegada al campo Hurlburt.

—¿A Florida? ¿Para qué?

—Escucha: «Control de disturbios y supresión de saqueos». Quieren usar aviones de apoyo aéreo.

Doyle estaba asombrado.

—¿Pero qué clase de hierba chungu están fumando en la Casa Blanca? ¿Aviones de apoyo aéreo contra los insurgentes? ¡Los daños colaterales serían espantosos!

Durante el resto del día, Doyle apenas prestó atención al contenido de la clase. Su mente estaba funcionando a toda prisa.

Cuando volvió a casa descubrió que Blanca estaba llorando. Fue corriendo a los brazos de Ian, sollozando.

—Los vuelos comerciales siguen en tierra. Me he pasado todo el día al teléfono *expletivo* y la conexión *expletiva* de internet. He buscado un avión de alquiler. He llamado incluso a Chandler, Laveen y Sun City. Nada. Nadie, y quiero decir nadie, los alquila. Dicen que están robando demasiado aviones en vuelos de «no retorno». Uno de los gerentes me ha confesado que les dicen: «Pueden quedarse con la fianza, pero tendrán que mandar a alguien a recoger el avión a Montana».

—¿Cuántos aviones han robado?

—Antes de que dejaran de alquilarlos, alrededor del 80%. Además, estaban secuestrando algunos vuelos chárter, así que también dejaron de hacerlos. Entonces empecé a llamar a las bases de

operaciones avanzadas y los aeropuertos generales de Michigan. Allá arriba es lo mismo. No encuentro ninguna compañía de chárter para traerla, por mucho dinero que ofrezca. ¿Qué vamos a hacer?

Ian reflexionó un instante y dijo:

—No te preocupes. Mi padre tiene muchas armas. Puede enfrentarse a los insurgentes que lleguen hasta el barrio.

El viernes, después de que Ian volviera de clase, recibieron una llamada de una vecina de sus padres en Plymouth, Michigan. Aunque vivía al otro lado de la calle, los estaba llamando desde Iowa. Sollozando, le dijo a Doyle:

—Tu padre disparó a dos pandilleros que estaban intentando echar mi puerta abajo. Me salvó la vida, Ian. Le estoy muy agradecida. —Hizo una larga pausa antes de proseguir—: No sé cómo decirte esto, Ian. Cuando empezó a disparar, los demás se enfadaron, rodearon la casa de tu padre y le arrojaron cócteles molotovs. Ardió hasta los cimientos. Nadie salió de la casa. —Sollozó de nuevo y añadió—: Tu hija estaba allí. ¡Lo siento muchísimo!

Los días siguientes fueron difíciles para los Doyle. Ian se tomó dos días de permiso de emergencia. Aunque ambos estaban profundamente afectados, seguían considerando los recientes acontecimientos. Durante el fin de semana, los noticiarios anunciaron que estaba aumentando el número de ciudades norteamericanas que se sumían en la anarquía.

38 VFR: *Visual Flight Rules*.

39 MXG: *Maintenance Group*.

40 MSG: *Mission Support Group*.

41 *Landing Force*.

42 RON: *Remain Overnight*.

43 ASEL: *Airplane Single Engine Land*.

44 OG: *Operations Group*.

45 SOP: *Standard Operating Procedures*.

«Si Dios no gobierna a los hombres, los gobernarán tiranos».

—William Penn, fundador y primer gobernador de Pensilvania

Radcliff, Kentucky

Noviembre, año uno

A medida que aumentaba la frecuencia de los disparos y las sirenas de los coches patrulla en Radcliff, Sheila decidió que había llegado el momento de mudarse. Después de la muerte de su esposo, no había nada que los retuviese allí. Consultó a su abuela y ambas descartaron volver a Luisiana, donde los desórdenes eran todavía mayores que en Kentucky. Sheila mencionó Bradfordsville, Kentucky, un pueblecito que solo habían visto en una ocasión. Se hallaba a una hora y veinte minutos en coche al este de Radcliff.

—¿Te acuerdas? Estaba muy lejos de las interestatales y había un viejo almacén en alquiler.

—¿Tenemos gasolina suficiente para llegar hasta allí? —quiso saber Emily.

—Sí, pero no la suficiente para volver si no sale bien.

—Entonces recemos —dijo Emily suavemente.

Ambas inclinaron la cabeza y rezaron durante diez minutos. Después se miraron y sonrieron.

—¿Sientes la convicción? —preguntó Sheila.

—*Oui, tout à fait.* Claro que sí.

Llamaron a Tyree y empezaron a cargar el coche de inmediato.

El viaje hasta Bradfordsville fue angustioso y Tyree sostuvo nerviosamente la escopeta durante todo el trayecto.

Se toparon con dos barricadas, ambas defendidas por ayudantes del sheriff. En la primera, en las inmediaciones de Hodgenville, efectuaron una breve llamada de radio y comprobaron la matrícula. Sheila oyó que el ayudante mencionaba:

—Solo son dos mujeres y un niño. —Al cabo de unos minutos de espera impaciente les indicaron que

siguieran adelante.

La segunda barricada se encontraba al oeste de Bradfordsville y estaba estratégicamente situada sobre un puente de escasa altura al oeste de High View Drive, en la autopista estatal 337. Consistía en seis camiones y remolques en formación escalonada con el fin de detener el tráfico, que se convertía en un hilillo lento y serpenteante. En ella había un ayudante del sheriff de uniforme y dos ciudadanos con pantalones vaqueros y gorras de béisbol. Los tres empuñaban rifles idénticos; aunque Sheila no los reconocía, supo gracias a los cargadores sobresalientes que eran automáticos o semiautomáticos.

El ayudante se acercó a la ventanilla de Sheila y le preguntó con suspicacia:

—¿A qué ha venido?

—Voy a ver al propietario de un edificio comercial que he visto que se alquila.

—¿Cuál?

—No había ningún rótulo. Recuerdo que estaba al lado de un edificio viejo, un mercado.

—Bueno, ahora los dos están desocupados —gruñó el ayudante.

—Quiero abrir una tienda en el edificio más pequeño, si Dios quiere.

El ayudante asintió y observó:

—Bueno, alguien debería abrir una tienda antes de que la gente se muera de hambre. —Al cabo de un instante añadió—: Hay que ser muy valiente para abrir un negocio en esta época. Tenga cuidado. Si tiene algún problema, pregunte por mí, ¿de acuerdo? Soy el ayudante Dustin Hodges.

Sheila asintió y sonrió.

El ayudante Hodges hizo un ademán con la mano y dijo:

—Que Dios la bendiga, señora.

Mientras sorteaban despacio el resto de los acusados recodos de la barricada, Emily citó una de sus frases favoritas, de la obra *Un tranvía llamado Deseo*: «Siempre he dependido de la bondad de los desconocidos».

El antiguo edificio comercial se hallaba en la calle mayor que atravesaba Bradfordsville, entre el difunto mercado y una gasolinera cerrada. En esta última había un rótulo de gran tamaño escrito a mano sobre una puerta entablada que proclamaba: «NO HAY GASOLINA».

Sheila se apeó del vehículo y examinó el edificio. Era de estilo antiguo, con una falsa fachada, y daba la impresión de que databa de la década de 1920 o incluso antes. Se asomó a los escaparates polvorientos, atisbando un local pequeño, dentro de un semicírculo de armarios acristalados. Al



fondo había una puerta que daba a una trastienda. Aparentemente había un apartamento escaleras arriba.

Un discreto rótulo escrito a mano adherido al otro lado del escaparate rezaba: «Se vende o se alquila. Llame a Hollan Combs», indicando un número de teléfono con el prefijo 270.

Sheila extrajo una libreta. En la cara interna de la tapa vio algo que su madre había escrito un año antes de morir de cáncer uterino:

«Los hombres prudentes adivinan al mal y se esconden; los simples, sin embargo, lo ignoran y sufren el castigo».

—Proverbios 22, 3

Sheila anotó apresuradamente el nombre y el número de teléfono en una página en blanco.

Les dijo a Emily y Tyree que esperasen en el coche. A continuación se dirigió a la cabina de teléfonos de la gasolinera.

—Mamá, los teléfonos no funcionan —objetó Tyree—. Ni siquiera los móviles.

—Lo sé, lo sé.

Por suerte, en el soporte de plástico seguía habiendo un listín telefónico local. En la «C» encontró: «Combs, H. 200 S. Calle Sexta, Bradfordsville».

La dirección se hallaba a solo dos manzanas de distancia. Sheila dejó de nuevo a su hijo y su abuela en el coche y llamó a la puerta de una casa que parecía datar de los sesenta. Un rótulo ajado anunciaba: «Laboratorio de edafología Combs».

El hombre que abrió la puerta tenía más de setenta años, era delgado y llevaba unas gruesas gafas de montura de plástico negro, así como un achatado revólver Dan Wesson del calibre .37 en una cartuchera en la cinturilla del pantalón.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Me llamo Sheila Randall. Me gustaría alquilar ese edificio y el apartamento de encima, al lado de la gasolinera. Usted es el dueño, ¿no?

Combs titubeó.

—Bueno, en el pueblo hay agua corriente, que brota de un manantial, junto a la frontera del condado de Taylor, pero no tenemos corriente eléctrica, y no sé qué alquiler cobrarle en esta época.

—Le propongo cinco dólares al mes.

El anciano se rió y se dio una palmada en la cadera.

—Estará de broma. Con cinco dólares no se compra ni un caramelo.

—Quiero decir cinco dólares en monedas de plata.

Hollan Combs alzó la mandíbula y dijo:

—Ah, bueno, eso es diferente. —Reflexionó un instante y concluyó—: Necesito dos meses por adelantado; después puede alquilarlo de un mes para otro. Además, necesito una declaración firmada de que lo acepta tal como está, sin ninguna garantía de que vuelva la corriente eléctrica. Y si acaso volviera, le cobraría la factura aparte.

Al cabo de unos minutos, Combs abrió la puerta de la tienda y franqueó el paso a Sheila, Tyree y Emily.

—Mis últimos inquilinos eran hermanos. Tenía una tienda que ofrecía una combinación única de armas, cigarrillos y licores. Lo llamaban «Alcohol, tabaco y armas de fuego» y hasta contestaban al teléfono diciendo eso. Pero la recesión empeoró, hubo una recaída y después otra, ya sabe. Cerraron hace un año. He oído que se mudaron a Tennessee.

Sheila inspeccionó las vitrinas acristaladas mientras Combs continuaba:

—Reformaron el tejado hace solo tres años. El apartamento no es gran cosa, pero lo han pintado desde que se fueron los anteriores inquilinos. El hombre que limpió la chimenea también instaló un codo nuevo en el hornillo de madera porque el viejo estaba oxidado. Estaba limpio, aunque me temo que los ratones hayan hecho de las suyas allá arriba.

Sheila observó complacida que en el edificio había muchas ventanas, de manera que entraría luz suficiente para los negocios en ausencia de corriente eléctrica. Aún quedaban rastros del uso al que antiguamente se había destinado el edificio. La trastienda estaba llena de cajas de armas y whisky vacías y una de las vitrinas conservaba un reconocible aroma a tabaco. Había un soporte para veinte rifles vacío en la pared norte de la tienda, detrás del mostrador. La única entrada al apartamento era una escalera interior que nacía en la estrecha trastienda sin ventanas. Las escaleras crujieron cuando subieron. El apartamento tenía dos dormitorios, un hornillo de gas, un horno de madera y carbón de la marca Jøtul, un frigorífico eléctrico (abierto con un tronco de leña) y un reducido cuarto de baño con lavabo, bañera y ducha.

—Tráigame los papeles del alquiler. Me lo quedo —declaró Sheila.

En menos de una hora habían descargado el coche y se habían instalado. Llenaron dos de las vitrinas acristaladas con las bolsitas de semillas de Sheila en hileras ordenadas y dispusieron otros artículos de trueque en otra vitrina.

—No es mucho para empezar —comentó Emily.

—Confiamos en el Señor, abuela, confiamos en el Señor.

—Sabrás que los diez dólares de plata que acabas de darle al señor Combs eran casi todas las

monedas que teníamos —advirtió Emily—. Solo me quedan tres cuartos de plata y una moneda de diez centavos.

—Confía en el Señor, abuela, confía en el Señor.

Sheila sacó las témperas y escribió eslóganes en la cara interna de los escaparates, anunciando: «La dama de las semillas», «Productos de todas clases», «Compro, cambio, vendo» y «Abierto de 8:00 a 20:00. Cerrado los domingos». El primer cliente entró antes de que se hubiera secado la pintura. Cambió una caja de cartuchos del calibre .12 por tres paquetes de semillas. Durante los siguientes días hubo un flujo constante de clientes impacientes. Algunos llegaban incluso desde los lejanos pueblos de Lebanon y Campbellsville. Sheila se labró una reputación de dependiente astuta y justa.

Los clientes le ofrecían toda clase de cosas a cambio de semillas, o al menos trataban de cambiárselas. La mayoría eran chatarra y Sheila adoptó la costumbre de decirles, empleando un tono amable aunque firme: «Paso». Pero en cambio aceptaba ciertos objetos sólidos, como herramientas, latas de lubricante WD-40, pilas, rollos de cinta adhesiva, munición y diversos artículos de ferretería como clavos, tuercas y tornillos. Rechazaba los electrodomésticos que requiriesen corriente eléctrica, porque la red se había caído y las pilas escaseaban.

A media tarde del sexto día, un hombre que estaba un tanto ebrio le ofreció una antigua radio de sobremesa con tubo de vacío de la marca Pilot y estuche de madera. Captaba bandas de onda corta y amplitud modulada, y según el hombre funcionaba bien cuando había corriente. También le aseguró que su abuelo había incorporado capacitadores nuevos, en sustitución de los antiguos, que tenían envoltorios de papel. Sheila se disponía a rechazarla cuando intervino su abuela:

—Mira por detrás. ¿Tiene transformador? ¿Cuántos tubos tiene?

Perpleja, Sheila obedeció enseguida, porque la cubierta trasera original de la radio se había perdido.

—No tiene transformador y tiene cinco tubos.

—Adelante, cámbiasela.

—Pero abuela, funciona con corriente alterna y no tenemos generador.

Emily insistió.

—Adelante, cámbiale la radio, ya te lo explicaré después.

Sheila entabló entonces una negociación despiadada y acabó entregándole al desconocido un paquete de semillas de calabacín a cambio de la antigua radio. Después de que se fuera, Emily le ofreció una explicación:

—Sheila, niña, eso es lo que tu difunto abuelo llamaba una radio «All-American Five». Él solía repararlas. Si tiene cinco tubos y no lleva transformador, funciona con corriente alterna o continua. En los viejos tiempos, en el pantano, cuando no había una toma de corriente cooperativa, nuestra familia conectaba diez y hasta once pilas seguidas. Así obteníamos unos ciento quince voltios de

corriente continua. ¡Con eso se alimenta una radio de esas durante días y días! ¿Y qué es lo que ves en todas partes últimamente? Yo te lo diré: coches abandonados sin gasolina. Pero todos tienen una batería de doce voltios, ¿verdad? Corre la voz de que cambias baterías de automóviles cargadas. Vamos a escuchar la onda corta, ¡quizá esta misma noche!

## Comienzos provisionales

«Hay dos métodos, o medios, y solo dos, mediante los que se satisfacen las necesidades y los deseos de los hombres. Uno de ellos es la producción y el intercambio de riqueza; este es el método económico. El otro es la apropiación no remunerada de la riqueza que producen los demás; este es el método político».

—Albert Jay Nock, *Nuestro enemigo, el Estado* (1935)

Radcliff, Kentucky

Últimos días de octubre, año uno

La situación en Radcliff se había descontrolado. El sonido de los disparos hendía todas las noches. Había una media de ocho allanamientos con robo cada día y la mayoría de los casos nunca llegaban a resolverse. Muchos ni siquiera se investigaban. El alcalde había abandonado el pueblo sin previo aviso en un remolque Ryder alquilado y nadie sabía adónde había ido. El jefe de policía había sido abatido en un tiroteo y más de la mitad de los agentes de policía no se presentaban al trabajo.

Apenas habían dado las siete de la mañana y Maynard Hutchings estaba sentado en el salón, envuelto en una bata, dando cuenta del último tarro de café soluble que le quedaba, escuchando alternativamente la emisora de la policía y la radio de banda ciudadana. Las últimas habladurías aseguraban que Washington D. C. había ardido hasta los cimientos. Su esposa entró en la cocina y preguntó con tono expectante:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, cariño?

—Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿No es hora de que convoques una reunión o algo así? ¿No eres el

presidente?

Hutchings asintió. Era el presidente de la Junta de Supervisores del condado de Hardin. Ahora que no había alcalde en la ciudad, ni siquiera un alcalde en funciones, era quien tenía más derecho a tratar de imponer el orden. Aunque habían desconectado la corriente eléctrica, los teléfonos locales seguían funcionando, de modo que Maynard hizo algunas llamadas.

Los restantes miembros del consejo no accedieron a reunirse. Creían que era peligroso y que sus familias correrían peligro durante su ausencia. Dos de ellos le presentaron verbalmente su dimisión.

Entonces llamó a sus compañeros de golf para sustituirlos. Convocó una reunión aquella misma tarde a las dos en el tribunal del condado. En el último momento llamó al general Uhlich para invitarlo. Gracias al nuevo sistema de dirección centralizada del ejército, el comandante general Clayton Uhlich llevaba dos sombreros. Era el comandante de facto de Fort Knox y el jefe de la armería, el director de la escuela de pilotos de tanques y del programa de desarrollo de vehículos blindados del ejército estadounidense. Lo único que Hutchings sabía acerca de Clay Uhlich era que era un general de dos estrellas que bebía whisky escocés antes de las cinco de la tarde y hacía trampas jugando al golf.

Centro de acogida de Río Arriba, Gallina, Nuevo México

Últimos días de octubre, año uno

A las ocho de la mañana siguiente, los muchachos Phelps estaban recorriendo el sendero que conducía al oeste desde el centro de acogida de Río Arriba. El director, visiblemente sonrojado ante aquella situación, ni siquiera había acudido al establo para despedirse de ellos. Aguilar había cumplido su promesa y les había entregado caballos de monta con grandes alforjas, sacos de dormir instalados en el espacio del acompañante y alforjas más pequeñas en los faldones. Las abultadas alforjas que colgaban de las albardillas de los caballos de carga (alazanes grandes, mansos y «a prueba de bombas») estaban repletas y tenían una solapa de tela marrón recubierta de goma nueva que se aseguraba mediante cinchas. Aguilar había elaborado el inventario con sumo cuidado y hasta les había dado un recibo de cada uno de los caballos como prueba de que no los habían robado.

Observó atentamente a los muchachos mientras estos llenaban las alforjas, ajustaban las correas de las sillas y cerraban las cinchas. Matthew le pidió ayuda, pero Aguilar meneó el dedo, reprendiéndolo:

—No, no, no. No tendrás mi ayuda en la carretera, así que no me la pidas ahora. Tienes que demostrarme que sabes ponerle los arreos *tú solito*. —Al cabo de dos nuevos intentos, Matthew centró al fin el nudo y ajustó correctamente las cinchas, dedicándole una amplia sonrisa cuando lo hubo conseguido. Dándole una palmada en la espalda, Aguilar exclamó—: ¡Puedes estar orgulloso!

Cuando los tres chicos se hubieron encaramado a las monturas y estirado las riendas de los caballos de carga, Diego Aguilar les estrechó la mano, aconsejándole a Shadrach:

—Listos o no, vais a adentraros en un mundo de hombres en el que nadie cuidará de vosotros, y

aunque odio tener que decíroslo, ahora mismo es un mundo lleno de peligros en algunos lugares. Rezaremos por vosotros. Cuidaos y ocupaos de los caballos. *¡Id con Dios!* —Los chicos le dieron las gracias y se quitaron el sombrero para despedirse del director, que estaba delante de su despacho, a doscientos metros de distancia. Este alzó la mano y les devolvió el saludo. Los tres chicos trataron de disimular que estaban llorando.

Cuando llegaron a una extensión llana, a un kilómetro y medio de distancia siguiendo la carretera de French Mesa, Shad les ordenó que se detuvieran. Volvieron la vista atrás y contemplaron el mosaico de campos del valle que se abría a sus pies.

—El señor Aguilar quería que esperase hasta que nos hubiéramos alejado del centro para sacar esto —dijo Shad—. No quería que el director montase una escena, porque le había dicho que solo nos daría los .22.

Entregándole las riendas del caballo a Reuben, Shad aflojó el saco de dormir que llevaba detrás de la silla y lo desenrolló, descubriendo las dos mitades de un gastado rifle desmontable Marlin modelo 1893. La sección delantera estaba enfundada en una cartuchera. Con algunas dificultades, Shad montó el rifle tal como le había enseñado Aguilar y lo cargó con siete cartuchos .30-30 de punta plana. Vació el resto de la caja de veinte proyectiles en el bolsillo de su chaqueta y la cerró con fuerza. Entonces, después de amarrar la funda del .30-30 a la silla, metió el rifle del .22 debajo de los arreos del caballo de carga.

—Vale, ahora tenemos un rifle capaz de abatir a un ciervo o parar a un depredador.

—Sí, de los que caminan sobre dos piernas —añadió Matthew.

Base de la Fuerza Aérea de Luke, Arizona

Últimos días de octubre, año uno

Los últimos dos días de Ian Doyle en el campo de Luke fueron surrealistas. Cuando atravesó el arco de entrada en el recodo de la carretera de Lichtfield a las 6:35, observó que este se hallaba completamente desierto. Había un incongruente rótulo con la advertencia «Amenaza de nivel naranja» pegado junto a la puerta. Recorrió la base durante toda la mañana, en busca de alguien que todavía estuviera de servicio al tiempo que elaboraba visualmente un inventario de los activos. En el complejo de viviendas de los suboficiales descubrió a un grupo de pandilleros cargando descaradamente el botín robado en la caja de una camioneta.

Doyle comprobó que no quedaban aviones en la rampa. También habían desaparecido todos los vehículos militares, «requisados» o robados, incluidos los camiones de combustible. El Learjet C-21 que usaban los empleados de servicios generales se había desvanecido, al igual que algunos F-16.

Ian buscó contenedores de combustible durante casi toda la tarde. No dio con ningún bidón de gasolina, aunque al fin encontró docenas de botellas de refrescos de dos litros vacías en los contenedores de reciclaje cercanos al BX. Las llevó a la terminal de combustible y lubricantes<sup>46</sup> y descubrió que alguien había dejado en ella un pequeño generador Honda conectado para alimentar

dos de las bombas de combustible. Una de ellas dispensaba 100LL, una gasolina de aviación de alto octanaje con plomo. Aquella tarde regresó a Buckeye con casi quinientos treinta litros de 100LL en la sección de carga del Suburban, con el asiento trasero plegado. Los tapones de algunos contenedores tenían fugas, de manera que durante casi todo el trayecto estuvo asomado a la ventanilla, respirando aire fresco. Rezó para que no le tendieran una emboscada, ya que incluso una ligera chispa desencadenaría una tremenda explosión.

Ian esperó hasta que hubo oscurecido y después Blanca y él llevaron los contenedores de combustible al patio trasero, donde los cubrieron con una lona.

A las 6:15 de la mañana siguiente volvió a la base. Deambuló durante toda la mañana a través del Grupo de Operaciones de la 56, que estaba casi desierto, y los hangares y los edificios del Grupo de Mantenimiento. A las 9:30 encontró a algunos pilotos jóvenes y dos suboficiales E-5. El resto eran reclutas de bajo rango. Al encontrar a un contingente tan lastimoso en la base, Doyle sucumbió al desánimo. Regresó al hangar y los edificios de oficinas del Grupo de Mantenimiento de la 56, donde se topó con un teniente que estaba inspeccionando los armarios y las taquillas, buscando inútilmente algo que llevarse a la boca.

—Teniente, corra la voz. Quiero que anuncie que habrá una formación general, de todos los grupos, en el hangar principal del OG de la 56 a las 11:00 horas —ordenó.

A las 11:00, solo se habían reunido veintiún miembros del equipo de tierra y siete pilotos. Solo había otro capitán. Ambos se entrevistaron y descubrieron que el rango de Doyle era dieciocho meses más antiguo, otorgándole a este preferencia. A lo lejos se divisaba el humo que se elevaba de los incendios que asolaban todo Phoenix y el chisporroteo de los disparos era casi ininterrumpido. Algunos sonaban cerca, en Glendale. Doyle ordenó al grupo reunido que formara.

—¡Atención! ¡Descansen! —exclamó:

Aspiró una honda bocanada de aire y empezó:

—Caballeros, este es un día triste para mí y para la Fuerza Aérea. Como capitán, soy el oficial de más alto rango de la base, lo que me convierte en el comandante de facto de todas las instalaciones de la base de Luke. Como sabrán, a causa de la rotación a Arabia Saudí nuestro número había disminuido notablemente antes incluso de que estallara la Escasez. Y ahora no hay corriente eléctrica y los generadores de apoyo ATC se han quedado sin combustible. Los depósitos de agua se han agotado y como no tenemos corriente eléctrica, no podemos rellenarlos. Como estoy seguro de que habrán oído, ha habido numerosas requisiciones de emergencia de aviones, algunas de ellas dudosas. Más recientemente, se han producido varios robos, sin planes de vuelo ni la autorización de la torre de control. Eran nuestros últimos aviones en condiciones de vuelo. Las bandas locales están saqueando los edificios anejos y no hay personal de seguridad suficiente para defender el perímetro. No tenemos unidades íntegras ni una cadena de mando operativa. He decidido que nuestra posición es insostenible y que somos incapaces de llevar a cabo ninguna misión. En este punto, hasta el personal de seguridad está en peligro.

Doyle dejó que asimilaran aquella declaración y continuó.

—La gota que ha colmado el vaso ha sido la constatación, esta misma mañana, de que no queda ni una sola lata de judías en el comedor. La conclusión es que no podemos mantenerlos si no somos capaces de alimentarlos. Por lo tanto, despido a todo el personal de la base. Cuando acabe la formación, tendrán un permiso indefinido hasta que termine su servicio o reciban órdenes distintas de un oficial de la Fuerza Aérea de un mando en una auténtica posición de autoridad. Caballeros, son ustedes libres. Estarán presentes en mis oraciones. Eso es todo. ¡Rompan filas!

Después de la formación, Ian condujo hasta la armería de la Seguridad de la Fuerza Aérea, donde descubrió que faltaba el mecanismo de cierre de la puerta; lo habían cortado con un soplete. Dentro comprobó que habían saqueado el edificio. Los cuerpos de dos hombres con ropa de paisano y cortes de pelo militares estaban tendidos en el suelo. Entre ellos descansaba el carro de un soplete de oxiacetileno. Ambos habían sido abatidos de sendos disparos. Los cadáveres estaban hinchados y olían a putrefacción. Aquella visión le produjo náuseas. Jamás había visto uno desde tan cerca. Era evidente que habían usado el soplete para entrar en la armería y después habían abierto y vaciado nueve vitrinas de rifles y pistolas. Ignoraba lo que había ocurrido a continuación. Tal vez hubiera habido una doble traición. Todas las vitrinas estaban vacías, excepto una que todavía estaba cerrada con llave. Contenía cinco rifles M16A2.

—Bueno, no puedo dejarlos sin protección —musitó Doyle.

Encendió el soplete y cortó el candado de la última vitrina. Llevó los cinco M16 hasta el Suburban en un solo viaje, echándose los rifles sobre los dos hombros. La inspección del edificio reveló una caja de veintitrés cargadores de M16 repletos debajo de una carpeta que contenía las listas de turnos, dentro de un archivador. También descubrió un equipo de limpieza de M16.

Anahuac, Texas

Últimos días de octubre, año uno

Cuando cayó la red eléctrica de Texas, las ciudades de Dallas, Houston, San Antonio, Austin y Fort Worth sucumbieron enseguida a los disturbios y los saqueos. Cuando la emisora de radio local informó que en todas ellas habían estallado enfrentamientos simultáneos, García decidió que había llegado el momento de que La Fuerza se pusiera en marcha.

Un total de cincuenta y tres adultos y veintitrés niños abandonaron el almacén de Anahuac, formando una caravana de veintiséis vehículos, y no volvieron nunca. Salieron del recinto como avispa de un avispero. El centro de Anahuac fue la primera parada de la lista.

46 POL: *Petroleum, Oils and Lubricants.*



## El pequeño Ricky

«Una nación es más próspera cuantos menos obstáculos se interponen en el camino del espíritu de la libre empresa y la iniciativa privada. Los ciudadanos de los Estados Unidos son más ricos que los del resto del mundo gracias a que este gobierno adoptó una política de obstrucción a la empresa después que los de otras regiones del mundo».

—Ludwig von Mises, *La mentalidad anticapitalista* (1972)

Elizabethtown, condado de Hardin, Kentucky

Últimos días de octubre, año uno

—Se abre la sesión. Sally se encargará de levantar actas. —Hutchings escrutó los rostros que flanqueaban la mesa. Muchos se mostraban inseguros y nerviosos. Uhlich, en cambio, tenía un aire divertido. Había tres abogados, dos directores de banco y un inspector de Hacienda. Aparte del general, Hutchings conocía a la mayoría de los asistentes desde el instituto. Sentados frente a una de las paredes estaban el sheriff del condado, el jefe de policía en funciones y dos hombres ataviados con uniforme de camuflaje que habían llegado con Uhlich: un sargento mayor y un joven teniente que hacía las veces de ayuda de campo. Asimismo había una taquígrafa del juzgado sentada a un lado que aporreaba en silencio un estenógrafo a pilas. El edificio de la Oficina del Condado olía a moho ahora que habían desconectado la corriente.

»Teniendo en cuenta la, eh..., situación sin precedentes en todo el país —prosiguió Hutchings—, está claro que debemos tomar medidas para restaurar el orden, no solo en el condado de Hardin. He pedido al general Uhlich que forme parte de este consejo de emergencia en calidad de consejero. Necesito que todos estemos decididos a tomar las medidas necesarias para imponer de nuevo el orden.

Hubo algunos asentimientos, de modo que Hutchings continuó.

—Presento una moción para declarar la ley marcial, aumentando la declaración existente del Estado de Kentucky, de modo que de ahora en adelante los saqueadores sean abatidos en el acto. Se requisarán provisiones y mano de obra a la fuerza si hace falta.

Bloomfield, Nuevo México

Mayo, año uno

L. Roy Martin había contratado al cubano apenas seis meses antes de que estallara la Escasez,

arrebatándoselo a una refinería de Oklahoma. Ricardo López tenía reputación de ser un ingeniero con muchos recursos. Se había criado en Cuba entre los años setenta y ochenta del siglo pasado y había aprendido a improvisarlo todo. A las órdenes de López, la segunda unidad de la planta de Bloomfield se diversificó de inmediato, incorporando las funciones de aislamiento y decantación de diversas fracciones y compuestos que hasta entonces se habían desechado porque no resultaban económicas. El crudo ligero dulce de las Cuatro Esquinas y el gas natural solo se consideraban económicos para los combustibles ligeros.

Al haberle dado Martin carta blanca, López acaparó las instalaciones, llenando casi todo el espacio disponible en los almacenes con grandes cantidades de contenedores de plástico de diversas formas y tamaños.

Compró miles de bidones de aceite de veinte litros sin marcas (de los que solían utilizarse en la venta de fluido hidráulico), surtidores y latas Scepter de veinte litros con especificaciones militares y treinta mil botellas de aceite vacías de un litro. Adquirió tantos recipientes pequeños que fue necesario más espacio de almacenamiento, así que compraron catorce contenedores de carga de doce metros de Continental Express (CONEX), que se pintaron de blanco, a juego con los tanques de almacenamiento de Bloomfield, y se colocaron en formación de falange junto al edificio de Bulk Lube, cerca de las puertas principales. Estos CONEX se llenaron de botellas sin etiqueta recién salidas de fábrica, así como de tarros, bidones y toda clase de tambores pequeños.

La cuantiosa compra de bidones Scepter fue la causa de que Phil McReady, el gerente de la planta, se quejara al fin ante Martin. McReady entró en el despacho de L. Roy con una expresión adusta en el semblante. Llevaba una copia de la orden de compra, que depositó bruscamente sobre el escritorio de Martin, exclamando:

—Señor, ¿ha visto esto?

Martin alzó la mirada del amplio monitor de pantalla plana y se dio la vuelta en la silla, inclinando la cabeza para examinar el documento con sus lentes bifocales.

—Bueno, esta orden concreta no, pero Rico y yo hemos discutido este asunto y estamos de acuerdo en que ocho mil bidones de veinte litros y tres mil po... eh..., «surtidores» es un número adecuado. Solo discutimos cuántos surtidores debían ser de pequeño diámetro para la gasolina sin plomo.

—Pero Ray, la venta de esos bidones y surtidores a civiles no está autorizada en los Estados Unidos porque no cumplen las reglas del Consejo de Recursos Aéreos de California<sup>47</sup>. Ayer se lo dije a López y me contestó: «Ya sé que están prohibidos, pero podemos comprarlos si decimos que son para la exportación». ¿Está loco? ¿Cómo vamos a recuperar esa inversión? ¡No estamos en el mercado de la exportación! Ni siquiera tenemos representante de ventas en México. Estoy seguro de que sabe que PEMEX tiene ese mercado en el bolsillo gracias un trato ventajoso con el PRI. Ahí abajo hay un monopolio absoluto. ¿Para qué compramos todos esos bidones si no tenemos mercado? ¡Es absurdo! Y López tiene una extraña fijación con los recipientes más pequeños. Nosotros trabajamos con grandes cantidades. No preparamos contenedores pequeños para minoristas. No tenemos los canales de distribución necesarios. Esto no tiene sentido.

Martin se rió entre dientes.

—Creo que antes de un año le agradecerás al doctor López que haya comprado tantos contenedores, y quizá hasta te preguntarás por qué no compramos más. Tal como está la economía, nos enfrentamos a un problema serio.

McReady le dirigió una mirada perpleja.

—Estamos al borde del abismo —explicó Martin—. Te diré simplemente que creo que el mercado y el entorno legislativo están a punto de sufrir un cambio significativo, de modo que las leyes sobre los bidones de combustible son el menor de nuestros problemas. Además, no olvides que yo no tengo que responder ante ninguna junta de directores. Esta planta es mía. La he pagado en efectivo y aunque algunas cosas te parezcan poco ortodoxas, tengo mis razones para hacerlas. Es mi bebé.

Sin darle tiempo para contestar, L. Roy prosiguió:

—Así que de ahora en adelante espero que solo menciones los proyectos del doctor López si surge algún problema de seguridad que no se soluciona correctamente o crees que se producen infracciones. —Martin entrelazó sus manos regordetas sobre el escritorio, descansó el mentón sobre ellas y miró fijamente a McReady.

Este susurró: «Entendido» y abandonó el despacho.

El cambio de rumbo que Ricardo López había obrado en la planta desconcertó y molestó a los veteranos como McReady, que lo consideraban una especie de científico loco y opinaban que la mayoría de sus proyectos no saldrían adelante. Como López era cubano y solo medía uno sesenta de estatura, le pusieron el sobrenombre de «ingeniero Ricky Ricardo» o «El pequeño Ricky». Hasta que estalló la Escasez no comprendieron que L. Roy y López habían reconvertido la empresa de tal manera que siguiera operando en medio del catastrófico tumulto económico.

Martin ordenó inmediatamente que se cerraran tres de las cuatro unidades de la planta, así como todos los contratos comerciales existentes de la empresa.

—Ya no aceptamos billetes. ¡Solo plata! —decretó. La gasolina, el diésel y el propano se vendían a cinco céntimos el litro en monedas de plata estadounidenses anteriores a 1965 o el peso equivalente en dólares de plata fina de 0,999. Los bidones de combustible Scepter vacíos se vendían a cuatro dólares cada uno en monedas de plata y los surtidores costaban cincuenta centavos. Martin pagaba en plata a sus empleados, que compraban gasolina con un 10% de descuento. El salario medio era de un dólar y veinte centavos al día en monedas de plata estadounidenses anteriores a 1965. Los proveedores de materia prima estaban encantados de que les pagaran con una mezcla de plata y vales por el producto acabado. En muchos sentidos, el modelo de negocio de la refinería no había cambiado tanto. Solo había cambiado la escala. Pero debido al descenso de la producción, el margen de beneficios era escaso, ya que muchos de los costes generales de gestión de la planta eran los mismos, aunque solo estuviera en funcionamiento una de las cuatro unidades de la refinería.

Siguiendo las indicaciones de L. Roy, diecisiete empleados de la refinería con experiencia en

combate reciente en la Gran Caja de Arena se convirtieron en guardias de seguridad a tiempo completo, turnándose a lo largo de todo el día. Muchos de ellos estaban pertrechados con «armas negras» de la amplia colección del propio Martin: AR-15, M4, M1A, AR-10, L1A1 y HK.

47 CARB: *California Air Resources Board*.

Kasserne

«Actualmente la inflación se ha institucionalizado en un 5%, más o menos constante, al año. Se ha determinado científicamente que este es el porcentaje idóneo para generar más ingresos sin que se alarme la opinión pública. Así, se aplica un 5% de devaluación, y no solo al dinero que se ingresa un año determinado, sino también al remanente de los años anteriores. Después de un año, un dólar vale noventa y cinco centavos. Después de dos años, estos noventa y cinco centavos se reducen de nuevo en un 5%, quedándose en noventa centavos, y así sucesivamente. Cuando una persona haya trabajado veinte años, el gobierno habrá confiscado el 64% de todos los dólares que ha ahorrado durante esos años. Cuando haya trabajado cuarenta y cinco años, el impuesto oculto será del 90%. El gobierno acaba apoderándose de todos los ahorros de los ciudadanos».

—G. Edward Griffin

Laine voló hasta Ramstein en un C-17 que transportaba una carga combinada de mercancía y unos treinta pasajeros, alineados en asientos abatibles contra una de las paredes. El vuelo transcurrió sin incidentes, aunque debido al ruido se puso tapones en los oídos. Durante el trayecto redactó los borradores de los correos electrónicos que más adelante enviaría a su hermano y a Kaylee. Después leyó algunos salmos.

Cuando aterrizaron en Ramstein, Andy observó con cierto nerviosismo la escena que se desarrollaba en un hangar contiguo. Una unidad de la Guardia Nacional de Texas que se había desplegado con carácter de urgencia desde Bosnia estaba sometándose a una inspección de «salud pública» que supervisaban los oficiales y suboficiales veteranos, así como algunos policías militares. Los soldados debían vaciar las mochilas y las bolsas de lona. Hasta había agentes de la sección canina con pastores alemanes que olisqueaban los efectos personales desperdigados. Laine era un oficial que viajaba solo en un vuelo dentro de las fronteras de Alemania, de modo que era improbable que

lo registraran siquiera. En caso de que lo hicieran, se preguntó si descubrirían que había falsificado el recibo. Después de todo, era del dominio público que las SIG P228 (que el ejército estadounidense denominaba M11) solo estaban en el TO&E de algunas unidades de la CID48 y la PM49.

En Ramstein se enfrentó a nuevas frustraciones: debido a las medidas de ahorro de combustible, tendría que esperar hasta el día siguiente para que un vehículo lo trasladara hasta la base de adiestramiento de Grafenwöhr, donde seguramente encontraría un transporte hasta los barracones Rose, en las inmediaciones de Vilseck, donde estaba acuartelada la unidad. Así que durmió una noche más en un BOQ de la Fuerza Aérea.

En los cuarteles no había conexión inalámbrica a internet, de modo que deambuló con el ordenador hasta que dio con una red inalámbrica abierta. Al fin encontró una en un complejo de viviendas de suboficiales. Después de conectarse, envió los correos electrónicos que tenía guardados en la carpeta de borradores y comprobó la bandeja de entrada. Había tres nuevos mensajes de Kaylee, instándolo a que volviese a casa cuanto antes. A continuación visitó las páginas del servicio meteorológico de la AFN50 en Alemania y la información sobre el estado de las carreteras de HQUSAEUR51 G3. Por curiosidad, comprobó el precio del oro en kitco.com y descubrió sobresaltado que se cotizaba a cinco mil cuatrocientos cincuenta y tres dólares la onza. Había subido trescientos doce dólares en las últimas veinticuatro horas. La batería del ordenador había descendido hasta el 32%, de modo que Laine lo apagó y volvió malhumorado al BOQ.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, descubrió que la red local funcionaba, pero no había ninguna conexión con el correo electrónico ni los sitios web de los Estados Unidos. Poco después, el servicio de información de la AFN anunció el apagón de internet, sin fecha ni hora conocida para que se reanudara la conexión. Andy cerró el ordenador y rezó.

Al día siguiente, el autobús con destino a Graf estaba abarrotado. Casi todos los pasajeros llevaban al menos seis bolsas de la compra llenas. Afirmaban que se habían visto obligados a trasladarse a Ramstein porque los estantes del economato de la guarnición del ejército norteamericano en Grafenwöhr estaban casi desabastecidos.

Simultáneamente, el precio de los alimentos en la economía civil (en el pueblo de Grafenwöhr) se había disparado, después de la conversión de dólares norteamericanos en euros.

Andy escuchó a hurtadillas a las dos esposas de militares que ocupaban los asientos de delante, discutiendo las órdenes de evacuación de familiares<sup>52</sup>, las maletas de emergencia y la falta de transporte a los Estados Unidos. Estaban nerviosas y confusas. Andy copió todos sus archivos personales en una tarjeta de memoria de USB durante el trayecto. Asimismo copió los PDF de diversos manuales de campo, incluyendo uno del servicio conjunto titulado «Supervivencia, rescate y huida», varios libros sin derechos de autor sobre habilidades primitivas como la fabricación de velas y un ejemplar del libro *Donde no hay médicos*. A continuación aspiró una honda bocanada de aire y los borró del ordenador.

Cuando llegaron a Graf, Laine pidió prestado un teléfono móvil y solicitó el traslado a los barracones Rose. Pero antes de que hubiera terminado lo interrumpió un sargento mayor que había

escuchado la conversación.

—Señor —dijo—, si no le importa ir en un camión de combate, yo salgo hacia Rose dentro de un rato. —Andy lo reconoció como uno de los suboficiales de suministros de uno de los escuadrones hermanos de su unidad. Asintió, alzando el dedo pulgar, y volviéndose hacia el teléfono, dijo:

—Olvídelo, acabo de encontrar a alguien que me lleva. ¡Me largo! —Cerró el teléfono.

El sargento ayudó a Laine con las maletas mientras se dirigían al M1078A1. El vehículo de dos toneladas y media (que había sustituido al venerable M35 del mismo tonelaje) era un feo camión blindado, cuadrado y con cabina alta, el mismo en el que Andy había viajado muchas veces en Afganistán. Había un cabo apostado en la plataforma trasera, empuñando un M4 con un cargador insertado. Era insólito, considerando las condiciones de seguridad en Alemania. Se trataba de un modelo que no solía verse en Europa, sino en Afganistán.

Mientras cargaban el equipaje, Andy reparó en un voluminoso montón de cajas y baúles con etiquetas «ORM-D»<sup>53</sup> y grandes adhesivos anaranjados con forma de diamante que señalaban «Explosivos de clase B».

—¿Munición? —preguntó con tono incrédulo. Se aclaró la garganta y añadió—: Creía que los escuadrones no harían prácticas de tiro hasta abril del año que viene.

—Señor, supongo que no está enterado. A las 23:30 de anoche el regimiento puso a todo el mundo en alerta a causa de los disturbios civiles.

—¡Vaya! Parece serio.

La primera recalada de Laine en los barracones Rose fue el despacho de la brigada, que era un hervidero de actividad. Antes de que hubiera dejado las maletas en el suelo, el coronel Olds lo vio.

—¡Andrew! —exclamó—. Me alegro de que hayas llegado al fin. ¿Problemas de transporte?

—Sí, señor, muchos. Un Charlie Foxtrot<sup>54</sup> casi a cada paso del camino. —Dejó la bolsa de viaje y la bolsa de vuelo, aunque siguió sosteniendo la de lona. Se estrecharon la mano.

—Bueno, me alegro de que hayas vuelto. Necesitamos tu ayuda. Te asignaré temporalmente a la tienda S3 del regimiento.

—Señor, con el debido respeto, he cumplido mi servicio activo obligatorio. Hace diecisiete días. Solo he vuelto para devolver mi equipo, desalojar el cuartel y terminar el proceso.

—Ah, es cierto. Hmm... Y si no me falla la memoria, te espera tu prometida. —Al cabo de una pausa añadió—: Bueno, al menos uno de mis hombres volverá a los Estados Unidos este año. —Olds suspiró, apretó el hombro de Andy con una mano y susurró—: Buena suerte, hijo.

A continuación, Laine visitó la sala de armas, donde entregó el fusil M4, y la jaula del departamento NBC<sup>55</sup>, donde entregó la máscara antigás M40. Después de tantos meses de despliegue, se sentía

desnudo sin esas cosas. Durante los dos días siguientes sufrió breves ataques de pánico al despertarse, cuando recordaba que estaba desarmado. Pero el recuerdo de la SIG P228 que conservaba sepultada en el fondo de la bolsa de lona lo reconfortaba.

Según las normas, los miembros de los servicios militares estadounidenses debían darse de baja del servicio activo en los Estados Unidos. Pero una reciente orden de emergencia del PERSCOM estipulaba que ahora quienes ostentaran una categoría E4 se retirasen del servicio activo in situ, excepto en escenarios de combate, a discreción de los S1 de brigada o superiores. Los oficiales de categoría E6 en adelante también podrían retirarse en un escenario de combate, siempre que lo aprobara un comandante de división.

Poco después de las 16:00 horas, Laine se registró en el BOQ de los barracones Rose, donde consiguió que le concedieran una habitación individual, explicando que eran sus últimos días de servicio y estaba agotado después de un largo viaje. Después de dejar las bolsas en la habitación y darse una ducha, se dirigió apresuradamente al almacén S4 del escuadrón, instalado en un almacén cercano. Quería llegar antes de que terminara la jornada. Allí retiró la llave del almacén de efectos personales, donde tenía dos baúles y una gran caja de cartón. Las tres ostentaban los rótulos «1T Andrew Laine-8277», los cuatro últimos dígitos de su número de Seguridad Social. Por suerte, sus cosas estaban apiladas en la sección más alta del montón de dos metros y medio de altura que llenaba uno de los lados del almacén de seguridad de dieciocho metros de fondo. Las retiró con un carro de gran tamaño, firmó una hoja de entrega y devolvió la llave.

Aunque tenía derecho a que las enviaran a los Estados Unidos en una bodega de carga, Laine sabía que, considerando las circunstancias, seguramente no volvería a verlas. Era preferible venderlas o regalarlas cuanto antes. Así que tomó prestada una carretilla de dos ruedas y las trasladó al BOQ.

Instaló pilas nuevas en la radio compacta Kaito KA202L y seleccionó la frecuencia 1107 kHz AM de la emisora de AFN en Bavaria («El cañón»), que transmitía desde las afueras de Vilseck, de manera que se oía alto y claro. Escuchó el final del programa «La mezcla de la tarde» y el conocido anuncio horario: «¡Son las seis en punto en Europa Central y AFN está en el aire!». A continuación siguió el resumen de noticias mientras ordenaba el equipo. Más malas noticias.

Según los informes, los disturbios más notables habían estallado en la India, Pakistán, Israel, Brasil y la costa este de los Estados Unidos. También habían informado de enfrentamientos en ciertas ciudades francesas en las que había una nutrida población musulmana. Pero al contrario que en incidentes anteriores, la policía francesa se había quitado los guantes y estaba disparando a discreción a los sublevados.

Andy Laine no veía el contenido de sus baúles y cajas desde hacía diecinueve meses. Un baúl estaba atestado de libros. Lo vació en la otra cama de la habitación y lo llevó al vestíbulo del BOQ, donde lo instaló, con la puerta abierta. En lo alto había adherido una nota: «Venta por mudanza. Solo esta noche: jordenador de 2,4 GHz, libros, CD, DVD, ropa y mucho más! 18:30 horas. Solo esta noche. Habitación 106 del BOQ».

Andy se vistió de paisano, abrió una lata de Afri-Cola y siguió ordenando sus cosas. Al cabo de unos minutos alguien llamó a la puerta. Al otro lado había dos tenientes de segunda negras, que dormían en

ese mismo pasillo.

—¿Es usted el teniente Laine? —preguntó una de ellas.

—Capitán, más bien.

—Ah, lo siento, señor. Hemos, eh, hemos visto el baúl con el rótulo. ¿Puede empezar la venta ahora?

—Lo siento, pero todavía no estoy listo. Dadme hasta las 18:20 para ordenarlo todo y volved con dinero en efectivo. Euros, preferiblemente.

—Eso haremos, señor.

Cuando se fueron, se dispuso a ordenar los libros. La colección de Laine incluía un buen número de clásicos, biografías, apologías del cristianismo, libros de consulta y manuales de campo militares.

Al cabo de algunas reflexiones, decidió llevarse consigo solo cuatro libros: una Biblia del rey Jacobo, un ejemplar compacto de la *Guía de supervivencia de los SAS* de John «Lofty» Wiseman, un pequeño diccionario y un libro de frases inglés-francés/francés-inglés, así como una copia de *FM 5-34, datos de campo de ingenieros*.

Los libros de los que más le dolió deshacerse fueron las series de *Los comentarios de Matthew Henry* en tapa dura y *La teología bíblica racional de Jonathan Edwards*. Pero sabía que debía viajar con poco equipaje.

Abrió el segundo baúl. Contenía sobre todo ropa, unos treinta CD de audio y una docena de DVD. Ya había hecho copias en MP3 de los CD en el ordenador de Kaylee en Nuevo México, de manera que no se arrepentiría de dejarlos atrás.

Laine cortó el sello de cinta adhesiva de la caja de cartón y extrajo el saco de dormir con sistema de módulos<sup>56</sup> que había comprado en la tienda del puesto durante el curso básico de oficiales. También había un saco de vivac de gama alta «Cyrano» de la marca Millet, con una cubierta de Gore-tex de color verde oliva y un grueso fondo impermeable marrón recubierto de goma. La funda hacía las veces de tienda de campaña y era tan impermeable que seguramente no habría filtraciones aunque se acostara encima de un charco. El fondo de la caja estaba lleno de ropa, un arnés de rápel suizo y una carpeta que contenía los trabajos de la carrera.

Andy ordenó y reordenó la ropa de paisano, separándola en dos montones: «Guardar» y «Vender». Examinó el contenido de la maleta, la bolsa de lona y las bolsas de vuelo con la misma determinación. Metió en el armario todo lo que tenía intención de llevarse en el viaje de vuelta a casa, de modo que no estuviera a la vista cuando llegaran los compradores. Comprobó el estado del transceptor de onda corta KX1 QRP Elecraft compacto. Este artilugio de bajo consumo transmitía código Morse en las bandas de radio de veinte, treinta, cuarenta y ochenta metros.

La radio de trescientos gramos, que funcionaba con seis pilas AA, transmitía en todo el mundo cuando las condiciones ionosféricas eran idóneas y apenas producía de uno a dos vatios de potencia (o hasta cuatro vatios, si se usaba una batería externa de doce voltios). Lars, desde Texas, había



establecido contactos bilaterales con Andy en diversas ocasiones mientras este se encontraba en Afganistán mediante una Kenwood HF de doscientos vatios, aunque el transmisor de este apenas emitía algunos vatios de potencia irradiada efectiva. Andy guardó con cuidado el transceptor y los accesorios en bolsas de plástico con cierre de vacío de dos grosores distintos y después en otros tantos tupperware.

Las dos tenientes regresaron a las 18:15 horas. Las seguían un capitán del cuerpo de Marines TDY y un aviador WO2. A continuación llegaron dos comandantes: uno de ellos era un oficial de artillería de campo y el otro un capellán.

Cuando todos se apretaron en la habitación, Laine anunció:

—Vale, estás son las normas básicas: yo os enseño las cosas, las describo y digo el precio. El primero que diga «me lo pido» se lo lleva. Los precios serán muy razonables pero no negociables. Os recuerdo que acabo de pagar ciento veinticinco dólares por un menú en Burger King, así que no intentéis regatear conmigo. Que cada uno coja una libreta de esa mesa y apunte lo que debe. Cuando esto acabe haremos cuentas, en efectivo. Si me pagáis en euros, el precio se divide por cuatro; una tasa de cambio de cuatro a uno. *Klar?*

La venta concluyó en menos de media hora. La mayoría de los artículos se vendieron entre diez y cincuenta dólares. Laine observó con cierta sorpresa que algunos de los oficiales compraban ropa que no les valía. Entonces comprendió que estaban desesperados por deshacerse de dólares a cambio de cualquier objeto tangible que más adelante cambiarían o venderían ellos mismos. Hasta vendió los dos baúles vacíos por cien dólares cada uno.

El artículo que reportó más beneficios fue el ordenador. Andy lo vendió por dos mil quinientos dólares; un precio insignificante, considerando la reciente inflación. Le entristecía deshacerse de él, aunque a menos que se restablecieran las conexiones a internet en los Estados Unidos no sería más que un lastre. Y suponiendo que en efecto se reanudasen, Andy suponía que podría mantenerse en contacto usando ordenadores prestados o acudiendo a los cibercafés.

Laine depositó el montón de libros que no se habían vendido en las librerías del salón del BOQ, que estaban medio vacías y albergaban sobre todo resúmenes del *Reader's Digest*, libros de viaje obsoletos y novelas románticas. Cuando los dejó, el coeficiente intelectual colectivo de las estanterías aumentó de forma drástica.

A continuación volvió a la habitación y envolvió con cinta adhesiva las monedas de oro que le quedaban y la alianza que acompañaba al anillo de compromiso que le había ofrecido a Kaylee antes de que lo enviaran a Afganistán. Seguidamente retiró los tornillos del escudo calorífico metálico de la tapa del camping gas Primus. Metió los cuadrados de cinta adhesiva en la tapa, sujetándolos con más cinta adhesiva. Cuando instaló de nuevo el escudo calorífico, el aumento del grosor era imperceptible.

48 *Criminal Investigation Division*.

49 Policía Militar.

50 *American Forces Network*.

51 Cuarteles del ejército estadounidense en Europa.

52 NEO: *Next-of-kin Evacuation Orders*.

53 Estas indicaciones se utilizan en el transporte de mercancías peligrosas en territorio estadounidense.

54 Abreviatura militar de *clusterfuck*, «cagada».

55 *Nuclear, Biological, and Chemical*.

56 MSS: *Modular Sleep System*.

## De funcionarios y capullos

«La primera etapa del proceso inflacionista puede alargarse durante muchos años. En esta fase, los precios de muchos bienes y servicios todavía no se han ajustado a la nueva relación monetaria. Algunos ciudadanos todavía no comprenden que se enfrentan a una revolución de precios que acabará resultando en un aumento considerable, aunque el alcance no será el mismo en todos los artículos y servicios. Siguen confiando en que los precios bajen algún día. Hasta entonces, escatiman en sus compras, al tiempo que aumentan sus ahorros en efectivo. Mientras la opinión pública mantiene esta actitud, no es demasiado tarde para que el gobierno abandone la política inflacionista.

»Pero al fin, las masas despiertan. De repente comprenden que la inflación es una política deliberada y que no acabará nunca. Estalla una crisis. Se produce una quiebra. Todo el mundo trata de deshacerse del dinero en efectivo a cambio de bienes «reales», aunque no los necesite, cuesten lo que cuesten. En un lapso de tiempo muy breve, de semanas o incluso días, el dinero deja de utilizarse como forma de cambio. Se convierte en papel mojado. Nadie acepta un trueque a cambio de dinero.

»Eso fue lo que ocurrió con la moneda continental en Norteamérica en 1781, los *mandats territoriaux* franceses en 1796 y el marco alemán en 1923. Y volverá a ocurrir cuando se den las

mismas condiciones. Si algo debe usarse como forma de cambio, es indispensable que la opinión pública no crea que las cantidades aumentarán de forma descontrolada. La inflación es una política que no puede durar».

—Ludwig von Mises, *La mentalidad anticapitalista* (1972)

Barracones Rose, Vilseck, Alemania

Primeros días de noviembre, año uno

Andy estaba listo para entregar la tarjeta verde del servicio activo; sin embargo, hubo cierta confusión y un día de retraso hasta que se recibieron las tarjetas rojas de reservista desde la guarnición de Garmisch. Técnicamente, aunque abandonara el servicio activo, Andy estaría comprometido durante dos años con el grupo de control de la Reserva Individual<sup>57</sup>, aunque no se esperaba que estuviera en las unidades locales de la reserva del ejército.

Un funcionario GS-12, un oficial técnico retirado orondo y risueño, elaboró el formulario DD-214. Al entregarle un borrador para que lo repasara, anunció:

—Ya puede irse, ¡pero me temo que tendrá que irse a pie! —Andy exhaló un gemido. El funcionario añadió—: Supongo que estará al corriente de las detenciones.

—Sí —contestó Andy, abatido. Había habido dos incidentes recientes de terrorismo islámico en los tres días transcurridos desde que Laine volviese a Bavaria. Primero había estallado una bomba en una estación de tren contigua al aeropuerto de Nuremberg. Al día siguiente, un secuestro en Francia, al estilo del once de septiembre, había terminado trágicamente al estrellarse el avión a escasa distancia del edificio del Parlamento en Londres, matando a doscientas cuarenta y dos personas. Estos sucesos habían causado la detención de todos los aviones civiles durante al menos una semana. Casi todos los trenes, excepto algunos U-Bahns y Strassenbahns locales, también estaban fuera de circulación. Hasta las líneas de autobuses de larga distancia se habían detenido.

Con la tragedia de las noticias económicas, los disturbios y los atentados terroristas, los periodistas tenían mucho de qué hablar. En Europa se concentraban en los atentados, mientras que en los Estados Unidos subrayaban el aumento de la inflación y los disturbios. El volumen de noticias era tan sofocante que la burocracia de oficina cotidiana en la base se había frenado de forma considerable. A lo largo de los dos días anteriores, Andy había gritado muchas veces:

—¿Holaaa? ¿Puede hacerme el favor de encargarse de estos papeles? —antes de que los diversos «funcionarios y capullos» apartaran la mirada de sus ordenadores, monitores y televisiones, así como de las pantallas de texto de sus teléfonos móviles.

Andy y el funcionario repasaron a continuación los documentos de desalojo de los cuarteles, asegurándose de que había recibido los sellos correspondientes. Estaban estampados en tinta azul y

negra: «CIF»58, «Nómina aprobada», «Informe S2», «Pase de comedor» y «PMO»59.

—¿Dónde está el sello de «BLV»? —quiso saber el funcionario.

—¿«BLV»? —repitió Laine con suspicacia.

—Significa: «Búscate La Vida, tronco».

—Muy gracioso.

Aquella tarde Andy salió de la base y se dirigió a la oficina local del Raiffeisenbank, sumándose a una larga cola que se había formado delante del mostrador, donde un rótulo indicaba: «Geldwechsel/Change/Cambio». Al cabo de veinte minutos se puso a la cabeza de la cola y sacó los afganis y los dólares norteamericanos que le quedaban, así como unos cuantos cheques de viaje denominados en dólares estadounidenses y los dinares iraquíes de la penúltima misión, que formaron un abultado montón en el mostrador. El empleado se mostró impasible. Era obvio que en las últimas semanas había visto montones de dinero mucho más grandes.

—Euros, *bitte* —pidió Andy en un susurro.

Mientras el empleado contaba los montoncitos de afganis, Laine firmó el dorso de los cheques de viaje y sacó el pasaporte y la tarjeta militar, depositando ambas cosas sobre el mostrador, sabiendo que sería lo siguiente que necesitaría.

El empleado chasqueó los labios cuando efectuó el cálculo del *Wechselkurs*.

—Me temo que el dólar está muy devaluado, señor.

—Es comprensible —contestó Laine.

Después de despejar el mostrador y devolverle la identificación, el empleado declaró con tono práctico:

—Quinientos ochenta euros. —A continuación le preguntó—: ¿Efectivo o tarjeta de débito?

—Efectivo; *Bargeld, bitte*.

Andy tenía otros cuarenta y cinco euros en la cartera. En total, la suma de seiscientos veinticinco euros apenas cubriría el coste de un viaje de trescientos kilómetros en autobús o una cena en un restaurante decente. Esos eran los estragos que había causado la reciente inflación.

A continuación, Andy atravesó el vestíbulo del banco en dirección al cajero automático *Geldautomat*. Probó las dos tarjetas de crédito con el mismo resultado: el mensaje «Las transacciones con tarjetas de crédito se han suspendido» aparecía de forma intermitente en la pantalla.

—Qué alegría —masculló Andy.

De vuelta en los barracones Rose, Andy Laine descubrió que no habría vuelos militares durante al menos una semana, seguramente más tiempo. Considerando los visos que estaba tomando la situación, no confiaba en que se reanudaran los vuelos. Y suponiendo que en efecto se restablecieran, el personal en servicio activo sería más prioritario que alguien que viajaba con una tarjeta de la reserva del ejército. O peor todavía, si el orden civil se derrumbaba en Alemania, al igual que había ocurrido en los Estados Unidos, los vuelos no se reanudarían durante meses o incluso años. Andy se preguntó cómo volvería a los Estados Unidos y después a Nuevo México.

Se le ocurrió la vaga idea de dirigirse al oeste, atravesando Alemania, hasta la costa de Francia, confiando en que encontraría un barco con destino a los Estados Unidos o tal vez incluso México o Canadá. Antes de que cerraran los comercios de los cuarteles de la base, solicitó un vuelo de regreso a Ramstein, el complejo más grande del ejército norteamericano en Alemania, donde tendría más posibilidades de encontrar un medio de transporte que lo sacara de Europa.

Al cabo de dos frustrantes días entre urgencias y esperas, Andy llegó a Ramstein. El BOQ estaba lleno, de modo que lo trasladaron al cercano anexo de Sembach. Al ver la tarjeta de la reserva de Laine, el encargado de recepción solicitó una copia de sus órdenes.

—No tengo órdenes —contestó este—. Acabo de abandonar el servicio activo y estoy intentando volver a casa. —Aunque había visto el DD-124 de Laine, el empleado se mostraba beligerante.

—No hay habitaciones para reservistas a menos que tengan órdenes. —Solo le dieron una habitación cuando Andy amenazó con quejarse ante el supervisor.

Administrando el efectivo que menguaba rápidamente, Andy compró comida para la cena solamente en las máquinas expendedoras. Como la inflación aumentaba rápidamente, los precios de las expendedoras todavía no habían subido tanto como los de los mostradores. Todas las noticias de la televisión eran malas. Los vuelos aún estaban detenidos y la mayoría de los trenes y autobuses estaban fuera de circulación. Habían saqueado tiendas de alimentación en Alemania, Austria y la República Checa. Había grandes manifestaciones en las calles y disturbios en las ciudades más pobladas de toda la Unión Europea. La policía de reserva y las Fuerzas Armadas se estaban movilizando en toda la Unión Europea y el Reino Unido. Había habido un apagón generalizado en Grecia debido a una disputa del sindicato. También anunciaron que no había conferencias telefónicas con Estados Unidos, excepto, curiosamente, con Hawai.

Andy apagó la televisión y llamó a algunos conocidos que estaban destacados en K-Town<sup>60</sup>, suplicándoles favores. Uno de ellos le devolvió la llamada una hora después, diciendo que le había encontrado un medio de transporte.

En la madrugada siguiente, Andy se encaramó a un camión de suministro de cinco toneladas que se dirigía al centro médico de la región de Landstuhl. Desde que el ejército norteamericano abandonara Francia, era la instalación militar más occidental de USAEUR, el mando europeo del ejército estadounidense. Más allá, se encontraría en territorio BLV.

La mañana era neblinosa y deprimente. Laine había dormido poco y no se encontraba demasiado bien. El especialista E-4 que conducía el camión con destino a Landstuhl lo envidiaba por haber

abandonado el servicio y volver a casa.

—Señor, a mí todavía me quedan ciento doce días y una noche —dijo tristemente—. No sé cómo estarán las cosas para entonces. Toda mi familia vive en Atlanta. Lo ha visto en la televisión, ¿no? Allí hay disturbios terribles. Dicen que media ciudad está ardiendo. —Laine decidió que no serviría de nada señalar que era la segunda vez que Atlanta se quemaba<sup>61</sup>, de modo que no contestó.

Descubrió que el camión transportaba sobre todo raciones de comida precocinada<sup>62</sup>. No era más que uno de tantos cargamentos que llegaban al hospital militar, algunos incluso desde Wiesbaden, dado que el transporte local de alimentos para los pacientes y los empleados había sufrido interrupciones intermitentes. Se estaban enviando todavía más provisiones a diversas bases de la Fuerza Aérea y embajadas estadounidenses. La gran reestructuración de alimentos formaba parte de las medidas de «equilibrio del stock de emergencia», para el caso de que las reservas de alimentos y la red eléctrica sufrieran interrupciones más graves.

—Es como una mentalidad de asedio, señor —comentó el especialista.

Poco después de las diez de la mañana, Laine se apeó en una parada de Strassenbahn, no lejos del complejo sanitario, y el chófer se despidió con un saludo.

Andy estaba solo en la parada del tranvía y se sentía abrumado. La niebla empezaba a despejarse y atisbaba las lejanas colinas del bosque del Palatinado, extendiéndose hacia el sur. Al cabo de unos gélidos minutos, se acercó un tranvía desde la Eisenbahnstrasse. Andy se echó la bolsa de lona a la espalda, ajustándose las tiras de los hombros. A continuación cogió la bolsa de vuelo con la mano izquierda y la bolsa de viaje con la derecha y fue dando tumbos hasta el tranvía. El peso de la bolsa de lona le apretaba incómodamente la SIG enfundada contra los riñones.

—*In Richtung Landstuhler Stadtzentrum?* —le preguntó al conductor cuando se abrió la puerta.

—*Ja, klar, klar* —contestó el conductor, indicándole que entrara.

Laine entró en el tranvía, que estaba casi vacío. Pagó el billete y se sentó torpemente, depositando las dos bolsas delante de él y desprendiéndose de la bolsa de lona.

Había una anciana alemana sentada al otro lado del pasillo, con bolsas de la compra amontonadas en el asiento de al lado. Llevaba un teckel de pelo largo sentado en el regazo. El tranvía arrancó con una sacudida y aceleró.

La mujer reconoció las bolsas de Laine.

—¿Se va de permiso? —quiso saber.

—No, vuelvo a América de forma permanente, *ständig*, si encuentro la manera.

—Todos los vuelos *luft* se han interrumpido *und die Züge fahren nicht*.

—Sí, ya sé lo de los trenes. —Al cabo de un momento, Laine añadió—: ¿Todavía quedan *Omnibusse*

hasta Frankreich o los Países Bajos? *Das Benelux?*

—*Nein. Alles eingestellt.*

Andy meneó la cabeza.

—Es una locura.

—*Ja*, y el dinero no sirve de nada. Yo diría que esto es como en la época de Weimar.

A medida que se acercaban al centro de Landstuhl, se acortaba la distancia entre las paradas de la Strassenbahn y Laine reparó en los rótulos de las tiendas: «*Apotheke*», «*Deli*», «*Bäckerei*», «*Optometrist*», «*Moden*», «*Eisenwaren*», «*Schallplatten*», «*Kaufhaus*». Los edificios con las paredes encaladas, las vigas al descubierto y los tejados de tejas rojas tenían un aire decimonónico o incluso más antiguo. Andy se preguntó si la ciudad habría sufrido algún daño durante la Segunda Guerra Mundial. Los edificios antiguos estaban notablemente intactos.

—¿Hay alguna tienda de *Fahrrad* en Landstuhl? —le preguntó a la anciana.

—*Ja*, en Adolph-Kolping-Platz. Le diré dónde tiene que bajarse.

Al cabo de otras tres paradas, la mujer exclamó:

—¡Aquí la tiene! —Y señaló un rótulo que indicaba: «*Gebrüder Becker, Fahrräder*».

La tienda de bicicletas era más pequeña de lo que Laine esperaba, aunque sabía que seguramente eso era bueno. Un establecimiento más grande no se habría amoldado al trato que tenía en mente.

Andy arrastró las bolsas a través de la puerta de la tienda y observó algunas de las etiquetas que ostentaban las bicicletas mientras se dirigía al mostrador. Depositó las tres bolsas en un montón. Sentía que había adquirido un aura de vagabundo.

Como todavía no era mediodía, él era el único cliente. La tienda se hallaba situada en un edificio antiguo y débilmente iluminado, aunque casi todas las existencias tenían un aspecto nuevo y sofisticado. El inventario era bastante amplio, una amalgama de bicicletas infantiles, de montaña y de carreras de lujo. Era muy semejante a otra tienda de bicicletas que había visitado en Alemania antes de que lo destinaran a Afganistán. La diferencia, no obstante, era que los precios se habían inflado. Dos años atrás, una bicicleta de montaña *typisch* costaba unos trescientos euros, mientras que ahora oscilaban entre ochocientos y tres mil euros.

Andy se presentó al dueño de la tienda, que se llamaba Kurt Becker, un hombre delgado y musculoso de cuarenta y tantos años que hablaba inglés con fluidez. A juzgar por su físico, Andy concluyó que montaba en bicicleta todos los días. Además había un hombre mayor, con bigote y un grueso delantal de cuero, sentado en un banco al fondo del establecimiento, que estaba ajustando manualmente los radios de una rueda.

Laine explicó que acababa de abandonar el ejército y estaba buscando una bicicleta y un remolque

para atravesar el país por carretera.

El dueño exhaló un suspiro.

—Sí, he oído lo de los aviones y los trenes —dijo—. Ni siquiera circulan los autobuses de las líneas de larga distancia.

Ambos estudiaron el inventario de bicicletas de montaña y carretera de Kurt durante quince minutos. A continuación discutieron sobre alforjas, remolques y la carga que estos soportaban. Laine escogió una bicicleta de montaña casi nueva de la marca Giant que contaba con un faro delantero, una LED trasera intermitente, una modesta caja de herramientas y hasta una bomba de aire instalada en el cuadro. A continuación escogió unas barras robustas, dos alforjas Ortlieb de nailon negro impermeables y una bolsa delantera a juego, así como un gastado remolque, con el chasis rayado y costados de nailon amarillos con manchas de alquitrán de la carretera, que parecía resistente y eficiente. Tenía un frontal de plástico transparente, puesto que estaba originalmente diseñado para transportar bebés.

Durante este intervalo entró otro cliente, que solo entretuvo al dueño del establecimiento unos minutos, comprando unos pantalones de lluvia con reflectantes amarillos y pinzas para las perneras. Cuando se fue, Laine escogió unos pantalones parecidos, excepto que eran de color verde bosque, y una chaqueta a juego con capucha. Compró una talla más de la que necesitaba, sabiendo que cuando hiciera frío se pondría un jersey debajo. Tampoco quería que el bulto de la SIG enfundada fuera visible a través de la chaqueta, de manera que prefería algo más holgado. Andy sabía que se enfrentaba a una serie de trayectos largos, fríos y húmedos.

A continuación pidió dos cámaras de recambio y un tubo de adhesivo Slime, por si sufría un pinchazo.

—*Die Rechnung, bitte* —dijo Laine, señalando el montón de artículos que había seleccionado.

Kurt extrajo una libreta de notas, elaboró la lista y efectuó la suma con un grueso lapicero.

—Con IVA, son tres mil trescientos quince euros —anunció al fin—, así que dejémoslo en tres mil trescientos, ¿de acuerdo?

Andy exhaló una honda bocanada de aire.

—No tengo tanto en *Papiergeld*. Pero sí que lo tengo en monedas de *geld, echte Geldstücke*; ya sabe, *Goldmünzen*. ¿Conoce el *französische Goldmünzen* de principios del siglo pasado, el «gallo», «Der Hahn», *zwei Franc Goldmünzen*?

A Kurt se le iluminaron los ojos y exclamó:

—*Ja!*

Andy extrajo la cartera y sacó dos monedas de oro francesas de dos francos en una funda de plástico de uno de los bolsillos interiores con solapa de velcro. Las monedas databan de 1905 y 1907.



—*Diese ist nicht gefälscht*, el artículo genuino —declaró, entregándole la funda de plástico al dueño del establecimiento.

Kurt aceptó las monedas, las examinó atentamente bajo una lámpara de sobremesa y dijo:

—No soy experto en monedas, pero estoy dispuesto a aceptarlas como pago. ¿Puede acompañarme a ver a un *Goldmünzenhändler*, un tratante de monedas, para comprobar lo que valen? Tiene una tienda a solo cinco puertas de distancia y es amigo mío.

—*Freilich! Kein Problem* —contestó Andy.

—Mi padre vigilará la tienda y su equipaje.

Antes de marcharse, Andy cogió la bolsa de viaje, que contenía sus posesiones más preciadas, incluyendo los accesorios y la munición extra de la SIG. Se echó la correa de la bolsa sobre el hombro.

—Esta *Gepäck* viene conmigo —explicó.

Kurt asintió y dijo suavemente «*Ich verstehe*» al tiempo que se quitaba el delantal de tela manchado de grasa y se lo entregaba a su padre.

Cuando estaban a punto de salir de la tienda, Becker se puso nervioso de repente. No sabía si debía devolverle la moneda a Andy antes de abandonar la tienda o guardarla él mismo. Andy señaló el bolsillo delantero de los pantalones de Becker. Kurt obedeció.

Fueron calle abajo hasta una pequeña tienda con escaparates enrejados y un rótulo que declaraba: «H. Kurtz, *Goldmünzenhändler*». Un letrero de neón indicaba: «*Silber/Geld Bullionhändler*».

Llamaron a la puerta y les abrieron cuando un empleado reconoció el rostro de Kurt. La tienda estaba abarrotada de compradores y vendedores.

—Supongo que habrá que coger número —bromeó Kurt.

Esperaron casi quince minutos mientras concluían las demás transacciones. Cuando llegaron frente al mostrador, Kurt y el tratante de monedas intercambiaron saludos amistosos y después, cuando le entregó la funda de monedas, mantuvieron una apresurada conversación en alemán que Andy apenas entendió. Lo único que comprendió fue: «*Ja, ja, alles klar*» y la palabra «*Schätzung*», que, según recordaba, significaba «tasación».

Laine observó al tratante mientras este examinaba las monedas con una lupa, las pesaba en una balanza, las cotejaba con un calibrador de monedas Fisch y finalmente frotaba los bordes contra una piedra de toque, después de excusarse diciendo: «*Wie bitte*». Alzó la vista con una sonrisa y asintió, declarando:

—*Ja, die sind echt*.

Por cortesía hacia Andy, el tratante de monedas habló en inglés:

—Sí, son monedas auténticas. Según el libro de monedas y la balanza, pesan cero coma mil ochocientos sesenta y siete onzas troy. Eso son casi seis gramos cada una. —Señalando unas cifras anotadas en una pizarra a sus espaldas, añadió—: Hoy, el oro se paga a nueve mil ciento doce euros la onza en Londres. De manera que estas dos monedas juntas valen tres mil cuatrocientos dos euros.

Kurt le dio las gracias al tratante de monedas y le entregó un billete de cincuenta euros a cambio de la tasación.

Durante el trayecto de regreso a la tienda de bicicletas, Andy estaba asombrado de que el oro no se hubiera devaluado aunque el dólar norteamericano se hubiera convertido en algo tan insignificante.

—¡Tres mil cuatrocientos euros! —exclamó Kurt cuando entraron, dirigiéndose a su padre. Volviéndose hacia Laine, añadió—: Aún le debo cien euros de diferencia o la misma suma en productos de la tienda.

—Pero Kurt, ha tenido que pagar la *Schätzung*.

—Eso no me preocupa, *Herr Kapitän*, porque mañana el lingote de oro será más caro y el euro más barato, tan seguro como que saldrá el sol.

—*Haben sie Landkarten?* —preguntó Andy frente al mostrador de la tienda.

—*Ja*.

—*Für Frankreich?* —insistió Laine.

—*Ja*. —El dueño del establecimiento sacó un voluminoso mapa de carreteras Michelin con una gruesa tapa de cartón—. Estos mapas ahora valen veinte euros. —Becker desplegó asimismo un mapa de carreteras de Alemania, que llevó a la fotocopidora de la tienda, diciendo—: También necesitará nuestro rinconcito de Alemania. Cortesía de la casa. —Hizo dos fotocopias del extremo occidental del mapa y se las entregó a Andy, que las introdujo en la cubierta del mapa de Francia.

—Vale, eso me deja con un crédito de ochenta euros. Me gustaría usarlo para pagarle su tiempo y que me ayude a montar las barras y el enganche del remolque.

Becker asintió.

—Entonces tenemos un trato por las dos *Hahnmünzen* de oro. *Klar?*

Se estrecharon la mano.

Andy se fue de la tienda una hora y media más tarde, después de que hubieran completado las modificaciones de la bicicleta y cargado el equipaje. Mientras Andy se encargaba de esto último, Becker le ofreció una caja de gruesas bolsas de basura de plástico negro como cubiertas impermeables para las alforjas, la bolsa del manillar y la bolsa de viaje, que ahora estaba medio

vacía. El contenido de esta había acabado en el remolque casi lleno, para que Becker no reparase en los accesorios y la munición de la SIG. Laine habría preferido atar el saco de dormir a lo alto de la reja, pero el cuello de cisne del remolque se interponía. Así que también acabaron dentro de este.

Kurt y el anciano estrecharon la mano de Laine antes de que este sacara la bicicleta y el remolque de la tienda.

El Becker más joven agitó la mano y exclamó:

—*Viel Glück!*

—Gracias, pero necesitaré algo más que suerte —contestó Andy—. Necesitaré la gracia de Dios.

—En ese caso... *Möge Gott mit Ihnen sein!*

Andy enfiló la Saarbrücker Strasse hasta las afueras de Landstuhl, dirigiéndose hacia el oeste. Acostumbrarse a la sensación de la bicicleta y el remolque requirió ciertos ajustes. Cuando acometió las primeras colinas empinadas, decidió que debía llevar consigo menos comida y agua. Guardó tres litros de agua y tiró otras dos botellas de litro. Decidió reducir poco a poco la cantidad de comida que llevaba en el cargado remolque a la mitad.

57 IRR: *Individual Ready Reserve*.

58 *Central Issue Facility*.

59 *Program Management Office*.

60 Kaiserslautern, Alemania, sede de diversas bases militares norteamericanas.

61 El general Sherman prendió fuego a la ciudad durante la Guerra de Secesión.

62 MRE: *Meals Ready to Eat*.

«En mi opinión, es completamente irresponsable salir al mundo siendo incapaz de impedir los actos de violencia, las heridas, los delitos y la muerte. Qué débiles son las mentes que aceptan la

indefensión. Qué antinaturales. Qué mezquinas. Qué cobardes. Qué patéticas».

—Ted Nugent

Bruchmühlbach-Miesau, Alemania

Primeros días de noviembre, año uno

Andrew Laine recorrió las carreteras secundarias en dirección a la frontera francesa. Se detuvo cuando llegó a un espeso bosque, cargó la SIG y la enfundó.

En la autopista L395 circulaba un número sorprendentemente escaso de coches y camiones. Laine atravesó el pueblo de Bruchmühlbach-Miesau a media tarde. Después de que doblara al oeste en la L119, el terreno volvió a empinarse. Andy estaba exhausto. La carretera, que discurría en paralelo a una importante línea ferroviaria, pasaba entre una espesura de árboles. Fue una larga jornada de viaje y sus músculos no estaban acostumbrados a este nuevo esfuerzo.

Buscó un sitio aislado para acampar durante la noche. Quería detenerse antes de llegar a Homburg, que era una población de buen tamaño. Resollando y resoplando mientras remontaba una pendiente, ahora en una marcha baja, apenas más deprisa que si hubiera ido caminando, Andy dio un respingo cuando vio a tres hombres que surgieron de repente del otro lado de una cortina de árboles. Fueron corriendo hacia él para interceptarlo, con sus botas resonando en el asfalto. Le dieron alcance antes de que tuviera ocasión de apretar el paso o dar la vuelta.

Los tres tenían la cabeza afeitada. Dos de ellos llevaban chaquetas negras de piloto, mientras que el tercero estaba enfundado en una obsoleta chaqueta Bundeswehr de camuflaje de manchas. Los tres llevaban botas Doc Martens o algo parecido. Uno de ellos aferró el manillar de la bicicleta mientras otro introducía bruscamente una rama de dos centímetros y medio de diámetro entre los radios de la rueda delantera. Laine no iría a ninguna parte.

El que estaba más cerca se burló:

—*Wo willst du denn hin, Pilger?* —Su aliento hedía a cerveza.

Andy saltó de la bicicleta y retrocedió cinco pasos. Mantenía las manos a escasa distancia de las caderas, mostrándoles las palmas a los asaltantes.

El más alto abrió una navaja alemana de paracaidista con grandes aspavientos. La blandió y se rió entre dientes. A continuación observó la alforja de la bicicleta y preguntó:

—*Alles für mich?* —Abrió la pata de cabra de la bicicleta, cerró la navaja y se la guardó en el bolsillo. El tercer hombre aflojó la presa sobre el manillar y se dispuso a rodear la bicicleta hacia el lado de Andy.

Este retrocedió dos pasos más. Entonces, con un movimiento fluido, se echó hacia atrás la chaqueta, desenfundó la pistola SIG, apuntó y puso el dedo en el gatillo. Retrocedió otros dos pasos y les ordenó que se marcharan:

—*Haut ab! Verschwindet!*

El skinhead que llevaba la chaqueta de Bundeswehr meneó la cabeza, mascullando:

—*Nein, Pilgergeiger. Deine Pistol ist nicht echt!* (No, peregrino entrometido, esa pistola no es auténtica.)

—Lo siento, muchachos, pero es *echt*. Ahora, *verschwindet, macht schnell und shuar schnell!*

El que había empuñado la rama la extrajo de los radios, la enarboló por encima de la cabeza y gritó:

—*Lügner!* —Dio un paso hacia delante.

Andy apuntó con cuidado y tiró del gatillo dos veces. El segundo disparo impactó en la rama, arrancándola de la mano del asustado atacante. El hombre con el camuflaje de manchas chilló:

—*Lass uns gehen!* —Los tres skinheads se adentraron corriendo en los bosques, gritando y maldiciendo a grandes voces.

Cuando vio que habían remontando a la carrera una colina a setenta metros de distancia, Andy desamartilló la SIG, cambió los cargadores, introduciendo uno lleno que llevaba en el cinturón, y enfundó de nuevo el arma. Solo entonces observó que le temblaban las manos y le zumbaban los oídos.

De nuevo a horcajadas sobre la bicicleta y pedaleando colina arriba, los nervios de Andy se serenaron un tanto y empezó a reírse entre dientes. Moviendo rítmicamente las piernas, se repetía, como si fuera una canción de marcha:

—*Schweizer Qualität. Calidad suiza. Schweizer Qualität. Calidad suiza.*

Pasó la primera noche a un kilómetro y medio de allí, siguiendo la carretera. Estaba oscureciendo y se divisaban las luces de la aldea de Bruchhof a lo lejos. Según el mapa, al otro lado había al menos ocho kilómetros de urbanizaciones. De modo que dobló a la izquierda, enfilando una carretera comarcal y tomando a continuación un camino más estrecho que se internaba en la espesura. Ahora que casi era noche cerrada, sacó la bicicleta de la carretera y se adentró en el bosque. Apenas se veían algunas luces desperdigadas de granjas. Al contrario que los típicos bosques norteamericanos, en los que abundaban los troncos de árboles caídos, este obedecía al ordenado modelo alemán: parecía más un parque que una zona arbolada. Andy empujó la bicicleta y el remolque ciento ochenta metros en la maleza.

Cuando encontró una franja frondosa, desenganchó el remolque y dejó la bicicleta sobre el terreno. A continuación ocultó el remolque en unos matorrales. El terreno era bastante llano. Por suerte, no estaba lloviendo. Apenas tardó dos minutos en instalar el campamento. No hizo mucho más que

extender el saco de dormir sobre la esterilla.

Después de empujar una voluminosa roca y aliviarse, regresó al remolque de la bicicleta y se lavó las manos con una botella de agua.

Andy se sentó a rezar. Estaba agradecido por muchas cosas. Sacó una ración de comida precocinada al azar. Estaba famélico y devoró casi todo lo que contenía en unos minutos, sin molestarse en calentar el envoltorio y mezclar los líquidos. Después del entrante de arroz con pollo, engulló el paquete de galletas y bebió algunos tragos de agua. A continuación desgarró la esquina de la bolsa de mantequilla de cacahuete y se la sirvió directamente en la boca. Por último, se metió todos los caramelos en el bolsillo de la camisa.

Después de cerrar la cremallera del frontal de plástico transparente del remolque de la bicicleta, Andy se sentó y se quitó las zapatillas. Aún estaban húmedas a causa de un chaparrón. Llegó a la conclusión de que tendría que alternar los dos pares que tenía durante el viaje: uno que estaría mojado casi siempre y otro que mantendría seco y solo se pondría cuando no hubiera amenaza de lluvia. Metió las zapatillas en una bolsa de plástico que guardó a los pies del saco. Echó el impermeable sobre los costados del remolque para camuflarlo, aunque tendría que hacer algo con el color amarillo brillante. Antes de arrastrarse hasta el saco, enrolló el abrigo del revés para usarlo como almohada y metió la SIG debajo. Se quitó los calcetines húmedos y los puso entre la camisa exterior y la camiseta para que se secaran durante la noche.

Andy tardó varias horas en conciliar el sueño. Aún acusaba la tensión del incidente con los ladrones skinheads. Su mente bullía con un millar de preguntas: ¿Podría haber actuado de otra forma? Seguramente no. ¿Lo habrían denunciado a la *Polizeistation* local? Seguramente no. ¿Se habrían meado en los pantalones? Seguramente sí. Andy se rió entre dientes. Le preocupaban sus posibilidades de volver a los Estados Unidos. Le preocupaba su prometida. Hasta le preocupaban la cadena y la pata de cabra de la bicicleta.

Incapaz de dormir, mordisqueó un caramelo que había sobrado, escuchando la brisa y el sonido de las gotas de lluvia que caían de las ramas de los árboles, y murmuró para sus adentros:

—Mierda, me he olvidado de lavarme los dientes. Bueno, mañana empiezo. —Mientras al fin se adormecía, Andy elaboraba una lista mental para el día siguiente—: Tengo que ingerir más calorías. Tengo que mantenerme hidratado. Tengo que cambiar de marcha antes de las colinas. Tengo que reorganizar el remolque para que el equipo que necesito con más frecuencia esté más accesible. Tengo que mirar hacia atrás más a menudo. Tengo que encontrar una forma de que no se mojen los calcetines. Tengo que hacer más comidas y menos abundantes. Tengo que colocar la bolsa del cargador para que no se me clave en el costado...

A la mañana siguiente, Andy se despertó antes de que amaneciera con agujetas en las nalgas, los muslos y los riñones. Era obvio que con la bicicleta había ejercitado músculos distintos a los que utilizaba con el régimen de entrenamiento físico al que estaba acostumbrado. Debía adaptarse a este nuevo medio de transporte.

Cuando el horizonte del este empezó a aclararse, sacudió el rocío que impregnaba el saco y lo

enrolló. A lo lejos, una vaca estaba llamando a sus terneros. Aunque los oía, no vio ni un solo coche ni camión ligero circulando en la carretera cercana.

Durante diez minutos limpió y engrasó la pistola y rellenó el cargador, que tenía dos cartuchos menos. Entre las cajas y lo que había en los cargadores, todavía le quedaban casi cuatrocientas cincuenta balas de nueve milímetros, así como unos cuatro kilos de munición y cargadores. Estaba dispuesto a desprenderse de la carga de agua y comida, pero no de la munición. Eso era prioritario.

El desayuno consistió en una pequeña lata de melocotones, un bocadillo aplastado de la mañana anterior en la sala de *Frühstück* del BOQ y un poco de cecina.

Por la fuerza de la costumbre, enterró los envoltorios vacíos de la comida y los trapos que había utilizado para limpiar la pistola. Siempre les había dicho a sus hombres que era una buena disciplina de limpieza en el campo.

A continuación recogió el equipo y desplazó ciertos objetos entre las diversas bolsas y compartimentos de manera que estuvieran al alcance de la mano. Comprobó la presión de los neumáticos de la bicicleta y enganchó el remolque. Inspeccionó el campamento y comprobó satisfecho que la única prueba de su presencia era la hierba aplastada.

Empujó silenciosamente la bicicleta hasta la carretera. Estaba empezando a llover de nuevo.

Andy continuó dirigiéndose hacia el oeste. Llovió durante toda la mañana y enseguida se empapó los zapatos y los calcetines. A veces los camiones que pasaban lo salpicaban brutalmente. No había manera de evitar la ciudad de Homburg sin hacer un desvío enorme. El tráfico urbano era sorprendentemente escaso. Era obvio que la *Benzin* era más preciada cada día que pasaba. Aparte de algunas largas colas en las gasolineras, la actividad en Homburg parecía relativamente normal.

Aunque el terreno era más montañoso, Laine escogió una carretera más estrecha, que atravesaba Friedrichsthal y Heusweiler, antes que dirigirse a la Autobahn 6, la ruta más importante hacia el oeste, que atravesaba Saarbrücken.

El tiempo empezaba a aclararse y la temperatura aumentó durante la tarde, de modo que recorrió un buen trecho. Se detuvo en una tienda *Eisenwaren* en Heusweiler, donde compró una lata de pintura de camuflaje marrón así como las lámparas de gas Falks que Lars le había pedido. Adquirió todo el inventario del establecimiento: sesenta y dos lámparas. Aunque eran más de las que Lars necesitaba, también eran compactas y muy ligeras, de modo que serían un objeto de cambio muy valioso.

Exhausto después de una larga jornada de viaje, Andy acampó en un frondoso bosque al norte de Saarwellingen cuando cayó la noche. Aparte de una barrita de caramelo, se había saltado el almuerzo, de modo que estaba famélico de nuevo y engulló una lata de salchichas, un paquete de galletas y una bolsa de ramen empapados en agua fría.

Laine desenganchó y descargó el remolque. A continuación lo pintó, ya que el color amarillo chillón resultaba «poco táctico», usando todo el contenido de la lata de pintura. Hasta pintó el frontal de plástico transparente del remolque, dado que no era necesario ver dentro ni fuera. Ahora se

confundiría con el bosque cuando acampara.

Ardía en deseos de conectar las radios; era martes, el día de contacto en onda corta establecido. Instaló el receptor de bolsillo Kaito sobre un grueso tocón y desplegó la larga antena, colgando el extremo de la misma en una rama. Puso la bolsa de viaje delante del tocón para usarla como taburete. A continuación se puso los auriculares y sintonizó una frecuencia de diez mil megaherzios. La señal horaria de WWV, en Colorado, era apenas audible, aunque era de día en el espacio que lo separaba de los Estados Unidos.

—De momento todo bien —susurró para sus adentros.

Andy comprobó que el reloj de la radio estaba sintonizado con la franja horaria de Greenwich. Había una hora de diferencia en Alemania, pero siete en Nuevo México; todavía no era mediodía. Programó la función de alarma de la radio para que lo despertara a las 03:25, hora de Greenwich; a las 04:25, hora local. Andy oyó que anunciaban que pasaban diecisiete minutos de la hora, de manera que siguió escuchando la WWV, atento al informe de datos geofísicos que siempre ofrecían dieciocho minutos después de la hora. Notificaron una actividad solar de K2/K3 («de leve a moderada»), que era insignificante para la difusión de largo alcance en las bandas de onda corta. Andy frunció el ceño.

A continuación instaló la antena dipolo del transceptor, alineándola de tal manera que el lado estuviera orientado hacia el noroeste, hacia el «Gran Círculo» que lo separaba de Lars, en Nuevo México. Por suerte, la radio contaba con una antena dipolo, de manera que no tuvo que preocuparse por la toma de tierra.

Lars lo había ayudado a construir y probar el transceptor QRP cuatro años atrás. Era uno de los dos equipos que habían encargado en Elecraft, en California. Andy había justificado el coste ante Kaylee alegando que la radio tenía una potencia de salida algo mayor que los equipos tradicionales con «potencia de pulga» (el término que se empleaba en jerga radiofónica para referirse a los transmisores de menos de un vatio) y que eso marcaría una verdadera diferencia en las comunicaciones DX (a larga distancia). Poco antes de que se fuera a Afganistán, Kaylee había decorado artísticamente el exterior del tupperware del transceptor con la señal de llamada de Andy, «K5CLA» y una jocosa caricatura estilizada de una pulga con auriculares, con relámpagos amarillos emanando de los cuartos traseros, y le había recordado jocosamente que no olvidase a «SuperPulga» mientras se preparaba para la misión.

El transceptor era tan pequeño que en el recipiente impermeable quedaba espacio suficiente para un cuadernillo de espiral, un cable externo con pinzas de batería de coche y una conexión para el mechero, así como varios rollos de alambre para antenas de repuesto o tomas de tierra. Andy insertó seis pilas en la bandeja y utilizó el monitor de voltaje de la batería de la radio para asegurarse de que estaban cargadas. A continuación abrió el cuaderno y pasó las páginas hasta que encontró las notas que Kaylee había tomado cuando le estaba explicando el funcionamiento de la radio. Las relejó, porque Kaylee había hecho anotaciones con preguntas, comentarios y sus omnipresentes caricaturas. La echaba tanto de menos que le dolía. En la página se leía:

Algunas abreviaturas comunes utilizadas en transmisiones CW (Morse)



*Las siguientes se transmiten como si fueran una sola letra:*

AR: fin del mensaje. Suele enviarse en la última transmisión, antes de las señales de llamada.

BT: punto y aparte o interrupción de una idea.

Kaylee había escrito: «¿Cómo se dice “punto”? No se utilizan puntos (son demasiado lentos y engorrosos, en comparación con la abreviatura «BT») a menos que se transmita un texto literalmente en el que tengan importancia».

SK: después de las últimas señales de llamada, significa que vamos a desconectar la radio y no aceptamos más llamadas.

Abreviaturas comunes, que se transmiten como palabras, con caracteres normales:

ABT: (en inglés, «about») acerca de.

BK: (en inglés, «break») interrupción. Significa «cambio»; no es necesario utilizar señales de llamada.

CPY: (en inglés, «copy») recibido.

CU: (en inglés, «see you») hasta luego.

DE: de/desde. Se utiliza entre señales de llamada.

ES: y.

FB: (en inglés, «fine business») buen trabajo. Básicamente, significa «estupendo» o «maravilloso».

FER: (en inglés, «for») para.

Debajo de esta abreviatura Kaylee había escrito: «Es ridículo. ¿¿Por qué no “FOR”??». Andy había contestado: «Por economía. En Morse es más rápido “FER” que “FOR”:

..-....-. (FER)

En comparación con

..-.-.-.-. (FOR)».

HI: risas.

HR: (en inglés, «here») aquí.

HW: (en inglés, «how») cómo.

K: adelante.

KN: adelante (referido solo la emisora a la que estoy llamando o con la que estoy hablando).

MNI: (en inglés, «many») muchos.

NM: (en inglés, «name») nombre.

OM: (en inglés, «old man») viejo. En la jerga radiofónica, todos los hombres son «viejos».

Al lado de esta línea Kaylee había dibujado la caricatura de un anciano tropezándose con una lengua barba.

PSE: (en inglés, «please») por favor.

R: he oído todo lo que has dicho y no hace falta que repitas nada.

Kaylee había escrito: «Así que “R” es lo que se contesta después de “Cambio” (a menos que haga falta repetir algo), ¿verdad? ¡VERDAD!».

TNX: (en inglés, «thanks») gracias.

TU: (en inglés, «thank you») gracias.

UR: (en inglés, «your» o «you’re») tu o tú eres (dependiendo del contexto).

VY: (en inglés, «very») muy.

YL: (en inglés, «young lady») jovencita. En la jerga radiofónica, todas las mujeres son «jovencitas».

Kaylee había hecho en esta línea una caricatura de una vieja bruja con auriculares; el cable estaba sumergido en un caldero humeante.

73: saludos. Siempre se usa en singular. (Solo los usuarios de radio aficionada, o quienes lo han sido, utilizan el plural «73s»).

88: besos y abrazos.

?: si está solo, significa «Voy a repetir lo que acabo de decir».

Debajo de esto, Kaylee había escrito con grandes letras mayúsculas:

«KL: HI 88 PSE VUELVE PRONTO A CASA FER 88 UR YL 73 AR».

Señales Q comunes que se transmiten como palabras:

QRM: interferencia de otra emisora.

QRN: estática.

QRP: transmisores de poca potencia (menos de cinco vatios).

QRZ?: «¿Quién me llama?». Al final de un contacto, en lugar de «SK», significa «Estoy esperando más llamadas y me gustaría recibir algunas».

QSB: la señal se pierde.

QSO: contacto (conversación).

QSY: cambio de frecuencia.

QTH: localización.

NOTA: las señales de llamada siempre se envían en este orden: {señal de llamada del interlocutor} DE {señal de llamada propia}.

Y debajo de esto Kaylee había dibujado una caricatura de un excusado con una letrina enorme en lo alto y el subtítulo: «QTH#1-OM QSO CON PAPEL HIGIÉNICO».

Andy se rió y cerró el cuaderno. Enchufó la antena y los auriculares. No necesitaba enchufar una de las antiguas llaves de mano, ni siquiera llevarla, porque el KX1 contaba con un mando electrónico interno y un juego de paletas que se enchufaban directamente al estuche para transportarlo y manipularlo más cómodamente. Las paletas se apretaban ligeramente con el pulgar y el índice, de manera que se transmitía código Morse mucho más deprisa y fácilmente que con un teclado tradicional. Además, las paletas tenían la ventaja de que eran casi silenciosas, en comparación con los familiares chasquidos de los teclados manuales.

Para estar más cómodo y tener una mano libre, Andy se adhirió la radio al muslo con una tira de velcro. A continuación la encendió y sintonizó 10.106 MHz (la frecuencia internacional de llamada QRP en banda de treinta metros).

Andy se puso los auriculares, rezó en silencio y susurró:

—De acuerdo, SuperPulga, ¡allá vamos! —Apretando las paletas del KX1, Andy añadió «DL/» delante de la señal de llamada, indicando que estaba transmitiendo desde Alemania, y tecleó: «CQ CQ CQ DE DL/K5CLA DL/K5CLA K».

Se sorprendió al oír una llamada de respuesta inmediata, que apenas estaba fuera de la frecuencia: «DL/K5CLA DE PA3ADG PA3ADG K».

Mientras escuchaba, ajustaba rápidamente la sintonización de la radio, buscando un tono intermedio, y escribió: «PA3ADG» en el cuaderno.

Entusiasmado, Andy contestó: «PA3ADG DE DL/K5CLA FB UR 589 589 NM ES ANDY BT».

A continuación añadió enseguida: «EX MILITAR USA EN BICI DK ES F HASTA A LA COSTA PARA BARCO A USA BK».

«BK R FB ANDY UR 449 BT

NM ES WIM? WIM BT

QTH AMSTERDAM BT

BICI O MOTO? BK».

«BK R FB WIM BT

BICI ACAMPANDO BT

EQUIPO KX1 QRP ABT 2W BK».

«BK DURO EN INVIERNO HI BK».

«BK R SÍ DURO HI BT

WIM PSE SABES SI HAY BARCOS DE FRANCIA BELG O HOL A USA? BK».

«BK R LO COMPROBARÉ ES LLAMARÉ A ESTA FRECUENCIA A 1845Z BT CU ES 73 DL/KRCLB DE PA3ADG SK».

«BK R VY FB WIM MNI TNX BT

73 73 AR PA3ADG DE DL/K5CLB QRZ?».

Andy exhaló un suspiro. Escuchó la radio durante unos minutos, pero no intervino nadie más. Apagó el transceptor, reprogramó la alarma de la radio Kaito a las 18:42 y musitó una oración. Cubrió las dos radios con una bolsa de basura, sujetándola con el abrigo. Mientras esperaba la confirmación de Holanda, instaló el saco de vivac y la esterilla y comió una lata de compota de manzana.

Casi había oscurecido. Andy oía el arrullo de una paloma entre las copas de los árboles. Se había sentado sin moverse mientras todavía estaba sudando y ahora tenía frío, de modo que se arrancó la chaqueta y los pantalones impermeables y estrujó los calcetines. A continuación se arrastró hasta el saco de dormir y esperó.

Dormitó durante una hora hasta que sonó la alarma de la Kaito y salió del saco arrastrándose, abriéndose camino hacia la imprecisa silueta del tocón en la noche, y la apagó. La temperatura había descendido y se puso el abrigo. Sentado en la bolsa de viaje, se puso los auriculares a tientes y encendió el transceptor KX1.

A las 18:45, oyó el chisporroteante código Morse de Wim:

«DL/K5CLA DL/K5CLA DE PA3ADG KN».

Laine contestó: «PA3ADG DE DL/K5CLA FB WIM UR 589 BK».

Wim contestó:

«BK R MALAS NOTICIAS ANDY BT

NO HAY BARCOS A USA NI CANADÁ BT

COMPAÑÍAS DE SEGUROS DICEN DEMASIADO PELIGROSO BT

SRI BT

AVIONES EN TIERRA INDEFINIDAMENTE BK».

Andy transmitió a modo de respuesta: «BK R OK WIM MUCHAS TNX FER COMPROBARLO BK».

Wim añadió:

«BK R MÁS FÁCIL BARCO A USA EN HAMBURGO LA HAYA O MARSELLA BT

BONNE CHANCE ANDY BK».

Andy se despidió y desconectó. Reprogramó la alarma de la Kaito a las 03:25 y de nuevo cubrió las radios para protegerlas de los elementos.

Durmió intranquilo, despertándose en varias ocasiones y comprobando las marcas de tritio en el dial del reloj. Cuando la alarma volvió a sonar a las 03:25, hora de Greenwich, estaba preparado, con la linterna LED de lente roja a baja potencia a mano.

Parpadeando, murmuró:

—Necesito una taza de café.

Andy sintonizó la frecuencia 10.128, que los hermanos Laine habían establecido como primera frecuencia de contacto. El cuaderno incluía una lista de frecuencias alternativas, que debían usarse en orden descendente, en caso de interferencia.

A las 03:30 GMT (las 09:30 en Nuevo México) Andy captó una débil señal de código Morse: «K5CLB DE K5CLA, K5CLB DE K5CLA». El indicador de potencia de la señal del transceptor apenas se iluminó. Aquello no auguraba nada bueno, puesto que Lars tenía un transmisor de doscientos vatios.

Andy alargó la mano hacia las paletas y contestó: «K5CLA DE K5CLB KN».

Lars repitió la transmisión «K5CLB DE K5CLA, K5CLB DE K5CLA».

Andy contestó de nuevo, aunque era obvio que sus transmisiones no tenían la fuerza suficiente para oírse sobre el fondo de estática. Al cabo de diez minutos de frustración, Andy captó:

«K5CLA DE K5CLB BT

SI PUEDES OÍRME BT

KAYLEE Y NOSOTROS ESTAMOS BIEN BT

ENERGÍA LOCAL FUNCIONA AUNQUE REDES USA HAN CAÍDO BT

SITUACIÓN COMO MAD MAX EN TODOS LOS USA BT

KL DICE QUE TE QUIERE 88 ES VUELVE PRONTO A CASA BT

SALMO 91 PARA TI AR DE K5CLB SK».

Después de otros tres intentos de establecer contacto, Lars repitió el mismo informe breve y después desconectó.

Decepcionado ante la falta de éxito en la comunicación de doble sentido, Andy guardó el transceptor en las bolsas de cierre al vacío. Consciente de que seguramente no conciliaría de nuevo el sueño, desplazó la esterilla y el saco, acercándose al tocón, y se arrastró dentro, con cuidado de no arrancar el cable de la antena, sosteniendo el receptor de onda corta con el brazo izquierdo.

Andy sintonizó diversas bandas, buscando emisiones en inglés. Captó un breve resumen de noticias de la BBC a las 04:30 y un noticiario más largo en Radio Holanda a las 05:00.

Ninguna de las noticias era buena. Se esperaba que la interrupción del tráfico aéreo comercial en Europa continuase durante al menos varias semanas. El día anterior habían estallado simultáneamente dos bombas de al Qaeda en Bonn y Frankfurt. Cientos de inmigrantes árabes estaban causando disturbios debido a la inflación de la moneda. En París y otras grandes ciudades francesas habían retomado sus antiguas costumbres, quemando docenas de coches aparcados. Mientras tanto, Nueva York, Baltimore, Chicago, Dallas y Los Ángeles eran pasto de las llamas.

«Naciones enteras dependen de la tecnología. Si los engranajes se detienen durante dos días estallan disturbios. Estamos a dos comidas de la revolución. Imagínense Los Ángeles o Nueva York sin corriente eléctrica. O desde una perspectiva más amplia, que se detienen las plantas fertilizantes. O

desde una perspectiva todavía más amplia, que no se fabrica nueva tecnología durante una década. ¿Qué le ocurre a nuestro estándar de vida? Pero esos malditos idiotas ni siquiera prestan atención a la ciencia y la tecnología durante diez minutos al día. ¿Cuánta gente sabe lo que está haciendo? ¿De dónde salen estas alfombras? ¿La ropa que llevan puesta? ¿Qué es lo que hacen los carburadores? ¿De dónde vienen las semillas de sésamo? ¿Lo saben? ¿Lo sabe uno de cada treinta votantes? Ni siquiera dedican diez minutos al día a pensar en la tecnología que los mantiene con vida».

—Larry Niven y Jerry Pournelle, *El martillo de Lucifer* (1977)

Bloomfield, Nuevo México

Noviembre, año uno

El colapso de las redes eléctricas supuso un punto de inflexión durante la Escasez. Hasta entonces, la vida en los Estados Unidos había seguido adelante, con excepción de las tensiones que causaba la inflación generalizada. Pero después de que la corriente desapareciera, la vida se transformó radicalmente. La de Texas fue la última en caerse, apenas unos días después de que las redes del este y el oeste fallaran en rápida sucesión.

Las ciudades de Farmington y Bloomfield disfrutaban de la energía que les facilitaba FEUS, una cooperativa local con producción propia que contaba con tres plantas de gas natural y una planta hidroeléctrica instalada en la presa navajo del río San Juan, que satisfacían casi todas las necesidades energéticas de un área de servicio de cuatro mil cuatrocientos kilómetros cuadrados. El resto de la energía se compraba a una red del oeste a precios irrisorios. Cuando esta se vino abajo, FEUS consiguió que hubiera energía local (independiente de la red principal) al cabo de un minuto. Si no hubiera sido por la producción local, las poblaciones de la región de las Cuatro Esquinas, así como numerosas granjas y ranchos, se habrían quedado sin agua. No obstante, la mayoría de las ciudades de la nación solo contaban con una reserva de agua suficiente para tres días en los tanques gravitatorios que facilitaban presión a las líneas municipales. Cuando la red cayó, los sistemas municipales de agua de estas ciudades fallaron.

Robie Laine había realizado una investigación meticulosa y había elegido Bloomfield para instalarse debido sobre todo a la agricultura y la capacidad de generación de energía local. El crecimiento de las comunidades durante las décadas de 1980 y 1990 había sobrepasado la capacidad de producción de energía de FEUS. Sin embargo, retirando el servicio diurno a ciertos clientes industriales y suplicando a las comunidades locales que tomaran medidas extremas de ahorro (solicitando a sus clientes que no utilizaran calentadores ni cocinas eléctricas durante el día) el servicio había satisfecho las necesidades locales. La campaña publicitaria de relaciones públicas enfatizaba: «Si ahorramos energía tendremos agua y si ahorramos agua tendremos energía». La mayoría de los clientes escucharon el mensaje y el consumo de energía descendió en un 20%.

El otro motivo de que Robie Laine hubiera escogido la zona de Bloomfield era que en aquella región

discurrían acequias de riego durante todo el año. Contaban con un sistema gravitatorio como afluentes del río San Juan, que se hallaba a gran distancia hacia el este, siguiendo la corriente. El Distrito de Riego de Bloomfield<sup>63</sup> administraba las acequias del norte del río y la Asociación de Acequias de Hammond se encargaba de las acequias del sur. Este laberinto de surcos incluía las acequias de Porter, Citizen y Jacquez, así como la *Pumpa de la Sequía*. Gracias a las precipitaciones regulares que mantenían llena la presa navajo, así como a las descargas estacionales de esta, las acequias nunca se secaban.

A lo largo de todos los Estados Unidos, los estándares de la EPA<sup>64</sup> que se habían instituido durante las décadas de 1980 y 1990 obligaron incluso a las ciudades que contaban con sistemas gravitatorios a instalar bombas eléctricas para la filtración del agua. Los filtros gravitatorios más antiguos se reemplazaron mediante filtros nuevos compatibles con los filtros estándares de unidades de turbidez de nefelómetro<sup>65</sup> de cero coma tres. En la mayoría de los casos, esto significaba que debían instalarse nuevos filtros que se presurizaban mediante bombas eléctricas. Cuando cayeron las redes, muchos ingenieros de los servicios de agua municipales se resistieron a sortear los sistemas de filtración del agua presurizada, temiendo las sanciones de la EPA, de manera que los ciudadanos, que de otra forma habrían contado con agua potable gravitatoria, estaban en la misma situación que aquellos que vivían donde se bombeaba el agua de los acuíferos mediante medios eléctricos. Esto convirtió innecesariamente a millones de personas en refugiados.

La estación generadora de San Juan, que se hallaba en los terrenos de la tribu navajo, a veinticuatro kilómetros al oeste de Farmington, en las inmediaciones del pueblo de Fruitland, era una planta de carbón con cuatro unidades operativas que conjuntamente producían dos mil megavatios de potencia, convirtiéndola en una de las mayores estaciones generadoras de energía alimentada con carbón de toda Norteamérica. Después de que se cayera la red del oeste, los directores de la planta la desactivaron. Para que la red funcionara, casi todas sus unidades de producción debían estar en línea; era básicamente una red de «todo o nada», y en ningún momento se había anticipado el catastrófico fracaso de las redes durante la Escasez.

En condiciones normales, la estación generadora de San Juan consumía quince mil toneladas de carbón diarias. La planta era la primera de varias plantas energéticas conjuntas «mineras» del oeste que se alimentaban de los depósitos contiguos de carbón subbituminoso. Buena parte de este carbón llegaba directamente a la planta mediante un sistema de cintas transportadoras de dos kilómetros y medio.

En sí misma, San Juan no podía abastecer a toda la red del oeste. Los esfuerzos que se llevaron a cabo para reconstituirla fueron casi cómicos. Solo las plantas hidroeléctricas del noroeste del Pacífico y algunas plantas mineras como San Juan siguieron activas durante los intentos de reconstitución. Todas las plantas más pequeñas estaban desconectadas, sobre todo debido a la ausencia de los trabajadores, muchos de los cuales se habían declarado en huelga, exigiendo que se aplicaran índices de inflación a sus salarios. Las plantas nucleares también estaban desconectadas. Sumándose a la frustración, la Comisión Normativa Nuclear se había negado a emitir nuevos certificados para que se reactivaran las plantas a menos que se siguiera estrictamente un proceso de tres días con miles de inspecciones.

Los pagos de los mayoristas a la estación generadora de San Juan a cambio de los servicios



energéticos (a una media de dos centavos y medio por kilovatio/hora) se habían convertido en un chiste, de modo que el colapso de la red fue un verdadero alivio para la administración de la planta. Con la inflación disparada, el punto de equilibrio de la planta habría sobrepasado los cincuenta centavos por kilovatio/hora.

La mina de carbón contigua, que pertenecía exclusivamente a la nación navajo, solo se mantuvo en funcionamiento durante dos días después de que se desconectara la estación generadora de San Juan. La producción llenó los depósitos hasta el límite: ciento setenta y ocho mil toneladas, que formaban montones al aire libre. Se decidió que este carbón se designaría «bien de la tribu» y estuviera accesible a todos los «miembros censados de la nación navajo o que hablaran la lengua con fluidez». Los demás debían pagar dinero en efectivo. La tarifa acabó estableciéndose en veinte centavos de plata a cambio del contenido de una camioneta o un dólar de plata a cambio de un camión cisterna de trece metros. Aunque la calidad del carbón era inferior a la de la antracita maciza, bastaba para las calefacciones domésticas.

A pesar del colapso de las redes energéticas mayores, las luces siguieron encendidas casi continuamente en la región de Farmington y Bloomfield porque FEUS generaba energía propia.

Cuando Lars, Liz y Kaylee estaban desayunando, una mañana de noviembre, decidieron acelerar los preparativos. En sendos cuadernos elaboraron tres listas prioritarias, que titularon: «Urgente», «Importante» y «Terciaria».

La lista «Urgente» solo incluía cuatro artículos:

- Loción cutánea protésica Alps (¿o quizá un equivalente de silicona de petróleo que alivie los picores de la prótesis?).
- Mapas topográficos detallados, preferiblemente de escala 7½ o 15; también necesitamos un mapa de la zona y las ocho secciones adyacentes.
- Lámparas de gas; más de veinte.
- Solución salina para las lentes de contacto y gafas de repuesto para Kaylee.

La lista «Importante» incluía:

- Más pilas, sobre todo NiMH recargables, preferiblemente de las modernas de autodescarga baja66.
- Cadenas y bujías de repuesto para la sierra eléctrica.
- Agua destilada para el banco de pilas (invernadero si hace falta).

La lista «Terciaria» incluía:

- Tampones.
- UN MONTÓN de sal para conservar la carne y atraer a los ciervos.

- Naipes.
- Libros.
- Más especias.
- Más queroseno; el sobrante se destinará al trueque o la beneficencia.
- Munición de rifle largo del calibre .22 como moneda de cambio.
- Reclamos para alces.

Los Laine y Kaylee Schmidt solo cumplimentaron una parte de las listas antes de quedarse sin dinero en efectivo. Después, consiguieron algunos de estos artículos mediante el trueque, utilizando munición y monedas de plata anteriores a 1965.

63 BID: *Bloomfield Irrigation District*.

64 *Environmental Protection Agency*.

65 NTU: *Nephelometer Turbidity Unit*.

66 LSD: *Low Self-Discharge*.

## Vaqueros

«Entiendan que teníamos un rancho muy grande, pero solo nos reportaba beneficios una o dos veces al año. No había mucho dinero. Solo teníamos dinero en monedas de oro. Recuerdo que no vi demasiados billetes hasta que tenía casi quince o dieciséis años. Todo era oro o plata. Que yo recuerde, no había billetes. Mi padre vendía lana y carne de cordero y volvía con sacos de tabaco llenos de monedas de oro de veinte dólares. Llevaba trescientas o cuatrocientas cabezas de ganado hasta Cloverdale y solo sacaba unos dos dólares por cabeza. Un carromato de cuatro caballos cargado de lana en Ukiah costeaba la comida y la ropa del invierno siguiente. Entonces era cuando entraba el dinero. Así era como pagábamos las cosas. Con monedas de oro y plata. Cuando éramos niños, a veces nos dejaban jugar con las monedas de oro. Eso era una auténtica fiesta».

El viaje hasta la iglesia baptista de Berea el domingo siguiente fue memorable. Kaylee, que solo iba a la iglesia en contadas ocasiones debido a diferencias de doctrina, se había quedado en casa defendiendo el fuerte. Lars, Beth y Grace fueron a la iglesia en el Saturn Vue de Beth, que consumía menos que el Dodge Durango de Lars. Esperaban una concurrencia escasa. Los rumores aseguraban que la escasez de gasolina había asustado a muchos feligreses, que habían adoptado medidas de ahorro extremas. Otros temían dejar sus hogares sin vigilancia por miedo a que les robasen.

Cuando abandonaron Blanco Road y enfilaron el aparcamiento que se extendía detrás de la iglesia, Lars se rió entre dientes y señaló el espacio atestado, donde ahora aguardaban hasta quince caballos atados a un poste recién instalado. Las sillas descansaban sobre una hilera de tambores de doscientos litros tumbados sobre el costado y dispuestos en formación de falange. Después de aparcar, se dirigieron a la cerca y observaron las monturas y las sillas.

—¡Ay, papá! ¿Vamos a comprarnos un caballo? —exclamó Grace.

—Seguramente dentro de poco, Anelli —contestó Lars, utilizando este apelativo cariñoso que en finés significaba «gracia».

Beth señaló:

—¿Te has dado cuenta de que hay tres albardas?

—Qué raro —musitó Lars. Decidió mentalmente que donaría más tambores, puesto que si continuaba aquella tendencia en el transporte, en aquella nueva época de descabellada carestía del combustible, la iglesia necesitaría más espacio para sillas de montar. Además, podía prescindir de ellos, pues tenía una docena de tambores pintados de blanco que se usaron como obstáculos para los rodeos durante la década de 1970 y ahora apenas servían para almacenar líquido, pues el fondo estaba muy oxidado.

Cuando atravesaron el santuario hasta la sala de usos múltiples del edificio, donde siempre tomaban una taza de café antes de la ceremonia, comprobaron que a ambos lados de la estancia había dos hileras de cajas en palés destinadas a donaciones que ostentaban las inscripciones: «Comida enlatada», «Alimentos perecederos», «Ropa de mujer», «Ropa de niño», «Zapatos de niña» y similares.

—Tenemos que donar la ropa que nos sobra y los zapatos que ya no le valen a Grace —observó Beth cuando pasaron ante ellas. Lars asintió.

Ray, que dirigía los seminarios dominicales para adultos, estaba presente como de costumbre, aunque se mostraba algo avergonzado, con una SIG P250 en una cartuchera en la cadera y cuatro cargadores de repuesto en portacargadores abiertos en la cadera opuesta. Lars dijo con tono tranquilizador:

—Me alegro de que estés armado. Haces que todo el mundo se sienta más seguro. Gracias. Aunque la comisaría está justo al otro lado de la calle, no está de más andarse con cuidado.

—¿Hay alguna forma de comprar pistolas? —susurró Beth cuando se sentaron ante una de las mesas del aula.

Lars meneó la cabeza.

—Ni hablar, cariño. Ahora una pistola decente te costaría dos coches nuevos.

Durante el momento de «oración y alabanza» antes de que empezara la clase, cuando se dedicaban las oraciones, un adolescente negro al que los Laine no reconocieron se puso en pie, anunciando:

—Ustedes no me conocen, ni a ninguno de mis compañeros. Me llamo Shadrach Phelps. Mis amigos y yo agradeceríamos sus oraciones. Los tres venimos de un orfanato del condado de Río Arriba que ha cerrado. No tenemos ningún sitio adonde ir y estamos buscando trabajo, aunque sea a cambio de comida, alojamiento y heno para nuestros caballos. Todos somos buenos trabajadores y tenemos monturas y arreos. Podemos halar heno todo el día, cortar madera, descuartizar ciervos y sabemos manejar una pala. Ah, y somos cristianos, por supuesto. Confiamos en la providencia divina. Lo que ocurre es que queremos que nos contraten juntos; estamos muy unidos, así que no queremos separarnos. En fin, como he dicho, agradeceríamos sus oraciones. —Phelps esbozó una sonrisa tímida mientras volvía a sentarse. Hubo murmullos en la sala.

Después del seminario, los Laine abordaron a los chicos Phelps, que estaban hablando con una viuda que tenía un rancho en las inmediaciones de Bloomfield. Shad Phelps estaba haciendo gestos, señalando a sus amigos.

—Lo siento, pero si no puede contratarnos a los tres tengo que decirle que no, gracias. —La señora asintió y se fue.

Lars se acercó a Shadrach Phelps, le estrechó la mano, mirándolo a los ojos, y declaró:

—Mi padre siempre decía: «Si quieres ir deprisa, hazlo solo. Si quieres llegar lejos, hazlo en grupo». Me gustaría que trabajarais para mi esposa y para mí en nuestro rancho. Creo que juntos llegaremos lejos.

Contratar a los muchachos fue sencillo, aunque la alimentación de los seis caballos resultó algo más complicada. Cuando Lars y Beth se hicieron cargo del rancho descubrieron que Tim Rankin no había llevado a cabo un buen trabajo de mantenimiento. La pintura con brocha fina y rodillo había dejado numerosas salpicaduras y los aerosoles habían dejado residuos visibles. Encontraron las sillas de montar de los Laine, pero Rankin había «tomado prestadas» las cinchas, así como diversas mantas y fundas, y jamás las había devuelto. Al menos se había molestado en envenenar a los ratones y las ratas y había hecho un trabajo decente controlando las malas hierbas de los pastos.

Lars y Andy se habían incorporado al servicio activo cuando Tim Rankin se instaló en la hacienda. Cuando le preguntaron dónde estaban los rifles de su padre, Rankin les aseguró que no había

encontrado ninguno en la casa. Lars y Andy recelaron, a sabiendas de que su padre tenía varios rifles, pero como tenían sobre todo un valor sentimental, no presionaron a Rankin, que alegaba:

—Bueno, si estaban aquí, debieron de robarlos antes de que yo llegara. Había muchos desconocidos en la casa cuando falleció vuestro padre: los paramédicos, los policías, el forense y seguramente otros. Cualquiera de ellos podría haberse llevado los rifles.

Cuando Tim Rankin se fue, todavía quedaban dos toneladas de alfalfa de un año en el granero, así como tres toneladas de balas de paja en el altillo del establo. En cuanto los Phelps aceptaron la oferta de trabajo, Lars se interesó por el heno, el grano y la leña. Al cabo de largas búsquedas y negociaciones, pagó una moneda de oro de cinco dólares estadounidenses en perfecto estado por nueve toneladas de alfalfa, cinco haces de leña de pino, siete bloques de sal y noventa kilos de COB67 endulzado con melaza (una mezcla de maíz aplastado, rollos de avena y cebada). Lars tenía la impresión de que había salido perdiendo con el trato y se sentía estafado, pues el oro se vendía a ocho mil cuatrocientos sesenta dólares la onza y la moneda de cinco dólares contenía casi un cuarto de onza, además del valor numismático.

Los dos campos de seis hectáreas de riego del rancho se hallaban en buen estado, pero debían sembrarlos de nuevo para que dieran fruto. La tienda de semillas todavía tenía algunos sacos de semillas mezcladas. Después de regatear, Laine consiguió veintidós kilos de mezcla a cambio de tres cuartos de plata y una caja de cincuenta cartuchos de fusil del calibre .22.

Siguiendo las órdenes de Lars, los muchachos Phelps se pusieron manos a la obra enseguida, desperdigando medio saco de semillas con difusores manuales, sobre todo en las franjas desnudas de los pastos. Pero la tarea más ardua se realizó durante las dos semanas siguientes, cuando araron laboriosamente el terreno. Además, había que ahuyentar a las aves hasta que brotaran las semillas. Como muchas otras cosas a las que antes no se daba importancia, las semillas se habían convertido en un artículo sumamente valioso.

Después de la llegada de los huérfanos Lars también descubrió que Tim Rankin había robado casi todas las herramientas destinadas al cuidado de los caballos, así como los suministros veterinarios de su padre. Quedaba poco, aparte de algunos tarros medio vacíos de repelente para moscas Swat. Por suerte, los chicos habían llevado consigo unos alicates para los cascos, una escofina, un cepillo y dos peines. Diego Aguilar también había tenido la previsión de darles una lata de cuatrocientos cincuenta gramos de antiparasitario para caballos. En lugar de meterles una jeringa en la boca como Lars había hecho hasta entonces, los muchachos untaban los bocados con aquella pasta y se los ponían como cuando cabalgaban. Dándole al caballo dos puñados de comida dulce se aseguraban de que tragase la medicina. Aunque según el «método de Diego» las dosis eran menos precisas, Laine suponía que era más efectivo.

*67 Corn, Oats, and Barley.*

## Rock and roll

«Observen que los cinco millones de habitantes de Finlandia tienen cuatro millones de armas personales. ¡Ya verán cuando el congresista Schumer se entere de esto!».

—Jeff Cooper, *Comentarios de Jeff Cooper*, volumen 3, número 2, enero de 1995

Los muchachos no tardaron mucho tiempo en guardar los arreos e instalarse en el barracón, pues no habían llevado demasiado equipaje. El barracón era funcional, pero estaba debidamente aislado. Las paredes interiores estaban cubiertas de madera contrachapada desnuda. Había dos estrechas habitaciones contiguas, ambas con una puerta que se abría al vestíbulo. Además, una de ellas tenía una ventana con cortinas de gasa en un extremo y dos juegos de literas colocadas de un lado a otro. En la otra no había gran cosa, aparte de treinta cajas, la mayoría de las cuales contenían ejemplares de la revista *National Geographic* de la abuela materna de Laine. Algunas de ellas se remontaban a la década de 1930. Las dos habitaciones se calentaban mediante un fogón de leña instalado sobre un soporte de baldosas de escasa altura en el vestíbulo.

Poco después de haberse instalado y empezado los turnos rotatorios mensuales en el «puesto de observación», los chicos comprendieron que uno de ellos tendría que dormir durante el día, aunque con la luz del sol sería difícil que conciliara el sueño. Así que Shad le preguntó a Lars si podían desplazar las literas a la otra habitación, donde estaría completamente a oscuras. Lars dio su consentimiento. Al cabo de diez minutos, Shad, perplejo, volvió a la casa.

—Señor Laine, la otra habitación del barracón tiene un problema.

—¿Cómo que tiene un problema?

—Cuando las literas estaban en la habitación del sur encajaban perfectamente, pero ahora que las hemos movido a la otra no caben. Es muy raro, porque se supone que las dos tienen el mismo tamaño. ¿Puede venir a echar un vistazo?

Lars sacó una cinta métrica de siete metros y medio del cajón del escritorio y lo siguió hasta el barracón. Con la cinta métrica comprobaron que la habitación sin ventanas medía quince centímetros menos que la otra. Lars se rió entre dientes. Retirando la litera de la pared del fondo, empezó a golpear con los nudillos en diversos puntos de la madera contrachapada, atento a las diferencias en los sonidos, mientras murmuraba:

—Me parece que mi padre hizo carpintería creativa en esta habitación.

—¿Así que es una pared falsa? —preguntó Reuben.

—Sí, sospecho que sí. Dadme un momento.

Laine dejó a los chicos y se dirigió apresuradamente al taller, de donde volvió enseguida con un destornillador eléctrico inalámbrico Makita. Situándose en el centro de la pared, empezó a extraer los tornillos Sheetrock que sujetaban la madera contrachapada a la altura de su pecho, a intervalos de cuarenta centímetros. Comprobó con sorpresa que el primero caía al suelo después de apenas unas vueltas. Al mirarlo con atención, reparó en que no era más que un fragmento.

—Qué raro. Debe de haberse roto.

Lo mismo ocurrió con el siguiente tornillo.

—¿Qué demonios...? —exclamó Lars.

Alargó la mano y recogió los dos tornillos que se habían caído. Ambos medían apenas un centímetro de largo. Examinándolos cuidadosamente, comentó:

—No se han roto. Los han cortado con una sierra.

Lars continuó extrayendo los tornillos de la madera contrachapada. Descubrió que habían recortado la mayoría, instalándolos de tal manera que dieran la apariencia de remaches funcionales. Pero solo seis (cuatro en las esquinas y dos en el centro de la plancha) medían cinco centímetros de largo y llegaban hasta los corchetes que había detrás.

—¡Papá! Qué finlandés tan astuto. Echadle un vistazo a esto, chicos: este panel está diseñado para poder ser retirado sacando solo seis tornillos.

»Venga, ayudadme con esto —añadió Lars mientras quitaba el último tornillo de la esquina superior izquierda.

Laine y los chicos desprendieron y retiraron la plancha de madera contrachapada de dos centímetros de grosor, descubriendo un nicho lleno de cajas de munición apiladas, sobre todo excedentes del ejército estadounidense, diseñadas para munición del calibre .30, así como diversos artículos de curiosas formas envueltos en gruesas bolsas de basura de plástico negro selladas con cinta de embalaje con el rótulo de «Correo prioritario». Desde la tercera hilera de cajas de munición, todos los objetos estaban sujetos con cables metálicos atados a anillas o colgados de ganchos. Ahora era obvio que el padre de Laine había añadido una estructura de cinco por quince en el otro extremo de la habitación y lo había cubierto de modo que semejase la pared original. Dadas las dimensiones de la estancia, la diferencia de fondo era casi imperceptible.

Lars estalló en carcajadas mientras extraía el contenido del hueco.

—Chicos, a lo mejor habéis oído que los finlandeses somos callados y estoicos. Pues mi padre, que

se llamaba Robie, encajaba a la perfección con esa descripción. Mi madre decía que a veces no emitía otra cosa que gruñidos, «Buenos días» y «Buenas noches» durante días enteros. Nunca me había hablado de este escondrijo, y mi madre y mi hermano tampoco lo han mencionado nunca, así que supongo que se lo guardó para él solo. —Al cabo de una pausa, añadió—: Y como murió de repente de un ataque al corazón después de que falleciera mi madre, no tuvo ocasión de hacerlo.

Dedicó casi toda la tarde a elaborar el inventario del equipo. Mientras tanto, Shad y Reuben empuñaron la Makita y retiraron otras planchas de madera contrachapada del barracón, en busca de otros compartimentos secretos. Pero no encontraron ninguno.

Empezando con las armas envueltas en plástico, Lars descubrió cuatro fusiles M39 de cerrojo de fabricación finlandesa casi idénticos al suyo, excepto que uno de ellos utilizaba un receptor antiguo con forma de hexágono, y que tenían cañones de fabricantes distintos: uno de Tikka, dos de Valmet (señalados con el rótulo «VKT») y otro de Sako. Siempre meticuloso y atento a las precauciones, Robie Laine había incorporado etiquetas a los guardamontes de todos los rifles que advertían: «Engrasar la boca y la cámara. ¡Quitar antes de disparar!».

Dentro de una de las bolsas de plástico había una funda de tela verde con cremallera en la que descubrió un fusil M1 con componentes de M2 incorporados.

—Hijo de... —exclamó Lars—. Esto es rock and roll.

—¿Quiere decir que es completamente automático?

—Bueno, técnicamente el término es «fuego selectivo», porque dispara en modo automático o semiautomático. —Laine comprobó la cámara del arma para asegurarse de que estaba descargada y accionó la palanca del selector del fusil en el lado izquierdo del receptor, explicando—: Esta posición trasera es semiautomática, pero cuando se echa hacia delante es completamente automática. Muchos convirtieron fusiles M1 en M2 entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado, porque había recambios en todas partes y los receptores no requerían ninguna modificación.

Shad sonrió.

—Ah, sí, leí acerca de los fusiles M2 en una revista de armas —dijo—. Pero si te pillan con uno te metes en un buen lío.

—Sí, legalmente es un arma de contrabando —admitió Lars—, pero teniendo en cuenta las circunstancias actuales, creo que eso dejará de ser un problema dentro de poco, si es que sigue siéndolo. De todas formas, no creo que anuncie a los cuatro vientos que tengo un arma de clase tres no registrada. Y os agradecería que vosotros tampoco abrierais la boca.

—¡Sí, señor! —exclamó Shad. Los demás chicos asintieron con ademanes exagerados.

En otra funda de tela, reforzada con cuero verde en los extremos, había un Valmet M62, el equivalente finlandés del AK-47 ruso, con culata tubular. Laine emitió un silbido al verlo. Sabía que el Valmet estaba considerado el Cadillac de la familia AK y que era muy valioso.



En una lata de munición había once cargadores para el fusil M2 y en otra varios cargadores de plástico verde «con forma de gofre» para el Valmet M62.

Además había varias correas y portacargadores, así como una curiosa bayoneta para el Valmet M62 en una funda de piel verde que ostentaba el rótulo: «FRISKARS». En opinión de Lars, más que una bayoneta parecía un cuchillo de cocina.

Más adelante, cuando los chicos entraron en casa para ayudar en la cocina, Lars examinó el Valmet M62 y descubrió que también era de fuego selectivo. Al observarlo atentamente comprobó que el selector/seguro no tenía dos posiciones, sino tres, y que una de ellas estaba situada en el medio y seleccionaba el modo de disparo automático. Concluyó que se trataba de un M62 de la Fuerza de Defensa finlandesa, en lugar de un Valmet de fabricación civil adaptado. Más adelante le confió a Beth que seguramente su tío Aki, que había sido oficial de ingenieros en un barco mercante finlandés durante muchos años, lo había introducido de contrabando en los Estados Unidos.

Por último había una pistola semiautomática Lahti de nueve milímetros con cinco cargadores de repuesto envueltos en papel encerado marrón y una cartuchera original del ejército finlandés. Los cargadores eran de una columna y la pistola se asemejaba vagamente a una Luger. Tenía asideros de plástico con la indicación: «VKT». Al verla, Lars se rió entre dientes, imitando el tono grave de un actor radiofónico:

—Otro magnífico producto de los esforzados trabajadores de Valmet. —A continuación le explicó a Lisbeth que Valmet se había expandido desde el final de la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en un conglomerado y diversificándose, fabricando desde cosechadoras forestales hasta aviones militares. Lars había leído acerca de las pistolas Lahti, pero jamás había empuñado una de ellas.

Por último, elaboró un inventario detallado de la munición. En total había mil cien cartuchos de 7,62 x 54R para los fusiles de cerrojo, casi mil quinientos para fusiles del calibre .30, mil doscientos ochenta de 7,52 x 39 para el Valmet M62 y seiscientos cincuenta de nueve milímetros para la Lahti. Descubrió entusiasmado que una de las cajas de munición del calibre .30 no estaba llena de munición sino de rollos de monedas de plata de veinticinco centavos anteriores a 1965.

Hasta el día siguiente no tuvo ocasión de examinar la caja en cuestión. Cuando vació el contenido para contar los rollos, encontró un sobre sellado con la inscripción: «Lars y Andy», escrita con la letra de su padre. La abrió y encontró una carta mecanografiada. Decía lo siguiente:

A mis queridos hijos:

Quería daros estas monedas cuando acabarais el instituto, pero no estaba seguro de que aún fuerais lo suficientemente maduros como para valorarlas, así que decidí reservármelas hasta que os nombraran oficiales.

Quiero que consideréis estas monedas de plata como lo que son realmente: no son solo una inversión ni una «herencia familiar». Representan dinero AUTÉNTICO. Perdonad este sermón, pero tenéis que juzgar el valor que tienen desde cuatro puntos de vista: en términos de salarios, bienes manufacturados, servicios y propiedades reales.

Primero, consideremos los salarios. En los «viejos tiempos», antes de la Primera Guerra Mundial, un obrero recibía un salario medio de un dólar de plata diario. Ahora, el salario mínimo diario (siete dólares y veinticinco centavos la hora) es de cincuenta y ocho dólares en una jornada de trabajo de ocho horas. El salario típico de un obrero con experiencia es de unos once dólares la hora (ochenta y ocho dólares al día). Un dólar (nominal) en monedas de 90% de plata anteriores a 1965 contiene veintidós gramos y medio de plata. En este momento, el precio de la plata es de diecisiete dólares y cincuenta y cinco centavos. Así que los dólares anteriores a la inflación (DÓLARES auténticos en monedas de plata) valen realmente doce dólares y setenta y nueve centavos. (O casi trece veces un dólar nominal, en monedas de diez, de veinticinco o de cincuenta centavos.) Así que, poniendo las cosas en perspectiva, el salario típico de un día (ochenta y ocho dólares en el dinero de papel de nuestros días) equivale a seis dólares y setenta y seis centavos en monedas de plata anteriores a 1965. De manera que, en términos de salario, la plata tiene un valor de cinco o seis veces su valor actual. Según este criterio, la plata está muy subestimada actualmente.

A continuación, los bienes manufacturados. En 1964 (el último año que circularon estas monedas de plata en los Estados Unidos) una pistola automática Colt del calibre .45 modelo 1911 básica de acero azulado (una Serie 80) costaba unos setecientos setenta y cinco dólares. Así que si vendierais sesenta y cinco dólares nominales de este alijo de monedas de plata en una tienda de monedas y os ofrecieran doce veces «nominales» lo que valen os embolsaríais setecientos ochenta dólares del curioso dinero de esta época. Entonces podríais compraros una .45 en la armería con los beneficios. La moraleja es que las pistolas no han subido de precio, sino que los dólares de papel han perdido poder adquisitivo.

¿Y los servicios? En 1964, un corte de pelo costaba unos setenta y cinco centavos, o tal vez un dólar en las grandes ciudades. Mi último corte de pelo me costó catorce dólares. Sospecho que otros servicios son comparables, desde los dentistas hasta los burdeles. (Aunque confío y rezo para que ninguno de vosotros utilice jamás el segundo.)

Ahora consideremos los valores relativos de las monedas de plata y las propiedades reales. En 1964, el precio medio de una vivienda en los Estados Unidos rondaba los dieciocho mil dólares. Ahora oscila en torno a los ciento setenta mil dólares. (Se han multiplicado por nueve coma cuatro.) Si hubierais ahorrado dieciocho mil dólares nominales en monedas de plata en 1964 (dieciocho bolsas de mil dólares nominales cada una) y las hubieras conservado hasta el día de hoy, os embolsaríais doscientos dieciséis mil dólares si las vendierais a un tratante de monedas. Eso es suficiente para una casa POR ENCIMA DE LA MEDIA. Así que obviamente las monedas de plata han conservado su valor mucho mejor que los billetes. Cualquiera que conserve dólares de PAPEL durante mucho tiempo, a menos que le reporten unos intereses considerables, es idiota.

Confío en que sigáis invirtiendo en plata. Deberíais tener mucho más que estos pequeños ahorrillos.

En mi opinión, los bienes tangibles (como la plata y las armas) son fiables, pero no depositéis vuestra confianza en el dinero de papel a largo plazo. Si queréis asegurar el valor neto en la época de inflación que se avecina, no olvidéis nunca este consejo: no dejéis vuestros ahorros en dinero de papel durante demasiado tiempo. Si los convertís en bienes tangibles cuanto antes vuestros ahorros no sufrirán los estragos de la inflación. El aumento de los precios de consumo es ahora inofensivo, pero seguramente dejará de serlo en el futuro cercano. Así que debéis cambiar vuestra forma de

pensar y hacer negocios en consecuencia.

¡No olvidéis que la inflación es un impuesto oculto!

Repartíos estas monedas a partes iguales. Gastadlas con prudencia y hasta el día que todo estalle, usadlas solo como último recurso. Y no olvidéis nunca lo que valen REALMENTE.

Os quiero,

Papá.

Mientras Lars guardaba de nuevo la carta en el sobre, murmuró con tono decidido:

—Sí, papá, tenías razón.

Cada uno de los chicos Phelps recibió uno de los fusiles de cerrojo M39 a cambio de cinco meses de salario. Al día siguiente usaron algunos de los valiosos cartuchos 7,62 x 54R, que tenían un retroceso considerable, y ajustaron la mira de los fusiles. Como el cebo de la munición era corrosivo, Laine les enseñó a limpiar cuidadosamente la boca de los fusiles y el anverso de los cerrojos, ordenándoles que limpiaran los cañones varios días seguidos para asegurarse de que se eliminaban todos los restos de sales corrosivas.

El barracón se decoró enseguida con un póster de Monument Valley y mapas extraídos de los ejemplares de *National Geographic*. Los muchachos adoptaron una rutina de turnos de guardia, cuidado de los caballos, algunas tareas domésticas y lectura, mucha lectura.

La presencia de los chicos Phelps en el rancho supuso un gran alivio para Lars, Beth y Kaylee, que estaban acusando la tensión que comportaba la defensa del rancho.

La rutina matutina de Lars consistía en rezar en silencio cuando amanecía y acurrucarse con su esposa. Después se incorporaba y se colocaba el parche en el ojo y la mano protésica. Si hacía falta, se untaba crema de silicona en el muñón. Lars había aprendido que el tamaño de este cambiaba durante el día. El fluido formaba un charco en el muñón durante la noche, cuando se quitaba la prótesis, y se reabsorbía cuando se colocaba al «Señor Presidente». Así pues, le apretaba un poco más por las mañanas que por las tardes y las noches.

Sin quitarse el pijama, Lars hacía veinte flexiones rápidas y cuarenta abdominales. Después se duchaba y se vestía. Antes de la Escasez, leía el correo electrónico y tomaba una taza de café con el desayuno. Pero estas dos distracciones se convirtieron enseguida en un recuerdo. Últimamente comía en la mesa de la cocina con Matthew Phelps, que era el más madrugador de los tres Phelps.

«Por lo tanto, cuando un individuo invierte el capital que tiene en la defensa de la industria nacional, está dirigiendo esa industria, asegurándose de que aumente el valor de la producción, y trabaja necesariamente en beneficio de los ingresos anuales de la sociedad. De hecho, no se propone defender el interés público, ni sabe que lo está defendiendo. Cuando decide apoyar a la industria nacional frente a la extranjera, solo vela por su propia seguridad, y cuando dirige esa industria para que aumente el valor de la producción, solo busca su propio beneficio, y en ese sentido, como en muchos otros casos, una mano invisible lo guía para que defienda un fin que no se había propuesto. Y esto tampoco es necesariamente malo para la sociedad. Cuando vela por sus propios intereses, suele defender los de la sociedad con más ahínco que cuando realmente se propone defenderlos».

—Adam Smith, *Estudio sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776)

Lars y Beth Laine estaban abrazados en la cama, a la luz de una vela. Por primera vez desde hacía muchos días, descansaban cómodamente, a sabiendas de que uno de los muchachos estaba de guardia durante toda la noche, escuchando y observando por si aparecían intrusos.

—¿Cómo vamos a arreglárnoslas? —quiso saber Beth—. Seguimos recibiendo los cheques de invalidez, pero no son más que un chiste. Con el cheque de un mes solo se compra comida para dos días, con suerte. Y tal como están las cosas, dentro de dos semanas con un cheque solo compraremos una lata de alubias.

Lars exhaló un suspiro.

—Bueno, en este país no vamos a ganarnos la vida con ocho hectáreas, sobre todo con siete u ocho bocas que alimentar. Si solo cambiamos metales preciosos por comida y combustible, nuestras reservas se acabarán agotando. Está claro que tengo que buscar trabajo, aprovechando mi entrenamiento militar.

—¿De qué? ¿De mercenario?

—No exactamente. En el pueblo hay muchos negocios que están haciendo un trabajo lamentable tratando de defender lo que tienen. Saben que en algún momento, a lo largo de los próximos meses, alguien los desvalijará en un robo o un atraco a mano armada. Parece que hasta ahora solo la refinería está preparada en términos de seguridad. Así que creo que debería ofrecirme como asesor de seguridad. Podría instalar una seguridad física rudimentaria, a lo mejor colaborando con alguno de los talleres de soldadura, y entrenar a sus empleados con prácticas de tiro y tácticas de equipos pequeños. —Acariciando la espalda de su esposa, añadió—: Ahora que he descubierto los fusiles de mi padre y esa plata, también tengo cierta ventaja en el trueque. Me gustaría que me dieras tu

bendición para husmear en el pueblo a ver qué pasa.

—Eso suena bien —suspiró Beth—. Pero ten cuidado y reza.

La renovación de las defensas del rancho de los Laine se llevó a cabo rápidamente gracias a la ayuda de los muchachos. La tarea más ardua fue la construcción de un puesto de observación<sup>68</sup> con traviesas de vías férreas. Lars lo instaló estratégicamente sobre una suave loma a cincuenta metros de la esquina suroeste de la casa. Desde allí había una buena vista de la casa, el granero y el barracón. El puesto de observación medía dos metros de planta y metro y medio de altura. Amontonando troncos de pino alrededor consiguieron que semejara un anodino montón de leña.

Después reforzaron las defensas de la casa frente a los saqueadores. A Lars le gustaba decir: «Para detener las balas, no hay nada como la masa, y los sacos de arena son masa barata». Estaba claro que necesitarían sacos de arena; muchos sacos de arena. En el granero había dieciséis sacos de semillas vacíos que podían contener veinte kilos de grano cada uno, de modo que eran demasiado grandes para sus necesidades. Si los llenaban de arena pesarían más de cuarenta y cinco kilos. Así pues, Lars cortó cada saco en dos mitades y cosió los bordes con una aguja grande y curva, duplicando el número de sacos. Era como coser velas, tal como le había enseñado su tío Aki cuando tenía doce años. Pero así obtuvieron solo treinta y dos sacos de arena; insuficiente para sus necesidades. Hicieron pesquisas en todo Farmington y Bloomfield, pero descubrieron que todos los sacos de semillas los habían comprado otros que habían tenido la misma idea. Al cabo de unos días de búsqueda, oyeron que todavía quedaban sacos de semillas en un almacén de Southwest Seed, a cien kilómetros de distancia, en Dolores, Colorado. No se trataba de la típica tienda de semillas minorista, sino de una empaquetadora de semillas en grandes cantidades.

Cuando llegó, Lars no se sorprendió al ver a varios hombres armados custodiando las semillas y el complejo. Después de todo, estaban guardando algo muy valioso.

El director de ventas acompañó a Lars durante la visita. Señaló el inventario, que incluía numerosos palés de sacos de semillas recién cerrados. Muchos de ellos eran blancos, pero alrededor de un tercio de los de diez kilos eran marrones. Esos eran los que Lars quería, porque tenían el tamaño adecuado para la arena y se confundirían con el terreno desértico.

La negociación requirió algún tiempo. Aquello le recordó a Lars las transacciones a las que había asistido años atrás, en el bazar de Basra, en Irak. Empezaban con cortesías, seguidas de algunas ofertas y contraofertas escandalosas hasta que finalmente se negociaban seriamente precios más realistas.

Finalmente establecieron un valor nominal de cuatro dólares y cincuenta centavos en monedas de veinticinco centavos anteriores a 1965 y doscientos cartuchos anulares de rifle largo del calibre .22 a cambio de seiscientos sacos marrones vacíos. Lars aprovechó la visita y también compró veinte kilos de mezcla de pasto por un valor nominal de un dólar y veinte centavos en monedas de plata de diez centavos. Era más de lo que necesitaba, pero imaginaba que le servirían como moneda de cambio.

La vida en el rancho de los Laine era confortable, al menos según los estándares posteriores a la Escasez. Había suficiente comida y los turnos rotatorios de vigilancia solo eran de cuatro horas al

día de lunes a sábado y seis horas los domingos. Enseguida establecieron las normas de L&L, que Lisbeth escribió en una cartulina grande y clavó en la cara interna de la puerta del barracón.

1. En caso de duda, dad la alarma.
2. Cerrad con llave todas las puertas las 24 horas del día.
3. No salgáis nunca de casa desarmados.
4. No salgáis nunca de casa sin un walkie-talkie.
5. Llevad siempre al menos cuarenta cartuchos para cada rifle y al menos tres cargadores para las semiautomáticas.
6. Considerad a todos los desconocidos como enemigos potenciales.
7. Mantened cerca a vuestros amigos y lejos a vuestros enemigos.
8. Los guardias no abandonarán su puesto hasta que los releven.
9. El que se duerma durante la guardia sufrirá un duro castigo.
10. Cepillad a los caballos y examinad los cascos todos los días, sin falta.
11. No encendáis luces visibles desde fuera cuando anochezca.
12. Economía en todas las cosas. ¡Nada de despilfarros!
13. Higiene y limpieza.
14. Dejad todas las puertas tal como las hayáis encontrado, a menos que os digan lo contrario.
15. Cuidadlo todo como si tuviera que durar toda la vida: ¡a lo mejor es cierto!
16. El óxido es vuestro enemigo. El aceite y la grasa son vuestros aliados.
17. Sed discretos. ¡Labios sellados!
18. Buena conducta y actitud cristiana en todo momento.
19. Nada de lenguaje obsceno ni blasfemo.
20. Respetad la intimidad de los demás.
21. Esforzaos al 100%. Nada de hacerse el remolón.
22. La salud y el bienestar son las mayores prioridades.

23. Atención ante los síntomas de hipotermia y deshidratación en uno mismo y en los demás.
24. Sed honestos y francos en todas las situaciones cotidianas.
25. Reconoced al hombre de la casa como autoridad definitiva en todas las decisiones.
26. Consideraos afortunados.
27. Sed caritativos y dad limosna regularmente.
28. ¡Sonreíd! Dios os ama. Sois Su Alianza.

Debajo de estas normas, Lisbeth había añadido una cita de su salmo favorito:

«El SEÑOR conoce los días de los justos y su herencia será eterna. No conocerán la vergüenza en los tiempos difíciles y estarán ahítos en los tiempos de hambruna».

—Salmo 37, 18-19

68 OP: *Observation Post*.

20

Tentáculos

«El gobierno convierte todas las contingencias en una excusa para acaparar más poder».

—John Adams

Fort Knox, Kentucky

Noviembre, año uno

Maynard Hutchings y el consejo que dirigía el Gobierno Provisional consolidaron su influencia en Kentucky, así como buena parte de Tennessee, declarándose «el único y legítimo gobierno provisional de los Estados Unidos de América y sus posesiones». El consejo nombró al propio

Hutchings «presidente pro tempore».

La esfera de influencia del Gobierno Provisional se extendió rápidamente. Los pueblos que se resistían eran aplastados sin dilación. La mera visión de docenas de tanques y vehículos de transporte de tropas blindados era suficiente para que casi todos sus habitantes se encogieran de miedo. Lo que el Gobierno Provisional no lograba mediante la intimidación, lo conseguía con sobornos. Se repartió una nueva divisa entre los compinches de Hutchings. De forma encubierta, se contrató a bandas de delincuentes como asesores de seguridad y se emplearon como ejecutores de las tácticas de nacionalización de la administración. Algunas de estas bandas recibieron vehículos y armas militares, así como la promesa del botín derivado de eliminar a otras bandas que cooperasen menos. Se formaron escuadrones de la muerte para sofocar las revueltas mediante secuestros, incendios provocados y asesinatos. Nadie había conseguido probar la relación, pero un número desorbitadamente alto de miembros conservadores del Congreso del antiguo gobierno desaparecieron o fueron asesinados por bandidos.

Algunas tropas extranjeras se vestían con uniformes de combate y camuflaje del ejército estadounidense. Pero la mayoría conservaban sus uniformes y se empleaban como tropas de asalto, eliminando focos de resistencia. La desafección hacia el nuevo gobierno se inflamaba en todos los lugares que pacificaban.

Tres meses después del nombramiento del nuevo gobierno, Hutchings se puso en contacto vía satélite con la nueva sede de las Naciones Unidas en Bruselas, solicitando ayuda para la pacificación. (El antiguo edificio de la ONU en Nueva York había ardido hasta los cimientos y la población de la región metropolitana neoyorquina se había reducido en un noventa por ciento y estaba controlada por bandas hostiles). Al principio Hutchings había asumido ingenuamente que la ayuda de la ONU sería altruista, sin compromisos ulteriores. Solo después de que llegaran las primeras tropas de las Naciones Unidas se puso de manifiesto que serían los oficiales de la ONU quienes controlaran la operación. Hutchings acabó convirtiéndose en poco más que un títere. El auténtico poder del país estaba en manos de los administradores de las Naciones Unidas. Estos tenían una cadena de mando propia que sorteaba a la administración de Hutchings y controlaban directamente al ejército.

Un secreto celosamente guardado era que Maynard Hutchings había firmado un acuerdo que garantizaba el pago de treinta toneladas métricas de oro del depósito de Fort Knox para sufragar los costes de transporte y mantenimiento de un contingente combinado de pacificadores de la ONU, sobre todo de Alemania, Holanda y Bélgica. El oro se sacaba del país en incrementos de media tonelada en vuelos desde Fort Campbell, Kentucky. China también había ofrecido tropas de pacificación, pero Hutchings insistió en que no se desplegaran tropas asiáticas ni africanas en terreno norteamericano, alegando: «Quiero que todos sean blancos para que se mezclen con la población».

A principios de diciembre, Lars Laine concertó una cita con L. Roy Martin en su despacho. Aunque el «uniforme» diario de Laine en el rancho consistía en unos sencillos pantalones caqui y una camiseta de combate (la mejor manera de pasar desapercibido, considerando la artemisa que abundaba en el terreno arenoso) decidió desempolvar las botas de combate de piel marrón y ponerse el uniforme de combate completo. Hasta lo «desesterilizó», adhiriendo una bandera de velcro en el hombro, una discreta hoja de roble en el centro del pecho y una identificación que rezaba «Laine». Beth sugirió que llevara un parche marrón, diciendo: «Es mejor que tengas un aspecto tosco y no se



pase todo el tiempo mirándote el ojo de cristal». Solo Beth podía decirle algo así sin que Lars se ofendiera. Ella siempre sabía qué ponerse en las fiestas.

Cuando Lars regresaba de la compra, vio a un grupo de hombres que estaban construyendo una posición de combate reforzada junto a la carretera en una colina de escasa altura, a medio camino entre Farmington y Bloomfield. Era sin duda una parte de la cuadrilla del sheriff que había levantado las barricadas en Bloomfield de las que le habían hablado. Observaron el vehículo que pasaba con suspicacia y dos de ellos echaron mano a sus rifles hasta que repararon en el prefijo de la matrícula.

Lars se dirigió a las puertas de la refinería y no se sorprendió cuando las encontró cerradas y custodiadas por dos guardias armados con rifles M1A y pistolas enfundadas. Uno de ellos tenía una carpeta. Lars bajó la ventanilla y anunció:

—Comandante Lars Laine. Tengo una cita con el señor Martin.

Le pidieron una identificación y el guardia la examinó atentamente durante veinte segundos, comparándola con las notas de la carpeta. Era obvio que no se trataba de un control rutinario. Mientras el guardia observaba el carné de conducir y la identificación militar de Laine, este le tomó la medida: tenía treinta y pocos años, el pelo rapado y el porte de un veterano del ejército o el cuerpo de Marines. Llevaba uniforme de combate sin marcas, botas de desierto, chaleco antibalas, unas gafas de sol Oakley algo rayadas y una gorra de béisbol marrón, componiendo una imagen de «operativo» de las Fuerzas Especiales. Y cuando le devolvía los documentos, Lars observó asimismo una textura entretejida en el dorso de la gastada carpeta. Se trataba de una de las carpetas de kevlar de «protección ejecutiva» que había visto en Irak. Estaba claro que aquellos tipos no eran policías mercenarios ordinarios.

El guardia susurró una frase en código en un walkie-talkie y la puerta eléctrica se abrió diez segundos después. Lars se dirigió entonces al edificio de administración de la planta, una anodina construcción inclinada de bloques de hormigón sin ventanas de aspecto reciente. Se apeó del vehículo y se echó el Valmet a la espalda.

El edificio no tenía nada de extraordinario, excepto que había un parapeto de sacos de arena en una esquina del tejado. Y al acercarse observó que la puerta delantera, que seguramente había sido acristalada, aparentemente había sido reforzada con madera contrachapada, pintada de gris oscuro, a juego con el edificio.

Un rótulo escrupulosamente pintado con una flecha indicaba: «Apriete el botón e identifiquese. La puerta es pesada: ¡tire con fuerza!». Lars apretó el botón y alzó la vista hacia una cámara de circuito cerrado.

—Comandante Lars Laine. —Al cabo de un instante se oyó un zumbido y Laine abrió la puerta, que en efecto era muy pesada. Al abrirla observó que la madera contrachapada no era más que una apariencia, ya que su verdadera función era cubrir una plancha de acero de un centímetro y medio. Después de atravesarla, la puerta de muelles se cerró automáticamente a sus espaldas con un chasquido. Laine se volvió y observó que había una luz indicadora verde encendida sobre la puerta y que habían instalado gruesos corchetes metálicos para bloquearla manualmente. Se volvió hacia

delante de nuevo y vio que se hallaba en un estrecho pasillo de apenas un metro de ancho y tres de largo, con bloques de cemento en un lado, el muro externo del edificio al otro y planchas de veinte centímetros con lengüetas y ranuras en lo alto. Al final del pasillo había otra puerta, también de acero, desnuda. Volvió a encontrarse bajo la lente de una cámara de circuito cerrado. Oyó que desbloqueaban la puerta al otro lado. Después de una pausa, una voz femenina anunció a través del interfono:

—Adelante.

Empujando la puerta, que era todavía más pesada que la primera (parecía una plancha de acero de dos centímetros), Lars accedió a un vestíbulo. Una elegante joven de treinta años con una escopeta de antidisturbios recortada echada al costado lo recibió:

—Buenos días, señor. El señor Martin lo está esperando. Sígame. —Pasaron ante un buen número de escritorios vacíos hasta llegar al otro extremo del edificio. Lisbeth se habría alegrado de ver que Lars estaba prestando atención a la escopeta Remington y no al trasero de la secretaria.

Cuando le franquearon el paso al despacho de Martin, Lars comprobó sobresaltado que en lugar de un despacho ejecutivo con paneles, parecía un almacén reconvertido y desprovisto de adornos. Martin tenía la cara redonda y la barriga de un hombre de mediana edad. Llevaba pantalones de traje, una camisa de polo y gafas de montura de alambre de Giorgio Armani. Tenía el físico de lo que Lars denominaba un «jinete de escritorio».

Martin estaba sentado detrás de un curioso escritorio cuadrado que semejaba el púlpito de una iglesia, con lados de piedra que descendían hasta el suelo. Había un transceptor multibanda Kenwood y una radio de la policía en una esquina de la superficie de trabajo. Los cables coaxiales de la antena se elevaban hasta el techo, contribuyendo al aspecto utilitario del despacho.

—Tome asiento —indicó Martin con un ademán.

Al hacerlo, descansando el Valmet sobre los muslos, Laine observó que seguramente el escritorio de Martin estaba hecho de láminas de acero cubiertas de madera para guardar las apariencias.

—Me han contado muchas cosas buenas de usted —empezó Martin.

—Lo mismo digo. Y me impresiona la seguridad de este lugar.

—¿Estuvo en el ejército?

—Sí, en Asuntos Civiles. Me retiré con categoría O-4.

—Había oído que se estaba convirtiendo en una división independiente cuando me retiré del ejército. Los tiempos cambian.

—Sí, Irak y Afganistán han cambiado muchas cosas en el ejército. «Conflicto de baja intensidad», «construcción de naciones», todo eso.

Reparando en el característico diseño de «rayador de queso» negro del extremo anterior del rifle de Lars, Martin comentó:

—Es un Valmet, ¿verdad?

—Está claro que entiende de armas. Sí, es un Valmet. Era de mi padre. Antes de morir coleccionaba armas de Finlandia, porque era finlandés.

—Creía que tenía un apellido inglés.

—«Lane», sin la i, es inglés, pero «Laine» con i es muy común entre la gente que tiene ascendencia finlandesa.

—Ya veo. —Al cabo de una pausa incómoda, L. Roy quiso saber—: ¿Puede resumir su experiencia militar?

—Hice tres servicios: uno en Afganistán y dos en Irak. Estuve mucho tiempo al otro lado de la alambrada. Los oficiales de Asuntos Civiles se encargan sobre todo de las relaciones con los países anfitriones. Eso es delicado a veces. Yo era un enlace de PII, que significa «población e instituciones indígenas». Aprendí un poco de pastún y árabe, a nivel de conversación. Estaba a punto de acabar el tercer servicio cuando me hicieron este regalo, cortesía de un *jihadi otheek* al que los iraníes habían dado juguetes electrónicos. —Laine levantó la mano protésica y la rotó en la muñeca—. He oído que quiere levantar barricadas, como las que están construyendo en los alrededores de Farmington.

—Así es. Pero el alcalde de Bloomfield se opone. Cree que soy un alarmista.

—Debería hacer una visita a Phoenix o Denver. Eso le daría una perspectiva completamente nueva al momento.

Los dos hombres asintieron.

—Antes de que discutamos grandes estrategias —dijo Laine—, ¿puede decirme cómo ha mantenido la refinería en funcionamiento?

—Empleando recursos yanquis —se rió L. Roy—. Los trabajadores son excelentes. Entienda que la mayoría de las refinerías modernas están operativas las veinticuatro horas del día en «bucle cerrado». La alternativa a esta operación continua son las operaciones de «remesa». Las operaciones de remesa suelen confinarse a un grado específico de producto, como el combustible diésel, almacenando los residuos de las operaciones. En los viejos tiempos se bombeaban estos residuos en alguna zanja cercana o, si eran realmente «verdes», en un estanque de retención abierto recubierto de arcilla.

»Para mantener en funcionamiento una operación continua, se necesita un suministro de materia prima ininterrumpido que satisfaga el «rendimiento» mínimo y el almacenamiento del producto para la distribución final. Lo complicado es que todos los aspectos deben equilibrarse para que no se detenga el proceso, tanto la entrega de la materia prima como el rendimiento o la distribución del producto. Cualquier cuello de botella altera el proceso. Por otra parte, una operación de remesa

depende de un volumen establecido de material para una cantidad establecida de resultados en tandas de producción específica, y no es adecuada para la cogeneración debido a esta naturaleza inestable. Se necesitan unos setenta kilos de presión de vapor.

»Así que decidimos estar siempre operativos, desactivando tres de las cuatro unidades. La única unidad que está en funcionamiento tiene una planta cogeneradora, por si se interrumpe la energía de los servicios locales. Y esa energía puede incluso retroalimentarse, en caso de que la planta de energía se caiga y haya que reiniciarla. —Martin aspiró una sonora bocanada de aire y continuó—: Es un poco complicado mantener el suministro de materia prima suficiente, pero nos estamos deslomando.

Laine asintió.

Martin entrelazó las manos sobre el pecho y dijo:

—Supongo que también estará interesado en mi expediente. Aquí tiene lo básico: estuve doce años en el ejército, en el Cuerpo de Señales, ocupándome sobre todo de sistemas de comunicación estratégicos de largo alcance, así como algunos sistemas tácticos. Durante el tiempo que estuve destinado en el extranjero vi muchos países tercermundistas que eran Estados fallidos. Lo que vi en Kosovo y en Oriente Medio cambió mi perspectiva de la Escasez. En pocas palabras: creo que la población de las Cuatro Esquinas está subestimando el impacto que tendrán sobre nosotros las grandes ciudades del norte y el sur. Nuestros vecinos creen que estamos en una región segura y aislada, pero lo cierto es que no.

Laine asintió y L. Roy continuó.

—Somos increíblemente afortunados de tener corriente eléctrica todavía. Casi todo el país está a oscuras y por eso se está sumiendo en la anarquía. La comida es el otro recurso clave, y aquí en el suroeste, escasea el agua para las cosechas. La mayoría de las comunidades no agrícolas están en peligro porque sencillamente no cuentan con suficientes calorías almacenadas para subsistir frente a una crisis. Pero el almacenamiento no es más que capital limitado para darle a la gente tiempo para cultivar más comida. A gran escala, también requiere combustible. La autosuficiencia de los Estados Unidos, empleando técnicas de cultivo tradicionales no petroleras, será apenas una mínima parte de lo que la mayoría de la gente cree. Además, la mayoría de las regiones de los Estados Unidos, sobre todo las ciudades, no disponen de la tierra de cultivo suficiente para adoptar un modelo agrario. Sin infraestructura pública y transporte moderno, vamos a experimentar una extinción en masa a causa del hambre.

—Estoy de acuerdo —intervino Laine—. Y para los que queden, creo que todo se reducirá a una cuestión de lo que se tiene o no se tiene. Los psicólogos lo llaman el paradigma de «nosotros y ellos».

—¡Exacto! En un colapso total, si no se restauran inmediatamente las redes de energía y el entramado económico, básicamente todos los habitantes de las ciudades están condenados, a menos que encuentren tierras de cultivo. Los que viven en regiones sin tierra suficiente no tendrán nada. Punto. No importa cuánta comida almacenen los preparacionistas en el sótano. Algún día se acabará. A

largo plazo, o se cultiva comida y se cría ganado o se muere.

»Pero lo que quiero decir es lo siguiente —continuó L. Roy—. Esos millones de americanos desesperados no se limitarán a morirse de hambre y desaparecer. En mi opinión, las familias que crean que pueden defender una granja activa contra los saqueadores ellas solas se engañan. Los seres humanos son peligrosos. Lo cierto es que son los animales más peligrosos de la tierra. No debemos olvidarlo nunca. Ahora estamos rodeados de depredadores hambrientos que son mucho más peligrosos que los tigres. No será como cuando hubo ese terremoto de Haití, que los malos tenían machetes. Aquí en los Estados Unidos de América la gran mayoría tendrá armas de fuego. Los que no las tengan en este momento las obtendrán por los medios que sean necesarios, incluso robando en las armerías del gobierno. Son enemigos racionales y muy motivados. Saben leer mapas. Algunos de ellos tienen nociones de hidrología y conocen las diferencias entre los sistemas de agua gravitatorios y los que necesitan corriente eléctrica. Saben sumar dos y dos. Y además, aunque estos incursores (los «grupos de forajidos saqueadores», como ahora los llaman en los periódicos) sean una amenaza durante un periodo de tiempo muy corto, no creo que se formen grupos permanentes de más de una docena. Los reemplazarán enseguida grupos mucho más numerosos de «ciudadanos» que harán básicamente las mismas cosas, pero estarán mucho mejor armados y organizados.

—Puede que sea una simple cuestión de semántica —interpuso Laine—, solo el nombre que adopten o la bandera que ondeen. Pero seguirán siendo saqueadores con otro nombre.

Martin alzó el dedo pulgar y continuó.

—Uno de mis destinos en el extranjero en comunicaciones estratégicas fue, precisamente, en Albania en 1998. ¡Eso sí que era estar en el lugar equivocado en el momento equivocado! Pocas horas después de que estallara la crisis política albanesa (causada por una escandalosa estafa piramidal en la lotería nacional) casi todos los hombres adultos del país robaron un AKM de las reservas del gobierno. Las armerías fueron los primeros blancos de los saqueos. Cuando estalló la crisis, yo volé de Bruselas a Tirana con una pistola y una bolsa de dinero, creyendo ingenuamente que sería capaz de recorrer el país y defenderme, sacando de «apuros» a nuestros activos destacados. Qué risa. Todos esos chiflados estaban mejor armados, y la gran mayoría de ellos habían recibido adiestramiento militar de alguna clase. Nunca salí de la capital. En todas las carreteras se habían levantado barricadas cada pocos kilómetros, bloqueadas por ciudadanos armados.

»Sin autoridades centrales —prosiguió Martin—, la gente no se muere de hambre y desaparece. Forman sus propias políticas, sus propios gobiernos. Esas políticas suelen organizarse en torno a los gobiernos de los pueblos y las ciudades o las iglesias locales. Los llaman ayuntamientos, comités o senados. En definitiva, «el pueblo» hace lo que haga falta para sobrevivir. Ese es el paradigma de «nosotros contra ellos» en esencia, hasta el punto de la xenofobia. Y eso incluye específicamente apoderarse de grano de la NAPI o las reservas de alimentos de las familias más previsoras. Cuando las cosas empezaron a desmoronarse, comprendí que cuando se formara un gobierno, cosa que sin duda ocurriría, era preferible que yo formara parte del proceso. De lo contrario, la refinería y mis empleados serían considerados «recursos» en lugar de miembros de la comunidad.

—Ha dado en el clavo —intervino Laine—. El gobierno local aprobará una resolución, una «orden de emergencia» o lo que sea, y confiscarán «legalmente» las posesiones de cualquiera si consideran

que son «ellos» en lugar de «nosotros». Si alguien se resiste, lo aplastan. Tendrán a su disposición los recursos de toda una comunidad, incluyendo armas, vehículos, mano de obra, dispositivos electrónicos, gases lacrimógenos, de todo. Todo el equipo y el armamento del gobierno sería usado... por alguien. Cualquiera que pretenda oponerse a esa amenaza se está engañando.

L. Roy alzó de nuevo el dedo pulgar y continuó.

—Por eso insistí tanto en que el sheriff del condado instalara barricadas. Yo planté la semilla y tracé los detalles, y ahora cree que es idea suya. ¡Oiga, con tal de que funcione! Lo que temo es que el gobierno local que se está formando ahora cometa errores. Puede que algunos sean equivocaciones mortales. Francamente, no creo que los locales, excepto algunos de nosotros, hayan sopesado seriamente la ida de sobrevivir a largo plazo. Despilfarrarán sus recursos y retrasarán la implementación de acciones necesarias, como cultivar más comida o convertir sistemas de agua de riego para que también distribuyan agua potable, o trabajar juntos para defender una cosecha. Peor todavía, puede que hasta decidan acoger a miles de refugiados de las grandes ciudades. Si eso ocurre, es muy probable que nos muramos de hambre a largo plazo.

—Una postura mucho más sensata —señaló Lars— consiste en que nos convirtamos en una parte integrante de la comunidad y utilicemos sus recursos combinados para defender nuestras propiedades. Esto sería mucho más sencillo si un alto porcentaje de sus miembros fueran individuos de mentes afines, decididos a compartir y cooperar con los demás, adhiriéndose al libre mercado: nada de modelos comunistas ni de mandos: ya sabe, «de arriba a abajo». Coincido en que las comunidades con producciones agrícolas como la nuestra tendrán que sobrevivir de alguna forma al tiempo que se enfrentan a gobiernos más grandes, como los de las ciudades y los condados, o incluso a los gobiernos estatales, o la gente que se apropia de esos nombres para darse un aire de autoridad y legitimidad.

—¡Ya veo que estamos en la misma onda! —exclamó L. Roy—. Me parece que los dos hemos leído a Ayn Rand.

Laine asintió y sonrió a modo de respuesta.

—Eso mismo sucedió en el microcosmos de Albania delante de mis ojos —prosiguió Martin—. Así que no espero enfrentarme a una horda de individuos débilmente armados y hambrientos que nos ataquen a pie. ¡No, señor! Espero enfrentarme a un ejército decidido y semiprofesional reclutado por algún gobierno. Como ha dicho usted mismo, el color de la bandera que ondeen es lo de menos. Las pequeñas comunidades agrícolas podrán sustentar a algunos forasteros, pero no a muchos. La comunidad tendrá que ocuparse política y si es necesario militarmente de los gobiernos forasteros o nos enfrentaremos a una guerra que no podremos ganar. En todo caso, las comunidades gemelas de Farmington y Bloomfield tendrán que trazar un plan y alguna resolución. Solo espero que lo consigamos.

—Dios mediante, seremos capaces de trazar ese plan como líderes de la comunidad en lugar de «recursos» —expresó Lars. Al cabo de un momento añadió—: Bueno, mi propuesta de barricada saldrá a votación la semana que viene. Con suerte se impondrán el sentido común y las nuevas realidades. Ahora bien, asumiendo que esté en lo cierto, quiero proceder inmediatamente instalando

puestos de bloqueo alrededor de Farmington que al menos den la alarma si se acercan efectivos. Me temo que tendremos un presupuesto limitado.

—¿Así que...?

—Así que necesitaremos combustible. Se establecerán estratégicamente los emplazamientos de las barricadas para que defiendan el terreno más alto, no instalaremos barricadas a tiro de piedra en los límites municipales. Eso es una tontería. Así que algunos de nuestros hombres del «comité de seguridad pública» tendrán que conducir unos cuantos kilómetros, quizá incluso veinticinco, para relevar a los que están de guardia.

—Si establecemos un cerco de seguridad en torno a Bloomfield las veinticuatro horas del día —añadió Martin—, se necesitará una barricada menos para la defensa de Farmington: ellos protegerán el oeste por nosotros y nosotros protegeremos el este por ellos. ¡Estoy completamente a favor de eso! Se reducirá la mano de obra necesaria en un 25%. Por supuesto que le daré el combustible.

—¡Magnífico! —exclamó Lars—. ¡Gracias, señor! —Lars sacó una libreta y un bolígrafo y continuó mientras tomaba notas—: Hagamos las cuentas. Vale, excluyendo la fuerza de reacción rápida del pueblo, que seguirá el modelo de la milicia o el cuerpo voluntario de bomberos, tendremos a cuatro hombres en cada barricada las veinticuatro horas del día. Tres turnos de ocho horas al día, son doce hombres en cada barricada, y si establecemos tres barricadas separadas, tenemos a treinta y seis tiradores que deben llegar desde el punto A hasta el punto B todos los días. Cada uno necesitará una media de cuatro litros de gasolina diarios; estoy seguro de que compartirán vehículos, pero los excedentes de combustible serán uno de los atractivos del trabajo. Así que ciento cuarenta litros de gasolina diarios nos dan... casi cincuenta mil litros.

—Muy bien, Lars. Pero necesitará más combustible para los vehículos y los materiales de construcción en los bloqueos y algunos de los vehículos de la fuerza de reacción rápida. Así que... emitiré vales por sesenta mil litros de gasolina al año, de mi propio bolsillo. Solo tenemos una impresora rudimentaria y me preocupan las falsificaciones, así que abriré una cuenta fija para los miembros del comité de seguridad pública<sup>69</sup>: ciento quince litros al mes. Cuando llenen el depósito en la planta se les descontará. Es lo mismo que he hecho con los obreros de mi rancho y los empleados de la refinería. Es una cuenta muy sencilla.

—Y muy generosa por su parte.

—Eh, no lo haría a menos que fuera en beneficio de mis propios intereses. No me conformo con veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Quiero veinticuatro horas al día, trescientos sesenta grados. Quiero tener los flancos cubiertos. Que yo sepa, soy el dueño de la única refinería de productos ligeros operativa en este lado de Texas. Es un blanco tentador.

—Es un blanco tremendo.

—Prométame que si trabaja para los habitantes de Farmington no buscará mano de obra en Bloomfield. Necesitamos que se queden todos los hombres con adiestramiento militar —dijo L. Roy.

—Tiene mi palabra, señor Martin.

—¿Tenía más preguntas?

—Tengo curiosidad. He visto las latas de combustible Scepter de diez litros que está vendiendo, y he oído que ha comprado miles de ellas. Eso es una clara muestra de previsión. Pero ¿por qué las vende a ocho dólares de plata cada una? Eso es más que el salario de una semana últimamente. Las compró hace meses, antes de que se disparase la inflación, así que deben de haberle costado una décima parte del precio minorista, en dólares de papel.

L. Roy se reclinó en la silla y alzó la mirada. Al cabo de una pausa contestó:

—Tres razones: una, no tengo un suministro ilimitado, y no tenemos forma de saber cuándo volverá a interrumpirse la corriente local, suponiendo que las grandes redes vuelvan a conectarse. Así que tengo que asegurarme de que duren. De esta forma, cuando pago una parte del salario de mis empleados en gasolina, me aseguro de que tengan recipientes para ella. Dos, tengo que tener combustible envasado para cambiarlo lejos de aquí. Desde mi punto de vista, dentro de un par de años, en una región donde se produce combustible, escasearán los neumáticos, y necesitaré una moneda de cambio para conseguirlos. Y tres, no solo necesito combustible para conseguir vehículos y armas pesadas. Tenemos que reunir más vehículos blindados. Así que si nos alejamos para comerciar con gente que tiene poco combustible y muchos vehículos necesitaré los envases necesarios.

—Eso tiene sentido. Pero, ah, ¿cómo que «más» vehículos blindados?

—Un lapsus, Lars. Por favor, no se lo diga a nadie, pero tengo un viejo Greyhound M8, un vehículo de transporte de tropas de la Segunda Guerra Mundial que están restaurando y modificando en el taller de mi rancho. Cuando esté terminado, lo guardaré en la planta, como una especie de «escorpión oculto». Pero si las cosas siguen deteriorándose como imagino, necesitaremos muchos blindados para una defensa creíble. —Al cabo de una pausa añadió—: De acuerdo entonces. ¡Tenemos un trato!

Se estrecharon la mano.

Cuando Laine se levantaba, miró por encima del hombro izquierdo y observó una escalera enrejada que conducía a una trampa en el techo. Señalando con el cañón del rifle, preguntó:

—¿Esa escalera lleva a su puesto de mando?

—Sí. Ese es mi puesto de mando. Es usted un individuo muy observador.

—Bueno, admiro a los hombres que se concentran en la sustancia en lugar del estilo. Ahora entiendo que haya elegido esta habitación como despacho. Yo habría hecho lo mismo.

69 COPS: *Committee of Public Safety*.



## Desfiladero arriba

«El cambio, aunque sea a peor, produce un cierto alivio, tal y como he comprobado viajando en diligencia, cuando supone un alivio cambiar de posición y lastimarse otra parte del cuerpo».

—Washington Irving

Este de Francia

Últimos días de noviembre, primeros días de diciembre, año uno

El frío y húmedo trayecto en bicicleta a través de los *départements* del norte de Francia hasta la costa se había alargado durante dos semanas sin descanso y Andy estaba extenuado. Había habido muchas noches miserables, en las que no había podido ni secarse la ropa. Las carreteras estaban poco transitadas y nadie se ofreció a llevarlo, excepto un anciano que conducía un diminuto Renault 5 de dos asientos. Pero no había sitio para la bicicleta ni el remolque, de modo que Andy declinó la oferta.

Acampaba en los bosques casi todas las noches. A medida que menguaba la reserva de comida, el remolque se aligeraba y viajaba más deprisa. Solo podía permitirse comprar lo mínimo, como tres bricks de sopa de verduras envasada y dos paquetes de plástico de medio kilo de copos de avena instantáneos. La comida fría no era sabrosa, pero sí nutritiva. Gastó casi todos los euros que le quedaban para comprarla.

A medida que abandonaba la región de Picardía y se adentraba en Norte-Paso de Calais, aumentaba la densidad de población. Andy temía por su seguridad. Las oportunidades de acampar en la espesura sin que nadie lo viera eran cada vez más escasas. Lo que más temía era que lo atacaran mientras dormía. Rezaba con frecuencia y siempre dejaba la pistola al alcance de la mano dentro del saco de dormir. En los alrededores del pueblo de Douai, un perro de gran tamaño llegó husmeando al campamento durante la noche. Laine exclamó: «*Chien! Vas-t'en! Vas-t'en! Vas-t'en!*». Aquello funcionó, pero le costó mucho conciliar de nuevo el sueño después de que el perro se marchara.

Laine descubrió con sorpresa que el puerto de Calais estaba custodiado por agentes de policía y soldados. Atravesó el perímetro exterior sin que le hicieran preguntas, pero en el *cordon* interior le dieron el alto y un sargento del ejército francés le pidió los papeles y le advirtió que el puerto estaba

cerrado al tráfico civil. Andy sacó la tarjeta de reservista y solicitó una entrevista con el práctico del puerto. Aquello fue el principio de una insana serie de interrogatorios y reuniones breves, primero con el teniente que estaba a cargo del *cordon* y después con el oficial de seguridad, la oficina del práctico y finalmente el propio práctico, Arsène Paquet, que estaba atento a las comunicaciones de radio, pero se mostró amistoso y sinceramente preocupado por el deseo de Laine de regresar a los Estados Unidos.

Paquet hizo inmediatamente tres llamadas de teléfono y envió dos mensajes de texto. Le comunicaron que ningún barco francés había consignado rutas de navegación hacia los Estados Unidos ni México.

—Lo siento, *monsieur* —explicó con tono conciliador—, solo salen barcos de América, ninguno se dirige hacia allí, al menos hasta dentro de algunos meses. Las compañías de seguros no lo permiten. Para ser más exactos, yo diría que los que deciden embarcarse saben que el seguro no será efectivo. Pocos están dispuestos a correr ese riesgo. La situación de los seguros es la misma para todos los barcos con bandera del Mercado Común Europeo o *étranger* en el caso de las empresas que tienen sede en la Comunidad Europea. Pero es posible que la situación sea muy distinta en Inglaterra.

—¿Cómo es eso?

—Allí tienen leyes y protocolos de seguros distintos —dijo Paquet—. En la Comunidad Europea todo se ha normalizado. Inglaterra no es miembro del Mercado Común Europeo.

—Así que me está diciendo que si quiero encontrar un barco tengo que ir a Inglaterra.

—Sí, desde luego, tendrá más posibilidades. Puede intentar llegar hasta Inglaterra, aunque con este asunto del terrorismo los aviones están inmovilizados, los transbordadores están amarrados en el puerto y ni siquiera circulan los trenes del túnel. ¿Se ha enterado de la noticia de la insulina?

—No, ¿qué ha ocurrido?

—El transporte está tan atascado que se teme que los diabéticos de Inglaterra y Escocia se queden sin insulina.

—¿Alguna sugerencia sobre cómo llegar a Inglaterra? Estoy desesperado por llegar allí, por encontrar un barco. Puedo pagar con monedas de oro. *Or* auténtico.

El práctico del puerto inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Monedas de oro? ¿De verdad?

—Sí, de verdad. Tengo una antigua moneda de oro de veinte francos, *le coq gaulois*, es como la quinta parte de una onza de oro. Se la daré al que me lleve discretamente hasta Inglaterra.

—Hmmm... El primo de mi mujer, Joseph, es el capitán de un barco de pesca. Vive en los alrededores de Boulogne-sur-Mer. Deme un momento y se lo preguntaré.

Al cabo de veinte horas, Andy y la bicicleta se encontraban en los muelles pesqueros de Boulogne-

sur-Mer. Gracias a Paquet, habían llegado hasta allí en un camión que hedía a pescado. El tráfico en carretera era muy escaso.

Durante el trayecto, el camión se había detenido en varias ocasiones, cargando y descargando mercancía. Andy vio algo extraño cuando hicieron una parada en la estación de Boulogne-sur-Mer para deshacerse de una parte de la carga. Había un tren de alta velocidad (TGV) descansando en un apartadero. Estaba acostumbrado a verlos a velocidades de hasta doscientos kilómetros por hora o en paradas muy breves, de manera que resultaba extraño.

A media tarde, Andy llegó al muelle Gambetta con la bicicleta y el remolque. En el muelle había sobre todo barcos de pesca y veleros amarrados, pero entre ellos había una humilde embarcación de dos mástiles llamada La Recouvrance. Andy se preguntó si se trataba de un barco histórico o una simple reproducción.

Joseph Lejeune no hablaba mucho inglés. Su barco, llamado Beau Temps, era más pequeño de lo que Laine había esperado. El capitán también era más joven de lo que había esperado; suponía que apenas había cumplido la treintena. La tripulación se componía de solo tres hombres.

Lejeune salió a su encuentro en el muelle. Se presentaron y se estrecharon la mano.

—Busco, *passage*... eh... *en Angleterre*?

—Sí, yo lo llevaré. ¿Ha traído el oro?

Andy le mostró la moneda.

Lejeune sonrió.

—*Bon, bon! Allons-y!*

No hubo ninguna demora. A la escasa luz del anochecer, subieron a bordo la bicicleta y el remolque de Andy, los cubrieron con una lona y los ataron. A continuación soltaron amarras y la Beau Temps se apartó del muelle con un rugido. Se impulsaron rápidamente hasta el mar entre la *jetée* nord-est y la *jetée* sud-ouest. Un pequeño faro señalaba el extremo del malecón del norte. El viento era frío, pero los cielos estaban casi despejados.

Andy se reunió con Joseph Lejeune en la cabina del timón. Mientras una radio de transistores escupía música rap francesa, Lejeune le ofreció una taza de café solo cargado. Mientras Laine bebía sorbos de café, Lejeune explicó entrecortadamente:

—Nos dirigimos a la aldea de Rye. La marea es buena y la corriente es poco profunda. Rye es un pueblecito de pescadores. No le harán preguntas. Estará a salvo en *Angleterre* dentro de unas horas.

Delante de ellos, el cielo se oscurecía sobre las aguas apacibles. El barco despedía un vago olor a combustible diésel y pescado. Andy imaginaba que llegarían después de medianoche.

Se sentó al fondo de la cabina del timón, sintiendo la vibración del motor y el suave chapoteo contra

la proa del barco. Lejeune comprobaba regularmente el receptor GPS. La radio siguió sonando, transmitiendo una canción de rap después de otra, con interrupciones para anuncios irritantes. La emisora se identificó como «Delta FM 100.7» de Boulogne. Los dos tripulantes aparecieron en busca de una taza de café y arrancaron grandes trozos de sus *baguettes*. Apenas dijeron una palabra. Uno de ellos estaba casi debajo de la cubierta, encargándose del motor.

Cuando se aproximaban a la costa británica, Andy observó con sorpresa un extenso trecho de costa, al sur de donde se encontraban, que estaba completamente a oscuras. Se lo indicó al capitán.

—¡Vaya! Sí que está oscuro. Debe de haber habido otro apagón.

Lejeune meneó la mandíbula disgustado y musitó:

—*La fin du monde tel que nous le connaissons.*

Laine inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó:

—*Excusez-moi.* Mi francés es muy pobre. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Algo acerca de «el fin de la tierra»?

—Lo que he dicho, *monsieur* Andy, ha sido: «El fin del mundo tal como lo conocemos».

—Ah. Sí, parece que es el fin —contestó.

El barco remontó silenciosamente el cieno hasta el puerto de Rye. Eran casi las dos de la madrugada cuando recalaron en el puerto. Como había casi calma chicha, el capitán no se molestó en amarrar el barco. La marea estaba alta, de modo que Andy se apeó directamente en el muelle. Los dos tripulantes le entregaron la bicicleta y el remolque.

Andy le entregó a Lejeune la moneda de veinte francos y dijo:

—*Merci beaucoup.*

Metiéndose la moneda en el bolsillo y asintiendo, este contestó:

—*Que Dieu soit avec vous.* —Y se despidió de Andy con un ademán.

El gruñido carrasposo del motor se intensificó cuando el barco retrocedió para dar la vuelta y dirigirse de nuevo al canal de la Mancha.

Laine recorrió el muelle desierto bajo la luz amarillenta de las farolas de sodio. Cuando dobló hacia la calle mayor de Rye experimentó una tremenda sensación de alivio. Con semejante panorama, era improbable que le dieran el alto o le pidiesen una identificación.

Se acostumbró enseguida a circular por el lado izquierdo de la carretera, aunque habría resultado más natural si hubiera habido tráfico. Aparte de algunos camiones que se oían a lo lejos, no había evidencia alguna de vehículos en movimiento. Andy no tenía ningún mapa y la noche estaba nublada,

de manera que no sabía qué dirección estaba siguiendo. Solo tenía la vaga idea de dirigirse a la derecha y seguir la costa. Cuando salió del pueblo de Rye, en Folkestone Road, Andy se detuvo y consultó la brújula. Comprobó que se estaba dirigiendo hacia el noreste. Creía que era correcto y sabía que Folkestone estaba siguiendo la costa desde Rye, de manera que siguió adelante. La carretera estaba muy silenciosa. Solo lo adelantaron dos camionetas de reparto de pan durante las dos primeras horas de viaje.

Media hora después de que amaneciera, Andy atravesó la aldea de Brenzett, donde vio a un anciano con un bastón que estaba paseando a un terrier con una correa. Andy se detuvo y le preguntó:

—Disculpe, pero no tengo mapa. ¿Esta carretera lleva hasta los acantilados de Dover?

El perro empezó a ladrar y el hombre masculló:

—¡Cállate! —A continuación alzó la mirada y contestó a Laine—: Sí, claro que sí, pero tendrá que dar algunas vueltas para llegar a Dover. Venga conmigo y le daré un mapa. —Giró sobre sus talones y continuó—: Esa es mi casa, tres puertas más allá. —Andy desmontó y empujó la bicicleta hasta el otro lado de la calle, caminando al lado del hombre y el perro.

—Muchas gracias, señor —dijo Andy.

—No tiene importancia —contestó el anciano. Andy observó que resollaba ligeramente cuando caminaba.

El hombre se paró frente a su puerta y exclamó por encima del hombro:

—¡Espéreme, joven yanqui! —Salió de su casa al cabo de un minuto llevando un mapa del Departamento de Cartografía de las Ciudades Costeras de Kent—. Aquí encontrará todas las carreteras comarcales que tendrá que coger para llegar a Dover en bicicleta. Puede quedarse el mapa, yo tengo uno más nuevo. ¡Buen viaje! —Andy le dio las gracias de nuevo y el anciano se metió enseguida en la casa. Tras poner la pata de cabra, Andy consultó el mapa durante unos minutos, escogiendo una serie de carreteras que lo llevarían de puerto en puerto a lo largo de la costa.

Atravesó Folkestone aquella misma tarde. Era donde desembocaba el túnel y albergaba a unos cuantos tipos duros, que observaron la bicicleta y el remolque con ojos codiciosos. Andy les devolvió una mirada severa. Cuando se le acercó uno de estos malhechores, exclamó:

—¡Atrás!

Cuando abandonó Folkestone siguiendo New Dover Road, estaba más satisfecho de lo que había estado desde Vilseck. La economía era un desastre y apenas había coches ni camiones en la carretera. Pero al menos encontraba más tiendas abiertas que en Francia y algunos rostros amistosos.

El viaje en bicicleta a través de Inglaterra en invierno no fue muy distinto del trayecto en el continente. El tiempo era igualmente sombrío, pero al menos el idioma no constituía ninguna barrera, y sus habitantes eran más hospitalarios. Pasó la primera noche en Inglaterra en las afueras del pueblo de Church Hougham. Mientras buscaba una arboleda apartada, lo divisó un hombre de mediana edad

que sostenía un paraguas. En cuanto oyó el acento de Andy y supo que era un americano extraviado le ofreció un sitio para pasar la noche. Dormir en un granero era preferible al saco.

Sin embargo, Andy se sentía aún más incómodo con una pistola en Inglaterra que en Francia. Decidió que solo la desenfundaría en las situaciones más delicadas. Estaba seguro de que si lo arrestaban lo someterían a un registro y entonces la SIG le causaría muchas complicaciones. No deseaba acabar en la cárcel de Wormwood Scrubs mientras el mundo se desmoronaba.

Mientras se dirigía a la ciudad de Dover, Laine se detuvo para reparar una rueda pinchada. Cuando estaba inflando el neumático con la llanta de repuesto, un agente de policía se detuvo para observarlo. Andy asintió y lo saludó. El agente, ataviado con un impermeable negro con franjas ópticas amarillas, se dirigió a Laine. Andy insertó de nuevo la bomba de aire en el cuadro de la bicicleta y enganchó el remolque.

De nuevo, un encuentro sospechoso dio paso enseguida a una conversación amistosa gracias al acento americano de Andy. El agente, que aparenta treinta y pocos años, tenía cicatrices de acné en la cara y era de la misma estatura que Andy. Este se presentó y le ofreció un resumen de un minuto del viaje desde Alemania. Lo único que omitió en la historia fue el barco de pesca francés. Gracias a esta omisión, así como a la mención de que había desembarcado en Folkestone, el agente supuso que Laine había llegado en tren a través del túnel.

—¿Así que está solo y quiere recorrer la costa en bicicleta, buscando un barco?

—Así es.

—Eso es muy peligroso en este momento, señor. Tiene suerte de que no le hayan dado una paliza en Folkestone. Allá abajo hay muy mala gente. Canallas, eso es lo que son. Y también en algunos barrios de Dover. Se lo advierto: no se acerque a los muelles. Allí no encontrará barcos, solo problemas.

—Sí, conozco a esa clase de gente. He tenido que ahuyentar a algunos. —Al cabo de un instante añadió—: ¿Sabe? Acabo de dejar el servicio activo y me siento un poco desnudo, viajando solo y desarmado.

—No le culpo. —El agente titubeó y dijo—: Me llamo Michael Lyon. Creo que necesita mi ayuda.

Lyon frotó la punta de la porra con la palma de la mano y la miró.

—Déjeme explicarle algunas cuestiones legales, capitán Laine —continuó, adoptando un tono práctico—. Si lleva una de estas, es delito. Si lleva un cuchillo, es delito. Si lleva un bate de cricket, es delito. Si lleva gas pimienta, es delito...

—Entonces, ¿cómo quiere que me enfrente a los malos? ¿Con palabrotas?

Lyon se rió.

—Bueno, es una suerte que vaya en bicicleta y no a pie. Así tiene cierto margen de maniobra. Verá, en el Reino Unido, es legal que las bicicletas tengan «equipo de seguridad» como linternas... Y la

ley no específica de qué tamaño.

Andy sonrió y preguntó:

—¿Qué me recomienda?

Lyon miró nerviosamente en derredor.

—Espere un momento, yanqui —dijo—. Tengo algo para usted. —Se dirigió al coche patrulla y abrió el maletero. A continuación abrió la cremallera de una bolsa de lona y extrajo una linterna Maglite de seis células. Era semejante a las linternas policiales de aluminio convertido que Andy había visto anteriormente, aunque más fina. Entonces comprendió que usaba pilas de tipo C en lugar de pilas de tipo D.

Bajando aún más la voz, Lyon explicó:

—Como verá, esto puede usarse como una porra, pero puede llevarla legalmente en la bicicleta; no en la mano, ojo, y tampoco puede llevarla encima cuando ande por la calle. Pero si está enganchada a la bicicleta o en la bolsa durante el viaje, es una excepción absolutamente permisible.

—¿No estará a la venta, por casualidad?

—¡Ja! No puedo vender cosas en la calle cuando estoy de servicio. Eso sería algo impropio, ¿no cree? Pero nada dice que no pueda regalársela.

—¿Está bromeando?

Lyon meneó la cabeza.

—No, señor, considérelo un acto de amabilidad cristiana.

—¡Muy amable por su parte! Le diré una cosa: si alguna vez visita el Estado de Nuevo México, mi casa siempre estará abierta para usted y su familia. —Laine sacó la libreta y un bolígrafo, añadiendo mientras escribía—: Aquí tiene mi dirección. Cuando el Gran Tranvía vuelva a las vías, espero verlos durante unas vacaciones. Quédense en mi casa un par de semanas. Les enseñaré Monument Valley y las casas indias de los acantilados. ¿Ha oído hablar de un sitio llamado Mesa Verde? Está al otro lado de la frontera del Estado, en Colorado.

Michael Lyon meneó la cabeza de un lado a otro y Andy continuó:

—Son unas ruinas espectaculares. Se lo repito: espero verlo con su familia en mi puerta algún día. De hecho, me llevaré una decepción si no lo hace.

Andy guardó la linterna en las asas del dorso de la bolsa del manillar. Estrechó la mano del agente y ambos se desearon buena suerte. Lyon agitó la mano mientras Andy se alejaba del bordillo, internándose en la llovizna. En ese momento cayó en la cuenta de que las ruinas de Mesa Verde habían pertenecido a una cultura que se había extinguido. A finales del siglo xiii, esa sociedad había

abandonado Mesa Verde y jamás había resurgido. Se preguntó qué esperanzas a largo plazo tenía la suya.

Siguiendo la advertencia del agente, Andy evitó el centro de Dover, contorneando la población. Siguió la carretera de Dover, que discurría más o menos en paralelo a la autopista A258, hasta que llegó al puerto de Pegwell. Allí averiguó que no había barcos con destino a los Estados Unidos; se decía que la Costa Este y la Costa del Golfo estaban sumidas en el caos más absoluto. Los escasos veleros y buques comerciales en activo se dirigían a Nueva Zelanda. Uno de los amables capitanes estuvo una hora en la radio VHF70, interrogando a otros marineros y barcos comerciales sobre embarcaciones dirigidas a los Estados Unidos o Canadá durante el invierno. No había ninguna. Fue una noticia desalentadora. Pero como también había oído que todos los aviones seguían en tierra, no tenía más remedio que seguir recorriendo la costa.

Cuando estaba avanzando por Hereson Road, al norte de Ramsgate, Andy se enfrentó a dos jóvenes malhechores con motocicletas Kawasaki que lo atacaron antes de que llegara a darse cuenta. Uno de ellos derrapó hasta detenerse delante de Laine, que frenó para no estrellarse contra la motocicleta. El matón desmontó y metió el mango de una azada entre los radios de la rueda delantera de la bicicleta. Fue un *déjà vu* del incidente en las inmediaciones de Homberg. Andy saltó de la bicicleta, sacando al mismo tiempo la linterna de las asas, que descargó con fuerza sobre el antebrazo del atacante. Este chilló.

—¡Mi brazo! —se lamentó.

Andy se dio la vuelta rápidamente y descargó una serie de porrazos sobre el pecho y los brazos del otro motociclista, que todavía no había desmontado y al verse abrumado apretó el acelerador y salió corriendo. Ante aquella furiosa demostración de fuerza de Andy, el primero se encaramó de nuevo a la Kawasaki y se alejó dando tumbos y mascullando maldiciones. Mientras recogía la bicicleta y la inspeccionaba, al igual que el enganche del remolque, en busca de desperfectos, Laine musitó para sus adentros:

—Debe de haber una universidad internacional de ladrones donde enseñan la técnica de los radios de la bici.

*70 Very High Frequency.*



«Cuando estalló la hiperinflación en Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial, lo que hasta entonces habían sido unos ahorros cómodos de repente valían lo mismo que un sello de correos. Para los que habían invertido una parte de sus ahorros en metales preciosos, la crisis se atenuó de forma considerable. El oro nunca deja de ser valioso, aunque el precio exacto fluctúe. Sin embargo, hay una fotografía muy famosa de esta época, en la que una alemana está quemando montones de fajos de billetes para calentarse».

—Congresista Ron Paul

Gracias a la mejoría del tiempo, después de otro día de viaje a través de las carreteras secundarias del norte de Dover, Andy llegó al corazón de Kent, en el pueblo de Boughton, a escasa distancia de Faversham. Pasó la noche en el bosque, cerca de la carretera que conducía desde Boughton hasta Hernhill, sin incidentes. A la mañana siguiente desayunó, se afeitó y regresó a la carretera. Se sentía como si estuviera en el centro de la tierra de los tejados de paja y las chaquetas de *tweed*. En Faversham dobló hacia el puerto deportivo de Oare Creek, donde descubrió con sorpresa un gran número de barcos de vela privados y embarcaciones de motor.

Aunque en el despacho del práctico del puerto lo recibieron con cierta suspicacia, finalmente le ofrecieron un refugio seguro para la bicicleta y el remolque mientras recorría los muelles haciendo preguntas.

Llegó con la marea baja, de tal manera que la mayoría de las embarcaciones descansaban en el barro sobre la quilla, con aire abandonado. El práctico del puerto explicó que se trataba de una inusitada «marea negativa».

En el transcurso de sus indagaciones, Laine averiguó que se esperaba que zarparan tres barcos durante la semana siguiente, uno de ellos con rumbo a Nueva Zelanda, otro a Tasmania y el tercero a Belice. Que se supiera, no zarparían embarcaciones de ninguna clase con destino a los Estados Unidos durante todo el invierno. Andy se sentó en una playa infestada de gaviotas y rezó. Al cabo de diez minutos de oración ferviente regresó al crucero en el que aparentemente estaban más informados sobre las llegadas de barcos.

—En el penúltimo o antepenúltimo embarcadero del último muelle. Busque un yate grande: se llama Durobrabis —le indicaron cuando se interesó por el barco con destino a Belice. Andy solo tenía el vago recuerdo de que anteriormente Belice se había llamado «la Honduras británica» y que estaba cerca de México. No recordaba si acaso mediaba otro país entre ambos. Para él, los países de América Central, con la excepción de Panamá, no eran más que un galimatías en el mapa.

Laine se dirigió al muelle que le habían indicado. Allí encontró a un hombre y una mujer de mediana edad cargando las provisiones de un carro en un velero de quince metros de eslora y aspecto robusto. La mayoría de los barcos del puerto estaban en buen estado para el uso recreativo esporádico, pero en la Durobrabis había algunos objetos de gran tamaño amarrados a la cubierta de proa y cubiertos

con lonas marrones. El hombre, que tenía el cabello gris y algo de sobrepeso, llevaba una camiseta con el emblema del «Club de cruceros de Hollowshore» debajo de un impermeable abierto. Cuando Andy se aproximó al barco, se apartó del carro, empuñó un largo cuchillo de cocina que llevaba debajo de la chaqueta y sosteniéndolo al costado le ordenó:

—¡No se mueva!

Andy se detuvo de inmediato a siete metros de distancia y le enseñó las palmas de las manos.

La esposa del hombre se había quedado sin habla y seguía sosteniendo dos sacos de comida. Parecía aterrorizada.

—Ya nos han asaltado y no volverán a hacerlo —declaró el hombre con vehemencia.

—Señor, le aseguro que no soy un ladrón. Me llamo Andrew Laine. Soy oficial del ejército estadounidense y deseo comprar un pasaje a Belice. He oído que se dirigen hacia allí.

—Así es, pero no tenemos espacio. Su dinero no sirve de nada aquí, yanqui.

—Puedo pagarle con oro —imploró Andy.

El capitán del yate parpadeó, pero insistió:

—Lo siento, pero ¿de qué me sirve el oro? La familia que nos acompaña hizo acopio de comida y combustible hace meses, así que nos facilitan casi todas las provisiones, y serán suficientes para toda la travesía. Ahora mismo, eso es mucho más valioso para mí que el oro. El oro no se come.

—En ese caso, ¿qué le parece el plomo?

—¿Qué? —contestó el hombre, perplejo.

—Yo trabajo con plomo, amigo mío.

El capitán del barco se rió nerviosamente, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Apostaría que aparte de ese cuchillo no tienen gran cosa para defenderse. Así que me gustaría hacerle una oferta: yo me encargaré de protegerlos durante la travesía y trabajaré a bordo.

—¿Alguna vez ha tripulado un barco?

—No, pero estoy dispuesto a aprender, y se me dan bien las armas.

—Eso está muy bien, pero no encontrará una pistola en toda Inglaterra, a ningún precio.

—Estoy dispuesto a ofrecerle la mía, y una mano firme y bien entrenada para empuñarla. —Se dio una palmada en la chaqueta, encima de la cintura.

El hombre seguía mostrándose indeciso.

—Mire, le aseguro que soy un oficial del ejército con seis años de experiencia —añadió Laine muy despacio—. He servido en Irak y Afganistán. Soy un buen cristiano. Y lo más importante para usted, puedo enfrentarme a toda clase de asesinos hasta que huyan lloriqueando como si fueran bebés. He estado en situaciones muy delicadas, así que sé exactamente cómo se sale de ellas. Confíe en mí.

El hombre se volvió hacia su esposa y ambos asintieron. A continuación se encaró de nuevo con Andy y dijo:

—Suba a bordo y hablaremos.

Carston Simms, el capitán de la Durobrabis, le explicó con detalle las características y la historia de la embarcación. Simms había servido en la Armada Real durante seis años, a finales de la década de 1970. Poco después, se había licenciado en psicología y había trabajado como consejero y administrador de una escuela privada. Usaba el barco durante sus largas vacaciones de verano. Tenían dos hijos, que habían emigrado a Australia veinte años atrás. Laine tuvo la impresión de que su relación con ellos era algo tirante cuando los describió como «alcohólicos y haraganes». Simms se había quedado sin empleo durante la recesión de 2008, en la que el número de matrículas en las escuelas privadas había caído en picado.

Simms manifestó abiertamente sus recelos ante el deterioro de las condiciones en Inglaterra. Auguraba un alto número de muertes debido a la dependencia de la comida y el combustible del extranjero que había en la isla.

—En Londres y Colchester estarán comiéndose unos a otros dentro de unas semanas —observó, adoptando una expresión sombría—. Hemos de llegar a un sitio más cálido y menos poblado.

Estaban sentados en el salón de la nave. La estancia estaba recargada de teca y acero inoxidable, agradable aunque fría para Andy. Carston Simms y su esposa Angie se mostraban nerviosos y algo locuaces. Antes de aceptarlo en la tripulación lo interrogaron durante media hora sobre su pasado, su educación y su experiencia. En este punto, los documentos DD-214 de la licencia de Andy resultaron muy útiles. Por último, Simms quiso que le mostrara la pistola SIG. Apuntando hacia arriba, Andy la descargó hábilmente. A continuación la desmontó y volvió a montarla sobre la mesa del salón. Aquello impresionó especialmente a Angie.

Entonces Carston le confió la situación del barco y sus planes de dirigirse a Belice. Andy estaba en lo cierto acerca del cuchillo de cocina. Aparte de unos cuantos cuchillos y una pistola de bengalas Olin, estaban desarmados. El capitán se refería habitualmente a aquella pistola de bengalas del calibre .12 y un solo tiro como «lanzacohetes», un término que a Andy le recordaba a la Primera Guerra Mundial. Simms admitió que sin la ayuda de Andy y una pistola de verdad serían presa fácil para los piratas.

Angie le habló entonces de la familia que viajaría con ellos: Alan y Simone Taft tenían treinta y tantos años, un hijo de catorce años llamado Jules y dos gemelas de once años, Yvonne e Yvette. Alan Taft era un agente de inversiones sin experiencia marítima. Los Simms apenas habían conocido

a los Taft antes de la Escasez, pero como tenían comida en abundancia y Taft hablaba español con fluidez, eran una elección lógica para la travesía a Belice.

Simms añadió que había navegado hasta el Caribe en una ocasión y que allí tenía algunos conocidos «marineros». Admitió que ninguno de ellos era realmente íntimo, pero consideraba que el viaje podía merecer la pena. Carston resumió sucintamente la estrategia del viaje:

—Está claro que es mejor que quedarse a ver si nos comen.

Tenían intención de zarpar con la marea alta antes de que amaneciera, dentro de tres días. Entretanto Andy se quedaría en el barco casi continuamente para protegerlo.

El espacio escaseaba. Aunque la Durobrabis daba cabida a siete personas, una de las camas estaba atestada de cajas de comida, amarradas con gruesas sogas de bramante a las paredes y la barandilla superior. Para compensarlo, los Taft habían decidido que dormirían por turnos o sus dos hijas compartirían la misma cama. La Durobrabis era un yate de quince metros de eslora construida en Taiwán. Se trataba de un modelo de 1997, aunque estaba bien conservado, y tenía un monocasco de fibra de vidrio que medía cuatro metros y medio de bao.

La Durobrabis, que era un auténtico barco, no un velero de costa, contaba con escotillas impermeables y un tanque de agua potable de ochocientos setenta litros. Habían renovado las velas y las drizas hacía apenas dos años. El motor auxiliar diésel de cien caballos se usaba sobre todo para las entradas y salidas del puerto. Para alimentarlo, el barco contaba con un depósito interno de cuatrocientos cincuenta litros, a los que Simms había sumado seis bidones de plástico con sesenta litros extra para el viaje.

El único espacio disponible para que Andy durmiera era el compartimento de velas de proa. Simms le explicó el motivo de que no vaciara la séptima cama para cedérsela:

—Tendré que meter y sacar las velas del compartimento sin previo aviso. Y será mucho más rápido meterte y sacarte a ti que un montón de cajas de comida. De todas formas, cuando haya tormenta no querré que haya demasiado peso en la proa y solo navegaremos con un foque y una vela de capa. Así que en esos momentos necesitaremos casi todo el espacio del compartimento para las velas más grandes. Jules y tú podéis turnaros en una litera cuando haga mal tiempo. —Andy accedió a esta componenda sin una sola queja.

El velero estaba bien equipado para grandes distancias, con un generador de agua de ósmosis inversa, una lancha hinchable y una impresionante selección de radios y dispositivos de navegación.

Andy sufrió una decepción cuando le informaron de que no habría espacio para la bicicleta y el remolque. Consiguió cambiárselos a otro capitán del puerto por ocho latas de carne en conserva, cinco bengalas de meteoro rojas del calibre .12 compatibles con la pistola de Carston y un receptor GPS Garmin de tres años.

La otra transacción de Andy antes de que zarparan se celebró después de que divisara a un adolescente en el puerto ataviado con una chaqueta de camuflaje en la que destacaban manchas de

pintura de colores vivos. Andy comprendió que se trataba de manchas de *paintball*. Cuando entabló una conversación con el joven, descubrió que era aficionado al entrenamiento táctico de *paintball* y las pistolas de balines de aire comprimido, que disparaban proyectiles metálicos de baja velocidad recubiertos de goma. Tenía nada menos que once de estas armas y Laine lo convenció de que le cambiara algunas.

A cambio de dos réplicas de subametralladoras de aire comprimido (una Uzi y una H&K MP-5), Laine le ofreció un juego completo de uniformes de camuflaje, junto con una bufanda palestina y una gorra a juego, así como un iPod antiguo que todavía funcionaba y una herramienta multiusos china, imitación de una Leatherman americana. Las dos subametralladoras de juguete tenían un aspecto y hasta un tacto sorprendentemente realistas, con la excepción de los tapones de plástico rojo vivo que revelaban que se trataba de réplicas. Enseguida lo remedió con algunas capas de pintura negra.

## 23

### En marcha

«A los refugios se va a vivir, no a morir. La organización y la defensa de un refugio se basan sobre todo en el arte de lo posible. Es cuestión de identificar con astucia y sentido común los recursos disponibles y convertirlos en algo práctico... Luche si es necesario, pero intente por todos los medios orquestar los acontecimientos de tal manera que la confrontación sea siempre el último recurso».

—Ragnar Benson, *El refugio de supervivencia*

Buckeye, Arizona

Diciembre, año uno

Cuando los saqueos de Phoenix se extendieron hasta los suburbios, Ian y Blanca decidieron que era demasiado peligroso quedarse más tiempo en Buckeye.

A la mañana siguiente sacaron los Laron de los remolques y atornillaron las alas en el camino de entrada y el jardín. El montaje y las comprobaciones de rutina de los aviones apenas requirieron quince minutos; sin embargo, tardaron casi una hora en cargar el equipo, aprovechando el espacio al máximo y situando los objetos más pesados cerca del centro de gravedad. Entre tanto, algunos vecinos curiosos se congregaron a contemplar este insólito espectáculo. Algunos se ofrecieron a

ayudarlos en el repostaje.

Ian le entregó al vecino de al lado los títulos de los vehículos y las llaves de la casa.

—No vamos a volver —anunció—, así que puedes quedarte con lo que quieras. No sé si te servirán de algo los remolques de los aviones. Supongo que puedes darle los títulos a mi casero, si es que lo encuentras. Que lo descuente del alquiler y se quede con la diferencia.

Antes de que encendieran los motores, Ian solicitó voluntarios que detuvieran el tráfico en la avenida contigua. Después de arrancarlos y realizar una última comprobación de la radio, Ian y Blanca atravesaron el jardín y el camino de entrada. A continuación salieron del patio y enfilaron la avenida Hastings. Ian iba delante. Los vecinos los miraban boquiabiertos. Había unos seiscientos metros disponibles en la amplia calzada, una pista de despegue suficiente para los Laron, aunque estuvieran sobrecargados. Blanca encendió la radio y dijo:

—Cuidado, postes de luz a la izquierda. —Algunos vecinos se detuvieron a ambos extremos de la avenida, observando el tráfico, dispuestos a bloquearlo si era necesario.

Los aviones despegaron dando tumbos y ascendieron hacia el este muy despacio, adentrándose en la gruesa neblina que se cernía sobre toda la región de Phoenix. Ian realizó un giro de noventa grados, formando al lado del Laron de Blanca, que alzó el dedo pulgar.

Se dirigieron hacia el norte, sin dejar de ganar altura. Blanca divisó casas en llamas al este, en Phoenix, Glendale y hasta Goodyear.

—*Ay, ay, ay*, mira cuántos incendios... Cambio.

—Sí, parece que nos hemos marchado justo a tiempo. Después de Goodyear, seguro que los saqueadores caen sobre Buckeye. Subiendo a siete mil quinientos, corto.

Ian se volvió de nuevo hacia Phoenix. Se acordó de Charley Gordon y se preguntó en voz alta, sin pulsar el interruptor del micrófono:

—¿Qué durará más: Charley o los mil cartuchos de la nueve milímetros?

Los aviones apenas consumieron veintisiete litros de combustible cada uno en el trayecto de ochenta y siete millas hasta Prescott. En el ecuador del vuelo, ensayaron con las bombas de mano Jack Rabbit, en previsión de trayectos más prolongados. Recargaron los depósitos de combustible con las bolsas de plástico en solo siete minutos.

Sobrevolaron las imponentes colinas rocosas y amarillentas de la ribera este del lago Willow y tomaron tierra en Love Field, en el aeropuerto de Prescott, y fueron rodando hasta la sección de aviación comercial. En el área de combustible había un gran rótulo aerografiado en un tablero de tiras orientadas de un metro y medio por dos metros y medio con una cara con el ceño fruncido dibujada y la advertencia: «Sin combustible». Los teléfonos estaban desconectados, de manera que Ian decidió dirigirse directamente a la casa de Alex.

Se agenció un vehículo en el aeropuerto, que le costó veinticinco balas de punta hueca de nueve milímetros, mientras Blanca se quedaba guardando los aviones. La montaña se cernía majestuosamente a lo lejos. Era obvio que allí había más agua que en la región de Phoenix, aunque todavía se encontraban en Arizona. Además, había muchos árboles, que escaseaban al sur del Estado. El pueblo se encontraba a casi mil setecientos metros de altura, de manera que el clima era mucho más fresco que en Buckeye.

No hubo respuesta alguna cuando Ian llamó a la puerta de la casa alquilada de Alex en Oak Terrace Drive. Además, la puerta no estaba cerrada con llave y dentro se observaban indicios de que Alex se había marchado apresuradamente. La mayoría de los muebles todavía estaban en la casa, aunque faltaban casi todos los efectos personales. La cocina olía a leche agria. Alguien llamó a la puerta. Era el vecino de Alex, que blandía un bate de béisbol.

Después de explicarle quién era, Ian averiguó que su hermano había aceptado recientemente un empleo como «asesor de seguridad a tiempo completo» para cuatro familias con fincas contiguas en los Ranchos Conley, una urbanización cerrada relativamente nueva situada a tres kilómetros al norte del pueblo. Ponerse en contacto con él fue sencillísimo, cuando descubrió cómo hacerlo: el canal 12 de la radio CB.

—La controlan las veinticuatro horas del día. —El vecino, un antiguo camionero, tenía una radio CB instalada en el todoterreno. Alex contestó de inmediato a la transmisión de Ian y dijo que estaría en su antigua casa en menos de media hora para recogerlo.

Alex se detuvo en el camino de entrada al volante de un Ford Excursion. Ian no llevaba equipaje, de manera que saltó al asiento del copiloto y Alex dio marcha atrás de inmediato. Había un revólver Dan Wesson Magnum de cañón largo del calibre .44 en la guantera, entre los asientos.

Los dos chocaron los cinco y Alex preguntó sencillamente:

—¿Aeropuerto?

—Sí.

Mientras conducía, se explicó rápidamente:

—Me ha contratado un grupo de cuatro familias que viven en fincas contiguas de cuatro mil metros cuadrados que forman un cuadrado al final de una manzana. Dos de ellos son banqueros jubilados de Tucson. Solo me ofrecen comida y alojamiento. Es una urbanización de cuatrocientas fincas, aunque no están construidas ni la mitad de ellas, así que se trata de una especie de mosaico, con grupos de casas rodeadas de solares vacíos. Hay un montón de mansiones, desde medio millón hasta más de un millón de dólares. Muchos ejecutivos jubilados con más dinero que cerebro. Han visto en televisión lo que está ocurriendo y ahora están muertos de miedo y tratan de ponerse las pilas.

»Creo que tenemos cubiertas la comida y el agua, aunque andamos muy escasos de combustible y las defensas son lamentables —continuó, sin darle ocasión de hacer ningún comentario—. Algunas familias de los Ranchos Conley ni siquiera tienen una pistola. Y algunos de los «comités» que se

reúnen en el club de campo son una especie de broma. Pero al menos el más importante, el de jardinería y horticultura, está espabilando. El plan consiste en comprar camiones de fertilizante y tierra para algunos de los solares vacíos donde el terreno sea menos rocoso. El riego, gracias a Dios, es gravitatorio y llega desde las montañas. Ahora no importa una mierda que sea una «urbanización privada cerrada»: como no hay corriente, tienen que dejar las puertas abiertas. Estoy intentando cambiar esa situación cuanto antes.

Ian asintió y Alex prosiguió:

—Vivo en una casa de trescientos cincuenta metros cuadrados. Antes solo vivía un matrimonio en ella. Tienen espacio para otros dos trabajadores a tiempo completo por lo menos, y créeme, necesito ayuda. Hay que establecer turnos de veinticuatro horas al día, todos los días, de inmediato.

Alex se detuvo frente a la puerta de la sección de aviación general de Love Field, donde les franquearon el paso después de algunas formalidades, y se dirigió al punto en el que estaban estacionados los dos Laron.

Allí se abrazaron y lloraron juntos por la muerte de Linda. Pero enseguida estuvieron demasiado ocupados con lo que era más urgente: descargar los aviones. El equipo de Ian y Blanca cupo cómodamente al fondo del Excursion cuando doblaron la tercera fila de asientos. Alex comentó que estaba impresionado con todo lo que Ian había metido en los aviones. Este explicó con tono casi apoloético:

—Repasé el peso y el equilibrio. El equilibrio era aceptable, aunque el peso neto estaba rozando los límites. A veces hay que hacer lo que hay que hacer y encomendarse a Dios.

—Con las armas que habéis traído, no se opondrán a contrataros —aseguró Alex mientras cerraba las puertas traseras del Ford. La predicción resultó acertada. Aquella misma noche, después de algunas breves objeciones ante el número extra de bocas que tendrían que alimentar, las cuatro familias contrataron a Ian y Blanca. Al igual que Alex, no recibirían un sueldo, pero les darían comida y un dormitorio confortable. La habitación se hallaba en una mansión de doscientos cincuenta metros cuadrados, detrás de la de Alex. Perteneecía al doctor Robert Karvalich, un viudo que antes de jubilarse había sido pediatra. Todos lo llamaban «doctor K». Hacía muchos años, había servido como médico de la Marina, aunque en una consulta, no a bordo de un barco ni en combate. Llevaba un Remington Rand modelo 1911 vintage de la Segunda Guerra Mundial en una cartuchera cubierta con una solapa todo el día. Explicó que el arma había pertenecido a su padre, que también había sido médico de la Marina, durante la guerra de Corea.

Al contrario que los demás residentes, que habían tardado algunas semanas en acostumbrarse a llevar armas en todo momento, el doctor K. se había aclimatado enseguida. La diferencia consistía en que lo habían atracado a punta de pistola en una ocasión. Según sus propias palabras, seis años antes de que estallara la Escasez, el doctor K. abrió la puerta de la consulta y encontró a un drogadicto con una pistola en la mano que andaba buscando narcóticos. Temiendo por su vida, el doctor K. accedió de mala gana y le entregó sus escasas reservas de Tylenol con codeína, la Vicodina y una solución oral de sulfato de morfina. El ladrón escapó en un coche con matrícula de California y las autoridades locales no lo encontraron nunca. Cuando Ian Doyle solicitó que todos los habitantes del complejo



estuvieran armados en todo momento, Robert Karvalich fue uno de los primeros que lo hicieron.

Al día siguiente se plantearon cómo transportar los aviones hasta la casa del doctor K. con la ayuda de camionetas prestadas. Finalmente resultó muy sencillo: fueron volando. La calle que se situaba frente al «complejo» de cuatro casas, como Alex lo llamaba, era serpenteante y remontaba una ligera pendiente, pero a mil doscientos metros de distancia había una calle larga y amplia que era recta y casi llana. Esta calle se hallaba en la nueva sección de la «fase dos» de la urbanización de los Ranchos Conley, en la que se habían asfaltado las calles, pero solo se habían vendido algunos terrenos y todavía no se había edificado ninguna casa. En la fase dos, aún no se habían instalado farolas. La calle era una pista excelente para los Laron. Aterrizaron en ella y rodaron hasta la calle de Alex. El espectáculo causó cierta impresión en la urbanización.

Poco después de que hubieran estacionado los aviones en el camino de entrada, una de las vecinas amenazó con presentar una queja, afirmando que el aterrizaje de los aviones era una «pesadilla para la seguridad». Exclamó que la presencia de los aviones constituía una «flagrante violación de las reglas de la asociación». Mientras agitaba un dedo ante el rostro de Alex, Ian y Blanca se dedicaron a desmontarlos. Cuando hubieron retirado las alas de los aviones y los guardaron en el espacioso garaje de cuatro plazas del doctor K., junto al todoterreno de este, la vecina se tranquilizó. Alex la hizo entrar en razón, subrayando que dispondría de guardias armados adicionales sin ningún coste para ella.

—Bueno, supongo que está bien —murmuró antes de marcharse.

Los Doyle (Ian, Blanca y Alex) establecieron turnos de guardia de ocho horas y media diarias, trece días cada dos semanas. A causa de esta intensa rutina, apenas tenían tiempo para divertirse (ni lavar la ropa a mano) pero al menos las cuatro familias los alimentaban, obedeciendo a un calendario rotatorio.

Blanca se apropió de uno de los M16 que Ian había rescatado de la base de la Fuerza Aérea de Luke. Alex le facilitó munición de cinco coma cincuenta y seis milímetros para que practicara puntería y siempre tuviera los cargadores llenos. A ella no le gustaba el M16, sobre todo debido a que el amortiguador de la culata emitía un curioso tañido cuando se disparaba. Además, opinaba que era feo, aunque en ese sentido solo había comentado:

—Reconozco un arma bonita cuando la veo, y esta no es bonita. Me gustan las armas que tienen un poco de madera. Esta es como un juguete de plástico.

Los Doyle querían una posición de combate con barricadas de sacos de arena frente a las ventanas exteriores de la planta baja, pero se toparon con un problema: los sacos de arena escaseaban. Como no había instalaciones del ejército ni de los Marines en los alrededores, la tienda de excedentes no los vendía. Y como Prescott no se encontraba en una región susceptible de sufrir inundaciones, el condado tenía unas existencias limitadas, pensadas únicamente por si se rompían las tuberías de agua. Un par de clientes se habían hecho con todos los sacos vacíos de la tienda de semillas mucho antes de que los Doyle se interesaran por ellos.

A Blanca se le ocurrió la solución: coser sacos, valiéndose de los rollos de malla de poliéster negro

que se empleaban en la base de las carreteras. A cambio de una caja de munición del .30-06, un contratista de carreteras les ofreció dos rollos.

Como no había corriente, no disponían de máquinas de coser eléctricas; sin embargo, el doctor K. rescató la máquina de pedales de su difunta esposa. La máquina había sido desechada muchos años atrás, al convertirse la mesa en un objeto decorativo. Pero el doctor K. instaló un modelo de Singer mucho más moderno en la mesa de pedales. Esta máquina acabó sirviendo a las familias de las cuatro viviendas del complejo, que remendaban pantalones vaqueros y confeccionaban cananas de munición. También cosieron los sacos de arena con ella.

Cortaron la malla y fabricaron sacos de treinta y cinco por sesenta y seis, las medidas que el ejército estadounidense empleaba desde hacía casi un siglo. Cuando los llenaron, cada uno pesaba unos veinte kilos.

Cuando estuvieron llenos y amontonados, a los ojos de los observadores distraídos, los sacos negros semejaban sombras al otro lado de las ventanas. El proyecto de confección y relleno de sacos se prolongó durante tres semanas. Había un montón de arena limpia en el campo de golf inacabado de la urbanización. Cuando le pidieron que les dejara usar una parte, Cliff Conley contestó:

—Coged lo que necesitéis. Supongo que ese campo de golf no se terminará hasta dentro de mucho tiempo. Pero no me pidáis que os ayude a llenarlos. Ya llené muchos sacos de arena cuando estaba en Vietnam. He llegado a un punto en mi vida en el que solo me dedico a la supervisión.

Siguiendo el procedimiento operativo estandarizado<sup>71</sup>, se desconectaron todas las conexiones inalámbricas, temiendo que los saqueadores de los alrededores las detectaran.

Ian y Blanca se instalaron en un dormitorio que se hallaba sobre el salón y se calentaba mediante una estufa de madera y una rejilla instalada en el suelo. Lo más importante era que en este dormitorio había una puerta acristalada corredera que daba a una terraza desde donde se dominaba buena parte del complejo y los alrededores. En un rincón había un jacuzzi que habían vaciado antes del invierno. Lo rodearon con sacos de arena, convirtiéndolo en un fortín de techo blando. Cubrieron la tapa de madera contrachapada con piel artificial Naugahyde, dejando bordes que colgaban hasta quince centímetros. Ian y Blanca construyeron una estructura en forma de C con cinco patas de dos por cuatro que sostenían la tapa. De esta forma la tapa se levantaba otros dieciocho centímetros, obteniéndose una ranura con una visión horizontal de trescientos sesenta grados. Sin embargo, los transeúntes no observarían nada extraordinario. Asimismo, Ian cortó cinco bloques más. Gracias a ellos, la tapa se levantaba nueve centímetros más, facilitando la visión y la audición durante la noche.

Como el dormitorio del doctor K., situado en el ala norte de la casa, era demasiado frío después de que desconectaran la corriente, este se instaló en una cama sencilla en lo que hasta entonces había sido un estudio. El estudio estaba al lado del salón, de manera que estaba bien calefactado. Los Doyle y el doctor K. cerraron los pasillos de casi media casa, clavando mantas y listones de madera, confinando el calor en la cocina, el salón y el estudio.

Las Cuatro Familias perpetraron un golpe de estado durante una reunión de la asociación de propietarios de los Ranchos Conley apenas unos días después de la llegada de Ian y Blanca,

confabulándose con sus partidarios para expulsar a dos ilusos miembros del consejo. Ambos deseaban mantener el status quo de la urbanización, confiando en que hubiera una recuperación económica en el futuro cercano. Los sustituyeron individuos más pragmáticos, con los pies en la tierra.

En una serie de votaciones por aclamación que se celebraron casi inmediatamente después del cambio en la dirección de la asociación de propietarios<sup>72</sup>, se eliminaron todas las restricciones sobre jardinería, horticultura, mascotas, ganado, cercas, antenas, paneles solares, almacenamiento de combustible y vehículos de los Ranchos Conley. Cuando comprendieron que los superaban en número y no tenían peso específico en la reunión, los dos idealistas y sus escasos partidarios se marcharon indignados.

Las nuevas normas de la asociación de propietarios de los Ranchos Conley fomentaban el cultivo extensivo en los solares que no se habían vendido. Un 5% de las cosechas que se obtuvieran en aquellos terrenos se destinaría a Cliff Conley, el terrateniente y constructor de la urbanización. Conley declaró más adelante que estaba más que satisfecho con aquella disposición. Se formó un nuevo comité de seguridad, que más adelante recibió el jocoso sobrenombre de «patrulla ciudadana con esteroides».

Después de la llegada de los Doyle, se aceleraron las medidas defensivas en el complejo de las Cuatro Familias. Con la ayuda de obreros contratados a tal efecto se construyeron cercas semejantes a barricadas que conectaban el perímetro de las cuatro casas.

Ted Nielsen, uno de los banqueros residentes en el complejo, tenía un título de ingeniería y cuando estaba en la universidad había trabajado para una compañía telefónica durante las vacaciones de verano. Construyó una sencilla línea telefónica compuesta de cuatro teléfonos con diales giratorios tradicionales. Las baterías estaban conectadas a un dispositivo de carga lenta de un panel solar. Los diales no estaban operativos, sino conectados a una línea cerrada. En los teléfonos se instalaron sendos interruptores de contacto momentáneo. Cuando se oprimía uno de ellos, se transmitía un voltaje que resonaba a través del circuito y sonaban los cuatro teléfonos. Gracias al sencillo sistema telefónico de Nielsen, disponían de los medios necesarios para coordinar la defensa del complejo frente a los intrusos.

Además, se retiraron las cercas interiores del complejo de las cuatro casas, dejando un espacioso patio. La mayor parte de esta superficie se destinó a cuatro huertos. Trabajaron sin descanso durante cuatro días, retirando las rocas. A continuación se hicieron con tierra, abono y fertilizante, de modo que estuvieran listos para cultivarse cuando volviera el buen tiempo.

Frente a la costa de Francia

Diciembre, año uno

La primera semana fue horrible. Las dos gemelas vomitaban al unísono constantemente, inclinándose sobre la barandilla de popa. Después de una semana de mareos, todos los pasajeros de la Durobrabis adoptaron una rutina diaria. Había mucho trabajo duro. Tiraban durante horas interminables de la manivela de la desalinizadora Katadyn Survivor 35, una unidad de ósmosis inversa que convertía el

agua salada en agua potable. Carston Simms era un capitán estricto que insistía en que los depósitos de agua estuvieran siempre llenos.

Hasta que Andy y los Taft se acostumbraron a navegar y manejar los aparejos, Carston y Angie se encargaron de la navegación, realizando agotadores turnos de diez horas. Angie pilotaba desde las 5:00 hasta las 15:00 y Carston desde las 15:00 hasta la 1:00. A medida que transcurrían los días, el resto de los viajeros asumieron cada vez más responsabilidades en el manejo de los aparejos y con el tiempo también de la navegación. Al final del turno, Carston Simms accionaba el piloto automático Simrad, si se encontraban en aguas tranquilas, o de lo contrario arriaba las velas y echaba el ancla. El turno de guardia de Andy en cubierta era todas las noches desde las 21:00 hasta las 8:00.

Cada mañana, después que lo relevara Simone Taft (que hacía guardia durante el día, sin instrumentos de ninguna clase), Andy engrasaba cuidadosamente la SIG y los cargadores. Era muy consciente de los estragos que el aire húmedo y salado causaba en los componentes metálicos. A continuación trataba de conciliar el sueño en la negrura del compartimento de velas.

Una de sus tareas más importantes consistía en que los adultos de la embarcación se familiarizaran con el uso de las armas. A media tarde impartía clases particulares en las que les enseñaba a cargar, disparar y recargar la pistola. Jules recibió una versión abreviada del curso. Las gemelas de once años de los Taft no recibieron ninguna, temiendo que una de ellas arrojase accidentalmente la preciada pistola por la borda. Sin embargo, les enseñó a rellenar los cargadores y practicaban regularmente.

El adiestramiento se realizaba sobre todo con el arma descargada y las municiones guardadas celosamente en otro compartimento. Pero al cabo de una semana, Andy dejó que Jules y todos los adultos disparasen la SIG. Sus blancos eran botellas vacías selladas que arrojaban por la proa. En total, solo dispararon veintiocho cartuchos.

—Si yo caigo, recogéis la pistola y seguís luchando hasta que hayáis eliminado la amenaza —repetía Andy después de cada lección—. No os rindáis. ¿Lo habéis entendido?

Después de la primera fase del entrenamiento con armas de fuego, Andy se dedicó al combate cuerpo a cuerpo y con arma blanca, aplicando una combinación propia de tae kwon do, manejo de armas y krav maga, que él denominaba «SIG kwon do». Además de los katas tradicionales, les enseñó a utilizar una pistola descargada como garrote y herramienta de presión. Para lo segundo, empleaba el cañón del arma con la recámara echada hacia atrás, demostrándoles que la reducida superficie de la boca descargaba una fuerza tremenda sobre el plexo solar, la ingle, los riñones y el cuello de sus oponentes.

Cada mañana, desde las diez hasta el mediodía, Alan Taft enseñaba español a todos. La instrucción marítima (que también era para todos) ocupaba casi todas las tardes. Casi todas las noches, cuando se lavaban los platos de la cena, se celebraban interminables partidas de cartas, sobre todo *cribbage*.

Andy no conciliaba el sueño. Se encontraban a doscientas cincuenta millas al oeste de Portugal. Era martes y había un contacto establecido aquella noche, de modo que estaba inquieto. Confiaba en que la transmisión fuera buena.

Andy estableció la alarma de la radio a las 3:15. Mientras estaba instalando la antena dipolo a lo largo de la barandilla, descubrió con sorpresa que Carston estaba en la escotilla abierta. Andy le explicó en voz baja lo que estaba haciendo. Simms asintió. Andy tomó asiento y siguió instalando el transceptor.

—Bueno, dentro de cinco minutos sabré si tenemos buena transmisión —dijo a continuación.

—Será complicado con una onda corta —comentó Carston.

—Sí —asintió Andy.

El silencio era abrumador. Andy observó a Carston Simms, que seguía apostado frente a la escotilla. Susurrando todavía, preguntó:

—Dime, ¿cómo es que el barco se llama Durobrabis?

Carston exhaló un suspiro y explicó:

—Tiene el nombre de unas ruinas celtas de alguna parte. Verás, antes de que lo comprara, el barco era de un profesor de arqueología del oeste de Kent. Apenas lo usaba. —Al cabo de una pausa, añadió—: A mí no me gustaba mucho el nombre, pero soy un viejo lobo de mar y creo que trae mala suerte cambiarle el nombre a un barco.

A las 3:29, a petición de Andy, Simms viró, adoptando un rumbo suroeste, de tal manera que la antena dipolo estuviera orientada hacia la línea de marcación del Gran Círculo de los Estados Unidos. A las 3:30 GMT exactamente, Andy captó una fuerte cadencia en código Morse, con el característico «puño» entrecortado de Lars, en su clave de Morse tradicional favorita.

—K5CLA DE K5CLB BT. K5CLA DE K5CLB BT.

—K5CLB DE K5CLA BT —contestó Andy.

Lars contestó apresuradamente:

—JODER, ESTÁS EN S3. ¿ESTÁS EN EL MAR?

—SÍ, AVANZANDO, FB, EN EL OCÉANO. NO TE PREOCUPES. ¿CÓMO ESTA KL?

—BIEN, APRENDIENDO MORSE. QUIERE HABLAR CONTIGO.

—PSE QUE SE PONGA.

Entonces, en un ominoso código Morse de seis palabras por minuto, Andy oyó:

—TE QUIERO CARIÑO, 88, 88, 88. ME MUERO DE GANAS DE VERTE. ¿ETA73? BR.

¿Cómo iba a explicarle que quizá no volviese a casa hasta dentro de muchos meses?

71 SOP: *Standard Operating Procedure*.

72 HOA: *Homeowners Association*.

73 *Estimate Time of Arrival*, hora aproximada de llegada.

## En Hondo

«Siempre nos preguntan a qué edad se debe enseñar a disparar a los jóvenes. La respuesta, obviamente, depende de cada individuo: no solo de la madurez física de este, sino también del deseo. Sin embargo, aparte de estas consideraciones, creo que es importante que entendamos que los padres tienen el deber de enseñarles a disparar a sus hijos. Antes de que se vayan de casa, hay ciertas cosas que deben saber y ciertas habilidades que deben adquirir, aparte de las actividades que patrocina el Estado. Hay que enseñarles a nadar grandes distancias, con fuerza y prudencia. Y los jóvenes de ambos sexos deben aprender a conducir vehículos motorizados, y si es posible, a pilotar aviones ligeros. Creo que hay que enseñarles los rudimentos del combate cuerpo a cuerpo, sin armas, así como las habilidades de supervivencia básicas. La lista es larga, pero los padres tienen el deber de asegurarse de que sus hijos no salen al mundo indefensos frente al peligro. Disparar, por supuesto, es cosa nuestra, y no debería quedar en manos del Estado».

—Coronel Jeff Cooper

Tegucigalpa, Honduras

Mayo, veinte años antes de la Escasez

Más de dos décadas antes de la Escasez, Ian Doyle había estado temporalmente destacado en Honduras. Aquella experiencia le había cambiado la vida.

El responsable de la Expedición Hondo era el comandante Alan Brennan, un hombre reservado, hijo de un coronel de la Fuerza Aérea retirado. Era un líder competente, aunque demasiado campechano. Aclaró que esperaba que los miembros del escuadrón asistieran puntualmente a todas las reuniones y estuvieran completamente sobrios antes de todas las misiones anunciadas. Resumía sus directrices declarando sencillamente:

—Contamos con excelentes suboficiales de mantenimiento y los técnicos civiles conocen este equipo como la palma de la mano. No os entrometáis en su trabajo. No faltéis a las reuniones y no lleguéis tarde a la línea de vuelo. Comprobáis los instrumentos, encendéis los motores y volvéis a casa sanos y salvos.

Brennan, que se había casado recientemente, sentía fascinación por la historia precolombina y dedicaba mucho tiempo libre a deambular entre las antiguas ruinas en un todoterreno alquilado, tomando fotografías. Aparte de los días de misión, Doyle lo veía en raras ocasiones.

La Fuerza Aérea había concluido el programa de reconocimiento táctico de F-16 en 1993; entonces tenían la intención de asignarles la mayoría de aquellas misiones a vehículos aéreos no tripulados<sup>74</sup>. Pero a modo de seguimiento, se llevó a cabo un programa de duración limitada en el que se empleaba el Sistema de Cápsulas de Reconocimiento Aéreo Táctico<sup>75</sup> que había desarrollado la Marina estadounidense, instalado en los F-16. El de Doyle era uno de los dos escuadrones de combatientes a los que se había encomendado este programa experimental de reconocimiento, que solo había durado dieciocho meses. Aunque técnicamente había sido un éxito, desde el punto de vista operativo y logístico los resultados eran relativos. Y como entretanto la tecnología de los aviones no tripulados se estaba desarrollando rápidamente, se tomó la decisión de desactivar las cápsulas TARPS, así como el equipo de apoyo correspondiente. Ian Doyle formó parte de la Expedición Hondo durante el programa de pruebas TARPS.

Cuando se involucraron las Fuerzas Aéreas norteamericanas, la tecnología de las cápsulas TARPS había madurado. Casi todos los técnicos eran contratistas civiles de Grumman, la empresa que había desarrollado originalmente el sistema. Aquellas cápsulas de cinco metros y ochocientos kilos eran básicamente un sistema ajustable que se adaptaba a diversos tipos de aviones, instalándose sobre superficies sólidas estandarizadas. Las cápsulas TARPS, desarrolladas para los F-14 de la Marina y los F/A-18 del cuerpo de Marines, eran, tal como había observado uno de los técnicos de cámaras de Grumman, «a prueba de tontos y de pilotos, valga la redundancia».

La expedición constaba de cuatro F-16 (dos de ellos destinados a misiones y otros tantos a recambios y trayectos auxiliares), cuatro pilotos de misión y un C-130 para el transporte del equipo de apoyo y los innumerables recambios destinados a los aviones y las cápsulas TARPS. Los destinos temporales rotaban cada cinco meses, al borde del límite de seis meses que habría constituido un cambio de destino permanente; así se facilitaba el papeleo y se reducían los costes generales del proyecto.

Todos los pilotos se alojaban en La Casa Blanca, los cuarteles de visitantes de la embajada norteamericana en la avenida FAO, en el distrito de Colonia Loma Linda Norte de Tegucigalpa. En La Casa Blanca se daban la mano el mito y la leyenda. Allí se reunían oficiales de las compañías visitantes, agentes de la CIA con destinos temporales y personal externo que gestionaba asuntos gubernamentales. La atmósfera era muy distendida y los fines de semana incluso se celebraban juergas al estilo de las fraternidades universitarias. Los oficiales de la CIA la consideraban una casa franca, aunque no era exactamente clandestina. Hasta el periódico la mencionaba de tanto en tanto, empleando con frecuencia los sobrenombres «Rick's Café Américain» o «Rick's Place», en referencia a *Casablanca*, la película de Humphrey Bogart.

Los oficiales más jóvenes alojados en La Casa Blanca compartían habitaciones. Así, el compañero de Ian Doyle era Bryson Pitcher, un teniente primero de Inteligencia de la Fuerza Aérea asignado de forma permanente a la célula de Inteligencia de la embajada norteamericana.

Poco después de conocerlo, Ian Doyle le explicó en qué consistía la expedición:

—Es una misión intensa, pero está bien. Solo hago tres o cuatro misiones a la semana, siempre durante el día, y no duran más de seis horas. Aparte de algunas ridículas reuniones de Inteligencia cada diez o doce días, que se celebran aquí mismo o en Soto Cano, tengo el resto de días libres y me dedico al senderismo, la natación y el turismo. Lo único que siento es que esta misión solo dure cinco meses. Ojalá fueran dos años y pudiera empaparme de la cultura local.

Aquello despertó la curiosidad de Bryson.

—¿Qué es lo que estáis haciendo exactamente? Nunca había visto F-16 en Hondo. No sabemos nada de eso, ni siquiera en Inteligencia.

—Si te lo dijera, tendría que matarte.

Bryson exhaló un resoplido desdeñoso.

Ian sonrió.

—Estoy bromeando —dijo—. ¿Qué autorización tienes?

—TS-SBI76, seguido de unas letras muy raras, que se refieren a SCI77 de los que no puedo decirte nada.

—¿Qué es lo que hacéis vosotros, en pocas palabras, Bryson?

—Asignamos y recibimos informes de un montón de suboficiales sobreeducados y los analizamos en relación con el gobierno de Honduras y una misión estratégica no especificada.

—¿Información de aviones? —quiso saber Doyle.

—No. Información de... plataformas en el vacío.

—Ah, entiendo. —Cuando oyó el eufemismo con el que se referían a los satélites espía, Doyle supo que no estaba autorizado a hacerle más preguntas.

—Bueno, de acuerdo, supongo que puedo contarte lo básico, aunque tú estás en el mundo estratégico y mi terreno es sobre todo táctico. Supongo que es una combinación de ambas cosas. Seguramente te informarán dentro de unas semanas, de todas formas.

Bryson asintió.

Ian contempló el ventilador que daba vueltas en el techo lentamente y preguntó:



—¿Conoces un sistema llamado TARPS?

—Claro, es un sistema de cápsulas de reconocimiento fotográfico de la Marina. Es infalible, siempre y cuando no se olviden de enchufarlo y no le echen un chorro de limpiacristales antes de despegar.

—Ese mismo. Hacemos vuelos de reconocimiento sobre Colombia a bordo de F-16 con cápsulas TARPS, siguiendo los movimientos de las tropas de la, ejem, «oposición». Al mismo tiempo hay unos tipos de inteligencia militar que utilizan un sistema panameño llamado «guardarraíles» con el que monitorizan las transmisiones de radio de las FARC. Si combinas toda esa información con la de los tipos de EAR78, te haces una idea bastante completa del teatro de operaciones, que se comparte con el país anfitrión, después de censurarla como es debido.

»Los vuelos son muy sencillos —añadió, volviéndose hacia Pitcher—. Yo solo sigo los perfiles programados de antemano: dirígete a estas coordenadas, desciende hasta esta altitud, sigue esta dirección y vuela en línea recta durante tantos minutos hasta estas coordenadas, sigue esta dirección durante tantos minutos, aterriza, repostas en un camión cisterna y vuelve a la base.

—¡Ja! —se rió Pitcher—. Seguro que alguno de los nuevos aviones no tripulados puede encargarse de eso, desde mucho más cerca que Hondo.

—Desde luego. Según me han dicho, se trata de un asunto político más que otra cosa, una demostración de apoyo a los gobiernos colombiano y hondureño; ya sabes, como ondear una bandera. Así que no querían «oficinistas» sino «hombres de acción». Por motivos de seguridad sobre el terreno, los aviones no podían establecerse en Colombia, así que decidieron instalarse en Tegucigalpa.

—¿No sería más seguro que los aviones estuvieran en Soto Cano?

—Sí, pero al *presidente* le gustan los F-16, así que, como se trata de una misión de cinco meses, insistió en que estuviéramos en la capital, en lugar de Soto Cano. Creo que confía en que le den una vuelta en el modelo D.

—¿Tenéis aviones de dos asientos allá abajo?

—No, pero no me sorprendería que se incluyeran en la misión como por arte de magia.

—Así que la base en Colombia estaba descartada y la decisión política fue Tegucigalpa. En todo caso, has salido ganando. En Soto Cano, estarías viviendo en un agujero de acero corrugado sin agua corriente —resumió Bryson.

—Sí, sería muy jodido que un tipo de las FARC volara unos cuantos F-16 en la pista. Que yo recuerde, los Viper costaban diecinueve millones de dólares cada uno, cuando salieron los últimos de la cadena de montaje. Ahora que se ha cerrado la producción, las estructuras aéreas son insustituibles. Sería una desgracia que se perdiera uno.

—¡Pobrecito! Persiguiendo faldas y bebiendo cerveza Port Royal, tres o cuatro días a la semana, durante cinco meses. No te preocupes, te contaré cuáles son los mejores sitios. Además, tengo

amigos que pueden llevarte en coche.

—No soy demasiado mujeriego. Verás, yo creo en cortejar a las damas, no en salir con ellas. Pero sí que disfruto de una buena cerveza.

—Con moderación, sin duda.

—Sí, exacto: con moderación —repitió Doyle.

Bryson le dio un puñetazo en el hombro.

—Creo que aquí te lo vas a pasar muy bien.

Los planes de Doyle para los cinco meses siguientes cambiaron radicalmente al día siguiente, cuando escuchó una voz que más adelante describiría como «angelical» cuando se disponía a aterrizar después de un vuelo de prueba operativo de cuarenta minutos con una cápsula TARPS recién instalada. La voz que llegaba desde la torre de control a través de la radio era encantadora y sin duda femenina. Poco después de tocar el asfalto, interrogó al equipo de enlace.

—Ah, esa es Blanca Araneta —contestó el sargento mayor—. Pero te lo advierto: está soltera, tiene veintiuno o veintidós años y es una auténtica belleza. Sin embargo, es completamente inaccesible. Muchos lo han intentado antes que tú y han fracasado, joven jedi.

Doyle se lo tomó inmediatamente como un desafío. Aquella misma tarde atisbó a la joven mientras merodeaba frente a la torre de control durante el cambio de turno, subiéndose a un viejo y maltrecho monovolumen Mercedes. Esto último era sorprendente, dado que le habían asegurado que era de una familia acaudalada. La joven se alejó antes de que hubiera tenido ocasión de abordarla y presentarse. Era hermosa, desde luego, con unos ojos grandes y expresivos, un rostro completamente simétrico y unos labios gruesos y sensuales. Llevaba la cabellera negra recogida en una cola de caballo. Ian Doyle estaba enamorado.

Enseguida recabó información y trazó una estrategia. Primero descubrió que Blanca era realmente de una familia rica que vivía a una hora en coche de la base aérea. Sonsacó con ciertas dificultades a los empleados de la torre de control y descubrió que Blanca Araneta acababa de graduarse de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y tenía licencia de piloto. Para Ian aquello significaban puntos extra: había encontrado a una mujer con la que podría hablar de aviones sin que se le pusieran los pelos de punta. Blanca seguía viviendo en un apartamento cerca del campus.

Más adelante averiguó el nombre de casada de la compañera de piso que había tenido en aquella época: se trataba de Consuelo Dalgón, una estudiante de lingüística que ahora enseñaba en una escuela pública y vivía en las inmediaciones del aeropuerto. Blanca y Dalgón seguían siendo buenas amigas. Después de pagar unas cuantas rondas de cerveza, obtuvo su número de teléfono y la llamó aquella misma noche, explicándole que lo habían destinado temporalmente en Honduras y estaba buscando una profesora de español. Dalgón accedió al momento; acababa de casarse con otro licenciado que estaba haciendo prácticas como administrativo, dijo, así que le venía bien el dinero extra.

Las clases de Ian comenzaron el sábado siguiente en el apartamento de los Dalgón, donde no solo recibió un minucioso curso de inmersión, sino que también indagó discretamente acerca de la misteriosa *señorita* Blanca Araneta.

Así descubrió que el padre de Blanca, Arturo Araneta y Vásquez, era un agente de inversiones e ingeniero de minas semirretirado y que antiguamente había formado parte del equipo olímpico hondureño de tenis.

Consuelo le confió que Blanca le había confesado que odiaba el tenis, ya que la habían obligado a asistir a clases desde que era muy pequeña. Doyle también descubrió que le encantaban la natación y el vuelo acrobático y que leía y escribía en inglés mucho mejor de lo que lo hablaba.

En la siguiente clase descubrió que le encantaban los bombones de almendra de la marca Roca. Además, le gustaba la música flamenca moderna, que ella definía como «ese sonido folclórico y *jazzy*». Sobre todo le gustaban los Gipsy Kings, Armik, Paco de Lucía y Ottmar Liebert. Doyle, curioso, compró varios CD en una tienda de discos cercana y se quedó enganchado al instante. Mientras escuchaba aquella música, a menudo fantaseaba con Blanca, a la que imaginaba bailando con un vestido flamenco tradicional.

Ian la conoció al fin en el hotel Plaza San Martín de Tegucigalpa, adonde Consuelo y Blanca iban a nadar con frecuencia. Habían adquirido esta costumbre cuando eran universitarias. Aunque supuestamente la piscina estaba reservada a los huéspedes, el director del hotel divulgaba discretamente que las universitarias guapas y respetables eran bien recibidas, para que los empresarios extranjeros se regalaran los ojos. Para las chicas, se trataba de un entendimiento perfecto. En el hotel aparcaban y nadaban sin correr riesgos. La única desventaja era que a veces debían deshacerse amablemente de ejecutivos enamorados o simplemente libidinosos. Solo los japoneses tomaban fotografías.

Durante la tercera sesión con Consuelo, su marido Pablo y ella lo invitaron a acompañarlos el sábado siguiente, después de la clase. Ian, que no deseaba ser demasiado obvio, no preguntó si Blanca se reuniría con ellos, aunque creía que era probable.

En el Multiplaza de Tegucigalpa, se compró un bañador largo de surfista, una toalla de playa oscura, un impermeable ligero y las mejores sandalias *huaraches* de piel del establecimiento.

Media hora después de que comenzara la sesión de natación, Ian salió de la piscina después de unos largos y descubrió con entusiasmo que Blanca había llegado y estaba sentada en una butaca, charlando con Consuelo.

Fue hacia ellas al tiempo que se secaba con la toalla, tratando de mostrarse indiferente. Consuelo hizo las presentaciones en español. Después de todo, la *señora* Dalgón creía firmemente en los cursos de inmersión.

Haciendo caso omiso de Consuelo, Blanca se dirigió a Ian en inglés.

—Encantada de conocerte, Ian.

A Doyle le encantó aquella forma de pronunciarlo; sonaba como «Eon», más que «Ian».

Evitando la butaca que estaba abierta al lado de Blanca, ocupó la que estaba más allá de Consuelo y Pablo: creía que al principio era preferible hablar con ella desde más lejos, antes que mostrarse abiertamente impaciente o entrometerse en su espacio.

—*Señorita Araneta* —dijo, dirigiéndose a Blanca por encima del hombro de Consuelo—, ya había oído su voz, desde la torre de control. Piloto el «Viper 1-2-4»; seguramente habrá oído mi señal de llamada: «artillero».

—Ah, sí, conozco tu señal de llamada.

—Sí, ese soy yo —asintió Doyle—. Siempre había querido ponerle cara. Tengo que decirle que tiene una voz muy bonita y una cara muy bonita también.

Blanca se limitó a sonreír y se rió cortésmente.

—Bueno, disfruten de la piscina —dijo Ian, tratando nuevamente de mostrarse flemático. A continuación se reclinó en una butaca desocupada y se caló las gafas oscuras. Allí tumbado, se preguntaba si acaso habría echado a perder las presentaciones. Le daba vueltas la cabeza. Se sentía muy azorado y paliducho entre tanta gente con la tez olivácea. No se atrevía a decir nada, de modo que recitó en silencio Proverbios 17, 28: «Hasta el necio es considerado un sabio cuando guarda silencio y astuto cuando cierra los labios».

Por el rabillo del ojo, observó que Blanca se levantaba y se quitaba el pareo hasta el tobillo que llevaba, arrojándolo sobre una bolsa de vuelo. Ian había reparado en que siempre la llevaba consigo. Debajo lucía un bañador de una pieza, muy conservador para el gusto moderno, con una falda que no ocultaba una figura que habría detenido el tráfico. Ian tragó saliva y musitó para sus adentros:

—*Ay, ay, ay.*

Blanca estuvo nadando durante casi quince minutos, haciendo un largo tras otro. Cuando salió y volvió a la silla, Ian se puso en pie, sonrió y la relevó en la piscina, nadando con una combinación de brazadas durante unos diez minutos. Seguía creyendo que en este momento era preferible mostrarse impasible y más interesado en la natación que en charlar con ella.

Cuando salió aferrándose a la escalera de la piscina, observó que Consuelo y Blanca se habían dado la vuelta en la butaca y se estaban aplicando mutuamente crema solar en la nariz. Ian volvió a secarse con la toalla, aunque solo un poco; regresó a la butaca y se puso las gafas oscuras.

—*¿Bloqueador solar, Ian?* —preguntó Consuelo.

—*Sí, muchas gracias por su amabilidad, señora* —contestó este, alzando las manos como si se dispusiera a atrapar el frasco al vuelo.

Pero en lugar de arrojársele, Consuelo se dio la vuelta para entregárselo, se inclinó hacia delante y susurró:

—Me ha preguntado por ti.

Mientras Ian se embadurnaba con la crema, explicó:

—Con la piel que tengo, no me pongo moreno, me quemo. Me parece que soy demasiado blanco para este sitio. No soy más que otro *gringo* feo y pálido como un fantasma.

Cuando le devolvió el recipiente, Consuelo comentó con tono pragmático:

—Sabes, en nuestro país mucha gente sentiría celos de tu piel blanca. Cuanto más blanca, más aristocrática.

Doyle comprendió que todavía tenía mucho que aprender acerca de Honduras.

Blanca lo observó durante un minuto antes de preguntarle sobre el hombro de Consuelo:

—¿Consuelo te ha hablado de mí?

—Un poco.

—¿Y qué te ha dicho?

—Algo acerca de tu padre, *su papá*, que era *un experto de jugar al tenis*.

—No es un verdadero campeón. Ganó una medalla de bronce en dobles.

Blanca inclinó la cabeza hacia un lado y añadió, con un deje esperanzado:

—¿Te gusta el tenis?

—He jugado, pero nunca me ha gustado mucho. *No me gusta el tenis*. Se suda mucho solo para darle a una pelota de un lado a otro, de un lado a otro. Y además es un deporte humillante. Me parecía demasiado competitivo: aunque entrenes mucho y le des a la pelota, siempre habrá alguien que le dé mejor, o sea, un poco más rápido, y te gane. Así que no se ofenda pero no es para mí. Para practicar la coordinación de la mano y el ojo, prefiero los simuladores de vuelo o, mejor todavía, estar en el aire, volando en formación o haciendo acrobacias.

Blanca sonrió.

—¿Acrobacias?

—Claro que sí. Los F-16 están hechos para eso; bueno, quiero decir que tienen un gran radio de giro. Son muy potentes y se pilotan fácilmente. Los mandos son una maravilla. Increíblemente sensibles.

—Ay, eso suena maravilloso.

—Ian, deberías enseñarle a Blanca esos vídeos que grabaste desde el asiento trasero que nos

enseñaste a Pablo y a mí —intervino Consuelo.

—*Sí, señora, me encantaría...* eh... —Como no encontraba las palabras adecuadas en español, concluyó—. Puede que se maree cuando vea el vídeo, y además, no hay mucha narración, solo estamos el piloto gruñendo y yo, ya sabe, apretando los músculos abdominales, tratando de soportar las g.

—¡No, no me marearé! —exclamó Blanca. A continuación sonrió, asintió con aire desdeñoso y volvió a reclinarsse, al tiempo que se calaba las gafas oscuras y se echaba el sombrero sobre la cabeza. Pero Doyle se percató de que posiblemente lo estaba mirando.

Con aquellas grandes gafas oscuras, no sabía si estaba durmiendo o mirándolo fijamente. Le costaba entenderla. ¿Estaba realmente interesada o solo se mostraba amable y cortés como correspondía? Decidió que debía seguir aplicándole el tratamiento de «silencio y sol». Se inclinó, sacó el discman Sony y se puso los auriculares. A continuación cerró los ojos y se sumió en la música durante unos instantes. Entonces observó que algo le ensombrecía la cara. Abrió los ojos y vio que Blanca estaba delante de él.

—Ah, *hola*, señorita Araneta —dijo con tono indiferente.

—¿Qué escuchas en esa cosa? —quiso saber ella, señalando el discman.

—Ah, ¿esto? Tome, escúchelo. —Blanca tomó asiento en el borde de la butaca de Consuelo y Doyle le ofreció el dispositivo, inclinándose hacia delante para ponerle los auriculares. Era la primera vez que tocaba a Blanca y sintió un hormigueo.

Blanca sonrió de oreja a oreja en cuanto oyó la música.

—¿Te gusta Ottmar Liebert? ¡Venga ya! Este es su primer disco, *Nouveau Flamenco*. ¿De verdad te gusta?

—Sí, claro que me gusta. He descubierto esta música hace poco. Me he enganchado a la guitarra flamenca desde que llegué a este país.

—Bueno, Ian —asintió ella—, ¿cuál es tu grupo favorito en este momento?

—Tendría que decir que los Gipsy Kings. Es algo casi hipnótico. Desde la primera vez que oí *Bamboleo*, no he podido sacármela de la cabeza.

Blanca meneó la cabeza, incrédula; después sonrió, murmurando:

—Vaya, a mí también me encantan.

La siguiente ocasión en la que Ian vio a Blanca fue en una cena que celebraron Consuelo y Pablo, apenas tres días después. La noche antes, en un español entrecortado, Ian le había preguntado a Consuelo:

—¿Cómo debo vestirme para esta ocasión?

Por primera vez durante una sesión de inmersión, Consuelo habló en inglés.

—Bueno, es una cena, así que deberías llevar una chaqueta y una corbata.

—Solo me han destinado temporalmente aquí abajo y no tengo ningún traje. Lo único que tengo con corbata es mi uniforme de gala.

—Eso es perfecto. Póntelo.

Ian llegó temprano con una bolsa de plástico transparente con una botella de vino blanco chileno y una caja de chocolate con almendras Roca. En el recodo del otro brazo llevaba dos grandes ramos de orquídeas blancas.

—Relájate, Ian —dijo Pablo Dalgon cuando lo invitó a pasar—. Esta noche todos hablaremos en inglés. No es una noche de clase. Es una reunión social, nada más.

Ian descubrió con sorpresa que Blanca ya había llegado. Le ofreció las flores a Consuelo y dijo:

—Os he traído flores.

—Qué amable de tu parte —respondió Pablo con tono jocoso—. Flores para los dos.

Consuelo le dirigió una mirada severa y le asestó un codazo en las costillas, al tiempo que lo reprendía:

—Quiere decir un ramo para cada una de las damas.

—Ya lo sé. Estoy bromeando —dijo Pablo, entre risas.

Cuando Blanca y Consuelo aceptaron los ramos, Blanca bajó la vista, reparó en lo que había en la bolsa y reconoció la caja rosa. Entonces se le abrió imperceptiblemente la mandíbula y le dirigió una mirada inquisitiva a Doyle.

Adoptando enseguida el modo «control de daños», este explicó:

—Consuelo me ha dicho que le gusta el chocolate con almendras, así que he comprado una caja. Ya sabe, para servirlo con el postre.

Mientras Consuelo servía la cena, los ojos de Blanca se posaron en la caja de chocolate, que habían depositado en la mesilla. A continuación miró fijamente a Ian.

Entonces estalló en carcajadas, señaló a Doyle con un dedo recriminatorio y dijo:

—Ian, creo que estás intentando manipularme.

—Sí, así es, *señorita*. Lo reconozco abiertamente. Pero de una forma amable y caballerosa.

Durante el resto de la cena, la conversación trató sobre todo de aviación y las diferencias entre las costumbres americanas y hondureñas. Fue una noche muy agradable. Pablo se mostraba algo reservado, de acuerdo con su naturaleza. Ian y Blanca establecían contacto visual con frecuencia. Consuelo, que tenía un visible aire de casamentera victoriosa, dirigía la conversación y retomaba ciertos temas de modo que Ian y Blanca tuvieran ocasión de hacerse preguntas y hablar de sus hazañas.

Después de la cena, sirvió flan con un trozo de chocolate con almendras encima de cada ración. Era una anfitriona muy diplomática.

Pablo y Consuelo retiraron los platos. Empleando las expresiones que había practicado repetidamente bajo la supervisión de Consuelo, Ian se dirigió a Blanca en español:

—Señorita Araneta, me gustaría que me permitiera cortejarla, con intenciones completamente honorables, si es tan amable de admitirme en su presencia.

La respuesta de ella fue inmediata:

—Puedes llamarme Blanca, y sí, puedes cortejarme, si me prometes que serás un caballero.

El siguiente encuentro fue una comida en la cantina de la base aérea. Pero la conversación se interrumpió cuando apenas estaba empezando: uno de los compañeros de Blanca fue corriendo a la mesa donde se encontraba y exclamó que el jefe de la torre había enfermado de gripe y la necesitaban. A continuación se dio la vuelta y se fue tan deprisa como había llegado.

Blanca se puso en pie, diciendo:

—Ahora tengo prisa, así que esta es, como tú dices, la versión del *Reader's Digest*: me gustas mucho, Ian. Me pareces un hombre fascinante. Así que este es el momento en el que tengo que llevarte a la *estancia* para que *mi papá* te someta al, ejem, «tercer grado». Me pareces demasiado bueno para ser cierto... y mi padre es un experto descubriendo los defectos de carácter en mis pretendientes. Ya veremos si consigue ahuyentarte. —Levantó el dedo índice y añadió—: Ha ahuyentado a todos los demás, ¿sabes? Organizaré una cena el sábado que viene.

Antes de que Ian tuviera ocasión de contestar, Blanca sonrió, se despidió con un gesto y se marchó apresuradamente.

Ian estaba desconcertado ante lo que había oído. A continuación rezó en silencio durante largo rato y terminó el almuerzo.

Para el encuentro con el padre de Blanca, Ian decidió ponerse un traje, en lugar del uniforme de gala. Pero conseguir que alguien le dejara uno de su talla requirió algunos esfuerzos, al igual que los gemelos y los zapatos, y se convirtió en una búsqueda implacable de una tarde para muchos oficiales jóvenes y GS-9 que se alojaban en la misma planta del Rick's Place. Llamando a las puertas de todo el pasillo, Bryson Pitcher condujo a Doyle en un desfile de mendicidad de trajes. Aquello se



convirtió en una fiesta ambulante, en la que se sirvió alcohol en abundancia. Doyle oyó en repetidas ocasiones: «¡Esto se merece un brindis!». La encantadora Blanca Araneta era un enigma inalcanzable y legendario para todos los que trabajaban en operaciones de vuelo, de modo que las reacciones fueron una amalgama de envidia y sorpresa. Los más envidiosos eran los oficiales destinados en misiones permanentes, a quienes les indignaba que un O-2 en misión temporal hubiera roto el hielo con Blanca tan deprisa.

Blanca salió de su apartamento, recogió a Ian a las tres en punto de la tarde y ambos emprendieron el trayecto de una hora hasta la *estancia* de noventa hectáreas de la familia, que se hallaba a unos cinco kilómetros de Talanga. Blanca llevaba un sencillo vestido negro con un modesto escote y el dobladillo por debajo de la rodilla. Apenas se había maquillado. Llevaba el pelo suelto. Hasta entonces Ian solo lo había visto recogido en una cola de caballo. El único adorno que llevaba era una voluminosa perla con forma de lágrima engarzada en una cadena de oro. Ian pensó que estaba bellísima. Se daba un aire inconfundible a Grace Kelly. Sencillo, pero fascinante.

El trayecto hacia el norte desde Tegucigalpa fue apacible y manifestó el nerviosismo de ambos. Apenas hicieron comentarios acerca del paisaje, y Blanca le explicó la historia local y la antigüedad de ciertas construcciones. Ian sintió un desasosiego desconocido cuando enfiló el largo camino de entrada de la *estancia*. Incluso desde aquella distancia, observó que era una casa muy grande, con establos a un lado.

Antes de que se apearan del Mercedes, Ian se colocó la corbata de seda que le habían prestado.

—Trae la cámara de vídeo —susurró Blanca—. Seguro que mi padre quiere ver lo que me enseñaste.  
—Cuando la doncella les franqueó el paso, se reunieron con el padre de Blanca en el patio enrejado.

Según dictaba la costumbre, Blanca realizó las presentaciones:

—*Papá, este es mi amigo Ian.*

Ian habló entrecortadamente:

—*Mucho gusto, señor Araneta, su hija habla de usted con mucha admiración, es un honor y un placer de conocer a usted.* —Se defendió bastante bien, porque había practicado con Consuelo, aunque era obvio que estaba nervioso.

Después de estrecharle la mano, Arturo Araneta comentó:

—Bueno, teniente Doyle, mi hija me ha dicho que pilota aviones de combate F-16.

—Así es, señor. —Señalando la mochila que llevaba al hombro, añadió—: Si le interesa, he traído una cámara de vídeo con algunas grabaciones mías y de mis compañeros de escuadrón pilotando F-16.

—Claro, claro. Vamos a la biblioteca.

»¿Esa grabación está en la cámara de vídeo? —preguntó Arturo Araneta mientras caminaban.

—Sí, señor.

—Pues vamos a verla en la pantalla grande. Es lo último de Japón.

La biblioteca tenuemente iluminada ofrecía un acusado contraste con el patio luminoso. Los ojos de Doyle tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra.

Mientras enchufaban el cable de la cámara a la entrada de la televisión, Arturo Araneta le preguntó a Ian:

—¿A qué universidad fue?

—A la Universidad de Chicago —contestó Ian, sin alzar la vista.

Arturo señaló las entradas de la sección delantera de la televisión y dijo:

—Puede conectar los cables aquí. ¿Y qué estudió?

—Ingeniería.

Arturo lo miró y observó:

—Hay muchas clases de ingeniería.

—Hice una titulación doble de ingeniería industrial y aeronáutica. Además estoy diplomado en historia militar y literatura inglesa.

El anciano caballero se mostró impresionado.

—Ingeniería, ingeniería. ¡Magnífico! Me sorprende que haya tantos jóvenes perdiendo el tiempo en otros campos triviales. —Miró de nuevo a Ian con atención y añadió—: Debió de costarle mucho esfuerzo. ¿Sacó buenas notas?

Ian sonrió.

—Fue un trabajo duro, pero me encantaban las asignaturas. Me gradué con honores.

Arturo se irguió, sonrió levemente, asintiendo, y comentó:

—Muy bien. Pero que muy bien. —Hizo un ademán con la mano para que la doncella les sirviera té helado y los tres bebieron mientras veían la cinta de Ian.

Doyle la presentó diciendo sencillamente:

—Grabé estos clips desde el asiento trasero de un F-16 modelo D, la versión con dos asientos.

La primera grabación correspondía a un vuelo en formación cerrada. La segunda mostraba despegues, aterrizajes y situaciones delicadas.

Antes de la tercera, Ian advirtió:

—En la siguiente parte yo no estaba a los mandos y no sabía que mi amigo iba a hacer esto. Yo solo lo acompañaba para grabarlo para la posteridad. —En el siguiente vídeo el avión daba vueltas despacio sobre San Francisco, atravesando jirones de nubes, y viraba hasta equilibrarse al oeste de la ciudad. A continuación voló debajo del puente Golden Gate y el puente de la bahía de San Francisco mientras el piloto exclamaba dos veces: «¡Yuju!».

Los dos Araneta exhalaban un resoplido y se rieron. Ian comentó entonces:

—Más tarde supe que Fred se había asegurado que el jefe del equipo desactivara el transpondedor del avión para que no hubiera represalias.

Arturo se rió entre dientes y dijo:

—Muy astuto. Aunque me alegro de que no fueras tú quien realizaba maniobras ilegales.

El último segmento del vídeo consistía en varios minutos de acrobacias filmadas sobre el hombro del piloto. En una esquina de la pantalla se veía el altímetro, que descendía desde treinta mil pies a una velocidad vertiginosa. El padre de Blanca no apreciaba la importancia de algunas de las maniobras, pero ella estaba francamente impresionada y repetía constantemente: «Vaya» y «Vaya, vaya».

Cuando Ian desconectó la cámara de vídeo, Arturo exclamó:

—Ha sido fantástico. Sencillamente fantástico.

A continuación hablaron de tenis. Blanca le había advertido que su padre siempre sacaba ese tema. Arturo empezó diciendo:

—¿Sabe? Al ver San Francisco en esa cinta me acuerdo de... —En el transcurso de la siguiente media hora realizó una animada descripción de la gira que había hecho en los Estados Unidos disputando torneos de tenis en la década de 1980, añadiendo que entonces había aprendido a bailar música disco. Acabó mencionando—: Sabe, cuando estaba en los Estados Unidos, me fascinaba el baloncesto. Además del tenis, ahora es el deporte que más veo en la televisión vía satélite.

—¿De verdad? —dijo Ian—. ¿Cuál es su equipo norteamericano favorito?

El hondureño contestó:

—Ah, los Detroit Pistons. Sin ninguna duda.

Ian se rió.

—¿Blanca le ha dicho que yo me crié cerca de Detroit?

Arturo Araneta mostró una enorme sonrisa.

—Aunque tengo que reconocer que sigo tanto a los Lakers como a los Pistons —añadió Ian, titubeando.

—Los Lakers también son un buen equipo, aunque a veces, con tanto juego físico, les falta la delicadeza y el control de los Pistons.

Cuando Doyle creía que no podría haber empezado con mejor pie, Arturo quiso saber:

—Bueno, ¿qué hace un piloto de combate como usted cuando tiene tiempo libre?

—Me gusta correr, nadar, y practico mucho el tiro al blanco.

Araneta se rió.

—¿Eres tirador? ¡Acompáñame, chico, y te enseñaré mi modesta colección de armas!

Mientras los tres se dirigían a la otra ala de la casa, Blanca se rió y murmuró:

—¡El hijo pródigo ha vuelto!

Ian miró por encima del hombro y observó que la doncella los seguía a cinco pasos de distancia, llevando sumisamente las copas en una bandeja. Comprendió que tardaría algún tiempo en acostumbrarse a esa clase de vida.

Durante la siguiente media hora estuvieron charlando y admirando las armas que Araneta sacaba de una cámara acorazada con temperatura regulable. Tenía una ingente colección, compuesta de unas doscientas pistolas y cincuenta espadas y sables. En un voluminoso soporte de madera instalado en el centro de la cámara había una silla de montar con adornos exquisitos y un sable y dos pistolas de monta enfundadas. La silla era sin duda la pieza más importante de la colección.

—Esta silla era de un teniente de Simón Bolívar —explicó Arturo—. Se la compré a un coleccionista en privado antes de que saliera a subasta.

Doyle observó que la colección de Araneta era ecléctica y comprendía desde un cañón de mano chino del siglo xvi hasta uno de los últimos revólveres Colt Anaconda. Pero destacaban especialmente los cargadores de boca y las pistolas de monta, que abarcaban cuatrocientos años de desarrollo. Debido al húmedo clima hondureño, todos se enfundaron unos guantes de algodón blancos mientras manipulaban las armas.

Cuando estaban examinando las más modernas, Araneta quiso saber:

—¿Qué opina de la Glock 19 de Blanca?

—¿Tienes una Glock? —le preguntó Ian a Blanca, sorprendido.

Ella contestó con un ligero tono de condescendencia.

—Sí, claro, es la que llevo todos los días en la bolsa de vuelo. Tiene mira nocturna. Soy una tiradora muy buena.

—No tenía ni idea de que ibas armada.

Blanca se rió y dijo:

—Los *yanquis* no tenéis ni idea de cuántos hondureños llevan armas todos los días de la semana. Lo que pasa es que no le damos mucha importancia.

»Papá me compró la Glock y el Mercedes. El coche es intencionadamente viejo y feo por fuera, pero la transmisión y el motor son nuevos. De hecho, las manchas de óxido de los paneles de las portezuelas no son auténticas: están pintadas. Es el coche antisequestro *perfecto*. Nadie esperaría que condujera un coche semejante. Sin embargo, ¡es tan fuerte como un tanque y sacaría de la carretera a casi todos los demás coches!

Ian se rascó la mandíbula y dijo:

—Cuanto más descubro de ti, *señorita*, más me gustas. Eres el paquete completo: pilotas, nadas, disparas, vistes con mucho gusto, conduces un tanque camuflado, te gusta la guitarra flamenca...

—Olvidas que soy una cocinera estupenda y una bailarina excelente.

Los tres se rieron.

Al fin se sentaron ante una cena de cuatro platos que sirvió el cocinero en persona, con la ayuda obediente de la doncella. La conversación durante la cena fluctuó entre la aviación, el tiro al blanco, la caza de patos, los recuerdos que tenía Arturo de la infancia de Blanca y por supuesto el tenis.

Ian utilizó algunas de sus nuevas expresiones españolas. La gramática entrecortada y los errores de conjugación fueron la causa de muchas carcajadas benévolas. Arturo se mostró indulgente, observando solamente:

—Aprendes deprisa, muchacho. Y me alegro de que tengas acento castellano. Muchos de los norteamericanos que conozco, incluso los científicos y los ingenieros, solo conocen el español de cloaca.

Al cabo de una larga pausa, Arturo lo observó por encima de las gafas y preguntó con tono grave:

—¿Eres católico?

—Sí, señor. Me educaron como católico irlandés. Sigo asistiendo a misa todos los domingos. —Al darse cuenta de que corría un gran riesgo de ofender a su anfitrión, añadió—: Pero tengo una fe más personal en Jesucristo. No necesito intermediarios entre él y yo. El Papa y los sacerdotes están bien para las ceremonias, pero siento que me he salvado personalmente: gracias a Jesús, gracias a mi fe en él, a su gracia, y el sacrificio que hizo en la cruz por mis pecados. Amo a Jesús con todo *mi corazón*.

Arturo estaba radiante y le puso una mano en el hombro,

—Yo siento lo mismo. Es refrescante oírlo de otro miembro de la Iglesia.

Todo continuó sobre ruedas hasta que llegó la hora de los puros y el coñac. Arturo se ofendió un poco cuando Ian aceptó una copa pero rechazó el cigarro, diciendo:

—*Lo siento mucho, señor, pero no fumo.*

Mientras cortaba y encendía el puro, Arturo chasqueó los labios y comentó con tono de resignación:

—Vaya, hombre, a los pilotos os encanta la vida sana. No sabéis lo que os perdéis. Los puros hondureños son tan buenos como *los cubanos*. Aunque reconozco que ahora solo me fumo uno de estos al mes.

Blanca bromeó:

—¿Sabes una cosa, papá? Dejé los puros hace años, cuando decidí seguir los pasos de Amelia Earhart<sup>79</sup>.

Cuando Blanca llevó a Ian de vuelta a la base, hablaba incansablemente de lo bien que se había llevado con su padre, añadiendo que aquello no tenía precedentes. Al cabo de unos minutos en silencio, dijo sencillamente:

—Creo que le caes muy bien, Ian.

—A mí también me cae bien. —A continuación quiso saber—: ¿De dónde has sacado esa perla?

—Antes de que se casaran, mis padres hicieron un viaje a las Islas de la Bahía. Están en la costa este. Estaban buceando y mi padre se sumergió para coger una ostra. Dentro de la ostra estaba esta perla. Ese mismo día, mi padre le pidió a mi madre que se casara con él. La perla era demasiado grande y quebradiza para un anillo, así que la engarzaron en este collar. Desde entonces mi padre llamó a mi madre «*Conchita*». Y ahora a veces me llama lo mismo a mí también.

Al cabo de una larga pausa, añadió:

—Mi madre me lo dio cuando se estaba muriendo de cáncer.

—*Lo siento mucho, Blanca.*

—No tiene importancia. Fue hace mucho tiempo.

—¿Puedo llamarte «*Conchita*»?

Blanca se rió entre dientes.

—Sí, Ian, sí que puedes, ¡pero no en público! Verás, entre las clases bajas, sobre todo en Argentina,

«*conchita*» tiene un significado distinto y muy grosero, así que por favor, no me llames eso delante de otra gente, al menos si son argentinos.

—*Sí, mi Conchita.*

Ella siguió conduciendo en silencio, absorta en sus reflexiones.

Después de los trámites con los guardias de la puerta de la base, Blanca se volvió hacia Ian diciendo:

—Sabe, señor teniente Doyle, ha sido muy listo averiguando tantas cosas sobre mí gracias a Consuelo.

—Sí, reconozco que planifico demasiado las cosas.

—Entonces, ¿por qué hiciste todo eso? ¿Las orquídeas y el chocolate con almendras Roca? Y creo que también la música flamenco. —Su tono se volvió más afilado—. ¿Por qué?

Doyle tosió nerviosamente.

—Porque me enamoré de tu voz en la radio desde la torre, antes incluso de haberte visto. Y cuando alguien como yo ama a alguien tanto como yo a ti... Bueno, soy uno de esos tíos que están dispuestos a distorsionar la curvatura del tiempo y el espacio para que todo encaje. Estoy perdidamente enamorado de ti, Blanca.

En ese mismo momento el coche llegó al círculo trazado frente a la Casa Blanca.

—A lo mejor volvemos a vernos, Ian —dijo ella, despidiéndolo con un ademán y una sonrisa. Ian le tiró un beso. Cuando sus ojos lo observaron durante un instante, añadió a grandes voces:

—*¡Encantado, señorita!*

Cuando se acercaba a las escaleras de la Casa Blanca, Ian Doyle se detuvo bruscamente. Se dio cuenta del motivo de que Blanca se hubiera puesto ese collar. Aquella perla había sido un ingrediente importante cuando su padre se había declarado a su madre. Llevarlo había sido su manera de decirle: «Este hombre es un buen partido».

Las siguientes semanas fueron algo confusas. Se había acelerado el ritmo de las operaciones del escuadrón y Doyle estaba realizando muchos vuelos, de manera que el contacto con Blanca era casi siempre por carta. Aunque al principio estas cartas de amor eran cordiales, con el tiempo se volvieron más íntimas, introduciendo una nota de pasión. En parte debido a que dos de los pilotos de la expedición Hondo sufrían gastroenteritis, Ian estaba volando hasta seis días por semana, un ritmo extenuante.

La mayoría de las misiones transcurrieron sin incidentes. Solo hubo emoción en dos vuelos, cuando los receptores de advertencia de los radares se activaron sobre territorio hostil. Casi todos estos radares eran «Gun Dish», que formaban parte de los sistemas antiaéreos rusos ZSU 23-4 de veintitrés

milímetros y cuatro cañones. Al activarse el RWR80 del avión hubo cierto desasosiego y algunas conversaciones acaloradas durante las reuniones subsiguientes.

Un domingo, cuarenta días después de que se hubiera iniciado la rotación de Doyle en Honduras, Blanca lo llevó a volar. Rechazando la oferta de compartir los gastos, le regaló dos horas en su avión favorito, un Pioneer P200 de fabricación italiana; se trataba de un avión muy pequeño, aerodinámico y con las alas bajas, que tenía dos palancas en una cabina doble.

Cuando se acercaron para las comprobaciones correspondientes, Doyle comentó:

—Esperaba que alquilaras un biplano con asientos delante y detrás.

Ella sonrió.

—Creo que esta configuración es mucho más, eh..., romántica, ¿no? —Cambiano de tema enseguida, dijo—: Este pájaro solo pesa doscientos sesenta kilos en seco. ¡Es ligero como una pluma!

—¡Sí que es ligero! ¿Sabías que un F-16 pesa unos doce mil kilos cuando está completamente cargado?

Blanca llevaba un traje de vuelo blanco cubierto de cremalleras que le quedaba muy bien. Mientras contorneaban el avión, comprobando los depósitos de combustible, sacudiendo las alas y verificando los flaps y el timón de cola, los ojos de Doyle se volvían constantemente hacia ella. El traje de vuelo resaltaba su esbelta figura, sin duda.

Retiraron las cuñas y subieron a bordo. Sentado en el asiento de la izquierda, Ian admiró la delicadeza de Blanca mientras manipulaba la radio y se deslizaba sobre la pista, estirando el cuello y observando las superficies de mando y los alrededores en trescientos sesenta grados. Estaba tranquilísima. Cuando autorizaron el despegue, apretó a fondo el acelerador y despegó después de un rodaje sorprendentemente corto. Ascendiendo a setecientos pies por minuto, se elevó hasta diez mil pies y se dirigió al oeste mientras conversaban sobre las características del aparato.

—¿Qué resistencia tiene este pájaro? —quiso saber Ian.

—Cuatro g positivas y dos g negativas.

Doyle asintió con aire de aprobación.

—Lo han modificado y ahora tiene ciento diez caballos de potencia —continuó Blanca—. Llega hasta ciento cuarenta cinco millas por hora en vuelo. La línea roja es de cinco mil seiscientas revoluciones por minuto. Ah, y observa la velocidad de descenso si se hace un giro de más de sesenta grados. Creo que te gustará pilotarlo. Soporta fuerzas de control muy ligeras. Me encanta este avión porque no hace falta tirar con fuerza de la palanca.

A continuación, observando el GPS, declaró:



—Vale, *hombre*, estamos fuera del TCA81 y podemos jugaaar. —Viró bruscamente a derecha e izquierda, escudriñando debajo de las alas del avión, y dijo, volviendo la cabeza—: Veo cielos vacíos.

—Ídem, confirmo que no hay tráfico aéreo —añadió Doyle—. ¡A jugar!

Blanca se ciñó las tiras cruzadas del arnés y Doyle la imitó sin que ella le indicase nada. A continuación, Blanca realizó una sucesión de acrobacias vertiginosas con las que la mayoría de los pasajeros se habrían mareado. Doyle, en cambio, aullaba y se reía a carcajadas. Blanca quemó siete mil pies en menos de un minuto, haciendo trompos, bucles y giros. En un momento dado la bolsa de vuelo salió disparada y se estrelló contra el techo a causa de las g negativas. Doyle la atrapó y se la metió debajo del brazo.

Cuando remontaron de nuevo a diez mil pies, Blanca esbozó una sonrisa maligna y acometió otra serie de maniobras, todavía más violentas. En un momento dado la visión de Ian se estrechó debido al efecto de las tres g. Pero no sintió en ningún momento la tentación de hacerse con los mandos, ni siquiera cuando Blanca entró deliberadamente en barrena. Se recobró hábilmente y los dos se rieron. Ascendió de nuevo, realizó dos giros de Immelmann y un elegante giro de cuatro puntos.

—¡Ahora enséñame algo tú! —exclamó Blanca, desasiendo la palanca y echando las manos al aire.

Secándose rápidamente las palmas de las manos en las perneras, Doyle aferró la segunda palanca. Hizo dos giros tentativos hasta cogerle el tranquillo al avión. A continuación aceleró un poco y ajustó la rueda de cola de tal manera que contrarrestara la torsión de la hélice. Esto requirió dos intentonas, puesto que no estaba familiarizado con la gradación de la rueda.

—¡Está bien! Acabas de enseñarme un giro de cuatro puntas. ¡Este es de ocho! —Cuando hubo completado el giro, continuó—: Y este es de dieciséis.

Después del segundo giro se disculpó:

—Lo siento, eso ha sido un poco torpe. No estoy acostumbrado a pelearme con la torsión de la hélice. Los pilotos se malacostumbran con los jets. —Al cabo de un instante exclamó—: ¡Las manos en la palanca!

Ella obedeció.

—¡Es tu avión! —declaró Ian. Y soltó las manos.

Blanca se mostró perpleja.

—¿Qué? ¿Eso es todo lo que vas a enseñarme?

Mientras ella se hacía de nuevo de los mandos, Ian explicó:

—Mira, Blanca, no he subido hasta aquí para presumir de mi técnica de piloto de combate. He venido a verte a ti.

—¿Y qué te parece?

—Me parece que eres preciosa y me parece que tu técnica también es preciosa. *Muy bella*.

Blanca estaba radiante y viró hábilmente, descendiendo hasta el lago Yojoa, que se divisaba a lo lejos.

Las habilidades de vuelo de Blanca lo habían impresionado sinceramente. Doyle reconocía que tenía un don innato con los mandos y la evaluación de la situación. Lo que más lo había impresionado era la elegancia con la que viraba a ambos lados. La mayoría de los pilotos solo eran hábiles en uno de los dos, dependiendo de si eran diestros o zurdos. Se lo comentó a Blanca y esta le explicó:

—*Mi papá* es tenista. Cuando era pequeña insistía en que aprendiese a hacerlo todo con las dos manos, hasta sujetar los cubiertos.

—*La tenedor* —se recordó Doyle en voz alta. Lo había aprendido hacía poco tiempo.

—*El tenedor* —lo corrigió ella.

—Lo siento, siempre confundo los masculinos y los femeninos.

Ella se dio la vuelta y le dedicó otra sonrisa.

—Yo diría que eres muy masculino, Ian.

Acabadas las maniobras acrobáticas, ambos se aflojaron los arneses. Cuando se encontraron de nuevo en altura de vuelo y se acercaban al *lago*, Blanca empujó la palanca hacia delante y sobrevoló la superficie del agua.

—¿Qué es eso? —quiso saber Ian, asombrado ante el número de aves multicolores, negras y marrones.

—Aquí los llamamos *suirirís piquirrojos*. En inglés creo que se llaman «patos silbadores de panza negra».

Sobrevolaron la bandada a gran altura, a salvo de los ataques de los pájaros. Blanca inclinaba el avión constantemente para que ambos disfrutaran las vistas; a continuación, describiendo un círculo hacia atrás, tiró de la palanca, orbitando lentamente sobre las aves, que formaban una auténtica nube de patos. Ian sacó fotografías con una cámara. Blanca estableció la palanca en una posición y se alejó del lago, de regreso a Tegucigalpa.

Ian estaba extasiado.

—¡Vaya! ¡Ha sido increíble, Blanca!

A continuación alargó la mano hacia el hombro de ella. Se dio cuenta de que era la segunda vez que la tocaba.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó.

Ella empujó la palanca hasta el cortafuegos y la aceleración arrojó a Ian contra el asiento. Blanca miró directamente hacia delante y después observó los instrumentos. Al principio Ian creyó que se había enfadado. Entonces se dio la vuelta y sonrió.

—Claro que quiero casarme contigo, Ian. Pero antes tengo que aterrizar.

74 UAV: *Unmanned Aerial Vehicles*.

75 TARPS: *Tactical Aerial Reconnaissance Pod System*.

76 *Top Secret - Special Background Investigation*.

77 *Sensitive Compartmented Information*.

78 *Echelons Above Reality*. Organizaciones militares semipermanentes con responsabilidades regionales.

79 Pionera aviadora norteamericana, desaparecida en misteriosas circunstancias.

80 *Radar Warning Receiver*.

81 *Terminal Control Area*.

«A quienes suscriben la doctrina históricamente falsa y absolutamente inmoral de que la violencia no resuelve nada les aconsejaría que conjurasen a los fantasmas de Napoleón Bonaparte y el duque de Wellington para que lo discutieran. El fantasma de Hitler moderaría el debate y el jurado se compondría del pájaro dodo, el alca gigante y la paloma migratoria. La violencia, la fuerza bruta, ha resuelto más disputas a lo largo de la historia que cualquier otro medio y la opinión contraria es decididamente ingenua. Las especies que olvidan esta verdad básica siempre han pagado por ello con su vida y su libertad».

Durante la primera semana de julio, algunos de los residentes del complejo, entre quienes se encontraban Alex, Ian y el doctor K., formaron parte de una expedición de leñadores al cercano Parque Nacional de Prescott. En una caravana de cuatro camionetas, dejaron atrás los pinos ponderosa de las elevaciones más bajas y cortaron abetos de Douglas a lo largo de la carretera que ascendía hasta el campamento de la montaña Mingus. Hicieron tres viajes agotadores de doce horas a intervalos de tres días.

El tercer día de la expedición, Blanca estaba de guardia y se sobresaltó al oír el sonido de cristales rotos en la planta baja.

Apretó el timbre durante treinta segundos y después dio tres toques más breves. La señal anunciaba a todos los habitantes del complejo que estaban sufriendo el ataque de intrusos.

Blanca creía que era más seguro regresar al jacuzzi fortificado. Asomó la boca del M16 desde el jacuzzi, seleccionó la posición «SEMI» del seguro y se quedó apuntando a la puerta del dormitorio, mirando a través de la mosquitera que separaba la estancia de la terraza.

El hombre que entró en el dormitorio estaba armado con un rifle muy semejante al Mini-14 de Alex, excepto que este era reluciente, quizá de acero inoxidable o con cromados de plata, y tenía una culata plegable.

La bala le acertó de lleno en el pecho. El intruso se desplomó, gritando y escupiendo sangre. Gritó y resopló sin descanso durante casi un minuto y después se convulsionó durante otro minuto más. Blanca estaba horrorizada por lo que había hecho. Jamás había imaginado que saliera tanta sangre de alguien. Y como no había cazado nunca, no estaba preparada para los espasmos de la víctima. Aunque había sacado la boca del rifle más allá del borde del jacuzzi, le retumbaban los oídos.

Cuando estaba preguntándose qué haría a continuación, oyó disparos desde el otro lado del complejo, así como algunos gritos imprecisos. Después hubo dos disparos más. Sonaban distintos. Supuso que se trataba de disparos de pistola.

Al cabo de una hora, Blanca descubrió toda la historia. Un grupo de cinco hombres y una mujer, todos ellos armados, había tratado de infiltrarse en el complejo a plena luz del día, suponiendo que encontrarían a las cuatro familias desprevenidas. El resultado había sido que ahora el complejo tenía más abono para el huerto y más armas para la armería. Blanca heredó el Mini-14 del hombre al que había abatido desde la terraza. Alex estaba impresionado con esta arma, explicándole que se trataba de un raro modelo GB, como los que se vendían a los departamentos de policía y los sistemas penitenciarios. Al contrario que los Mini-14 estándar, tenía un dispositivo que ocultaba el fogonazo del cañón y una culata plegable de fábrica. Además estaba hecho de acero inoxidable, de manera que era menos vulnerable a los elementos. Alex aseguró que era un tesoro. Le dio seis cargadores originales de fábrica y dos portacargadores triples de M16 para guardarlos.

## Un reparto justo

«Con una pistola se defienden las personas y las propiedades frente a las amenazas inesperadas o imprevistas de ladrones y asaltantes. Con ella, se controla el entorno inmediato. Con un rifle se defienden las libertades frente a los opresores y los tiranos. Con él, se hace lo que uno desea».

—Gabe Suárez

Hankamer, Texas

Diciembre, año uno

Después de que La Fuerza desvalijara todos los artículos útiles de las tiendas de Anahuac, se desplazó hacia el norte. El siguiente objetivo fue el pueblecito de Hankamer. Era tan minúsculo que consiguieron limpiarlo de casa en casa. Cuando empezaron, muchos de los quinientos habitantes del pueblo huyeron, la mayoría de ellos a pie.

En Hankamer, García encontró a Rodrigo Cruz. García se disponía a ordenar que lo ejecutaran junto con los demás cuando Cruz exclamó:

—¡Espera! ¡Me necesitas, tío!

—¿Para qué te necesito, *pendejo*? —replicó García.

—He visto a tus chicos manoseando esa Browning .50 —dijo Cruz, señalando la imponente ametralladora M2 instalada sobre un soporte en un V-100—. Solo han conseguido que dispare de uno en uno. La sincronización está jodida. Yo puedo arreglarla. Era armero en los Marines. Sé cómo se configuran el tiempo y el espacio, todas esas cosas. Tengo un montón de manuales de ametralladoras y unas cuantas herramientas en mi casa.

Ignacio exhaló un resoplido desdeñoso.

—Enséñamelas y a lo mejor te dejo vivir.

Después de Hankamer, La Fuerza siguió atacando osadamente otros pueblecitos del este de Texas.

Primero describieron un amplio arco hacia el norte y después se dirigieron hacia el oeste. Eludieron Dayton, pero en cambio cayeron sobre Hardin y Moss Hill. En este último, García encontró un abrigo largo de visón para su esposa, que siempre se había quejado del frío. Aquello se convirtió de inmediato en un símbolo de estatus entre todas las esposas y las novias de los miembros de la banda. Todas querían abrigos largos de piel y acabaron consiguiéndolos, sobre todo de visón, aunque también de mapache y de zorro. Los llevaban con tanta frecuencia que los abrigos se convirtieron en una marca distintiva de La Fuerza.

Cuando una de las camionetas se perdió en un espectacular incendio, García ordenó que reemplazaran los vehículos no blindados por otros con motores diésel cuanto antes, hasta que reunieron una flota de camionetas y furgonetas con motores diésel Ford Power Stroke. Robaban sistemáticamente todas las que encontraban, reabasteciendo gradualmente al modesto ejército.

La metodología de los saqueos era sencilla: se adelantaba una camioneta con un marido, una esposa y dos o tres niños que exploraban, fingiéndose inocentes refugiados, y les comunicaban la situación mediante una radio CB. Entonces toda la caravana se sincronizaba y llegaba al alba. Aplastaban la resistencia y se llevaban cuanto querían: combustible, vehículos, neumáticos, comida, pilas, sopletes, armas y municiones, licores, medicinas, oro y joyas. Después se iban.

En algunos de los pueblos más insignificantes, si debían enfrentarse a una resistencia armada, mataban a todos los que encontraban. Se quedaban en estos lugares durante más tiempo y los limpiaban hasta los huesos. Pero normalmente entraban en tromba en el pueblo, lo saqueaban y se iban. Enseguida descubrieron que no era seguro quedarse en las grandes poblaciones durante la noche después de saquearlas, de modo que casi siempre acampaban en parques, aeropuertos y refugios naturales, donde encontraran agua en abundancia. Su *modus operandi* consistía en atacar una población, saquearla durante todo el día y alejarse al menos cuarenta kilómetros antes de que oscureciera para acampar.

Cuando perdieron otros dos vehículos en un tiroteo en Livingston, García se apoderó de dos camiones civiles blindados. Uno de sus exploradores los había encontrado estacionados en un aparcamiento en el lado este de College Station, Texas. Pertenecían a una empresa especializada en la distribución de cajeros automáticos. Hacerse con las llaves solo había requerido unos minutos de tortura. Se hicieron con más furgonetas y camiones blindados sobre la marcha, sobre todo gracias a las empresas de vehículos blindados de Rochester y Garda. García y su familia se desplazaban exclusivamente en uno de estos camiones. Pesaba dos toneladas y media y tenía un chasis Ford F-800 de 1998 y un motor diésel Cummins. Como tenía forma de caja, Ignacio lo llamaba jocosamente «el camión del panadero».

La Fuerza reclutaba a un gran número de jóvenes armados. Allá donde iban, García reclutaba a los más astutos, hábiles e implacables. Resultaba que la mayoría eran reclusos en libertad condicional, convictos que acababan de fugarse y miembros de la banda MS-13, donde se habían reunido naturalmente los delincuentes más encallecidos. Ignacio quería que La Fuerza creciera rápidamente para que al menos cien vehículos asaltaran un pueblo al mismo tiempo. No muchos se resistirían a una demostración de fuerza semejante, al menos no durante mucho tiempo.

Las bajas que sufrían cuando saqueaban los pueblos pequeños eran bastante soportables. Jamás

atacaban una población con más de dos mil habitantes. Para sorpresa de García, la mayoría de las bajas se producían cuando acampaban durante la noche. Era frecuente que en medio de la noche sonaran uno o dos disparos y alguno de los centinelas caía, a menudo con un disparo en la espalda desde el otro lado del perímetro. Entonces el campamento se convertía en un hervidero y se enviaban patrullas con gafas de visión nocturna, casi siempre sin resultado. A veces no encontraban más que cargadores que se habían caído accidentalmente o cartuchos usados.

—Cabrones milicianos —observaba Tony con tono pragmático.

Sufrían tantos impactos de bala (casi siempre cuando llegaban a un pueblo) que acabaron cargando hasta seis neumáticos de repuesto, montados en las correspondientes llantas, en los techos de todos los vehículos. La pérdida de los neumáticos los obligó a abandonar los APC82 Saracen uno detrás de otro a medida que avanzaban. Los Saracen empleaban neumáticos especiales «antipinchazos» con una llanta interna de caucho endurecido. Los distribuidores de neumáticos de camiones norteamericanos no solían almacenarlos de ese tamaño. Según los archivos que su esposa había almacenado en el ordenador portátil, había un distribuidor en la Costa Este que atendía a miembros de la MVPA que tenía muchos neumáticos y ruedas de Saracen, pero para García era como si hubieran estado en la luna. Cuando las balas agujereaban la llana externa, esta se hacía jirones y se desprendía al cabo de trescientos kilómetros. Entonces los APC ni siquiera llegaban a cuarenta kilómetros por hora y se maniobraban con más dificultad. Las caravanas de La Fuerza debían recorrer al menos sesenta y cinco kilómetros en una hora.

En cambio, los Caddy Gage V-100 se mantenían en la carretera porque empleaban neumáticos estándar que se encontraban en algunos establecimientos ordinarios. Uno de ellos sufrió una avería en el eje trasero, pero consiguieron cambiarlo por otro que extrajeron de uno de los omnipresentes camiones de transporte del ejército de dos toneladas y media.

Algunos de los objetivos favoritos de La Fuerza eran los cuarteles de bomberos, por dos razones: una, en sus cocinas encontraban despensas bien surtidas con grandes recipientes de alimentos esenciales como pasta, arroz y alubias; y dos, la más importante, casi siempre contaban con una selección de herramientas intactas, como palancas Halligan, las grandes palanquetas tradicionales, hachas y «mandíbulas de la vida»<sup>83</sup> (o como Ignacio las llamaba, «mandíbulas de saqueo») automáticas con motores de gasolina, que resultaban muy valiosas cuando la banda asaltaba edificios o armerías caseras. Las Halligan eran especialmente útiles cuando arrancaban las puertas de las jambas. Descubrieron que cuando se separaban los marcos, las puertas se derribaban fácilmente de una patada.

En el oeste de Texas, La Fuerza se topó con una banda afiliada con la MS-13. Se autodenominaban «Los Lobos» y estaban a las órdenes de Adolfo Cantares. La banda contaba con ciento veinte miembros y al igual que La Fuerza había estado saltando de pueblo en pueblo. Eran menos sofisticados, aunque no menos implacables. Antes que enfrentarse o competir con ellos, Ignacio decidió absorberlos. Solicitó una reunión con el cabecilla y le propuso que saquearan conjuntamente Floydada, Texas. Esto era conveniente para ambas bandas, dado que era un pueblo demasiado grande para que cualquiera de ellas lo asaltara por cuenta propia.

Después de la conquista de Floydada, Ignacio celebró un banquete y una orgía de violaciones. Las

dos bandas se reunieron en el Floydada Inn para el festejo. Ignacio había ordenado que uno de sus hombres envenenara las copas de Cantares, la novia de este y el segundo al mando. Lo hizo entrada en la noche, cuando todos estaban borrachos y colocados de drogas diversas. A la mañana siguiente García achacó las tres muertes a sobredosis de drogas y declaró:

—Nos dirigimos a Nuevo México. Los miembros de Los Lobos que deseen unirse a nosotros serán bienvenidos, pero estarán a mis órdenes. —Todos los supervivientes se unieron.

La banda de García, ahora considerablemente más numerosa, tomó un atajo a través del sur de Nuevo México y Arizona. A medida que aumentaban sus efectivos, asaltaban pueblos de hasta veinte mil habitantes con relativa impunidad.

A veinte millas de la costa de Guinea-Bissau

Diciembre, año uno

La Durobrabis estaba avanzando a buen ritmo a lo largo de la costa de Guinea-Bissau. El plan consistía en alejarse lo suficiente hacia el sur, siguiendo la corriente canaria de la antigua ruta de los veleros, con el objetivo de aprovecharse de los vientos alisios del nordeste y dirigirse hacia el oeste a través del océano Atlántico. Carston Simms advirtió:

—Debemos alejarnos de las mareas altas del Atlántico sur. No debemos salir en aguas estancadas. Sobre el papel, la ruta que hemos trazado parece más larga, pero es la más rápida y segura hasta Centroamérica. La alternativa es navegar el Atlántico norte, pero no nos atrevemos a hacerlo en invierno.

Durante la guardia vespertina de Taft, Andy se despertó con un grito:

—¡Puede que tengamos problemas! Una lancha motora se acerca desde atrás.

Andy salió del compartimento de velas y recorrió apresuradamente la cabina, parpadeando a causa de la rápida transición a la luz del sol. Observó que Donna Simms y la familia de Taft estaban sentadas a la mesa del salón, con los ojos desorbitados. Las gemelas todavía estaban sosteniendo los naipes. Andy atravesó la escotilla hasta la cubierta de popa, donde Taft le ofreció unos prismáticos y se concentró en el barco, que se hallaba a cuatrocientas yardas a popa y estaba reduciendo la distancia rápidamente. La Durobrabis había desplegado todas las velas, con un cuarto al viento. Laine calculó que la lancha motora les daría alcance aunque virasen para que les diera de lleno el viento.

—¡Sacad las armas de aire comprimido! —ordenó Andy.

Simms obedeció, sacando las dos ametralladoras falsas de un compartimento situado debajo de una de las literas del camarote de proa.

No había nadie en la cubierta de proa de la lancha motora, aunque se discernían dos cabezas a través del parabrisas. Laine dejó los prismáticos y desenfundó la pistola.



Donna tomó el timón mientras Carston, Andy y Alan se apostaban de rodillas en la cubierta, apoyando el codo en el banco de popa y empuñando las armas debajo de la barandilla, haciendo una demostración de fuerza, tal como habían ensayado.

—¡Mantén el rumbo! —exclamó Carston, dirigiéndose a su esposa.

Cuando la lancha motora se encontraba a sesenta yardas, los dos hombres armados con AKM que estaban tendidos en los asientos de la cubierta de popa se incorporaron y apuntaron a la Durobrabis con sus armas. Pero antes de que abriesen fuego, Andy hizo tres disparos precisos. Una bala acertó en el pecho a uno de los tiradores, que se derrumbó y desapareció de la vista. Al mismo tiempo, el otro realizó una andanada descontrolada de fuego automático, demasiado alta para ser efectiva. Andy disparó otras cuatro veces y una bala impactó en el cuello del segundo asaltante, que también se perdió de vista.

La lancha motora, que ahora se encontraba a solo quince yardas, viró bruscamente, y Andy descargó rápidamente la pistola sobre el lado descubierto, concentrando el fuego en la cabina y delante de ella. Recargó apresuradamente y arrojó el cargador de veinte balas descargado a través de la escotilla, exclamando:

—¡Recárgalo, Jules!

La lancha motora se dirigió rápidamente a la costa, sin volverse de nuevo hacia ellos. Alan Taft había palidecido.

—¿Ha-ha-has visto la, la sangre que salía de esos hombres? —tartamudeó—. ¿Los de la cubierta de proa?

Laine asintió con aire sombrío. A continuación se volvió y le dijo tranquilamente a Angie:

—Ya podéis seguir jugando a las cartas.

Después de este incidente, Simms cambió el rumbo y se alejaron más de la costa. Encontraron siete agujeros de bala en la tela de la sección más alta de la vela mayor. Los remendaron en menos de una hora.

La travesía del Atlántico fue sorprendentemente apacible. Gracias a los vientos y las corrientes favorables, recorrieron una media de ciento cuarenta millas diarias durante casi todo el trayecto. Estallaron algunas discusiones a cuenta de los hacinados camarotes de la Durobrabis, aunque en líneas generales todos se llevaban bien. Simone Taft no se entendía con Andy. Había nacido en París, aunque se había criado en Londres, y se mostraba condescendiente con todos, incluso con su marido. Un día, en medio de una discusión sobre dónde y cuándo debía tenderse la ropa lavada a mano, Simone se puso beligerante con Laine, reprendiéndolo:

—No me gustas, Andrew, y tampoco me gustan las armas. Si no fuera por la pistola, todavía estarías en Inglaterra.

—Corrección: si no fuera por la pistola, en este momento todos seríamos alimento para tiburones.

Señora, será mejor que se acostumbre a cómo funciona el mundo real.

Ella guardó silencio después de aquello.

82 *Armored Personnel Carrier*.

83 Literalmente, *Jaws of Life*; herramientas hidráulicas de rescate.

### Atrincherados

«Todas las acciones pertenecen a una de estas tres categorías: defensa, ataque o movimiento. Estos son los elementos del combate, tanto en la guerra como en el boxeo».

—B. H. Liddell Hart, *Estrategia* (1929)

Bloomfield, Nuevo México

Enero, año dos

La economía de las Cuatro Esquinas estaba sumida en el caos. Ahora que la corriente eléctrica continuaba milagrosamente intacta, aunque el valor del dólar se había hundido, los escasos comerciantes que todavía estaban en activo habían adoptado el sistema de trueque o aceptaban como pago monedas de plata acuñadas antes de 1965. La divisa más comúnmente aceptada eran las monedas de plata de diez o veinticinco centavos, cartuchos de rifles largos de percusión anular del calibre .22 para rifles y las cajas de tapas de tarros nuevas.

Los bancos y las cooperativas de crédito locales cerraron enseguida, aunque un banco comunitario acabó reabriendo como banco de almacén. Los comerciantes locales guardaban sus monedas de plata en las cámaras. Acabaron compraron el edificio de otro banco en desuso a modo de franquicia, con el único fin de utilizar el espacio de las cámaras.

Circularon rumores de que en Bloomfield y Farmington todavía quedaba gasolina a la venta y la corriente seguía conectada. Los clientes llegaban desde Moab, Utah; Durango, Colorado; Tuba City, Arizona; y Window Rock, Nuevo México. Muchos de ellos conducían *pickups* atestadas de tantos bidones de gasolina que un bombero habría sufrido un ataque al corazón al verlos. El eslogan era:

«Venga con monedas de plata, o no venga».

La refinería de Bloomfield también se dedicaba al negocio de la venta de espacio de oficina, aunque L. Roy trataba de cerrar acuerdos mayoristas con gasolineras cuanto antes. El flujo constante de clientes minoristas representaba un riesgo de seguridad. Poco después de que cerrara el trato con Alan Archer, Martin llegó a un acuerdo de gasolina a crédito con Antonio Jacquez, miembro de una de las familias pioneras de la región, que reabrió una gasolinera en Bloomfield. Prosperó enseguida y poco a poco acumuló un buen montón de monedas de plata.

Muddy Pond, Tennessee

Noviembre, año uno

Era un sitio estupendo para capear la Escasez. Ben Fielding creía que había sido providencial que acabara en Muddy Pond, Tennessee.

Diez años antes de que se desplomara la economía, Ben era uno de los socios de un bufete de abogados Nashville. Lo habían contratado para la defensa de un menonita al que la familia de un turista que había fallecido al caerse de un carro de heno había acusado de homicidio involuntario. Cuando fue al condado de Overton para examinar la escena del accidente y entrevistarse con el acusado, Ben se enamoró de la región. Allí conoció a otras dos familias judías mesiánicas como la suya y desarrolló cierta simpatía hacia las docenas de menonitas que más adelante habrían de convertirse en sus vecinos. Aunque tenía diferencias con ellos en algunos puntos de la doctrina cristiana y no comulgaba con el pacifismo exacerbado, admiraba el trabajo duro y la vida sencilla.

Cuando volvió a casa, le describió la aldea a su esposa Rebecca y ambos decidieron el asunto mediante la oración. Como judíos que creían en Jesús, tenían una vida de oración activa y creían en la obediencia a Dios en el cómo, cuándo y dónde debían establecerse.

Poco después de ver el condado de Overton, y después de muchas oraciones, Ben sintió el impulso de dedicarse a cuestiones legales que se resolvieran desde casa. De modo que se ocupó en las leyes testamentarias, inmobiliarias y fiduciarias. Al cabo de un año abandonó el bufete y se estableció por cuenta propia; trabajaba desde casa. El despacho era idóneo para esto. La clientela aumentaba gracias al boca a boca y acabó recibiendo a clientes de toda la nación. Ocho años antes de la Escasez, adquirió una granja de dieciséis hectáreas cerca de Muddy Pond, donde instaló enseguida a Rebecca y los cinco hijos de ambos.

Muddy Pond se hallaba a ciento cuarenta y cinco kilómetros al este de Nashville y ciento treinta kilómetros al oeste de Knoxville, en la meseta superior de Cumberland, a varios desvíos de las carreteras importantes, de manera que solo lo atravesaba el tráfico local. Aparte de algunos turistas yuppies fascinados por los aspectos más pintorescos de la «gente sencilla», no era muy conocido en el Estado de Tennessee. La aldea tenía una tienda de alimentación y una sola atracción turística veraniega: una prensa de cebada tirada por caballos.

Sin haberlo planeado, o como Ben decía, «Gracias a la providencia de Ha-shem», los Fielding se encontraban en el lugar adecuado en el momento adecuado cuando estalló la Escasez. En la hacienda

de construcción menonita que databa de los años sesenta del siglo anterior había un pozo con el que obtenían más de ochenta litros por minuto. Encima de este había una torre de agua que se mantenía llena mediante un molino de viento Dempster. La casa contaba con luces de propano y una calefacción de madera y carbón. Los únicos electrodomésticos modernos que Ben necesitaba en el despacho eran dos líneas telefónicas y un sistema de energía alternativa eólica con un molino de viento Skystream de dos coma cuatro kilovatios y seis paneles fotovoltaicos Sharp Solar.

La familia Fielding cocinaba casi siempre con un horno de propano. Había un generador de refuerzo con un motor de propano para la reserva de pilas, pero solo necesitaban encenderlo en raras ocasiones. Poco después de que compraran la granja, Ben se puso en contacto con el Departamento Eléctrico de Cookeville, que le ofreció un escandaloso presupuesto de dieciocho mil quinientos dólares a cambio extender las líneas eléctricas hasta la granja. Después de algunas negociaciones, concluyó que era más barato fabricar su propia energía. Contrató a Lightwave Solar Electric de Nashville, que instaló los paneles fotovoltaicos, y Ready Made Resources de Tellico Plains, Tennessee, que instaló el generador eólico Skystream.

Cuando empezó la Escasez, Ben sopesó la situación y concluyó que lo que más necesitaba la familia era abastecerse de propano, de modo que se deshizo del depósito alquilado de novecientos cincuenta litros y compró otro de seis mil ochocientos. Asimismo encargó dos toneladas de carbón extra. Aquello sobrepasaba la capacidad de la carbonera del sótano, de modo que guardaron el resto en cajas hechas de palés en el granero. Aún quedaba un poco de gasolina disponible (a más de cinco dólares el litro), pero no bidones, de modo que Ben llenó los depósitos de todos los vehículos, incluyendo el todoterreno, y cuatro bidones de gasolina de veinte litros, pero no era suficiente para enfrentarse a una emergencia prolongada. Cuando Rebecca sugirió que llenaran de gasolina las latas metálicas de leche, todas las gasolineras habían cerrado.

Ben trató de hacerse con munición para el rifle y la pistola, pero apenas encontró. En total, tenía menos de setecientas balas. Indagando en internet, encontró algunos cargadores de repuesto a precios exorbitantes para la pistola, una HK USP compacta del calibre .45, y el rifle, un Galil ARM del calibre .308.

Cuando se enteró de que estaban estallando revueltas en todas las ciudades norteamericanas, Ben reunió a su familia para una tarde de estudio devocional. Su esposa y sus hijos tomaron asiento en los dos sofás del salón. Aquella noche había escogido Proverbios 1, 24-33 para la lectura. Creía que eran especialmente adecuados, teniendo en cuenta los titulares de las noticias.

Leyó en voz alta:

—Porque os he llamado y me habéis rechazado, os he tendido la mano y no la habéis aceptado, sino que habéis desdeñado mis consejos y mis reproches, también me reiré de vuestras desgracias, me burlaré de vosotros cuando tengáis miedo, cuando os azote como una desgracia y la destrucción caiga sobre vosotros como un huracán, cuando os atormenten el desasosiego y la angustia. Entonces me llamaréis, pero no contestaré; me buscaréis, pero no me encontraréis: porque habéis despreciado mi sabiduría y no habéis escogido el temor de Dios, habéis desdeñado mis consejos y mis reproches. Así pues, comeréis el fruto de vuestras decisiones y quedaréis abandonados a vuestros propios medios. Pues si rechazáis la vida sencilla y escogéis la abundancia de los locos sufriréis la

destrucción. Pero aquellos que me escuchen estarán a salvo y no temerán mal alguno.

### Balística terminal

«Existe una ley que no está escrita en ninguna parte, sino que está grabada en nuestros corazones, una ley que no se aprende mediante la educación, la costumbre ni la lectura, una ley que no se transmite mediante la teoría ni la instrucción, sino la práctica y la intuición innata. Me refiero a la ley que establece que cuando nuestras vidas corren peligro ante las conspiraciones, la violencia, los enemigos o los ladrones armados, todos los métodos que empleamos para protegernos están moralmente justificados».

—Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.)

Sur de Farmington, Nuevo México

Abril, año dos

En abril del segundo año de la Escasez, Lars acudió a la sede de NAPI, que se hallaba a diez kilómetros al sur de Farmington, para un trabajo de consultoría.

Allí le dijeron que una banda armada se había apoderado de un elevador de grano. Uno de los empleados había recibido un disparo durante el enfrentamiento y había fallecido al día siguiente.

Lars se reunió con el presidente de NAPI en la sede de la empresa. Era un indio navajo de más de sesenta años. Además, en la sala de conferencias había nueve hombres más jóvenes, todos ellos miembros de la tribu.

—¿Cuántos hombres eran? —quiso saber Lars.

Uno de los empleados levantó la mano.

—Eh... Eran unos cuantos, alrededor de diez. Mexicanos. Llegaron con tres camionetas y una minicaravana. Nosotros no éramos más que tres y solo dos de nosotros estábamos armados. Dispararon a Alvin, así que nos fuimos corriendo. Tuvimos que llevarlo hasta las camionetas.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Los atacamos? —intervino nerviosamente uno de los hombres.

Lars meneó la cabeza.

—No, no, no. ¿Para qué arriesgarnos a sufrir más bajas? Decidme, ¿necesitáis ese grano con urgencia durante las próximas semanas?

—No, lo cierto es que no —admitió el presidente de NAPI—. Tenemos un almacén tribal en el pueblo. Supongo que hay suficiente, incluso para el resto del invierno.

—En ese caso esperaremos y nos enfrentaremos a ellos en nuestros propios términos. ¿Cuál es la situación del agua en el elevador?

—Hay una cisterna sobre el suelo. Creo que tiene mil novecientos litros. El agua se extrae. En el edificio hay un cuarto de baño, aunque no se usa mucho porque consume agua. Así que utilizamos una letrina que está a setenta metros de distancia, detrás de unos robles azules. Pero no nos atrevemos a decírselo al Departamento de Sanidad: no tenemos licencia, y desde luego no cumple ningún código.

—¿Esa cisterna es metálica o de ladrillo?

—Ninguna de las dos cosas. Es una de esas nuevas, de polietileno azul.

—¿No hay ninguna otra fuente de agua?

—Ninguna. En muchos kilómetros a la redonda.

Laine se rió y preguntó:

—¿Quién de vosotros tiene buena puntería con un rifle de caza? —Algunos de los presentes levantaron la mano—. Un dólar de plata para el que haga un agujero en el depósito a cinco centímetros del fondo.

Los hombres de la tribu estallaron en sonoras carcajadas cuando cayeron en la cuenta de que podían echar a los bandidos simplemente privándoles de agua.

Lars les explicó el plan:

—Formaremos tres equipos de dos hombres armados con rifles con mira telescópica que se apostarán en trincheras a trescientos metros de distancia. Cubriremos los edificios del elevador. Nos aseguraremos de que todos tengan miras nocturnas o monoculars.

—¿Trescientos metros? —objetó uno de los hombres—. Eso es mucha distancia.

—¿Habéis oído hablar de Simo Häyhä? —preguntó Lars al grupo reunido.

Le dirigieron miradas inexpresivas.

—Era un francotirador finlandés de la Segunda Guerra Mundial —continuó Lars—. El mejor francotirador del mundo. He leído que mató a más de quinientas personas. Mi padre decía que Simo Häyhä afirmaba: «Si disparas contra animales salvajes, no te alejes a más de doscientos metros si puedes hacerlo desde veinte. Pero en combate, no dispires desde cien metros si puedes hacerlo desde trescientos. Vivirás más tiempo».

Bradfordsville, Kentucky

Febrero, año dos

Cada jornada que abría el establecimiento de La Señora de las Semillas, Tyree montaba guardia en la trastienda, con la escopeta apoyada en la pared. Allí pasaba casi todo el día, absorto en la lectura a la luz de una linterna. La separación entre las dos estancias consistía en una pared de tablas de pino horizontales de uno por ocho, con surcos y lengüetas, sostenidas con veinticuatro tachuelas. Tyree se asomaba a través de los nudos de los tablones. Siguiendo las instrucciones de la *grandmère* Emily, había extraído tres nudos de gran tamaño a la altura del hombro, de tal manera que si era necesario podía disparar a través de la pared. Después los había rellenado, aunque sin apretarlos, y los había señalado con una tira de cinta fosforescente. Los tapones saltaban fácilmente al empujarlos con la boca de la escopeta.

Cuando Tyree oía el timbre de la tienda, espiaba a través de un nudo al recién llegado. Obedeciendo a las señales convenidas de antemano, si su madre apoyaba las manos en el mostrador, significaba que todo iba bien y Tyree retomaba sus estudios. Pero si ponía los brazos en jarras o los cruzaba sobre el pecho, debía mantenerse alerta, con la escopeta al alcance de la mano. Y si gritaba: «¡Mi marido me está vigilando!», Tyree introducía un cartucho en la cámara de la Remington. Durante el primer año, solo tuvo que hacerlo en dos ocasiones. En ambos casos, ese característico sonido ahuyentó enseguida a los visitantes de la tienda.

Cuatro meses después de que abrieran la tienda, Sheila adquirió dos chapas de acero de noventa y cinco milímetros de grosor. Ambas medían setenta centímetros de ancho por un metro veinte de alto. Para que Tyree tuviera un escudo blindado, las habían apilado debajo de uno de los nudos extraíbles. Las gruesas chapas estaban sostenidas mediante dos trechos de cinta de acero perforado.

Sheila Randall trataba casi siempre con objetos del mismo valor o monedas de plata anteriores a 1965. Buscaba incansablemente semillas tradicionales de toda clase de verduras y hortalizas. Pero cuando se desprendía de sus valiosas semillas empaquetadas a cambio de semillas «rescatadas» de huertos familiares, ofrecía una proporción de uno a cinco, explicando:

—Yo sé que todas mis semillas son frescas y que los brotes están garantizados, pero no puedo decir lo mismo de las tuyas, así que la tarifa es firme y no negociable. —Más adelante revendía las semillas caseras, aplicando un sustancioso descuento en relación a las semillas tradicionales comerciales. Había una amplia pizarra blanca detrás de las vitrinas del sur donde se enumeraban las «necesidades de los clientes», los productos «especiales» y los «regalos». Asimismo había un tablero de corcho al lado de la pizarra en el que los clientes anunciaban artículos de compra y venta en tarjetas blancas.

Fueron necesarios cientos de trueques, pero Sheila adquirió un inventario considerable. Los excedentes se guardaban en la trastienda. Al cabo de algún tiempo, instaló un rótulo más grande en una baldosa sobre la marquesina de la fachada que empequeñecía los que inicialmente había habido en los escaparates. Anunciaba: «Tienda de alimentación de Bradfordsville, S. Randall, propietaria». A medida que aumentaba el inventario, Sheila se hacía con objetos más valiosos.

Una de las primeras compras significativas fue un revólver Colt de doble acción del calibre .41 del ejército. Era antiguo, estaba casi despintado y la base de una de las cachas estaba muy descascarillada. Pero al menos la mecánica estaba en buen estado. Estaba acompañado de una cartuchera y treinta y cuatro cartuchos de munición. La mercancía que ella había ofrecido a cambio del arma equivalía al salario de tres meses de mucha gente.

Le habían advertido que la cámara era de un calibre obsoleto, pero no podía permitirse otra arma. Llevaba el revólver en la cadera todo el día y lo engrasaba con frecuencia. El primer año, solo disparó doce cartuchos para practicar el tiro al blanco. Por necesidad, casi siempre entrenaba con la pistola descargada en el apartamento de arriba, desenfundando y disparando tres noches por semana. El segundo año en Bradfordsville, sus incansables indagaciones dieron fruto y consiguió dos cajas llenas de munición de Colt largo del calibre .41. Cada una de ellas le costó cinco dólares y cincuenta centavos en monedas de plata.

Sur de Farmington, Nuevo México

Abril, año dos

Dos noches después de que una bala atravesara la cisterna de agua, los bandidos trataron de cargar sus vehículos. Entonces los hombres de NAPI abrieron fuego. Lars coordinaba el fuego mediante una radio GMRS84. Se había apostado con el equipo situado en la posición más favorable sobre la carretera que conducía al elevador de grano. La primera noche abatieron a cuatro de los bandidos. A la mañana siguiente agujerearon casi todos los neumáticos de sus vehículos. En total, fueron necesarios dos días, pero fue como disparar a peces en un barril. El marcador definitivo fue NAPI 9, bandidos 1. Pagaron los servicios de Lars con un vale de quinientos veinticinco kilos de copos de avena.

Con la excepción de este episodio, Lars y Lisbeth disfrutaron de una vida apacible y mundana durante muchos meses. Con la ayuda de Kaylee y los muchachos Phelps, criaron gallinas y sembraron cultivos extensivos, aunque los resultados no fueron tan fructíferos como esperaban. Cambiaban los excedentes, así como algunos huevos y pollos, y compensaban algunas carencias. Pero los beneficios del gallinero y el huerto no eran suficientes para todos, aunque gracias a las monedas de plata que Lars había heredado de su padre no les faltaba comida. Aquella plata era lo que compensaba las deficiencias del huerto.

Prescott, Arizona

Febrero, año dos

La vida en el complejo de las Cuatro Familias obedecía a una rutina uniforme. Hubo robos en



algunas de las casas más alejadas del vecindario, pero aparte de eso las cosas estaban en calma. De tanto en tanto se oían disparos en el centro de Prescott. Suponían que se trataba de las bandas de nómadas que se pasaban de la raya durante los robos a mano armada. Después supieron que se debían a los desacuerdos sobre el uso de los coches, los camiones y las armas de los ladrones muertos. Sus cadáveres terminaban en un terreno desconsagrado frente a los muros del cementerio de East Sheldon Street, mezclados con las tumbas numeradas de los indigentes y los criminales, que se remontaban hasta finales del siglo xix.

84 *General Mobile Radio Service*.

### La Casa de la Mañana Grande

«Los fundadores de Belice fueron piratas británicos. [...] Según la leyenda, la ciudad está construida en un pantano, sobre cimientos de botellas de ginebra y astillas de caoba. Si es cierto, habría sido preferible que arrojaran más botellas y astillas, porque se encuentra a escasos centímetros sobre el nivel del mar».

—Revista *Time*, 21 de septiembre de 1931

El receptor GPS indicaba que la Durobrabis se hallaba a cuarenta millas al este de los cayos de Belice al caer la tarde del veintiséis de marzo. Habían zarpado hacía cuatro meses y estaban deseosos de tomar tierra. El sónar indicaba que el fondo se encontraba a noventa metros de profundidad; sin embargo, temiendo acercarse demasiado a los bajíos y los arrecifes, Carston arrió todas las velas y echó las dos anclas durante la noche. Sus cartas náuticas de Belice tenían algunos años, de modo que optó por la precaución, a sabiendas de que los perfiles de los bancos de arena cambiaban en apenas un año.

—No me gustaría que hubiéramos llegado tan lejos —declaró sabiamente— y acabáramos encallando en un banco de arena.

Pasaron la noche escuchando atentamente Wamalili Radio, una emisora de AM de Punta Gorda, a la que se referían frecuentemente con el sobrenombre «PG». Algunas emisoras de FM continuaban emitiendo, aunque sobre todo música.

Simms sorteó cautelosamente los cayos a media tarde del día siguiente. Como ignoraban si se habrían impuesto controles de aduanas especiales debido al estado de emergencia, decidieron que era preferible echar el ancla al otro lado de Cayo Alondra hasta que hubiera oscurecido. Divisaron luces que salpicaban la línea de la costa. Entonces, al acercarse la siguiente marea alta, se desplazaron silenciosamente hasta el promontorio cercano, más allá de los pueblos pesqueros criollos de Placencia en la punta y Big Creek delante, en el interior. Cuando se adentraron en el lago de veinte kilómetros de Placencia, Simms observó complacido que la red eléctrica local seguía en funcionamiento.

—Es una buena señal —le aseguró a Angie.

El capitán surcó el lago en silencio, a escasas revoluciones, manteniendo una velocidad constante de tres nudos. Angie no apartaba la mirada del sónar. Pasaron ante una curiosa amalgama de casas de lujo bien iluminadas (sobre todo en Seine Bight) y casuchas criollas y garífunas con tejados de hojalata completamente a oscuras. Antes de que amaneciera echaron de nuevo el ancla en el extremo norte del lago, cerca del pueblo de Blair Atholl.

Este extremo era muy apacible. Solo había dos barcos anclados en los alrededores con las velas cubiertas y unas chillonas lonas azules tendidas sobre las secciones de navegación de popa. Cuando repararon en las marcas, comprobaron que uno de ellos era de Dunedin, Florida, y el otro de Freeport, Texas. Enseguida descubrieron que ambos se hallaban bajo la protección de un «guardia» contratado de Blair Atholl. Se trataba de un hombre negro armado con una escopeta de un solo cañón que pilotaba un antiguo esquife con motor fueraborda de superficie redonda de la década de 1950 que se arrancaba a mano con una cuerda en lugar de con un contacto de retroceso. La escopeta tenía la culata gastada y la mitad de las secciones metálicas estaban cubiertas de una gruesa y cerúlea grasa blanca. Andy dedujo que servía para protegerla del agua salada.

El guardia, que hablaba con un curioso sonsonete beliceño, les explicó que los dueños de los barcos recién llegados se habían instalado en dos casas cercanas, una en South Stann Creek y otra en el pueblo de Georgetown. Ninguno de ellos, añadió, tenía intención de regresar a los Estados Unidos. Además, le habían dicho que no vendían ni alquilaban los barcos.

Simms siguió hablando con el guardia, regateando para que rellenara los depósitos de agua potable del barco, que estaban casi vacíos. Mientras tanto, Andy bajó y recogió el equipo.

—Quiero largarme antes de que alguien haga una inspección de aduanas —le explicó a Angie.

—Creo que tienes razón, Andy —contestó ella—. Por supuesto, no le diremos a nadie que has venido con nosotros. Es mejor que entres discretamente en el país. —Después de aclararse la garganta, añadió—: Andrew, echaré de menos la tranquilidad que hemos tenido contigo a bordo. Creo que comprar un arma será una de las primeras prioridades de Carston en Belice.

Andy infló el bote salvavidas en menos de quince minutos y cargó el equipo sin dificultades gracias a la calma chicha del lago. Lo más engorroso fue montar el motor y cebar correctamente el combustible. Andy se despidió mientras cargaban el bote. Yvonne e Yvette estaban llorando. Andy abrazó o estrechó la mano de todos excepto de Simone, que le dirigió un ademán desde la puerta del

salón.

Prescott, Arizona

Marzo, año dos

La vida en el complejo de las Cuatro Familias en Prescott era tan rutinaria que rayaba en la monotonía. A falta de corriente eléctrica, la colada a mano suponía un esfuerzo considerable. Además, había muchas otras tareas arduas, sobre todo relacionadas con los cultivos y la leña. Las noches eran cortas y tranquilas. Los martes y los jueves se celebraban «las noches de radio clásica» en la casa del doctor Karvalich, que tenía una colección de más de mil programas de radio antiguos en veintiséis CD-ROM en formato MP3 que le habían costado menos de treinta dólares en eBay algunos años antes de que estallara la Escasez. Los escuchaban en un ordenador portátil. Los más populares eran las comedias como *Fibber McGee & Mollie* y los seriales dramáticos y de ciencia ficción como *Dimension X* y *Suspense*.

Los sábados por la noche veían películas en DVD en el ordenador MacBook con pantalla de diecisiete pulgadas de Alex.

Blair Atholl, Belice

Abril, año dos

El trayecto hasta el cayo apenas duró unos minutos. Blair Atholl era un pueblo pequeño. Había una lujosa urbanización al sur, en Bella Maya, y una colección de humildes casas con techo de hojalata al norte, en el mismo pueblo. Entre ambas se leía el siguiente rótulo: «Cabañas de vacaciones Blair». Como aquello sonaba vagamente inglés, Carston se dirigió hacia allá. Amarraron en el muelle, donde los recibió un anciano y corpulento expatriado inglés llamado Peter Ivens. Al cabo de diez minutos de interrogatorio, se aseguraron de que los oficiales de aduanas rara vez inspeccionaban esa orilla de la laguna, que los únicos disturbios conocidos en Belice habían estallado cerca de la frontera guatemalteca y que Ivens estaba dispuesto a guardar el equipaje de Laine a cambio de una tarifa mínima.

Cuando hubieron depositado las alforjas y las bolsas de lona de Andy en el muelle, Simms le estrechó firmemente la mano, diciendo:

—Bueno... Buen viaje, Andrew.

—Que el Señor esté contigo, capitán.

A continuación habló durante media hora con Peter Ivens, que lo puso al corriente de la situación en Belice y Guatemala. Andy concluyó que Belice era estable, aunque Guatemala se hallaba sumida en un estado de crisis. Algunos altos oficiales del gobierno, dijo Ivens, habían abandonado el país (los rumores decían que se habían refugiado en Honduras), dejando un vacío de poder. Las bandas de delincuentes y los rebeldes comunistas se habían entregado a la violencia indiscriminada. Miles de forajidos y refugiados guatemaltecos estaban entrando en Belice, México y Honduras.

Andy le explicó brevemente la situación en la que se encontraba. Mencionó que había divisado «las luces brillantes de Placencia» y añadió que había «entrado en el país», de modo que el otro supuso que había atravesado la aduana. Andy quiso saber si había barcos con destino a la costa del Golfo de México.

—Ni hablar —contestó Ivens con franqueza—. A juzgar por lo que se dice, Belice es un destino estrictamente de ida, teniendo en cuenta que todos los demás, en todas las direcciones, son considerablemente más peligrosos. Está en un refugio. Debería quedarse hasta que se calmen las cosas.

A continuación Laine preguntó si había autobuses con destino a Yucatán. Ivens respondió que las rutas se habían suspendido debido a la situación con los refugiados hondureños y guatemaltecos.

—¿Puedo alquilar un coche en algún sitio? —insistió. El otro se rió entre dientes a modo de respuesta.

—Hijo mío —dijo—, alquilar un coche era complicado en casi todas las regiones de Belice antes incluso de que estallara la crisis. Aunque consiguieras llegar hasta Orange Walk o Belice City, dudo mucho que te alquilaran siquiera una motocicleta, ni mucho menos un coche. En la radio dicen que tienen problemas con los robos. Lo mismo pasa con los barcos. La gente tiene miedo de alquilar barcos o cualquier cosa que tenga ruedas porque acabarían en México o en Honduras y no volverían a verlos nunca. Además, últimamente están robando coches y camiones en todas partes, así que no se puede culpar a las empresas que se niegan a alquilarlos.

—¿Y si lo contrato para que me lleve hasta la frontera mexicana?

—Lo siento, pero no. El combustible es casi imprescindible en este momento. No puedo permitírmelo. He sacado toda la gasolina de mi coche y he escondido los bidones en la selva. Si me lo robaran, no recorrerían más de cuatrocientos metros.

Laine reflexionó durante un instante y después preguntó:

—¿Conoce a alguien dispuesto a venderme una bicicleta o un caballo?

—No, pero puede preguntárselo a alguno de los terratenientes de Stann Creek. Allí hay muchos caballos.

—De acuerdo. —Laine señaló el equipaje y dijo—: Deme unos minutos para organizar mi equipo. —Ivens asintió y volvió tranquilamente a su despacho. Andy se sentó cerca del extremo del muelle y ordenó el equipaje. El muelle se hallaba al pie de las escaleras de la pasarela y el despacho, de modo que se creía a salvo de miradas curiosas.

Decidió que viajaría ligero. Extrajo una moneda de oro American Eagle de una onza, junto con la mayoría de las monedas de plata que le quedaban, y dejó el resto del oro escondido en el hornillo de gas. Consideró durante unos instantes llevar encima la pistola SIG, pero decidió que en este viaje los riesgos eran mayores que los beneficios. Metió la SIG y todos los accesorios en el fondo de la bolsa

de lona, junto con el hornillo. A continuación relleno la bolsa y la cerró con un candado, colgándose la llave en la cadena que llevaba en torno al cuello, donde también colgaban las placas de identificación y el abrelatas P-38.

Llevó el resto del equipaje al despacho en dos viajes para guardarlo.

La consigna consistía en un sencillo armario de dos metros y medio por dos con estantes profundos y muy separados. No obstante, Laine observó complacido que contaba con una puerta sólida y un candado con cerrojo.

En la mochila metió dos latas de estofado, una lata de carne curada, una bolsa de pasas, una muda de calcetines, una chaqueta gruesa, una botella de agua y una botellita de repelente de insectos.

Más adelante, sentado ante la mesa de la cocina, Peter Ivens le mostró un ajado mapa del distrito, indicándole la carretera que conducía a Stann Creek. Andy copió la ruta en un mapa que trazó en una hoja de papel limpio, donde también anotó los nombres de algunos rancheros a los que Ivens había mencionado.

Andy tardó algún tiempo en acostumbrarse de nuevo a caminar sobre tierra firme. Al desembarcar en el muelle no había notado nada raro, pero ahora sentía las piernas débiles y tenía la falsa impresión de que la tierra se movía.

No había tráfico en la carretera de Riversdale. Andy concluyó que Ivens estaba en lo cierto cuando aseguraba que los vecinos atesoraban el combustible. Desde el camino divisó plantaciones de cítricos y cacao, así como una plantación de plátanos. Los trinos de los pájaros no le resultaban familiares y el aire húmedo tenía un olor extraño que no conseguía identificar. La temperatura estaba aumentando rápidamente y sentía que le brotaba sudor en la frente y debajo de la mochila. Se adentró en un terreno más montañoso.

De pronto, un grupo de cinco jóvenes, cuatro de ellos armados con machetes y el último con un rifle FAL oxidado, salieron de la espesura, a la izquierda. Todos tenían la cabeza afeitada y tres de ellos, además, lucían llamativos tatuajes faciales.

El cabecilla, empuñando el rifle a la altura de la cintura, exclamó:

—*¡Alto!*

Andy tomó una decisión en una fracción de segundo: huyó. Sabiendo que seguramente le descerrarían un tiro en la espalda si seguía la carretera abierta, se internó en la muralla selvática que nacía a escasos metros a la derecha, arrojándose en ella.

Corrió a través de la selva lo más deprisa que pudo. Esperaba oír disparos, pero no se produjo ninguno. Oía los sonidos de sus perseguidores, que estaban abriéndose paso entre la espesura del lecho de la jungla, manteniéndose a una distancia de entre diez y doce metros, sin acercarse ni alejarse demasiado. Los arbustos eran muy frondosos. Andy apenas reparaba en las espinas y las ramas que le cortaban los brazos y las mejillas mientras corría.

Sabía que si se tropezaba y caía los bandidos se abatirían sobre él en unos instantes. El camino era llano al principio, pero después de unos trescientos metros descendía hacia un desfiladero. Andy apretó el paso. Oyó que uno de sus perseguidores caía mascullando una maldición, pero los demás siguieron adelante, sin apenas retrasarse. Andy no habría creído que estuvieran dispuestos a seguirlo tanto tiempo. Confiaba en adelantarse y esconderse en la espesura. Atisbaba débilmente algunas rocas a lo largo del desfiladero, a unos cincuenta metros más abajo. Aún estaba corriendo cuando el suelo se abrió inesperadamente y Andy saltó.

Cayó desde cuatro metros y medio de altura y aterrizó accidentalmente sobre un pie. Oyó un sonoro chasquido, sintió un dolor agudo y se desplomó hecho un ovillo. Trató de levantarse y seguir corriendo, pero el dolor de la pierna derecha era increíble. Era una fractura grave, en la sección inferior del fémur. La agonía era insoportable. Respiraba entrecortadamente y cuando alzó la mirada descubrió que lo habían rodeado.

—¡Joder! —exclamó, resollando.

Sus perseguidores, que también estaban resoplando, hablaban rápidamente en español con un acento acusado. Laine no entendió casi nada de la conversación, tan solo distinguió «*en Petén*» dos veces y «*por Guatemala*» una, de modo que supuso que eran forajidos guatemaltecos.

Alzó la mirada y vio la culata azul del gastado rifle FAL a un metro de su rostro. La palabra «*CHAVO*» estaba grabada en el costado y más arriba se leían las letras «FSLN». Experimentando un curioso desapego, Andy se preguntaba qué historia habría tenido el rifle. Quizá hubiera sido de los sandinistas nicaragüenses tres décadas atrás. Parecía surrealista encontrarse mirando la culata de un rifle con la cubierta oxidada y los rostros tatuados de los bandidos.

Lo despojaron rápidamente de la cartera, la navaja, el reloj de pulsera, el cinturón y la mochila.

Uno de ellos empezó a quitarle las botas, pero sus gritos de agonía lo detuvieron.

Los guatemaltecos entablaron una discusión entre ellos. Laine escuchó aterrorizado que uno de ellos empleaba la palabra «*Mátalo*», cuyo significado conocía.

El cabecilla del grupo, que llevaba pantalones vaqueros y una camiseta sin mangas, terminó la discusión gruñendo: «*Santo Dios. ¡Vámonos!*». Meneó el dedo índice hacia el rostro de Laine y le ordenó que guardara silencio con un severo: «*¡Cállate!*» antes de volverse y seguir a los demás.

Los cinco hombres desaparecieron silenciosamente en la selva, remontando la colina en dirección a la carretera.

Andy sopesó la situación en la que se encontraba. No tenía agua, comida ni cobijo. La única herramienta con la que contaba era un diminuto abrelatas plegable. Comprendió que no encontraría ayuda a menos que regresara a la carretera. También sabía que debía esperar al menos media hora, hasta que los *bandidos* hubieran tenido ocasión de alejarse. Si pedía socorro antes, quizá volvieran para silenciarlo de forma permanente.

Al cabo de unos minutos contuvo el aliento y se concentró en la pierna rota. Jamás había sentido un dolor tan intenso. El sudor le manaba de la frente y resbalaba sobre la punta de su nariz cuando trataba de enderezar la pierna.

—¡Cabrones! —masculló para sus adentros. A continuación, contemplando el cielo, añadió—: Señor, dame fuerzas para perdonarlos. —Esperó durante aproximadamente treinta minutos, rezando en voz alta. Tenía la garganta seca.

Después empezó a arrastrarse colina arriba, impulsándose con la pierna buena. No había demasiada sangre en torno al abultamiento de la fractura compuesta. Pero cuando arrastraba la pierna derecha hacia delante, el dolor le arrancaba un chillido. El ruido atrajo a un grupo de monos negros chillones, que aparentemente se componía de ocho ejemplares. Uno de ellos, un macho de gran tamaño, acudió a investigar el origen del sonido. Contemplándolo desde una rama, a seis metros de altura, emitió un gruñido y se fue atropelladamente.

—¡Pues sí que eres de mucha ayuda, colega! —chilló Laine.

## 30

### La bolsa del samaritano

«Uno de los defectos más comunes entre la gente honesta es que no entienden que otros sean absolutamente deshonestos y que es peligroso confiar en ellos».

—Thomas Sowell

Laine se arrastró colina arriba durante cuatro horas agónicas. Enseguida se despellejó los codos y los antebrazos. Cuando se acercaba al terreno llano comprendió que todavía le quedaban unos cuantos cientos de metros. Dudaba que alguien lo oyera a través de la espesa jungla, de manera que no se molestó en pedir ayuda.

Recordó que se dirigía al este cuando sufrió la emboscada. Y como se había alejado de la carretera hacia el sur, debía encaminarse de nuevo al norte para encontrarla. El sol estaba descendiendo hacia el horizonte. Andy encontró una rama desprendida y la utilizó a modo de puntero, señalando el punto dónde calculaba que se pondría. Ahora en terreno llano, trató de incorporarse, pero el dolor era excesivo y se desmayó.

Recobró el conocimiento en algún momento de la noche y descubrió que los mosquitos lo habían acribillado. El dolor de la pierna había remitido ligeramente hasta convertirse en una intensa palpitación.

El zumbido de los insectos y la miríada de sonidos extraños de la selva asaltaron sus oídos. Poco a poco se quedó dormido.

Se despertó en pleno día. La pierna rota había empezado a hincharse. Observó el puntero y lo comparó con la posición del sol, que en ese momento se estaba filtrando a través de la doble capa de follaje de la jungla. Ajustó el rumbo en consecuencia y siguió arrastrándose hacia delante.

Al cabo de una hora oyó un camión que circulaba en la carretera. Gritó pidiendo socorro, aunque era consciente de que seguramente todavía estaba demasiado lejos para que nadie lo escuchara. Pero el sonido del camión confirmaba que al menos había tomado la dirección correcta. Reparó entonces en un árbol que tenía un aspecto reconocible, con la copa abierta, en el camino que había escogido y se arrastró hacia él. Había descubierto el movimiento más confortable, de modo que solo gritaba de dolor de vez en cuando.

El cielo se nubló a medida que transcurría la jornada y estalló una tormenta durante la tarde. La lluvia descargó con fuerza durante unos minutos. Laine levantó la mano y sorbió el agua que se acumulaba en las hojas húmedas varias veces mientras duró el chaparrón, hasta que calculó que había bebido un litro. Le dio las gracias a Dios y siguió arrastrándose sobre un terreno que ahora estaba embarrado.

A media tarde, llegó al fin a la carretera. Estaba sudoroso y mugriento y el muslo se le había hinchado mucho. Se reclinó contra un tocón que se hallaba a solo tres metros de la carretera. Rezó para que alguien pasara. Antes de que anoheciera, un buen samaritano contestó a sus oraciones.

Andy recobró brevemente la consciencia mientras un médico le examinaba el hueso roto. Pero después estuvo inconsciente durante tres días. Se despertó bañado en sudor en una cama del hospital de Dangriga. Había una bolsa de suero intravenoso suspendida sobre su cabeza.

La hinchazón de la pierna había disminuido notablemente y solo le dolía cuando se movía. Al cabo de unos minutos entró una enfermera madura y corpulenta.

—¡Ah, el durmiente se ha despertado! —observó complacida.

—¿Qué día es hoy?

—Es viernes. Has estado inconsciente durante tres días.

—¿Me da un poco de agua, por favor? —pidió Andy débilmente.

Los agentes de policía de la «formación de Dangriga» llegaron aquella tarde. Laine describió la emboscada, el robo y el camino que había recorrido arrastrándose hasta la carretera. Decidió que era preferible no mencionar el equipaje que había dejado en las cabañas. El agente más veterano le aseguró que Belice estaba «invadida de bandas de ladrones y refugiados guatemaltecos», además de



inmigrantes ilegales que atravesaban la frontera desde México.

Las sencillas palabras «Soy americano» y «Me han robado el pasaporte» fueron suficientes para aplacarlos. Le aseguraron que se encargarían de que alguien del consulado americano se pusiera en contacto con él. No demostraron demasiado interés en las descripciones detalladas de los forajidos.

Aquella tarde, un joven médico beliceño le administró una inyección de morfina y volvió al cabo de un cuarto de hora para enderezarle la pierna rota. Aquella fue una experiencia extraña para Andy, que gracias a los calmantes observó la intervención con un interés clínico casi desapegado. Lo que más le preocupaba era que le colocaran correctamente los huesos. Más adelante lo examinó un médico mayor, con apellido español, que no obstante hablaba un excelente inglés con acento británico.

—Ahora que la hinchazón ha remitido —declaró—, comprobaremos la posición del hueso con una radiografía y después le pondremos una escayola en la pierna. Haremos una radiografía de seguimiento para asegurarnos de que los huesos no se descolocan.

Andy durmió plácidamente aquella noche. Cuando estaba desayunando fue a visitarlo uno de los administradores del hospital. Al principio creyó que se trataba de un médico, pero después comprendió que era el tesorero.

—Hay un centro de convalecencia cercano, aunque con las actuales fluctuaciones de la divisa tienen dificultades para mantenerse en funcionamiento. Veré lo que puede hacerse —le aseguró.

Al día siguiente regresó a la habitación de Andy y anunció:

—El Departamento de Estado norteamericano se hará cargo de la factura médica, según los términos de un acuerdo recíproco. Una de nuestras enfermeras vocacionales se retiró hace unos meses. Su marido y ella han accedido a acogerlo como inquilino, si tiene forma de pagarles o llega a un acuerdo a través del consulado americano.

Andy estaba recuperándose visiblemente y recibió el alta hospitalaria cinco días después. Lo trasladaron en ambulancia hasta la casa de Darci Mora, una enfermera jubilada. Gabriel, el marido de esta, era un cazador y leñador semirretirado que también había trabajado como guía. Ambos vivían en una casa de hormigón con tejado plano a las afueras de Sarawiwa, a diez kilómetros al oeste de Dangriga. Allí, Andy se instaló en el segundo dormitorio de la casa, que antes había sido de la hija de los Mora, que acababa de casarse y se había mudado a Nim Li Punit, un pueblo del extremo sur de Belice.

Darci tenía cincuenta y tantos años y era obesa. Gabe tenía sesenta y pocos y era delgado y apergaminado, con el cabello ralo y la piel oscura, no solo porque hubiera trabajado al aire libre: además, tenía ascendencia garífuna. Los Mora eran unos anfitriones agradables. Darci era una gran cocinera y Gabe contaba chistes y hacía bromas constantemente.

Andy faltó a la noche de contacto radiofónico con Lars y Kaylee de ese martes, aunque recuperó las fuerzas antes de la siguiente. Aquella tarde, instaló la radio con la ayuda de Gabe Mora. Siguiendo las indicaciones de Andy, Gabe enrolló la antena en un árbol que crecía al otro lado de la ventana

del dormitorio. Una tubería de agua fría hizo las veces de toma de tierra. La transmisión era buena, de modo que Lars y Kaylee captaron sin dificultades el código Morse de Andy. Lars, que tenía un transmisor mucho más potente, emitía en «Lima Charlie»<sup>85</sup>, alto y claro. Mientras Andy tecleaba, Gabe tomó asiento en una silla junto a la cama, secándose el sudor de la cabeza calva con un pañuelo y bebiendo agua de lima. Le sorprendía que se usara una radio tan pequeña en transmisiones bilaterales desde distancias tan grandes.

Andy descubrió con alivio que Kaylee estaba sana y salva, aunque también angustiada, consciente de que la fractura de la pierna lo retrasaría muchos meses. Resumió en diez minutos todo lo que había sucedido desde el último contacto empleando un código Morse estilo «flujo de consciencia». A juzgar por la respuesta de Kaylee, la joven estaba abrumada.

«BK ESTÁS TAN TRISTE COMO YO? QUÉ PENA. QUÉ PENA. TE ECHO MUCHO DE MENOS ANDY. ME GUSTARÍA ESTAR CONTIGO PARA FIRMARTE EN LA ESCAYOLA. XOXOXOXOXOX. BT».

Al cabo de tres meses renqueando con la ayuda de muletas, al fin le retiraron la escayola. Andy comprobó espantado que los músculos de la pierna derecha se habían atrofiado. Era obvio que tardaría unos meses en recuperar toda la masa muscular.

Caminaba con la ayuda de las muletas, después solo con una de ellas, y al fin solo con un bastón. Cada día recorría distancias más largas, esforzándose hasta el extremo del agotamiento. Empezaba la jornada con docenas de flexiones y abdominales. La duración de las series y las repeticiones diarias también aumentaban gradualmente. Además, empezó a hacer flexiones en barra, usando la barra horizontal que sostenía un extremo de la cuerda del tendedero del patio de los Mora. Los ejercicios de Andy empezaban a alargarse hasta entrada la tarde. Observándolo mientras hacía las flexiones en barra, Darci comentó:

—Sí que eres un hombre obstinado, Andrew.

Bradfordsville, Kentucky

Julio, año dos

Cuando llegó el verano, aumentó la demanda de refrescos, sobre todo por parte de los hombres que ocupaban las tres barricadas de los pueblos. Sheila aumentaba cada vez más la oferta a cambio de las menguantes existencias de latas y botellas de refrescos, porque estos hombres también estaban dispuestos a pagar cada vez más, hasta diez céntimos de plata por una lata de Coca-Cola o zarzaparrilla.

A medida que se desarrollaba esta curiosa inflación de precios, la sabia *grandmère* Emily coleccionaba botellas de cerveza usadas y se desprendió de una considerable cantidad de munición a cambio de una herramienta de embotellado con cabeza magnética y una caja de diez tapones nuevos que consiguió gracias a un fabricante de cerveza casera que vivía en las inmediaciones de Ellsburg. En junio fabricó la primera remesa de zarzaparrilla casera. Utilizaba agua de manantial y corteza de abedul de los alrededores, así como raíz de zarzaparrilla, jengibre, raíces de bardana y diente de

león, lúpulo, gaulteria y melaza, aplicando una receta secreta.

La zarzaparrilla sin gas de Emily Voisin atrajo a un buen número de clientes. Pero la segunda remesa, así como las siguientes, estaban carbonatadas mediante un gran cilindro de CO<sub>2</sub> y un dispositivo especial que había construido Hollan Combs, aumentando el tamaño del diseño de una antigua máquina SodaStream y utilizando componentes del moribundo laboratorio de edafología. Estas remesas subsiguientes fueron un éxito tremendo, tanto que Emily contrató a ayudantes ocasionales que fregaban las botellas y colaboraban en la destilación, que se llevaba a cabo en la sala que hasta entonces había sido la carnicería del mercado. La «zarzaparrilla tradicional de la abuela Emily» atrajo a clientes que llegaban desde Springfield y Munfordsville. Ella ofrecía un descuento a quienes retornaban las botellas, le vendían otras de vidrio marrón o le daban tapones nuevos.

Sheila Randall no creyó las primeras descripciones del Gobierno Provisional que llegaron a sus oídos. Al principio opinó que eran exageraciones descabelladas.

—Cuando oigas que una agencia del gobierno se autoproclama «legítima», debes preguntarte si realmente lo es —le advirtió Hollan Combs—. ¿Sabes lo que quiero decir? Esa pandilla de idiotas es tan legítima como el hijo de una buscavidas de Hollywood.

Aumentaba el número de clientes que aseguraban que habían visto y oído las mismas cosas acerca del gobierno de Fort Knox. En abril del segundo año la primera de las caravanas de «pacificación» atravesó Bradfordsville. La mayoría de estas caravanas se detenían en el pueblo durante menos de media hora. Todos los soldados eran americanos, al igual que las armas y los vehículos que utilizaban. Pero algo atrajo la atención de Sheila cuando captó una conversación radiofónica entre el comandante de la caravana y el comandante del batallón. Este último tenía un reconocible acento alemán. Más adelante, circularon rumores de unidades extranjeras, hasta de batallones, desplegadas en el área de operaciones del Gobierno Provisional.

Obviando el hecho de que controlaba las industrias más importantes, la autoridad del Gobierno Provisional se manifestó de una forma relativamente benévola durante el primer año. Pero entonces acuñó una nueva divisa. Aquellos billetes verde lima con marca de agua entraron en circulación y según la ley debían aceptarse en todas las transacciones. Sin embargo, el peso del Gobierno Provisional y los pacificadores «invitados» de la ONU no se dejó sentir hasta el tercer año de la Escasez, cuando se aplicaron restricciones sobre las armas de fuego.

Sheila Randall recibió la primera noticia de aquellas nuevas leyes gracias a Brian Tomkins, un teniente del cuerpo acorazado que hizo una visita a la tienda. Fue una de las primeras cosas que dijo:

—Si no esconde esa arma tendré que confiscarla como contrabando.

—¿Contrabando?

—Sí, ¿es que no se ha enterado? —insistió Tomkins—. Es una mierda, pero se han prohibido las armas de mano a los civiles, aunque todavía se les permite tener rifles y escopetas. Se explicará todo en el cartel que pondremos en la oficina del sheriff y algunos folletos que los chicos de Asuntos

Civiles repartirán por el pueblo hoy mismo.

Al día siguiente Sheila vio dos carteles clavados el uno al lado del otro en la pared del vestíbulo de la comisaría del condado de Marion. Debajo, sobre una mesa, había un montón de folletos que reproducían los carteles en un formato más reducido, impresos en ambas caras. Mientras ella leía los carteles, el ayudante Hodges se acercó desde atrás y dijo suavemente:

—Hola, Sheila.

El cartel de la izquierda resumía brevemente la formación del Gobierno Provisional, la declaración de la ley marcial, la activación de las fuerzas de pacificación de la ONU y la nacionalización del transporte público y las industrias más importantes. El cartel de la derecha anunciaba:

## PROHIBIDO

Con efecto desde la publicación de este documento en lugares visibles de todos los condados o parroquias, desde ahora y hasta nueva orden los siguientes objetos quedan prohibidos a los civiles en cumplimiento del reciente Acuerdo de Normalización de Armas Ligeras<sup>86</sup> de las Naciones Unidas Ampliadas:

1. Todas las escopetas y los rifles de cañón corto automáticos (aunque estuvieran registrados según la Ley Nacional de Armas de Fuego de 1934).
2. Todos los rifles de calibre superior al treinta (.30); las escopetas y toda clase de armas de más de treinta (30) centímetros de diámetro.
3. Todas las escopetas y rifles semiautomáticos; todos los rifles y escopetas compatibles con cargadores extraíbles.
4. Todos los cargadores extraíbles, de todas las capacidades.
5. Todas las armas con cargadores fijos de más de cuatro (4) cartuchos.
6. Todas las granadas y lanzagranadas; todos los explosivos, mechas y cebos (aunque estuvieran registrados según la Ley de Control de Armas de 1968 o tuvieran las correspondientes licencias locales o estatales).
7. Todos los productos químicos utilizados en la fabricación de explosivos.
8. Todas las armas de fuego, de todas las clases, compatibles con cartuchos militares (incluyendo, entre otras, las de cinco, cinco coma cincuenta y seis y siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN, ACP<sup>87</sup> calibre .45 y nueve milímetros Parabellum).
9. Todos los silenciadores (aunque estuvieran registrados según la Ley Nacional de Armas de Fuego de 1934).

10. Todos los equipos de visión nocturna, incluyendo, entre otros, infrarrojos, amplificadores luminosos o térmicos, todas las miras telescópicas y todos los dispositivos de láser.
11. Todas las armas de mano, de todos los tipos y calibres.
12. Otros equipos militares, incluyendo, entre otros, vehículos blindados, bayonetas, máscaras antigás, cascos y chalecos antibalas.
13. Dispositivos y software de encriptación.
14. Todos los transmisores de radio (con la excepción de monitores de bebés, teléfonos inalámbricos o teléfonos móviles).
15. Munición encamisada, rastreadora, incendiaria y antiblindaje.
16. Todas las municiones de calibres militares.
17. Agentes químicos irritantes o letales (toxinas), incluyendo, entre otros, el gas lacrimógeno CS y CN y el «gas pimienta» OC.
18. Todos los fuegos artificiales y los lanzadores de bengalas militares.

Solo se harán excepciones con los agentes de policía con la formación correspondiente que hayan jurado el cargo y los efectivos militares de la ONU y el único y legítimo Gobierno Provisional de los Estados Unidos de América y sus posesiones.

Las armas de fuego y los objetos que no cumplan estos nuevos criterios, así como todo el contrabando enumerado en esta lista, deberán entregarse en un periodo de amnistía de diez (10) días después de la llegada de los administradores regionales o subadministradores de la ONU. Si las tropas federales o de la ONU llegan a un Estado con el fin de pacificarlo, se declarará un periodo de amnistía de treinta (30) días desde el día en que los primeros efectivos atraviesen la frontera del Estado. El resto de armas de toda clase posteriores a 1898, así como las carabinas de aire comprimido, los equipos de arquería y las armas afiladas de más de quince centímetros deberán registrarse durante el mismo periodo.

Quienes sean descubiertos con armas no registradas, así como armas, accesorios o municiones cualesquiera que se hayan declarado contrabando después del fin del periodo de amnistía serán ejecutados sumariamente.

Firmado, Maynard Hutchings, presidente *pro tempore* del único y legítimo Gobierno Provisional de los Estados Unidos de América y sus posesiones.

—¿Qué nos queda entonces? —quiso saber Sheila.

—No demasiado —contestó el ayudante Hodges—. Supongo que las .22 y las antigüedades, y quizá los .30-30 con mecanismo de corredera. Pero esas también deben registrarse. ¿Sabes? Esa lista no servirá para combatir el crimen, porque los delincuentes no obedecen las leyes. Está redactada para

sofocar la resistencia. ¿Has visto que han prohibido los transmisores de radio, los calibres militares y las miras de visión nocturna? La lista de Hutchings enorgullecería a Hitler o Stalin. Todo esto apesta. —Señalando el rifle SIG 556 que llevaba al hombro, añadió—: ¿Por qué es legal que yo tenga esto, si no soy más que un ayudante, y tú no? Es completamente inconstitucional. Si se presentan en el condado de Marion y tratan de aplicar este montón de mierda, será mejor que se preparen para un buen tiroteo.

Aquella tarde Sheila ocultó el revólver, junto con la munición y la cartuchera, dentro del cubo de un difusor manual de semillas que colgó en una pared, cerca del techo de la trastienda, entre los excedentes.

—A veces es mejor esconder las cosas a la vista de todos —le explicó a Tyree—. Además, prefiero tenerlo al alcance de la mano si hace falta.

85 LC: *Loud and Clear*.

86 SALW: *Small Arms and Light Weapons*.

87 *Automatic Colt Pistol*.

Un baluarte infalible

«El poder político brota del cañón de una pistola».

—Mao Zedong

Fort Knox, Kentucky

Agosto, año dos

Maynard Hutchings y sus compinches establecieron sus objetivos como si se tratara de una campaña militar. Las bases militares, los almacenes de distribución de alimentos, las plantas de energía, las explotaciones de petróleo y las refinerías ocupaban los primeros puestos de la lista de lugares que

debían controlarse. Kentucky, Tennessee, Alabama y Misisipi fueron los primeros estados que se pacificaron.

Chambers Clarke, el subsecretario de información del gobierno de Hutchings, acompañaba a muchas de las primeras caravanas que establecieron contacto con las instalaciones militares, haciendo las veces de enlace con el Gobierno Provisional. Antes de la Escasez, había vendido fertilizantes y pesticidas para la empresa Monsanto. En muchos sentidos, no era más que un intermediario de la administración. Entregaba literalmente millones de dólares de la nueva divisa a los dueños de las minas que se nacionalizaban. La esposa de Hutchings había sugerido que adoptaran una estrategia de incentivos y amenazas en la nacionalización de las industrias. El señor Clarke ofrecía los incentivos, mientras que el general Uhlich encarnaba las amenazas. Más adelante, los pacificadores de la ONU, que tenían menos reparos que los soldados norteamericanos, administraban las palizas correspondientes.

Uno de los objetivos iniciales del Consejo fue controlar las refinerías de petróleo. Hutchings despachó una caravana de vehículos de transporte de tropas a una pequeña refinería del condado de Pulaski, Kentucky, cercana a la población de Somerset. Era muy modesta según los estándares del siglo xxi, con una producción de apenas cinco mil quinientos barriles diarios. Pero estaba en funcionamiento y gracias a ella Hutchings dispondría de una fuente de combustible y expandiría su zona de influencia. A continuación visitaron y entregaron documentos a las refinerías de Calletsburg y Perry, Kentucky, que eran mucho más grandes, aunque ninguna de ellas estaba en funcionamiento debido a que la red de energía había caído y no tenían suficiente capacidad de cogeneración.

El primer gran triunfo de la campaña de pacificación, reunificación y nacionalización fue la refinería de ConocoPhillips en Ponca City, Oklahoma. Se trataba de la refinería más grande del Estado de Oklahoma y todavía estaba parcialmente en activo. Después de Ponca City, el ejército avanzó sobre las refinerías de Oklahoma en Ardmore, Tulsa, Wynnewood y Thomas. De estas, solo la refinería de Ventura, en Thomas, estaba en activo.

En Ohio, todas las refinerías que «visitó» el gobierno de Fort Knox estaban desconectadas. El tañido constante de las balas que rebotaban contra los vehículos de transporte de tropas les recordaba que la región de Ohio no se había pacificado aún. La población había disminuido en un 87% debido a la combinación del invierno crudo y la codicia de las bandas. En Ohio solo quedaban miembros de bandas y algunos granjeros que se habían acostumbrado a pagarles los supuestos impuestos de las cosechas.

Entretanto, se despacharon otras caravanas a las plantas eléctricas, de carbón, gas natural e hidroeléctricas, que también eran una de las prioridades del Gobierno Provisional. Las plantas hidroeléctricas fueron las que se reactivaron más fácilmente, y de hecho algunas ya estaban en funcionamiento, formando pequeñas redes aisladas que se habían restablecido poco después de que la Escasez tumbara las grandes redes de energía.

Era necesaria una fuente de energía para que arrancaran los motores con turbinas de gas, y casi todas las plantas de energía construidas en los Estados Unidos después de la década de 1960 no contaban con unidades de energía auxiliares para activarse solas, de modo que el proceso de «arranque negro» se prolongó durante algunos meses, hasta que poco a poco se activaron las mayores plantas de

energía de Kentucky. Entre estas se hallaban las plantas de energía de Big Sandy, Ghent, Mill Creek y Paradise.

La reconstrucción de la red de energía del este paso a paso, empezando con las plantas más pequeñas, requirió mucho tiempo y mano de obra. Una parte de esta se reclutó mediante una combinación de billetes de Fort Knox y coerción. Al principio, los mineros del carbón se negaron a aceptar la nueva divisa, pero gracias a la promesa de un salario relativamente alto y la amenaza de la servidumbre involuntaria, consiguieron que volvieran al trabajo.

La primera experiencia del Gobierno Provisional con las plantas de energía nuclear fue la nacionalización de la planta de Watts Bar en el condado de Rhea, Tennessee, que había estado en funcionamiento de forma ininterrumpida desde antes de que estallara la Escasez. Al igual que algunas de las plantas hidroeléctricas, allí existía una pequeña red de energía, que solo debía expandirse y conectarse a la nueva red. La red reconstruida recibía el jocoso sobrenombre de «red de energía de chicle y alambre de embalaje de Maynard».

La recompuesta red de Fort Knox sufría frecuentes apagones y bajadas de tensión. Se aplicaban estrictas normas de ahorro. Los daños que ocasionaban las tormentas tardaban meses en repararse. Las expectativas del servicio estaban a la altura de las naciones tercermundistas. Entretanto, se aplicaba una tarifa doméstica media de veinticinco centavos por kilovatio hora en moneda nueva, de manera que el consumo no aumentaba.

Las cooperativas de distribución de energía locales seguían siendo independientes y privadas, aunque debían pagar a sus empleados con la nueva divisa.

La resistencia a la nueva administración se sofocaba enseguida, habitualmente con tácticas brutales. Con frecuencia, las oficinas de los periódicos que publicaban editoriales contrarias a los planes de nacionalización ardían hasta los cimientos. Se destruían los transmisores o se dinamitaban las torres de las emisoras de radio que difundían opiniones contrarias al gobierno. Se arrancaban los estandartes contrarios al gobierno. En algunos casos, los activistas desaparecían y nadie volvía a verlos nunca.

La planta nuclear de Oconee en Carolina del Sur supuso un desafío más complicado. En ella descubrieron que los empleados montaban guardia y contaban con un variado surtido de armas, como lanzallamas de fabricación casera. No fue sencillo convencerlos para que abrieran la puerta, dado que habían oído rumores de que el Gobierno Provisional estaba llevando a cabo actos de terrorismo y había saboteado otra planta de energía nuclear. Solo accedieron a ella mediante una combinación de amenazas y sobornos. Al igual que las demás plantas de energía «liberadas», el Gobierno Provisional descubrió que estaba en condiciones de reactivarse, aunque la infraestructura energética local estuviera descompuesta. Había postes eléctricos derribados, árboles que se habían desplomado sobre los cables de corriente y kilómetros de alambre de cobre que habían sido robados.

Las bases militares caían fácilmente o con grandes dificultades. En algunos casos, el Gobierno Provisional solo debía esperar a que las caravanas anunciaran que el comandante había recibido nuevas órdenes o había sido relevado. Esta estrategia funcionó en el primer destino, Fort Campbell, Kentucky. Las bases de la Fuerza Aérea de Little Rock y Tinker se descubrieron semiabandonadas.



El comandante de la base de la Fuerza Aérea de Arnold se limitó a darse la vuelta y hacerse el muerto.

La base de la Fuerza Aérea de Offut, en las inmediaciones de Omaha, Nebraska, fue una de las nueces más duras. El comandante no reconocía el Gobierno Provisional de Hutchings. Antes que enfrentarse al humilde contingente de defensa de la Fuerza Aérea en igualdad de condiciones, el general Uhlich decidió retirarse y reducirlo mediante el hambre. Hizo lo mismo en Camp Gruber, Oklahoma, donde el general de la Guardia Nacional le advirtió a Chambers Clarke que en tanto no recibiese otras órdenes de FORSCOM88 o el Pentágono, solo aceptaría las del gobernador de Oklahoma. El asedio y sometimiento de Offut y Camp Gruber solo requirió seis meses y apenas se produjeron bajas.

En Fort Riley, Kansas, se enfrentaron a una breve resistencia, aunque el comandante del fuerte acabó sometiéndose a una combinación de amenazas y un sustancioso soborno en oro. Cuando Fort Rucker, Alabama, se dobló ante el gobierno de Hutchings, este último controlaba la mayoría de los helicópteros operativos que quedaban en el inventario del ejército estadounidense. En Fort Leonard Wood, Misuri, reclutaron a un considerable número de soldados entrenados que se integraron en el ejército del Gobierno Provisional, que enseguida se ganó el sobrenombre de «los federales».

Fort Sill, Oklahoma, sede de la escuela de artillería del ejército estadounidense, estaba sumiéndose en la anarquía cuando llegaron los federales, aunque conservaba intacta la ingente reserva de municiones. Fort Gordon, Georgia, estaba bajo el mando de un general corrupto e inestable en el que ni siquiera confiaban sus propias tropas. La aparición de los federales supuso un alivio para los soldados, que sobre todo formaban parte del Cuerpo de Señales, aunque sufrieron una terrible decepción cuando descubrieron que el mando del Gobierno Provisional era todavía más corrupto.

Cuando el ejército llegó a la costa y «pacificó» Charleston, Carolina del Sur, el gobierno de Hutchings estableció de inmediato comunicación vía satélite con las naves de logística de la Marina estadounidense destinadas en todo el mundo y les ordenaron que regresaran a los Estados Unidos cuanto antes, explicándoles que se necesitaba la carga restante para reabastecer al ejército. Los puertos de Wilmington y Savannah se abrieron al poco tiempo. Y cuando el ejército llegó a la costa del Golfo, se comunicó de nuevo vía satélite con las Naciones Unidas, informando de que había puertos a disposición de las naves de transporte de vehículos y tropas de pacificación. Esto aceleró la llegada de las tropas de la ONU, que hasta entonces habían sido un hilillo de aviones que aterrizaban en las bases de la Fuerza Aérea de McConell, Tinker, Charleston y Pope. La reapertura de los puertos marítimos facilitó la entrada en los Estados Unidos de miles de soldados de las Naciones Unidas.

Sarawiwa, Belice

Septiembre, año dos

Cinco meses después de instalarse en la casa de los Mora, cuando creía que estaba recuperando las fuerzas, Andy cayó enfermo una noche, después de la cena. Tenía fiebre alta, sudores y dolores de estómago. Presentaba todos los síntomas de una gripe severa. Pero entonces le salieron sarpullidos en el pecho y las piernas y le brotaron erupciones cutáneas en las axilas. Además, le dolían las

muñecas. Nunca se había sentido tan indispuerto. Darci reconoció de inmediato los síntomas:

—Es una quebrantahuesos.

Andy se volvió a mirarla.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que un hueso roto haga esto? —exclamó.

—No, no, no. No se trata de la pierna rota. No tiene nada que ver con eso. Es una fiebre, la fiebre quebrantahuesos, la fiebre del dengue. La gente la llama «quebrantahuesos» porque causa un gran dolor en las articulaciones.

Andy estaba terriblemente enfermo. Los lapsos de fiebre y delirios duraban diez horas o incluso más. El dolor de los músculos y las articulaciones se intensificó tanto que solo era soportable con Tylenol. A veces se lo administraban con codeína. Andy sufrió diarreas y vómitos durante tres días.

Durante uno de los intervalos de lucidez, Mora le explicó que la fiebre del dengue se debía a un virus que el mosquito tigre contagiaba a las personas y que no existía un tratamiento específico.

—¿No debería volver al hospital? —quiso saber Andy.

—No. A menos que empeores significativamente y necesites suero intravenoso, el tratamiento sería el mismo: líquidos y descanso. Seguiré comprobando tus constantes vitales regularmente. Existe algo llamado «síndrome de shock del dengue». Eso es lo que realmente mata, pero no es muy común. Tienes que dejar que tu sistema inmunológico luche contra esto.

Al cabo de diez días, los embates más severos de la enfermedad habían quedado atrás, pero Andy seguía deprimido. Obedeciendo los consejos de Darci, bebía mucha agua, aunque se quejaba de un extraño regusto en la boca, casi como si estuviera chupando una pastilla de zinc.

La recuperación de la fiebre del dengue fue lenta. Andy pasaba muchas horas en la cama, sintiéndose debilitado. Leía la Biblia constantemente. Cuando estaba deprimido leía el libro de Job, con el que adquiriría cierta perspectiva sobre sus insignificantes tribulaciones. Además, para mejorar su limitado dominio del español, realizaba con frecuencia lecturas paralelas, versículo a versículo, de la Biblia del rey Jacobo y la edición española de la «*Santa Biblia*» de los Mora.

Leía en voz alta sus versículos favoritos, como el siguiente fragmento del salmo 119:

—Tú eres mi cobijo y mi refugio; confío en tu palabra. Apartaos de mí, malvados; cumplo los mandamientos de mi Dios. Acógeme en tu palabra, concédeme la vida y no dejes que me avergüence de mi esperanza. Protégeme y estaré seguro y respetaré siempre tus imágenes. Aplastas a todos los que se apartan de tus mandamientos, porque sus apariencias son falsas. Porque alejas a los malvados de la tierra como si fueran escoria, amo tus testimonios.

El loro verde de los Mora, al que llamaban *Payasito*, entretuvo a Andy mientras duró la convalecencia. Andy suplicaba que llevaran el pájaro a la habitación con tanta frecuencia que Gabe acabó instalando la jaula junto a su cama, explicándole sencillamente:

—Desde ahora podéis haceros compañía el uno al otro.

Laine explicaba jocosamente que *Payasito* le estaba enseñando vocabulario español.

—Cuando vaya a un restaurante, la gente se preguntará por qué solo pido cacahuètes. —A continuación, imitando los sonidos del loro, añadía—: *Cacahuètes, por favor.*

Al cabo de algún tiempo, Andy retomó el régimen de ejercicios y colaboraba en las tareas de Gabe. Este seguía cazando con frecuencia, abasteciendo a la familia de carne, aunque también se reservaba una cuota extra para el trueque. Andy lo ayudaba despellejando y descuartizando las piezas.

Mora cazaba sobre todo *gibnuts* nativos, grandes roedores semejantes a cobayas que comúnmente recibían el nombre de «pacas», «tepezcuintles» o el más correcto de «pacas de las llanuras». Aunque también cazaba pecaríes, ciervos, armadillos, iguanas y tapires, los *gibnuts* eran sus favoritos; eran sabrosos y se encontraban en abundancia. Los llamaba jocosamente «las ratas de la reina», en referencia a la ocasión en que la reina Isabel había comido *gibnut* durante una visita a Belice y un periódico británico había publicado el titular: «La reina come ratas». Mora le explicó a Andy que estos roedores se reproducían rápidamente y se encontraban en gran número en todo el país. Gabe se enorgullecía de que siempre les acertaba en la cabeza y no desperdiciaba la carne. Raras veces erraba el blanco.

Mora tenía dos rifles de percusión anular del calibre .22, un revólver Taurus del .22, un rifle Lee-Enfield del .303 con «modificaciones deportivas» y dos escopetas. El mejor rifle del .22 era un Marlin con mira telescópica con todas las secciones metálicas, así como la mira, pintadas de verde para protegerlas del óxido en aquella atmósfera húmeda tan implacable. La pintura se descascarillaba con frecuencia y los retoques eran visibles. Ese era el rifle de *gibnuts* de Mora. Cuando Andy quiso saber si las armas estaban registradas, Gabe se rió entre dientes y respondió:

—No. ¡Ni hablar! Yo diría que solo la mitad de las armas del país están registradas. El registro es un chiste, sobre todo en las regiones selváticas. Algunos tienen incluso AK automáticos y antiguas subametralladoras de la Segunda Guerra Mundial que no están registradas.

Andy se unió a las cacerías de Mora. Durante estas excursiones Gabe trataba de enseñarle los nombres de las especies de árboles locales, aunque enseguida se mezclaron en un confuso galimatías. El viejo leñador mencionó que había más de setecientas especies en Belice y solo conocía los nombres de la mitad de ellas.

—Bueno, es más importante que aprenda a comprar comida y pedir indicaciones en español que los nombres de todos los árboles —dijo al fin Andy.

Andy citaba la Biblia a menudo durante sus conversaciones con Gabe, que se había educado en el catolicismo pero no conocía demasiado bien las Escrituras. En una ocasión le confió:

—Hace años que no voy a misa ni me confieso. He trabajado en estos campamentos apartados durante tanto tiempo que he perdido la costumbre. Seguro que Dios no me acepta.

Pero Andy lo tranquilizó diciendo:

—Lo único que se necesita es tener fe en Jesucristo. Ese es el camino al cielo, el único camino. Cree en Él y arrepiéntete. Es así de sencillo. —Laine animaba a Mora regularmente a leer la Biblia. Además, rezaba todos los días para que Gabe y Darci volvieran al rebaño.

En el transcurso de una de las cacerías más largas, Gabe le mostró su reserva secreta de gasolina, sepultada en la ladera de un risco en la finca boscosa de su tío, a cinco kilómetros al oeste de Sarawiwa. Además, le explicó la técnica de almacenamiento de combustible. Cuando trabajaba como leñador, había descubierto que si se guardaba la gasolina en bidones de plástico de ciento veinticinco litros con los tapones sellados se mantenía en condiciones de uso durante cuatro años, aunque no se añadieran estabilizadores. Asimismo, si se conservaba de este modo, el diesel duraba mucho más si se trataba con antimicrobianos.

Los barriles azules de alimentos que Gabe utilizaba para la gasolina tenían juntas blancas en los tapones que se hinchaban ligeramente pero no se deterioraban. Estos bidones de plástico se guardaban dentro de dos tambores de acero de doscientos litros y no recibían la luz directa. A continuación, los tambores se cubrían con una lona verde oscuro. Mora había descubierto que debido a los cambios de temperatura los bidones de plástico se expandían y se contraían con el combustible. La falta de ventilación solucionaba los problemas de la condensación de agua, la evaporación y otros agentes contaminantes. Asimismo, suponía que en el caso de que el depósito de ciento veinticinco litros estallara de forma inesperada, el combustible quedaría contenido en el tambor de acero.

En esta cacería Mora abatió a la primera iguana que Andy había visto en su hábitat natural. Mora descerrajó un solo disparo en la nuca al voluminoso lagarto con el rifle Marlin del .22. La iguana medía más de un metro de largo y tenía una gruesa cola que en opinión de Mora era un indicio de que estaba sana. La iguana, que la familia Mora llamaba «pollo de bambú», era uno de sus platos favoritos. Gabe decía que lo único que tenía que hacer para que su hija y su yerno fueran a visitarlos era decirles que iba a servir iguana.

Durante la convalecencia, Andy continuó estableciendo contactos radiofónicos de alta frecuencia cada semana. Más de la mitad de estos tenían éxito. Estas conversaciones en código Morse con su hermano y su prometida mantenían su moral alta.

Aunque Gabe Mora había reducido drásticamente el consumo de combustible después de que estallara la Escasez, iba con frecuencia en bicicleta a Sarawiwa o incluso a Dangriga en busca de alimentos. Siempre llevaba consigo el revólver Taurus del .22. A menudo divisaba animales salvajes cerca de la carretera y llevaba a casa proteínas extra.

Bloomfield, Nuevo México

Abril, año dos

Lars y Lisbeth Laine pasaban mucho tiempo en la «cabina de radio» (una esquina del dormitorio), no solo las noches de los martes. Se habían convertido en ávidos oyente de onda corta y trataban de mantenerse al corriente de los acontecimientos recientes repasando las bandas de transmisión

internacionales en las frecuencias de nueve y once megaherzios, escuchando emisoras como la BBC, Radio Holanda, Radio Habana Cuba, Canal África, la ecuatoriana HCJB y la japonesa NHK. Asimismo sintonizaban Radio Australia en 17.795 MHz. Aquella letanía de noticias económicas desastrosas, movimientos de refugiados, atentados terroristas y disturbios generalizados resultaba desconcertante, aunque era todavía más inquietante cuando alguna de las emisoras abandonaba las ondas.

Los Laine también captaban noticias interesantes escuchando a radioaficionados de todas las regiones de los Estados Unidos, sobre todo al este de las Montañas Rocosas. Pero habían comprobado que las regiones del noreste eran más complicadas. Al principio Lars suponía que se debía a que la transmisión era mala o las señales más débiles. Pero luego cayó en la cuenta de que el auténtico motivo eran los graves desórdenes sociales y la falta de corriente. La mayor parte del tiempo Lars escuchaba las conversaciones de otros radioaficionados y no utilizaba el micrófono. Solo cuando Kaylee le rogaba que estableciera contacto con sus familiares, que vivían en los alrededores de New Braunfels, Texas, conectaba el micrófono y establecía contacto con otros. Gracias a ellos averiguó que la familia de Kaylee estaba sana y salva. También estaba en contacto con la familia de Lisbeth en el este de Colorado. Su madre había muerto a causa de un coma diabético, pero su padre y su hermano estaban vivos y trabajaban en un molino de grano. Lars no había conseguido establecer contacto con la familia de su madre. Los Bådgård vivían en Minnesota, uno de los lugares donde el número de habitantes había descendido considerablemente debido a la combinación de inviernos rigurosos y una densidad de población relativamente alta.

*88 Forces Command.*

## Trabajo social

«Esta ocasión de establecer un orden mundial realmente pacífico e interdependiente no durará mucho tiempo. Nos encontramos al borde de una transformación global. Lo único que hace falta es una crisis adecuada para que las naciones acepten el Nuevo Orden Mundial».

—David Rockefeller, dirigiéndose a los embajadores de las Naciones Unidas, 14 de septiembre de 1994

Sarawiwa, Belice

Febrero, año tres

Preparándose para la inminente partida, Andy compró comida enlatada y pilas para la radio y la linterna SureFire en Sarawiwa y Dangriga. Asimismo solicitó cartas de recomendación a Gabe Mora y al cónsul de la embajada norteamericana.

—Puedo llevarte hasta Orange Walk —dijo Gabe cuando Andy se declaró en condiciones de viajar—, pero antes me informaré sobre los criadores de caballos. Sé que hay algunos. Te escribiré una carta de recomendación para ellos.

Dos días después, durante la cena, anunció:

—He encontrado a un criador de caballos. Se llama Pedro Hierro y tiene un rancho al norte de Orange Walk, no muy lejos de la autopista del norte. Me han dicho que tiene algunos de los mejores caballos del distrito.

Consciente de que se marcharía enseguida, cuando estuvo a solas en el dormitorio Andy desembaló el hornillo Primus, extrajo dos monedas de oro de una onza envueltas en cinta adhesiva con un destornillador y montó de nuevo la pantalla térmica con cuidado.

Andy lamentaba que los cheques que el Departamento de Estado estadounidense le había enviado a Darci no tuvieran valor alguno, de modo que le ofreció a Gabe el juego de herramientas de la bicicleta y la voluminosa linterna Maglite, explicándole que debía deshacerse de lastre antes del viaje. Después de una oración, también le dio a Darci una de las monedas de oro American Eagle de una onza, una de las últimas que le quedaban.

—Has sido una bendición —dijo al entregársela—. Has hecho que me sintiera como en casa y has compartido tu comida y tu deliciosa cocina conmigo durante muchos meses. Esto es lo menos que puedo hacer para darte las gracias. No aceptaré un no por respuesta.

El trayecto hasta Orange Walk fue muy agradable. Gabe señalaba las vistas y le explicaba los detalles de la historia de la región. A medida que se aproximaban a Orange Walk, se toparon con docenas de granjas menonitas.

—Empezaron a instalarse en esta región en la década de 1950 —dijo Gabe—. Son buena gente. Cuando cayeron las redes de energía, aquellos que pertenecían a la Antigua Orden ni siquiera se dieron cuenta. No creen en la corriente eléctrica. Pero no sé qué suerte habrán corrido con la llegada de las bandas guatemaltecas, porque tampoco creen en las armas.

Laine se apeó frente a la puerta del rancho de caballos, donde un sencillito rótulo escrito a mano rezaba: «*Pedro Hierro, caballos excelentes*». Los pastos estaban delimitados mediante verjas de gruesos tubos de acero soldados y pintados de blanco que sin duda habían requerido muchas horas de construcción. Una robusta casita de un solo bloque dominaba los pastos y un campo de heno.

—Creo que debería dejarte aquí —dijo Gabe—. Este tipo no me conoce, así que es preferible que te

presentes tú mismo. A lo mejor se pone nervioso si subimos los dos.

Andy asintió. Como la puerta del rancho estaba cerrada, se encaramó a ella y saltó hasta el otro lado. Gabe le alargó la mochila y Andy se la echó al hombro. Los dos se estrecharon la mano a través de la reja y Mora dijo con vehemencia:

—Dios se encargará de que llegues a casa sano y salvo.

Andy asintió y sonrió.

—Y tú también. *Con Dios*, Gabe. —Se volvió y enfiló la colina. Observó que había más de una docena de yeguas y casi otros tantos potrillos en el pasto que se extendía a la derecha. Debajo de la casa había un establo para un solo caballo, que ocupaba un hermoso semental castaño oscuro de larga cabellera y pelaje reluciente. Andy oyó que el coche de Mora se alejaba.

Un anciano salió al porche y observó a Laine mientras este se aproximaba. La esposa lo miraba desde la puerta abierta. El hombre sostenía despreocupadamente una escopeta de dos cañones entre los brazos.

Andy le dirigió un saludo.

—*¡Saludos!* Me gustaría comprarle un caballo —exclamó. Pedro Hierro leyó atentamente las dos cartas de recomendación de Andy. A continuación, antes incluso de hablarle de las monturas disponibles, le preguntó cómo pensaba pagarlo.

—*En monedas de oro. Yo tengo un Krugerrand.* Es una moneda de *una onza de oro*.

Los ojos de Hierro se iluminaron.

—Venga, venga a ver los caballos —lo invitó.

Los caballos que Pedro Hierro tenía a la venta se encontraban en el pasto de atrás. Les silbó y meneó un cubo de grano medio lleno. Casi veinte caballos acudieron al galope. Cuando hubieron entrado en el establo, Hierro cerró hábilmente la puerta tras ellos. Laine estaba impresionado ante la rapidez de sus movimientos, teniendo en cuenta que era un anciano.

Andy apoyó los antebrazos en la barandilla del establo para inspeccionarlos. Uno de ellos cojeaba imperceptiblemente, quizá debido a un problema de los cascos, pero todos los demás parecían sanos y en buena forma. La mayoría eran caballos castrados, aunque también había algunas yeguas.

—¿Tiene caballos domados que no hagan ruido? *¿Bien callados, tranquilos?*

El anciano señaló un corpulento caballo castrado castaño que se hallaba a cierta distancia de la manada.

—*Sí, este caballo que está castrado.*

Andy opinaba que tenía una ascendencia fuerte, quizá andaluza. Además, no tenía una sola mancha blanca en todo el cuerpo y eso le gustaba. Aparentaba dieciséis palmos o incluso más.

—¿*Cómo se llama?* —quiso saber.

—Prieto. —Al cabo de una pausa el criador añadió—: Prieto *es muy tranquilo*. Es el más silencioso de todos mis caballos. Este grandullón no *resopla*. Ni tampoco *relincha*.

Andy inclinó la cabeza.

—¿*Qué? ¿Qué es «relinchar»?* —preguntó.

—Un *relincho* es lo que ustedes llaman un «quejido».

—Ah. *Muy bueno*. ¿Está domado?

—*Sí, sí, señor*. Tiene cuatro años.

Andy se encaramó a la barandilla y se acercó al caballo. Lo miró a los ojos y le acarició el lado del cuello, emitiendo un susurro suave y tranquilizador. A continuación canturreó el nombre de la montura.

—Prieto, Prieto. —El caballo meneó la cabeza y alargó el hocico debajo de la mandíbula de Andy, que le rascó la cabeza, entre las orejas y debajo del flequillo durante unos minutos. A modo de respuesta, el caballo movió la boca como si estuviera masticando algo.

Andy lo examinó atentamente y observó cicatrices y carne abultada en el jarrete y el flanco trasero.

—Esas cicatrices son de cuando lo mordió otro caballo cuando era joven —explicó Hierro—. Si no fuera por ellas, creo que ya lo habría vendido.

—¿Puedo probarlo?

El anciano se rió y asintió.

—*Por supuesto*.

El «rodaje» de Andy se prolongó durante más de una hora. Pedro Hierro lo acompañaba a lomos de su yegua favorita. Se dirigieron juntos al río Nuevo. Cuando remontaron las riberas más elevadas, Andy comprobó que Prieto se mostraba confiado sobre el terreno empinado. Vadeó el río dos veces hasta asegurarse de que tampoco le tenía miedo al agua.

La silla que Hierro le había dejado era del tamaño adecuado, aunque habría preferido una almohadilla más gruesa. Cuando hubo resuelto algunas dificultades con los arreos (deteniéndose en una ocasión para ajustar la altura de los estribos antes de la marcha) y averiguado el paso que prefería el caballo, la excursión transcurrió sin incidencias. Andy y Prieto establecieron un vínculo enseguida. Era evidente que el caballo estaba bien adiestrado y se llevaba bien de las riendas. No se



resistía cuando lo conducía a terrenos empinados ni rocosos. Y además era tan silencioso como le había asegurado el anciano.

Regresaron trotando a la casa de Hierro. Cuando desensillaron las monturas, Andy miró al anciano a los ojos y declaró:

—Me gusta este *caballo*. Me servirá. Esta es mi oferta: le ofrezco el Krugerrand de una onza a cambio de Prieto, la silla, el bocado y el freno, una pareja de bridas, una correa y dos alforjas grandes.

Pedro Hierro asintió despacio y le dedicó una tenue sonrisa.

—Enséñeme el oro.

A la mañana siguiente, cuando abandonó el rancho, Andy tenía todo lo que había solicitado, así como un cubo de tela plegable, un cepillo y un juego de pinzas para los cascos. Enseguida modificó la silla con un punzón de cuero y unas tiras de nailon, asegurando la mochila detrás de la cubierta y protegiendo al caballo con una almohadilla extra grande. De esta forma, tendría más dificultades para montar y desmontar, pero no necesitaría otro caballo de carga. Su objetivo era pasar desapercibido durante el viaje.

La frontera mexicana se hallaba a cincuenta y cinco kilómetros del rancho. Andy se proponía cruzarla en Santa Elena, al oeste de la populosa ciudad de Chetumal, en el río Hondo. Aquella noche acampó en la selva, cerca de la aldea de Chan Chen, a solo seis kilómetros de la frontera. Le concedió al caballo más de una hora para que pastara en un prado mientras él cenaba una lata de chili. A continuación se internó con Prieto en la espesura.

Le puso las bridas al caballo y acampó en una loma. Fue una noche angustiosa. Estaba inquieto y dolorido a causa del viaje. Deseaba desesperadamente hablar con Kaylee, pero todavía quedaban dos días hasta el siguiente contacto establecido. Después de una noche de sueño inconstante en el saco, intranquilo a causa del caballo y el inminente cruce de la frontera, se despertó al alba. Desayunó pan de maíz del día anterior y cecina de cola de iguana. Ya echaba de menos la cocina de la *señora* Mora.

Antes de marcharse, llenó de nuevo la mochila, ocultando la pistola y los accesorios de esta en el fondo, entre un voluminoso fardo de ropas sujeto con una cuerda, confiando en que sería lo último que registraran los oficiales de aduanas.

El cruce de la frontera fue más sencillo de lo que había esperado. El paso de Santa Elena era una estructura sencilla. La visión del caballo apenas llamaba la atención.

Los turistas debían abonar un impuesto de veinte dólares cuando abandonaban Belice, pero los agentes hicieron una excepción cuando leyeron la carta del cónsul. En el lado mexicano, la inspección del pasaporte fue algo descuidada. Los agentes de aduanas mexicanos tenían un aire aburrido cuando sellaron el nuevo pasaporte americano de Andy, limitándose a indicarle que pasara.

En la alforja, al alcance de la mano, Andy había dispuesto de antemano la factura de compra y el certificado del veterinario que le había facilitado Hierro, así como las cartas de recomendación. Hasta llevaba una moneda de oro American Eagle de media onza en el bolsillo de los pantalones, dispuesto a ofrecerla como soborno si hacía falta. Experimentó un gran alivio cuando no fue necesario.

A escasos kilómetros de la frontera, condujo a Prieto hacia una espesura de arbustos oculta de la carretera y extrajo la pistola. Se abrochó la cartuchera en el cinturón, en el sitio de siempre, encima de la nalga derecha. Se sentía más cómodo sabiendo que la SIG estaba bien protegida y lista para la acción debajo del chaleco de cuero, que casi siempre llevaba desabrochado. Se mantuvo alejado de la carretera, siguiendo lo que semejava un camino de motocicletas que discurría en paralelo, a corta distancia.

La carretera de Ramonal, hacia el oeste, estaba desierta. No circulaban autobuses y solo transitaban algunas camionetas de rancheros locales. Al oeste del lago Milagros, Andy observó que estaba adentrándose en el territorio de los grandes ranchos. El terreno era considerablemente más arenoso. En algunos lugares la arena era blanca como la nieve. Las cercas de alambre de espino ahora flanqueaban los dos lados de la carretera. Sin embargo, la región tenía un aire más beliceño que mexicano. Los arbustos y los árboles seguían siendo los mismos. Solo habían cambiado las matrículas de las camionetas. Algunas de las cercas estaban combadas y ofrecían un aspecto cómico, y Laine se preguntó cómo contendrían al ganado.

Andy quería desviarse hacia el norte, pero sabía que antes debía desplazarse hacia el oeste durante más de una semana, contorneando el Golfo de México, así que cada día cabalgaba hacia el crepúsculo, confiando y esperando el momento de dirigirse al norte, cuando llegara a Villahermosa, que se hallaba a casi quinientos kilómetros al suroeste. Confiaba en recorrer más de cincuenta kilómetros diarios, si encontraba comida y agua en abundancia para el caballo. En teoría, podía llegar a Nuevo México, que se encontraba a dos mil ochocientos kilómetros, en apenas dos meses, aunque «a vuelo de pájaro»; siendo realista, sabía que tardaría al menos el doble. Había desiertos y cordilleras montañosas más adelante, y muchos peligros desconocidos.

Si viajaba solamente durante la noche, correría menos peligro en algunos sentidos, aunque también temía tropezarse con alguna emboscada, y se formaban nubes de miles de mosquitos. Debía embadurnarse con repelente de insectos para ahuyentarlos. Apiadándose de Prieto, Laine le aplicaba un poco de loción alrededor de los ojos antes de que se acostaran cada noche. Cada mañana temía salir de la mosquitera del saco de vivac.

Laine estrechaba las bridas de Prieto todas las noches y observaba complacido que el caballo raras veces se aventuraba a más de una decena de metros del saco. Algunas noches apenas se movía. El sonido de la respiración del caballo y el movimiento acompasado de la cola resultaban reconfortantes. Andy confiaba en que Prieto le advirtiera si había hombres o jaguares acercándose al campamento. Hasta se acostumbró a las rutinas cotidianas de las micciones, deyecciones y flatulencias del caballo. Prieto manifestaba síntomas de nerviosismo durante una hora cuando Andy se recostaba en el saco cada noche. Soltaba una sonora flatulencia, resoplaba audiblemente a través del hocico y al fin se quedaba quieto, a veces durante toda la noche. Al principio Andy se reía con aquella rutina.

Se acostumbró a cepillarlo dos veces al día y a limpiarle los cascos. La tarea que requería más tiempo era la búsqueda y extracción de pulgas. A menudo las encontraba en el vientre o en una de las orejas. Si el caballo meneaba la cabeza durante el día, Andy se detenía, desmontaba y le inspeccionaba las orejas en busca de pulgas. Esta solía ser la causa.

Andy intentó establecer contacto radiofónico desde México dos días después, un martes por la noche. La transmisión era tan débil que ni siquiera recibía la señal de Lars, que hasta entonces había sido fuerte. Desistió, enojado.

Prieto trataba de demorarse con los cascos en el agua cuando abrevaba. Andy habría querido complacerlo, pero creía que era peligroso. Después de todo, los pasos de los desfiladeros y los ríos eran zonas de alto riesgo de emboscadas.

Además, temía que el caballo comiera hierbas venenosas, así que solo se detenía y dejaba que Prieto comiera hierbas que reconocía. A veces el caballo se internaba en una sección de hierba especialmente sabrosa y se resistía a moverse. Cuando esto sucedía, Andy tiraba con fuerza de las riendas de Prieto, o si en ese momento había desmontado, cerraba el puño, alargaba el dedo pulgar y lo hincaba en el pecho de la montura mientras le ordenaba que retrocediera con las palabras:

—*¡Hacia atrás!*

A pesar de las costumbres extravagantes de Prieto, su inteligencia y sus instintos impresionaban a Andy. El caballo tenía un sentido especialmente fino para las serpientes. En más de una ocasión, Andy estaba cabalgando al trote junto a la carretera y de repente Prieto se había detenido, echando las orejas hacia atrás. Siempre había una serpiente unos pasos más adelante. Si era una *fer-de-lance* (a las que en Belice llamaban «Tommy Goff») o una especie no identificada, Andy simplemente describía un amplio círculo para eludirla. Pero si se trataba de una gran serpiente de cascabel, Andy desmontaba y ataba a Prieto a una distancia prudente. A continuación inmovilizaba la cabeza de la serpiente empleando una rama y la decapitaba con la navaja de bolsillo. Las serpientes de cascabel eran muy nutritivas. Pero Prieto tenía tanto miedo a las serpientes que se encabritaba. Andy había descubierto que la única forma de acercarse al caballo cuando sostenía una serpiente muerta consistía en esconderla dentro de un saco.

Debido al espacio limitado de la mochila, Andy solo llevaba comida para cuatro o cinco días. Cuando llegó al pueblo de Escarcega, apenas le quedaban algunos bocados. Observó un rótulo en un humilde edificio de mampostería con gruesos barrotes en las ventanas: «*Monedas-numismática*».

Un anuncio que colgaba al otro lado del escaparate indicaba «*Abierto*». Cuando Laine desmontó, un muchacho que llevaba un voluminoso *sombrero* se acercó y le preguntó:

—*¿Le cuido su caballo?* —Andy asintió afirmativamente y le entregó las riendas de Prieto, diciéndole:

—*Aproximadamente veinte minutos.*

Al igual que en la tienda de monedas de Alemania, le franquearon el paso con un portero automático.

La puerta se cerró a sus espaldas con un sonoro chasquido. Detrás de aquella había otra. A la izquierda había una ventanilla y un guardia armado sentado que observaba al caballo y al muchacho a través de otra ventana.

—¿Ese chico es de confianza? —quiso saber Andy.

—*Sí, mi chico es de confianza* —gruñó el guardia.

Andy reparó en un rótulo que advertía que debía entregarle las armas: «*Registrar todas las armas aquí. ¡Sin excepciones!*». Exhaló un suspiro y musitó:

—Vale, tu casa, tus reglas. —Bajo la mirada atenta del guardia, que estaba armado con una curiosa escopeta antigua de tres cañones, Andy desfundó la SIG despacio, expulsó el cargador y vació la recámara, deslizando la corredera hacia atrás. Le ofreció la culata de la pistola a través de la ventanilla y se guardó el cargador y el cartucho en el bolsillo de los pantalones. A continuación le entregó al guardia la navaja plegable CRKT y la herramienta Leatherman que llevaba en el otro bolsillo.

Sonó un segundo timbre y Laine accedió a la sección más grande de la tienda de monedas. Observó con sorpresa que el dueño del establecimiento era un hombre calvo y arrugado en una silla de ruedas. El guardia de la escopeta se dio la vuelta en el taburete y observó atentamente todo lo que acontecía.

La tienda estaba iluminada gracias al sol que entraba a través de las ventanas, así como unas cuantas tiras de luces LED blancas, de las que hasta entonces había visto en los árboles de Navidad. Andy dedujo que las luces y el cerrojo de la puerta se alimentaban mediante energía solar. Muy astuto.

—¿Habla inglés? —le preguntó al hombre de la silla de ruedas.

—Sí, así es. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Quiero cambiar este Krugerrand en monedas de plata. Lo que considere más apropiado para comprar comida durante el viaje. ¿Tiene *pesos* de plata, o quizá monedas de una *onza de plata*? No me importa en qué estado se encuentren. Lo único que me preocupa es el contenido en plata. —Le entregó el Krugerrand al dueño de la tienda.

Andy sonrió cuando observó que este repetía los mismos pasos que había visto en Alemania para asegurarse de que la moneda era auténtica. Comprendió que algunas de las técnicas del oficio eran universales.

El hombre alzó la mirada con una sonrisa y declaró:

—Puedo darle cuarenta y ocho monedas de cinco pesos de plata acuñadas antes de 1958 a cambio de esta moneda. Estoy seguro de que sabe que las monedas de cinco pesos de esta época tienen un 72% de plata y 0,6431 de una onza troy de plata.

Andy realizó mentalmente los cálculos.

—Hmmm... ¿Qué le parecen cincuenta y cinco? Esa sería una proporción más justa.

—No puedo ofrecerle más de cincuenta y dos.

Andy asintió.

—Me parece aceptable —dijo—, pero solo si me da diez monedas de plata de un peso en lugar de dos de cinco.

—Sí, puedo incluir algunas monedas más pequeñas. Todas son Juárez de un peso de plata de 1957. Es una acuñación muy común, pero no están demasiado gastadas.

—Excelente. Trato hecho. —Se estrecharon la mano.

El tratante contó las monedas, depositándolas en montones de cinco sobre una bandeja cubierta de fieltro azul. Andy confirmó la cuenta. El tratante guardó entonces las monedas en un saquito de tela que ostentaba el sello: «Primer Banco Comunitario Nacional de Brownsville, Texas». Andy esbozó una sonrisa ante la visión de la bolsa. Ahora se sentía más cerca de los Estados Unidos y estaba impaciente.

Se despidió amistosamente del tratante y extrajo del saco un puñado de monedas de uno y cinco pesos que se guardó en uno de los bolsillos mientras guardaba el resto en otro más pequeño, dentro del saco de tela. Cuando le devolvieron los cuchillos y la pistola, recargó y enfundó la SIG. El guardia le dirigió un asentimiento afable.

Le abrieron la puerta de la calle y encontró al muchacho montando guardia, sosteniendo todavía las riendas de Prieto. Laine hundió la mano en el bolsillo y extrajo una moneda de plata de un peso, que le ofreció al muchacho, diciendo:

—*Una moneda de plata, para ti. Gracias por tu trabajito.*

El muchacho sonrió.

—*¡Muchas gracias, señor!* —exclamó, y se fue corriendo, cantando.

Había una *pulpería* a dos manzanas al oeste. Media tienda de alimentación estaba al aire libre, con siete toscas mesas a la sombra de una celosía. Dos adolescentes de aspecto aburrido con antiguas carabinas Mauser mexicanas montaban guardia. El establecimiento disponía de una selección sorprendentemente buena. Andy compró dos grandes bolsas de *carne seca*, una docena de manzanas, cinco zanahorias de gran tamaño, ocho latas de *chili con carne*, una docena de filetes de caballa española secada al sol, seis latas de sopa de pollo con fideos, ocho barritas de caramelo Big Hunk y una bolsa de galletas del tamaño de dos hogazas de pan. Andy regateó con el dependiente durante un rato hasta que ambos establecieron un importe de un peso y medio de plata. Le devolvió una moneda de un peso cortada por la mitad. Considerando los precios de la *pulpería*, no tenía nada de extraño que el muchacho se hubiera alegrado tanto al recibir un peso de plata.

Andy guardó toda la comida en la mochila y las alforjas. Le ofreció una zanahoria a Prieto, que la

mordisqueó con gusto y arrimó el hocico a Andy, confiando en que le diera otra, pero las estaba reservando para los días venideros.

El viaje a través de los estados de Quintana Roo y Campeche fue lento. Andy trataba de eludir las grandes poblaciones, al tiempo que se desviaba hacia las aldeas más pequeñas, donde siempre preguntaba: «*¿Saben si más adelante hay bandidos en el camino?*».

En la aldea de La Pita recibió una respuesta afirmativa. Allí, un hombre barrigón le advirtió que una banda de forajidos controlaba la aldea de Mamantel, a escasos kilómetros de distancia. Sin embargo, le dibujó un mapa en el que le mostraba una carretera que contorneaba el lado oeste de la aldea. Andy le agradeció las advertencias y le entregó dos pesos de plata con las palabras: «*Gracias por su advertencia*».

Andy esperó a que anocheciera para rodear Mamantel. El viaje fue angustioso, aunque sin incidencias, a excepción de los ladridos de algunos perros.

El trayecto hacia el norte a través de México adquirió enseguida cierta cadencia. Después de treinta o cuarenta kilómetros de cabalgada, Andy buscaba algún bosque o espesura de arbustos donde acampar discretamente. Escrutaba en todas direcciones, con los ojos y después con los prismáticos, comprobando si había alguien observándolo. Si en efecto había alguien en las inmediaciones, dejaba que Prieto pastara o limpiaba los cascos del caballo hasta que se hubiera perdido de vista. Entonces conducía silenciosamente al caballo hasta el bosque, internándose al menos ciento ochenta metros o más, si el bosque no era muy espeso. Acampar solo lo inquietaba. Siempre temía que lo observaran y lo siguieran.

Más adelante Andy se dirigió a la pequeña ciudad de Macuspana, en el estado de Tabasco, situada en una amplia cuenca agrícola, donde encontró abundantes verduras frescas a precios excelentes. En el mercado central, con tejado de paja, había muchas moscas, pero la fruta y las verduras tenían buen aspecto. La oferta más ventajosa fue un gran saco de pescado seco que le duraría más de una semana. Era tan grande que Andy lo ató al pomo de la silla. Prieto resopló al principio, pero con algunas correcciones amables de Andy el caballo lo dejó tranquilo.

Andy decidió que era preferible seguir la Costa del Golfo hacia el norte, recorriendo las carreteras menos transitadas. Había sopesado una ruta más directa hacia el oeste en dirección a Nuevo México, pero el agua y las ocasiones de comprar comida serían dudosas, el terreno más escarpado y los pastos más improbables. Viajando con cautela, recorría unos treinta kilómetros al día. Rodeaba las poblaciones más grandes como Minatitlán y Veracruz. No quería ni acercarse a Ciudad de México, de ocho coma cuatro millones de habitantes, pues se decía que estaba sumida en el caos. Andy suponía que muchos de aquellos desórdenes se habrían extendido hasta los suburbios e incluso más allá.

Un martes por la noche, Andy estableció contacto radiofónico en alta frecuencia con Lars. Se emocionó utilizando la señal de llamada «4A/K5CLA» con el prefijo «4A» que indicaba que estaba transmitiendo desde México. Lars se apercibió inmediatamente de la importancia del prefijo, aunque tuvo que explicárselo a Beth y Kaylee. Como de costumbre en estos contactos, Andy le ofreció a Kaylee un resumen del viaje, hablándole de las cosas que había visto, de sus sentimientos y en este

caso también de algunas de las excentricidades de Prieto.

Aquella misma noche se despertó con una extraña sensación. Enseguida comprendió que se trataba de Prieto, que estaba aplastando con los cascos a una serpiente de cascabel pigmea a escasos metros de la cabeza de Andy. Este ni siquiera salió del saco. Le ordenó a Prieto que se retirase diciendo: «¡Atrás! ¡Hacia atrás!». Abrió la cremallera, cogió el cuerpo de la serpiente aplastada por detrás de la cabeza y lo arrojó lejos del campamento. A continuación subió de nuevo la cremallera y murmuró:

—Buenas noches, *Supercaballo*.

Cuando Andy viajaba al norte de Orizaba, la densidad de población aumentó considerablemente. Había más tráfico en las carreteras, así como un sorprendente número de motocicletas. Algunos de los conductores tenían aspecto de maleantes. Andy se vio obligado a volverse mucho más selectivo con los lugares donde acampaba. Albergaba un miedo creciente de que alguien viera dónde se había refugiado en el bosque y lo atacara.

A menudo oía ráfagas de disparos a lo lejos. Eran demasiado apresurados para que se tratara de cazadores. Era indudable que la delincuencia se había convertido en un grave problema en los alrededores y se estaba resolviendo a tiros.

En las inmediaciones de Zempoala, Andy entabló una sorprendente conversación con un adolescente de los alrededores que hablaba inglés fluido. El muchacho estaba armado con un rifle de corredera del calibre .22 que se echaba a la espalda con un trocho de cuerda de tender blanca. Andy comentó que las cosas estaban en calma en la costa. El adolescente explicó:

—Eso es porque se ha abierto la veda de *los caníbales de la ciudad*. En cuanto alguien ve a uno, le dispara. Después queman o entierran los cuerpos para que sus amigos no vayan a comérselo. Parece sacado de una película de zombies.

—Estás bromeando, ¿no?

—No es broma, señor. Hemos acabado con cientos de ellos de Ciudad de México y hasta algunos de Xalapa. Si alguna vez ve a desconocidos armados con cuchillos o machetes, con la ropa manchada de sangre y esa mirada en los ojos, no haga preguntas. No dude ni un instante. Dispáreles.

—¿Qué mirada en los ojos? —quiso saber Laine.

—Esa mirada. La mirada animal. La reconocerá cuando la vea. Después, la reconocerá *inmediatamente*.

Los comentarios del joven le causaron un escalofrío. Laine dudó de ello hasta que un agente de policía del siguiente pueblo lo corroboró. Resolvió alejarse cuanto antes de Ciudad de México.

## Avtomat Kalashnikov

«Lo que es complejo no es útil y lo que es útil es sencillo. Ese ha sido el lema de toda mi vida».

—Mijaíl Timoféyevich Kaláshnikov

Prieto tenía un aspecto saludable y sus cascos estaban en buen estado. Con la excepción de las picaduras de los mosquitos, las pulgas de arena y las quemaduras del sol, Andy también estaba sano. Cuando sus músculos se fortalecieron, las interminables jornadas a caballo se hicieron más soportables.

Laine rodeó Veracruz y recorrió la costa. En algunos trechos de arena dura, cabalgaba a lomos de Prieto, que era menos extenuante que cuando miraba constantemente por encima de su hombro en el arcén de la carretera. De tanto en tanto, cuando la espuma era ligera, dejaba que Prieto caminara sobre las olas que lamían la playa. Al caballo le gustaba mojarse los cascos. Pero el hermoso paisaje era una distracción y Andy trataba de mantenerse concentrado en todo momento. Debía esforzarse para mantenerse en un estado de alerta amarilla al menos. Mientras recorrían la playa, cantaba para sus adentros y para Prieto. A menudo entonaba la canción *bluegrass* de Jimmy Driftwood *Tennessee Stud* y fragmentos de canciones folclóricas mexicanas que había aprendido durante el viaje. Y cuando Prieto cabalgaba sobre la espuma, exclamaba repetidamente: «¡Vuelvo a casa, Kaylee, vuelvo a casa!».

La extensión de costa que mediaba entre los pueblos de Zempoala y Vega de Alatorre tenía un aire del «México antiguo» y sus habitantes eran muy hospitalarios. Muchos de ellos, además, se mostraban curiosos con Andy y el caballo. En aquella región no había tantos caballos, mulas y burros como tierra adentro, de manera que los niños corrían alegremente hacia Prieto, deseosos de ver y tocar a «*el caballo grande*». Prieto era muy paciente. Pero en una ocasión le quitó el *sombrero* de paja de la cabeza a un muchacho y se puso a mordisquearlo antes de que Laine tuviera ocasión de detenerlo. Andy se disculpó por «*mi caballo travieso*» y le dio un peso de plata al chico. Los chiquillos salieron corriendo con el sombrero mutilado y la moneda, gritando y riéndose. Andy se sorprendió cuando la madre del chico volvió al cabo de unos minutos, con tres cuartos de la moneda. Había cortado limpiamente el cuarto restante, explicándole: «Le ha pagado demasiado a mi hijo por el *sombrero*».

A medida que remontaba la costa, la dieta de Laine incluyó plátanos, cocos y más pescado seco. Había tantos cocos que siempre abría algunos de más. Después de beberse la leche, rascaba el interior con la navaja y le ofrecía la carne pulposa a Prieto, que la lamía gustosamente.



Como no quería desviarse rodeando los lagos, Andy decidió dirigirse a Tampico. Sabía que tardaría un día entero en cruzar la ciudad y las numerosas aldeas que se arracimaban al norte, así que decidió acampar antes de lo acostumbrado. Dejó que Prieto pastara durante largo rato en un prado que se encontraba a más de trescientos cincuenta metros de la autopista. Más adelante, mientras acampaba en medio de un amplio bosquecillo de cocoteros, Andy recordó una canción de la banda de Stan Kenton que había oído cuando era niño, en uno de los discos de setenta y ocho revoluciones por minuto de la abuela Bårdgård. Se titulaba Tampico. Cantó entre susurros:

«Ay, Tampico, Tampico, en el Golfo de México,

Tampico, Tampico, en México,

cómprate un bonito mantón,

un recuerdo para la tía Flo

de auténtico hilo mexicano

hecho en Idaho, oh...».

Al oír a Laine cantando, Prieto resopló. Andy reprendió al caballo para que guardara silencio:

—*Cállate, Prieto. No resopla.* —Andy continuó, aunque ahora solo tarareaba la melodía, porque no recordaba el resto de la letra.

Al día siguiente, el viaje a través de Tampico fue terrible. A las diez de la mañana, la temperatura había rebasado los treinta grados. Andy sabía que las bandas controlaban la ciudad y los pueblos de los alrededores. Vio a algunos hombres armados con un amplio surtido de AK, rifles de cerrojo, HK G3, M16, M4 y escopetas con mecanismo de corredera, solos y en parejas. Algunos lucían tatuajes en el cuello que le recordaron a los de los guatemaltecos que le habían robado. Se puso muy nervioso. Afortunadamente, ninguno de ellos trató de arrebatarse el caballo.

Mientras atravesaba Tampico, algunos muchachos en bicicleta le dieron alcance y le hicieron preguntas de una sola palabra sobre colores:

—*¿Rojo? ¿Azul? ¿Negro?* —Al principio, Andy no entendía a qué se referían y se encogía de hombros a modo de respuesta. Después cayó en la cuenta de que querían saber a qué banda pertenecía. Decidió desconcertarlos y exclamó:

—*El fortísimo. ¡Váyanse, chiquillos!*

No empezó a relajarse hasta media tarde, cuando llegó al pueblo de Ricardo Flores Magón. Se alegraba de alejarse del territorio de bandas de Tampico. Aquella noche, después de cruzar algunas plantaciones de café, acampó en un espeso bosque, a cien metros de un río. Aunque la ladera era demasiado empinada para su gusto, habían talado todos los árboles del terreno llano de la zona mucho tiempo atrás. La luna empezaba a desvanecerse pero todavía estaba casi llena. Andy se quedó dormido, ahito de plátanos silvestres.

Prieto lo despertó con un resoplido. Laine se incorporó en el saco y escuchó. Oía algo que se movía a través de la maleza, a veinte metros del campamento, ladera abajo. A la luz de la luna Andy veía a Prieto a una decena escasa de metros de distancia, señalando con el hocico. Erizaba las orejas y las echaba hacia atrás alternativamente. Era evidente que recelaba de algo. Lo primero que pensó Andy era que se trataba de un jaguar. Entonces oyó una tos; una tos humana. Laine desabrochó lentamente la cremallera de la mosquitera del saco y apuntó con la pistola SIG en la dirección de la que llegaban los ruidos. Solo su cabeza y sus antebrazos sobresalían del saco. Consciente de que sería fatal hacer algún sonido, decidió no moverse. No podía salir más sin hacer ruido. Escuchando atentamente, identificó los sonidos de dos personas remontando la colina.

Enseguida divisó a dos figuras que se dirigían directamente hacia Prieto. A medida que se acercaban, Andy distinguió algunos detalles. Los dos intrusos eran jóvenes musculosos y tenían la cabeza afeitada. Ambos llevaban camisetas blancas, uno de ellos sin mangas. Los dos empuñaban AK-47 y llevaban mochilas pequeñas. Andy ignoraba si se trataba de rancheros locales o plantadores de café. Cuando se hallaban a escasos cinco metros de distancia, observó que ambos estaban mirando al caballo. Aún no habían detectado a Andy, que estaba sentado en un punto oculto de la luz de la luna. Al acercarse, uno de ellos se echó el rifle al hombro y desactivó el seguro con un sonoro chasquido. Fue entonces cuando Andy vio que ambos tenían tatuajes que les cubrían casi todos los brazos y les rodeaban el cuello.

Andy alineó los objetivos verdes y relucientes de la SIG sobre la cabeza del hombre que había empuñado el AK y apretó el gatillo dos veces en rápida sucesión. El bandido se desplomó al instante. Entonces apuntó al otro, que se estaba volviendo y apuntaba con el rifle hacia los fogonazos de la boca de la pistola. Andy disparó rápidamente cinco veces contra el pecho del segundo asaltante, que también se desmoronó, gritando. Luego apuntó con cuidado y descerrajó un tiro en la cabeza a cada uno de ellos. El tiroteo sobresaltó a Prieto, que retrocedió dando extraños saltos, arrastrando los cascos delanteros atados y resoplando nerviosamente. Los dos bandidos se retorcieron sobre el terreno hasta desangrarse. Un perro ladró a lo lejos, a unos ochocientos metros de distancia.

Andy buscó a tientas un cargador extra en el saco de dormir. Al encontrarlo, expulsó el que tenía en la pistola y lo introdujo bruscamente. Golpeó la culata del arma dos veces con la mano libre, asegurándose de que estuviera instalado correctamente. Estaba jadeando y tuvo que esforzarse para respirar acompasadamente. Al cabo de un minuto, los dos bandidos dejaron de moverse al fin. Le zumbaban los oídos y le temblaban las manos.

¿Habría otros? Y en ese caso, ¿a qué distancia se hallarían? ¿Debía quedarse donde estaba o escapar? Decidió esperar y aguzó el oído. Aguardó durante una media hora insoportable, oyendo solo los imperceptibles sonidos de la respiración de Prieto y los zumbidos agudos y esporádicos de los mosquitos. Rezó en silencio y decidió que había llegado el momento de marcharse. Enfundó la pistola, enrolló el saco para guardarlo y buscó a tientas el cargador usado de la pistola. Tomó nota mentalmente de rellenarlo al día siguiente.

Moviéndose en silencio pero deprisa, ensilló a Prieto y le puso los arreos, aunque no le quitó las bridas, temiendo que huyera. Le acarició el cuello para consolarlo y le susurró al oído:

—*Bueno, Prieto, muy bueno. Muchas gracias. Eres Supercaballo.*

Recorrió la ladera y examinó los cuerpos de los bandidos. Ambos aparentaban unos veinte años. La luna brillaba apenas lo suficiente para que Andy distinguiera los tatuajes. Observó que uno de ellos tenía grandes números tatuados en el cuello. Casi todas las marcas restantes eran espirales y diseños geométricos. Era evidente que se trataba de toscos tatuajes carcelarios.

Les arrebató las dos mochilas, que eran sorprendentemente pesadas, y las echó sobre el pomo de la silla. A continuación se apoderó de las armas y accionó el seguro desactivado. Una de ellas era un AK de culata plegable, mientras que la otra tenía la culata de madera, hendida y resquebrajada, pues dos balas de la SIG de Andy la habían atravesado. Ninguna de las armas tenía correa, de manera que Andy sacó una madeja de cuerda de paracaídas verde oliva de la alforja izquierda y arrancó dos trechos de un metro veinte que ató a la manera de correas improvisadas. Entonces se echó los dos AK a la espalda. A continuación insertó el bocado de Prieto, lo ensilló y le retiró las bridas. Caminó hacia el norte durante casi doscientos metros, conduciendo al caballo entre la espesa arboleda hasta el terreno llano. Basándose en la posición en la que descendía la luna, calculaba que eran las tres o las cuatro de la madrugada.

Se encaramó a la silla con dificultades; no estaba acostumbrado al peso extra de los dos AK. Hincó los talones en los flancos de Prieto para que se pusiera en marcha. El caballo empezó a trotar de inmediato.

—Vamos, Prieto. Tenemos que cubrir mucho terreno antes de que amanezca —lo instó Andy.

No se detuvo a desayunar ni almorzar. Cabalgó sin apenas descanso, tomándose solo breves respiros para que el caballo abrevara en los desfiladeros. A las seis de la tarde le rugía el estómago y estaba dolorido. Aunque cambiaba regularmente las armas de un lado a otro, la fina cuerda de paracaídas que había usado a modo de correa se le hundía en la base del cuello, que se estaba despellejando. Había recorrido casi ciento treinta kilómetros en paralelo a la autopista 180, eludiendo intencionadamente el pueblo de Aldama. Ahora, a solo dieciséis kilómetros de La Coma, desmontó y condujo a Prieto durante los últimos ochocientos metros para que descansara. Se detuvo en un claro herboso de bosque, en los alrededores de la hacienda más cercana.

Andy recargó el cargador usado de la SIG, desensilló a Prieto, le quitó las bridas y engulló un poco de carne seca y una manzana que encontró en la mochila. A continuación cepilló con cuidado al caballo, elogiándolo mientras lo hacía.

—Eres *Supercaballo* —repetía constantemente—. *Muy bueno*, Prieto. Algunas de las bendiciones de Dios caminan a cuatro patas.

Mientras lo cepillaba, reflexionaba sobre los dos rifles que había arrebatado a los asaltantes muertos. Concluyó que era prudente quedarse con uno solo. Ambos eran modelos de fuego selectivo, con una posición de fuego automático. En condiciones ideales se habría quedado con el AK de culata fija, dado que estos son más precisos y se disparan más cómodamente. Nunca le había gustado la sensación de los AK de culata plegable.

De una en una, descargó las dos armas, desmontó la cubierta y extrajo el montaje del cerrojo. Observándolas atentamente, decidió quedarse con la de culata plegable. La culata de madera de la otra ofrecía un aspecto irrecuperable y además era vieja. Inspeccionó el cañón, insertando un trozo de papel blanco en el receptor, frente al cerrojo abierto, a modo de reflectante, y comprobó que estaba oscuro y abollado. En cambio, el AK plegable estaba casi nuevo y el cañón se hallaba en un estado excelente. Además, sabía que tendría que ocultarlo en algunos momentos del viaje que se avecinaba. Para eso, el AK de culata plegable era la opción más lógica.

Andy lo engrasó, lo montó de nuevo y lo recargó. Decidió quedarse con el cargador y todo el montaje del cerrojo del AK de culata fija como recambio y deshacerse del resto del arma, que dejó en el suelo. Se preguntó quién la encontraría y cuándo. Quizá fuera un arqueólogo.

—Durobrabis —susurró para sus adentros.

A continuación registró las mochilas de los bandidos. Encontró tres cargadores de AK completos en una de ellas y dos más en la otra. Uno de ellos era un cargador curvo búlgaro de polímero negro. El resto eran los típicos cargadores rusos de acero. Casi todos estaban en buen estado, aunque uno de ellos estaba visiblemente abollado. Solo había una bolsa, que contenía tres cargadores. Decidió que era este el tamaño más grande que podía llevar cómodamente en el cinturón, de modo que se la colocó sobre la cadera izquierda, de tal manera que no entrechocara contra la parte trasera de la silla.

En las mochilas también encontró una linterna LED de fabricación china, una navaja de bolsillo barata, una bolsa que contenía marihuana y papel de liar, dos frascos de repelente de insectos y tres pares de calcetines. Asimismo había una gran bolsa de plástico que contenía dos docenas de *tortillas* en una vieja bolsa de pan, doscientos gramos de carne de pollo apestosa, una pasta de alubias refrita en una bolsa con cierre hermético y un poco de arroz. Recelaba de la comida, así que la enterró, junto con la marihuana, a setenta metros del campamento, de modo que no atrajera a los carroñeros ni se la comiera Prieto.

Aquella noche Andy estaba desvelado, así que se aplicó un poco de repelente de insectos y durante una hora trenzó una correa con los veinte metros de cuerda de paracaídas que tenía, rezando mientras tanto. La correa tenía un aspecto presentable y funcional. Andy prefería que fuera muy larga para utilizarla cuando llevara el rifle sobre el pecho. A continuación se arrastró de nuevo hasta el saco y cerró la cremallera de la mosquitera. Mientras trataba de conciliar el sueño, revivía constantemente los acontecimientos de la noche de la víspera. Concluyó que difícilmente habría podido hacer las cosas de otra forma. Si hubiera tratado de ahuyentar a los bandidos, seguramente le habrían pegado un tiro. Si hubiera tratado de huir, seguramente le habrían pegado un tiro. Y aunque se hubiera rendido y les hubiera dado todo lo que tenía, seguramente le habrían pegado un tiro. Resignado, murmuró:

—Lo mismo, lo mismo. —A continuación rezó—: Perdóname, Señor, por haberles quitado la vida. Tú conoces a los elegidos. No creo que estos se hayan salvado, pero ruego para que así sea. Y concédeme el descanso, por favor, Señor.

Andy hizo memoria y al cabo de una pausa citó:

—Pues así como el Señor Todopoderoso, en su infinita misericordia, ha aceptado el alma de nuestro difunto hermano, nosotros entregamos su cuerpo a la tierra. Tierra a la tierra, cenizas a las cenizas y polvo al polvo. Confiamos en la Resurrección de la vida eterna a través de Nuestro Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo despreciable a imagen y semejanza de su gloria, con sus grandes obras, con las que somete todas las cosas.

»¿Se habrán salvado? —se preguntó a continuación—. No tengo manera de saberlo. Solo Tú puedes decidirlo, Señor.

A la mañana siguiente se despertó todavía más dolorido que de costumbre. Ató la nueva correa al AK de culata plegable y lo engrasó meticulosamente. Plegó la culata, adoptando la configuración más compacta del arma. Cuando lo envolvió con el impermeable y el jersey, el AK estaba irreconocible a los ojos de los observadores distraídos. Andy se sentía más tranquilo sabiendo que estaba al alcance de la mano y podía cargarlo rápidamente si era necesario. Decidió cargarlo, engrasarlo y examinarlo todas las noches cuando acampara en la espesura, aunque el riesgo de que lo arrestaran si lo llevaba abiertamente era demasiado grande. Durante el día lo llevaría atada encima de la mochila.

Debido al nuevo equipo, era todavía más engorroso montar y desmontar a Prieto. Pasar la pierna derecha sobre la silla era una hazaña digna de un gimnasta. De hecho, cuando no se hallaba en movimiento, era más fácil desmontar a la inversa, desplazando el pie izquierdo en el estribo al tiempo que levantaba el derecho sobre el pomo de la silla, en lugar de la parte trasera y la mochila.

Mientras recorría el terreno abierto entre Las Norias y San Fernando, Andy inspeccionó la basura acumulada a ambos lados de la carretera, en busca de una cartulina o una gran caja de cartón lisa. Al cabo de ochocientos metros encontró una caja de ciento veinte centímetros cuadrados y solo diez centímetros de fondo. Desmontó y se apoderó de ella, murmurando:

—Esto servirá. —Llevando a Prieto de las riendas, se desvió un kilómetro y medio de la carretera.

Entonces le puso las bridas a la montura y extrajo un bolígrafo de la alforja. Dibujó un punto de dos centímetros y medio en el centro del fondo de la caja. A continuación instaló el cargador mellado, que desde entonces destinaría exclusivamente a la caza y el tiro al blanco. Mientras Prieto pastaba, Laine se adelantó cien metros, instaló la diana y retrocedió veinticinco pasos para calibrar el AK. Sacó la caja de tapones para los oídos que había traído consigo desde Afganistán, se tendió boca abajo y realizó deliberadamente una ráfaga de tres disparos. Descubrió que las miras del AK eran exactas en el eje de izquierda a derecha, pero disparaba alto. Modificó la mira delantera con la herramienta Leatherman hasta asegurarse de que efectuaba disparos precisos a una distancia de veinticinco pasos. Luego retrocedió hasta setenta y cinco pasos y abrió fuego de nuevo. Durante todo este proceso, solo hizo siete disparos. Satisfecho, envolvió nuevamente el AK y lo guardó.

Aún dolorido a causa de la silla, recorrió apenas quince kilómetros antes de abandonar la carretera y acampar al noroeste de San Fernando. Debía alejarse cada vez más de la carretera para encontrar emplazamientos ocultos, debido a que las arboledas eran cada vez más infrecuentes y dispersas.

Andy limpió cuidadosamente el cañón y la cámara del AK. No sabía si la munición con caracteres cirílicos que había arrebatado a los asaltantes muertos estaba cebada con agentes corrosivos, así que

no estaba dispuesto a arriesgarse.

En el curso básico de oficiales del Cuerpo de Artillería en Fort Lee, Virginia, le habían enseñado que la norma establecía que se limpiaran el cañón, la cámara y la cara del cerrojo durante tres días seguidos después de utilizar una munición con agentes supuestamente corrosivos. Era la única manera de asegurarse de que se eliminaban completamente las sales corrosivas. Asimismo, descargó todos los cargadores para inspeccionarlos, al igual que todos los cartuchos, disponiéndolos sobre el impermeable plegable y separando los que estaban dentados, tenían balas sueltas o mostraban síntomas de corrosión, que introdujo en el cargador destinado «exclusivamente a la caza y el tiro al blanco».

La hierba escaseaba, de modo que Andy aflojó las bridas de Prieto. Pero a la mañana siguiente encontró al caballo a escasos cuatro o cinco metros de distancia.

El desayuno de Andy consistió en pescado seco y dos naranjas. Prieto dio cuenta de las mondaduras. Una hora después llegó al destino que anhelaba desde hacía tanto tiempo: la bifurcación de la carretera en las inmediaciones del pueblecito de Ampí La Loma. Si continuaba dirigiéndose hacia el noreste, llegaría hasta Brownsville, Texas, siguiendo la autopista 101. En cambio, si se desviaba hacia el noroeste, la autopista 97 lo conduciría hasta Reynosa, que estaba menos poblada. De modo que indicó al caballo que se desviara a la izquierda en la bifurcación (sorteando el círculo cubierto de tréboles) y emitió una exclamación de alegría. Espoleó a Prieto, que empezó a galopar. Texas estaba tan cerca que casi la saboreaba.

Al cabo de una jornada de cabalgata sin descanso, Andy llegó a los alrededores de Reynosa. Antes de buscar un sitio donde acampar, interrogó a algunas mujeres que llevaban haces de leña a la espalda. Estas le explicaron que habían levantado una barricada en el puente de Pharr, que salvaba el río Grande en Reynosa, y habían cerrado el cruce de la frontera. Además, le advirtieron que una banda de *narcotraficantes* se había hecho con el mando del pueblo. El chisporroteo esporádico de disparos lejanos confirmó aquella advertencia. Pero también le dijeron que a cuarenta kilómetros al oeste, en Nuevo Progreso, al norte de Camargo, frente a la ciudad de Río Grande, el puente estaba abierto y los cruces fronterizos abandonados.

Después de un trayecto apacible hasta Camargo, Andy estuvo interrogando a los habitantes y reconociendo el cruce fronterizo durante veinticuatro horas. Apostándose en el bosque de la orilla norte, sopesó la situación en el puente Starr-Camargo con la ayuda de unos prismáticos. Durante todo el día vio a gente caminando de un lado a otro de los dos puentes de cemento. No había indicios de que nadie les impidiera el paso. Aunque no veía claramente el complejo fronterizo que se hallaba al otro lado del río, era evidente que los transeúntes lo estaban atravesando. Solo oyó dos disparos en todo el día, ambos en las últimas horas de la mañana, en un lapso de unos veinte minutos, desde el lado norteamericano del río.

Aquella noche Andy acampó en el bosque a un kilómetro y medio río arriba. La visión de Texas al otro lado del río era cautivadora. Apenas se divisaban algunas luces aisladas a lo lejos. Presumiblemente se trataba de velas y faroles. La ciudad de Río Grande, que tenía una población de catorce mil habitantes antes de que estallara la Escasez y apenas había menguado desde entonces, estaba oscura y silenciosa. No se oían vehículos ni generadores en funcionamiento después del

crepúsculo. El único sonido era el de los ladridos de los perros. Andy estuvo desvelado durante buena parte de la noche, rezando.

A la mañana siguiente se despertó con el arrullo de una paloma en uno de los árboles cercanos. Se bañó con cubos de agua que llenó en el río y se afeitó empleando una de las valiosas pastillas de jabón que le quedaban. A continuación se peinó, trató de eliminar la mugre de sus pantalones y se cepilló los dientes. Quería ofrecer un aspecto más presentable si lo detenían. Musitó otra oración y ensilló a Prieto.

—Bueno, colega —dijo mientras insertaba el bocado del caballo—, ha llegado el gran día. Tú solo hablas español, así que déjame hablar a mí.

Andy, nervioso, franqueó el puente más alto. Con Prieto al trote, adelantó a dos peatones que empujaban sendas carretillas cargadas de mazorcas de maíz. El cruce fronterizo marrón estaba abandonado. La visión de las garitas vacías resultaba escalofriante. Aparte de una camioneta sin ruedas instalada sobre unos bloques, el cruce estaba intacto y tranquilo. Andy mantuvo a Prieto al trote mientras silbaba la melodía de «Dios bendiga a América».

Enseguida se adentró en un mercado al aire libre instalado en el aparcamiento del cruce fronterizo. En casi todas las mesas se ofrecían verduras de temporada. Algunas estaban simplemente extendidas sobre lonas en el suelo. Casi todos los vendedores eran mexicanos y los clientes norteamericanos. Algunos llegaban en camionetas, aunque también había numerosos caballos y bicicletas de montaña. Sus nerviosos propietarios no se separaban de ellas en ningún momento. Casi todos estaban armados con pistolas enfundadas, escopetas echadas al hombro o ambas cosas. Los vivarachos caballos ocasionaron algunos momentos cómicos, ya que se comían las verduras de los puestos a menos que sus dueños sujetaran las riendas con fuerza.

Con una sonrisa imperturbable, Andy compró un voluminoso saco de naranjas, una bolsa de zanahorias, dos barritas de caramelo, una lata de cacahuets y cecina de caballo seca. Pagó en pesos de plata y le devolvieron el cambio en monedas de diez centavos de plata estadounidenses y secciones de dólares de plata Morgan en forma de trozos de tarta. Los precios del mercado estaban notablemente inflados, en comparación con los de México. Pero al menos aceptaban los pesos de plata.

Antes de marcharse, Andy le dio una palmadita a Prieto, al que elogió por ser «*un caballo caballeroso*», y le ofreció una zanahoria. A continuación lo condujo hasta la puerta. Antes de encaramarse de nuevo a la silla, desató el AK-47 que había heredado de la mochila, lo desenvolvió y se lo echó al hombro. Después se acomodó en la silla y extrajo de la alforja un cargador de treinta proyectiles lleno. Exhaló un suspiro de alivio y murmuró:

—Ah... De vuelta en la tierra de los libres.

Durante los días siguientes, Laine llevó el AK sobre el pecho, con la correa enrollada en el cuello, dispuesto para la acción sin dilaciones. Si sospechaba que una situación era especialmente arriesgada, detenía el caballo y extendía la culata del AK para disparar con más precisión.

## Reconocimiento

«[...] las cámaras de los bancos centrales y regresaban a los bolsillos y los monederos de los ciudadanos, porque el oro es la única divisa realmente segura que tiene un valor intrínseco. El deseo de recuperarlo es comprensible, y confiamos en que se cumpla algún día, aunque los argumentos favorables a los estándares del oro no siempre son válidos. Los méritos del oro no consisten en el valor intrínseco ni la constancia del mismo, que fluctúa aunque el gobierno no intervenga. La conveniencia de la libre circulación del dinero metálico consiste en el hecho de que es imposible que el gobierno abuse de sus capacidades, disponiendo de las posesiones de los ciudadanos mediante una política monetaria, y de este modo contribuye a los cimientos firmes de la libertad económica de las naciones y el libre comercio entre las mismas».

—Faustino Ballve, *Conceptos económicos básicos* (1963)

Las empresas locales estaban expandiéndose gradualmente en la región de las Cuatro Esquinas. La mayoría habían cerrado durante los primeros años de la Escasez debido a la falta de existencias. Otras habían sufrido lo que Beth denominaba «el síndrome de la diligencia». Básicamente, los productos o servicios que ofrecían no tenían cabida en las nuevas realidades económicas. Ya no había internet. No se importaba café. Y las clínicas de adelgazamiento tampoco eran necesarias, dado que mucha gente pasaba hambre. Las contadas empresas que habían prosperado eran aquellas que se especializaban en reparaciones y restauraciones.

Apenas unas semanas después de que estallara la Escasez, había florecido un mercadillo al aire libre en los terrenos de la feria del condado de San Juan, en la autopista 64, entre Farmington y Bloomfield. Allí los visitantes intercambiaban verduras frescas, ropa de segunda mano, juguetes y diversos objetos domésticos. Un gran rótulo escrito a mano indicaba: «Mercadillo»<sup>89</sup>. Al principio Beth creía que se trataba de una falta de ortografía, aunque más adelante comprendió que era algo intencionado.

La feria hacía las veces de mercado de trueque. Había amplios espacios donde acampaban los vendedores y establos para los caballos. Como se hallaba en una de las contadas regiones de la nación donde las instalaciones eléctricas estaban intactas y había una refinería en funcionamiento, la economía local era sorprendentemente fuerte y la delincuencia relativamente baja. Solo escaseaban los productos nuevos. Mientras tanto, en casi todas las demás regiones del país apenas había una



economía operativa. Y el caos se había impuesto en las poblaciones más grandes.

Además, los terrenos de la feria del condado se consideraban especialmente seguros para los negocios, dado que estaban adyacentes a una subcomisaría del departamento del sheriff. Los vendedores también ejercían como vigilantes y raras veces recurrían a los ayudantes del sheriff, excepto en los casos de embriaguez pública.

Cuando Lars Laine visitó esta feria de trueque con Reuben Phelps observó con sorpresa que uno de los vendedores ofrecía dos mesas atestadas de equipo radiofónico, que incluía radios de banda ciudadana, familiares, portátiles y multiusos. Un letrero de gran tamaño indicaba: «¡Cambio por cables coaxiales nuevos!». El hombre instalado detrás de las mesas era un viejo y barbado ingeniero jubilado que vivía en una caravana de una sola plaza en las afueras de Cortez. Ofrecía algunas «antenas jota» construidas con tuberías de PVC y restos de alambre. Ya había sintonizado varias frecuencias. Lars se interesó por la instalación de las antenas.

—Si quiere hablar con cualquiera —le contestó el otro—, móntelas verticalmente. Pero si quiere una red privada, hágalo horizontalmente. La mayoría de la gente no lo tiene en cuenta, pero cuando se utiliza una antena ciudadana con polarización horizontal, se atenúan las señales de las antenas verticales en veinte decibelios. Cada tres decibelios, la señal se reduce a la mitad, ¡lo que significa una sexagésima parte de potencia o menos! De esta forma es muy difícil que la intercepte alguien fuera del grupo privado de antena horizontal.

Sus conocimientos impresionaron a Lars, que asintió y dijo:

—Es brillante. ¿Dónde ha conseguido todo este equipo?

—Voy recorriendo los pueblos y los ranchos que están fuera de la red de energía doméstica. La mayoría de la gente no tiene corriente allá afuera, así que todas estas radios antiguas se han convertido en basura. Yo les ofrezco gasolina, maíz o baterías de automóvil cargadas.

Con «munición de juguete» (doscientos cartuchos de rifle largo del calibre .22) Lars compró dos antenas jota sintonizadas en la banda ciudadana. Más adelante, ese mismo día, Reuben y él las instalaron en la casa, una de ellas verticalmente y la otra horizontalmente, con un interruptor coaxial para conmutarlas cuando quisieran.

Prescott, Arizona

Septiembre, año tres

La noticia de que el ejército de saqueadores de La Fuerza se disponía a atacar Wickenburg llegó hasta Prescott gracias a la radio CB de Arizona. Ian Doyle se ofreció voluntario para reconocer la situación desde el Star Streak. Al igual que en otros vuelos de reconocimiento que había llevado a cabo en el transcurso de los últimos años, el montaje, el repostaje y las comprobaciones necesarias duraron menos de una hora. El Laron fue rodando hasta la calle y Blanca abrazó a Ian. Aunque la gasolina era antigua, el motor arrancó sin dificultades. Ian se deslizó hasta la misma calle en la que había aterrizado casi cuatro años atrás. Le gustaba estar de nuevo en el aire. Después de algunos

meses en tierra, la altura y la velocidad le aceleraban el pulso.

El vuelo hasta Wickenburg solo duró veinticinco minutos, así que tenían la incómoda sensación de que los saqueadores se hallaban muy cerca de Prescott. Antes, Doyle había sobrevolado a baja altura el aeropuerto de Wickenburg, al oeste del pueblo. Parecía abandonado. Había cuatro camiones cisterna atravesados sobre la pista principal a intervalos amplios. Aquello le pareció muy extraño.

Ian se acercó a Wickenburg desde el oeste, volando bajo, y divisó el grueso de La Fuerza atravesando el pueblo. Había oído en la radio CB que muchos dueños habían abandonado sus hogares al enterarse de la llegada de los saqueadores.

Ian describió círculos sobre el pueblo, contemplando los terribles sucesos que se desarrollaban en tierra. Había algunas viviendas en llamas. Los saqueadores iban de casa en casa, llevándose todos los objetos de valor. Ian sostenía la palanca con una mano y unos prismáticos con la otra, tratando de contar y clasificar los vehículos de los saqueadores. Sintió una oleada de náuseas cuando delante de sus ojos sacaron a rastras de las casas a las mujeres y las niñas, que se debatían y forcejeaban, y las golpeaban, las desnudaban y las violaban. Pero no podía impedir lo que estaba viendo.

Se desvió hacia el noroeste cuando efectuaba la tercera órbita sobre el pueblo y observó con sobresalto que algunas balas rastreadoras surcaban el aire frente al ala izquierda. De pronto había dejado de sentirse un espectador distante. Consciente del peligro que corría, apretó el pedal del timón derecho, aceleró y ascendió a mayor altura. A continuación se dirigió al oeste, tomando deliberadamente una ruta más larga e indirecta de vuelta a Prescott para que no supieran adónde iba.

Cuando aterrizó en los Ranchos Conley sus vecinos acudieron a la carrera. Doyle les ofreció un resumen apresurado de lo que había visto y una sombría advertencia:

—Tenemos que prepararnos, chicos. ¡Se nos viene encima una buena!

Ian dio las gracias a Dios cuando no descubrieron agujeros de bala en el Laron al desmontarlo.

89 *Flee market*, en vez de *flea market*; literalmente, «mercado de huida». Juego de palabras intraducible.

Muchos años antes de que estallara la Escasez, Ian Doyle estaba cursando el último año de carrera de Económicas en la Universidad de Chicago. Se había matriculado en el programa de formación de oficiales de la reserva. Un día, en la cafetería, mientras comía con su amigo Todd Gray, Doyle conoció a Dan Fong, que estaba en primero de Ingeniería Industrial. Gray mencionó que ambos compartían un interés común por las armas y enseguida se convirtieron en compañeros de tiro, visitando con frecuencia los campos de tiro locales, tanto interiores como al aire libre.

Aunque fabricaba clandestinamente un número sorprendente de armas en la metalistería del edificio de Artes Industriales, Fong no tenía un taller privado, alejado de las miradas de los curiosos. La casa de Doyle en Plymouth, Michigan, estaba a trescientos cincuenta kilómetros de Chicago, así que, aparte de algunos fines de semana esporádicos, tampoco tenía un taller propio.

Todd Gray les facilitó el espacio que ambos necesitaban. Su padre había tenido tres ferreterías. Phil Gray había fallecido apenas un año después de jubilarse, cuando su hijo estaba en segundo de carrera, y había dejado un taller de carpintería y maquinaria magníficamente equipado en el garaje, detrás de la residencia de la familia. El hermano de Phil (Pete, el tío de Todd) heredaría más adelante casi todo el equipo. Pero cuando Todd estaba en la universidad el taller estaba ocioso y disponible. Su padre había amasado un amplio surtido de herramientas, entre las que se contaban un torno Unimat, una pequeña fresadora Bridgeport, una sierra de banda, una sierra de brazo radial, una sierra de calar y una gran selección de herramientas manuales.

Una noche Dan Fong invitó a Ian a una pizza en la habitación que ocupaba en una residencia de estudiantes, donde también se encontraban Todd Gray y Tom «T. K.» Kennedy, el compañero de habitación de este.

—¿Tienes un soldador? —quiso saber Doyle, al enterarse de la existencia del taller.

—En realidad, tengo tres: uno básico de oxiacetileno, con depósitos pequeños, otro de arco de doscientos veinte voltios y otro con cable de alimentación. —Dio un mordisco a la pizza y añadió—. Pero no se me da muy bien soldar.

—¡A mí sí! —declaró Dan—. ¡Cuando iba al instituto pasaba mucho tiempo en la metalistería, fabricando cosas! Sobre todo eran inventos inútiles y algunas esculturas metálicas. Se me da muy bien el soplete. Así que si no te importa que vayamos uno o dos sábados...

—O quizá tres o cuatro —apostilló Doyle.

—Y hagamos algunos trabajos de soldadura que el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego no aprobaría, como...

Todd sonrió, pero T. K. se tapó los oídos y exclamó, imitando el acento del sargento Schultz<sup>90</sup>:

—No sé nada. ¡No oigo nada! —Al cabo de una pausa, en la que dirigió una mirada adusta a los demás, añadió—: Mirad, no me importa lo que hagáis, tíos. Pero no quiero saber nada, ¿entendido? Así está mejor. Si queréis jugar a científicos locos con soldados, no contéis conmigo.

Ian contrató un buzón privado en un establecimiento de Ship-It en el lado oeste de Chicago, utilizando el nombre de su primo, que había muerto de un defecto cardíaco congénito cuando apenas contaba dos meses. Cuando tenía diecisiete años, había encontrado casualmente el certificado de nacimiento del niño fallecido mientras trituraba algunos documentos antiguos de su madre. Como había nacido tres años antes que Ian, este tenía la intención de hacerse un carné falso para comprar cerveza. Sin embargo, acabó adquiriendo componentes de armas en secreto.

El dueño de la tienda Ship-It era un individuo algo turbio. A cambio de treinta dólares extra en concepto de «gastos de gestión», se conformó con un certificado de nacimiento y un carné con fotografía, como los que se solicitaban en las discotecas, como prueba de la existencia de «Randall Stallings».

Su primer proyecto fue una subametralladora Sten Mk II de la Segunda Guerra Mundial. Estas SMG de nueve milímetros tenían un diseño muy sencillo, basado en un tubo de recepción de acero. Los recambios (en los que no se indicaba el destinatario) eran baratos y fácilmente accesibles. Gracias a los anuncios de la revista *Shotgun News*, Ian adquirió componentes de «selección manual» por doscientos veinte dólares. A otro distribuidor le compró un tubo de recepción de acero 4130 con una plantilla de corte encolada. Un tercero le vendió cargadores de treinta y dos cartuchos de segunda mano en buen estado (y cubiertos de grasa) por solo nueve dólares. Doyle compró asimismo un cargador de cuarenta cartuchos que le costó cuarenta dólares. Abonaba todos estos encargos mediante giros del Servicio de Correos que compraba en efectivo.

Cuando recibieron los grasientos componentes, Fong observó decepcionado el estado en el que se encontraban. Algunos tenían hendiduras de óxido. Además, la extensión de la culata estaba algo mellada, de modo que no encajaría en el tubo de recepción. Ian se rió.

—¡No te preocupes, Dan! —exclamó—. Lo cortaremos y afilaremos a medida y después lo pintaremos del mismo color. ¡Será facilísimo! —El montaje resultó ciertamente sencillo, en efecto. Aparte de algunos retoques de soldadura y los acabados finales, construyeron la Sten en un solo fin de semana.

El siguiente proyecto fue más ambicioso: una subametralladora Ingram M10. Al igual que la Sten, obtuvieron los componentes gracias a un anuncio en *Shotgun News*. Recibieron la estructura en tres secciones, sorteando una reciente norma del Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. Compraron las dos secciones laterales de la estructura a un distribuidor y la sección del centro a otro que la anunciaba como «¡El eslabón perdido!». Construyeron el bloque de guía en una hora, asegurándose de que los componentes formaban ángulos de noventa grados exactos; después de eso, apenas tardaron unos minutos en soldar las tres secciones.

El trío soldó la estructura y montó la M10 en un solo día. Lo más engorroso fue fabricar los componentes del silenciador que se conectaban a la boca. Este era una copia de la famosa marca

Sionics, que se había desarrollado conjuntamente con la Ingram SMG en la década de 1960. El proyecto se alargó durante varios fines de semana.

Ian y Dan se basaron en una serie de diagramas de maquinaria Sionics que encontraron en un anuncio en *Gun List*. Ian adquirió una culata de tubos de aluminio sin juntas en un establecimiento local. Esta misma empresa les facilitó una culata de barras de aluminio que se taladraba y se torneaba, obteniéndose las espirales internas. Fong estropeó el corte de los dos primeros tubos, pero los siguientes salieron perfectamente. Por suerte, contaban con tubos extra, de manera que no tuvieron que volver a comprarlos.

Hicieron los últimos retoques de la soldadura y pintaron las dos armas en Michigan, porque a la madre de Todd le disgustaba el olor del horno de la cocina cuando secaban la pintura industrial de alta temperatura Alvin de muchos componentes. Durante un fin de semana de tres días, Todd, Ian y «Fongman» se desplazaron hasta Plymouth, Michigan, y trabajaron en el garaje de los padres de Doyle, que en ese momento estaban de vacaciones. Cuando lo invitaron a acompañarlos, Tom Kennedy declinó la oferta, declarando:

—¡No entiendo vuestra fascinación con las automáticas! Yo disparo muy deprisa, y eso sí es legal.

Los últimos retoques en Michigan incluían la unión de la argolla delantera de la correa de la Ingram y la corrección del guardamonte de la Sten, que Fong había declarado «imperfecto». Para esto emplearon el soplete de oxiacetileno portátil de Gray, que se habían llevado consigo a Michigan. Era la primera ocasión en la que Todd colaboraba con Ian y Dan. Secaron la pintura en el horno de la «cocina de verano» del porche trasero de los Doyle, donde estos envasaban la fruta, que estaba resguardado con una mosquitera. Este fin de semana en Michigan se convirtió en una interminable fiesta de pizza y zarzaparrilla para los tres.

Algo más tarde, un fin de semana lluvioso de ese mismo curso, Ian y Dan fueron al Parque Natural de las montañas Porcupine, en la Alta Península de Michigan, donde probaron los dos juguetes nuevos. Se internaron en el bosque durante dos horas, recorriendo caminos desiertos sobre la nieve dispersa, hasta asegurarse de que estaban completamente solos. Primero abrieron fuego con la M10, utilizando municiones subsónicas especiales. Al conectar el silenciador, los disparos apenas eran más audibles que una palmada. Dispararon sesenta proyectiles, casi siempre con el selector de la SMG en posición semiautomática.

Cuando guardaron la Ingram y los cargadores en la mochila de Ian, llegó el turno de la Sten; como esta no estaba silenciada, solo dispararon veinte balas. Cargaron dieciocho de estas en cargadores de un solo cartucho, con el fin de asegurarse de que se expulsaban correctamente cuando el cerrojo saltaba hacia delante. Al igual que la Ingram, la alimentación de la M10 era impecable. Por último recargaron dos cargadores con tres balas cada uno. Dan abrió fuego en dos ráfagas rápidas. El arma funcionaba según sus expectativas. Entonces desmontaron la culata de la Sten y la guardaron también en la mochila de Ian. Estuvieron sonriendo durante horas.

Fong iba a quedarse con la Sten terminada y Doyle con la M10. Pero después de esta prueba, Fong se echó atrás, afirmando que no tenía ningún sitio seguro para guardar un arma de clase tres no registrada. Así que le pidió a Ian que le comprara su parte del proyecto. Este, que no daba tanta

importancia a las cuestiones legales, accedió encantado. Ocultó las armas y los accesorios en un nicho en una de las paredes del sótano de sus padres.

Finalmente, Ian adquirió un cañón de recambio para la Sten. Los dos trabajaron en el taller de los Gray durante dos sábados más, ultimando un silenciador de nueve milímetros casi idéntico a la «lata» que habían construido para la Ingram.

Las dos armas y los accesorios estuvieron engrasados y guardados durante los siguientes quince años en el nicho del sótano, en bolsas de plástico que contenían un voluminoso paquete de gel de sílice desecante. Durante todo este tiempo, los padres de Ian no se percataron de que estaban allí.

Tres años antes de que estallara la Escasez, Ian se estableció de forma permanente en la base de la Fuerza Aérea de Luke. Después de instalarse, se había llevado consigo a Blanca y la hija de ambos, Linda, en un viaje de dos semanas, visitando a sus familiares en Wisconsin y Michigan. Cuando estaban en Plymouth, recuperó las subametralladoras, llevándoselas en cajas selladas con cinta adhesiva que ostentaban el rótulo: «Libros». Cuando regresaron a Arizona, realizó nuevas pruebas en una sección de terreno de la Oficina de Ordenación de Tierras al norte del pueblo de Ajo, donde antiguamente había habido minas de cobre. Disparó casi trescientas balas y la Sten solo se encasquilló en una ocasión. Doyle identificó la causa en un borde mellado en el mecanismo de alimentación de los cargadores. Como no deseaba arriesgarse a que ocurriera de nuevo, enterró el cargador en el campo de tiro improvisado. Pasó el día siguiente en casa, limpiando y lubricando las armas y los silenciadores y pintando todos los cargadores a juego con las armas. Las guardó en dos latas de munición de veinte milímetros, excedentes del ejército, y las sepultó bajo el porche de la casa alquilada.

90 Personaje de la telecomedia *Los héroes de Hogan*.

## Emboscada

«Si no disparas, carga. Si no cargas, muévete. Si no te mueves, alguien te cortará la cabeza y la clavará en una pica».

—Clint Smith, director de la escuela de tiro Thunder Ranch

El viaje de Andy a través de Texas y Nuevo México transcurrió en una nube. A menudo espoleaba a Prieto y recorrían hasta ochenta kilómetros diarios, descansando cuando encontraban comida y agua, que escaseaban cada vez más, a medida que se internaban en el desierto. Cuando estaban cruzando terreno abierto en los alrededores de Marathon, Texas, Andy divisó a un grupo de cinco hombres apostados en torno a dos camionetas estacionadas en el arcén de la autopista. Como no había casas en las inmediaciones, encontraba extraño que se hubieran detenido en ese sitio. La situación le daba mala espina. Olía a emboscada. Cuando se encontraban a setenta y cinco metros de distancia, tiró de las riendas de Prieto hacia la izquierda y subrayó la orden inclinándose hacia el mismo lado y aplicando presión con la rodilla mientras chillaba:

—*¡Ándale!* —El caballo respondió arrojándose al galope. Por encima del hombro, Andy observó que uno de los desconocidos empuñaba una pistola y dos más se echaban al hombro sendos fusiles M4.

La situación no pintaba bien. Apenas había ondulaciones ni cobertura suficiente en aquella zona. Andy hincó los tacones de las botas en los costados de Prieto, alternando con tirones de las riendas, indicándole que se desviara bruscamente a un lado y a otro. Divisó una pequeña elevación de terreno a cincuenta metros más adelante. No había defensa en ninguna otra dirección.

—¡Habrás que arreglárselas! —gruñó.

Escuchó el restallido de un rifle, al que siguió el característico chasquido de una bala silbando a escasos centímetros de su oreja. Cuando coronaba la colina, sintió un tirón en la manga; una bala la había atravesado. Andy tiró de las riendas para que Prieto se detuviera en la base de la ladera, que medía treinta metros de ancho. Desmontó aferrándose al pomo de la silla, antes incluso de que Prieto se hubiera detenido del todo en una nube de polvo. Cuando tocó el suelo, el AK se le hundió dolorosamente en el pecho. Hubo más disparos apresurados.

Como había ensayado varias veces anteriormente, Laine le ordenó al caballo que se tendiera chillando: «*¡Bájate!*» y tirando de las riendas hacia abajo con energía. Prieto se arrodilló, obediente, y se echó sobre el suelo. Andy observó sobresaltado que una de las riendas se desprendía; un disparo la había seccionado en dos. Se arrojó al suelo, sosteniendo la otra rienda, al tiempo que empujaba el hocico de Prieto contra el suelo. El caballo se tendió sobre el costado. Seguía respirando entrecortadamente y su hocico estaba inflamado. Andy no veía a los atacantes al otro lado de la elevación, aunque oía disparos y las balas que silbaban en lo alto. Extendió la culata del AK y colocó el seguro en la posición intermedia. Se arrastró despacio, remontando la ladera opuesta de la colina. Cuando divisó las cabezas de los atacantes y los techos de las camionetas, se tendió boca abajo y se echó el rifle al hombro. Oía los fuertes resoplidos de Prieto a sus espaldas y confiaba en que el caballo tuviera el buen sentido de no incorporarse. Laine apuntó cuidadosamente a un hombre armado con un rifle. Calculaba que la distancia era de unos doscientos metros. Trató de respirar acompasadamente, hizo una pausa y apretó el gatillo despacio. La culata de alambre del AK le propinó una sacudida en el hombro. El hombre al que había apuntado se desplomó bruscamente.

Segundos después los demás también se echaron cuerpo a tierra, donde no alcanzaba a verlos. Andy se deslizó colina abajo, sosteniendo el AK entre los brazos, y se arrastró hasta donde se hallaba Prieto, susurrando palabras tranquilizadoras. Dio rápidamente dos vueltas a la rienda que quedaba alrededor de una roca plana del tamaño de una hogaza de pan.

—No te levantes —dijo, acariciando la mandíbula del caballo para tranquilizarlo—. *Quédate abajo*, Prieto.

Se arrastró cinco metros hacia la izquierda y se dirigió de nuevo a la cumbre de la ladera. Veía las camionetas, aunque no a los atacantes, que se habían ocultado detrás de unos arbustos bajos. Andy disparó seis veces, apuntando a las ventanillas laterales y la luna trasera de las camionetas, tratando de asustarlos. Las ventanillas se desintegraron en torrentes de esquirlas de vidrio templado. Andy se arrastró de nuevo colina abajo y cambió el cargador, insertando uno lleno. A continuación se apostó detrás de Prieto, diez metros a la derecha, antes de volver despacio a la cima de la colina. De nuevo comprobó que no veía a los forajidos. No estaban disparando. Escrutó los alrededores. Entonces divisó a uno de ellos, armado con una pistola, arrastrándose hacia una de las camionetas. Apuntando con cuidado, le disparó dos veces en pleno pecho.

Oyó exclamaciones confusas de los desconocidos a lo lejos. Después oyó más claramente: «¡*Ahora o nunca!*!». Andy asintió en un susurro:

—Eso es, ahora o nunca, vosotros o yo. Ahora, niños y niñas, es cuando separamos a los rápidos de los muertos. —Andy oyó que la portezuela de una de las camionetas se cerraba violentamente al otro lado. Atisbó a alguien que se apresuraba hacia el otro vehículo y efectuó tres disparos en rápida sucesión antes de que desapareciera detrás de este. Oyó que se cerraba otra portezuela, aunque no consiguió identificarla, y que arrancaban los motores. Andy disparó con una cadencia rápida, concentrándose en la portezuela de los conductores. Las dos camionetas dieron una sacudida hacia delante, arrojando sendas nubes de polvo, y se alejaron a toda prisa. Andy disparó seis veces más contra las lunas traseras. Cesó el fuego cuando se hallaban a más de trescientos cincuenta metros de distancia. Estaba tan agitado que exclamó:

»¡Un escondite no es un refugio, gilipollas!

Andy descendió la colina una vez más y sopesó la situación. Cambió de nuevo el cargador del AK, antes de examinarse a sí mismo y al caballo en busca de heridas. Lo único que encontró fue un agujero en la manga derecha de la camisa y la rienda seccionada.

—Gracias, Señor —musitó.

Andy tranquilizó de nuevo al caballo, dándole una palmadita en el cuello y repitiendo:

—*Supercaballo. Excelente caballo. Supercaballo.* —Decidió esperar, temiendo que los bandidos todavía no se hubieran alejado o que el que había abatido todavía no se hubiera desangrado. Al cabo de veinte minutos, extrajo los prismáticos de las alforjas, se arrastró de nuevo hasta lo alto de la colina y escrutó durante media hora el terreno en el que habían estacionado las camionetas. Vio dos cuerpos, uno boca arriba y el otro boca abajo. Andy se puso en cuclillas y regresó con Prieto. Desató



la rienda de la roca. Sin que le dieran más indicaciones, el caballo se puso en pie y se sacudió el polvo. Andy lo condujo hasta unos frondosos arbustos de mesquite, a cincuenta metros de distancia, y ató la rienda.

Entonces se dio la vuelta y describió un amplio semicírculo, deteniéndose con frecuencia para observar con los prismáticos. Se detuvo a setenta metros, se arrodilló y le descerrajó un tiro en la cabeza a cada uno de los dos hombres. A continuación se acercó cautelosamente a los cuerpos. Comprobó que ambos eran mexicanos morenos de veintitantos años. Uno de ellos llevaba una ostentosa camisa de seda negra y vaqueros negros. El otro llevaba unos vaqueros azules descoloridos y una camisa a cuadros. Había una pistola Browning Hi-Power en el suelo junto a la mano del bandido de la camisa negra. No había armas cerca del otro cuerpo, aunque encontró al menos ocho cartuchos de cinco coma cincuenta y seis milímetros, usados. Estaba claro que uno de sus compañeros se había llevado la M4 del muerto.

Andy examinó atentamente el sitio donde habían aparcado las camionetas. Había mucha sangre en el suelo, así como hierba arrancada. Regresó y estudió con más atención los dos cadáveres, dándoles la vuelta y registrándolos. Lo único que encontró en sus bolsillos fue un cargador de treinta balas de M16 lleno, dos cargadores de Hi-Power llenos también y una navaja china con la punta rota.

Andy se guardó los cargadores y se apoderó de la Hi-Power. Solo quedaban tres cartuchos, de modo que insertó uno de los cargadores llenos y accionó la palanca del seguro. Regresó con el caballo y guardó los prismáticos en la alforja, junto con la pistola capturada y los cargadores extra. Distribuyó de nuevo la munición y los cargadores en apenas un minuto, insertando un cargador lleno en el AK y guardándose tres cargadores, también llenos, en la bolsa del cinturón.

Antes de marcharse, inspeccionó el terreno detrás de la colina y descubrió el trecho de noventa centímetros de rienda que habían seccionado de un disparo. La ató, reparando el desgarrón con un nudo cuadrado.

—Tendré que coserlo —murmuró. Tenía la garganta seca y engulló casi medio litro de agua de la cantimplora de un solo trago. Por último, se encaramó de nuevo a la silla.

Cabalgó hacia el sur sobre el asfalto durante ochocientos metros y después se desvió hacia el noreste a través del desierto. Su plan consistía en trazar un amplio rodeo, temiendo que los forajidos le hubieran tendido otra emboscada y estuvieran esperándolo más al norte, siguiendo la autopista. Este desvío le costó una jornada entera de viaje.

Después de la emoción de Marathon, el resto del viaje fue de lo más corriente. Algunos vecinos se mostraban cautelosos y hablaban constantemente de los recientes ataques de las bandas mexicanas y los saqueadores desesperados de El Paso.

—Tenga cuidado con los *narcotraficantes* —le advirtieron. Solo algunos estaban dispuestos a aceptar plata a cambio de comida. Uno hasta quiso cobrarle para que el caballo abrevara en una acequia. A todas luces, el oeste de Texas no era la tierra de la abundancia. Pero en las inmediaciones de Valentine, Texas, Andy cambió el cargador de la M16 lleno que había capturado por comida para casi una semana; entre otras cosas, harina de maíz molida y frita en forma de albóndigas de pan que

se llamaban «dodgers». Nunca los había visto ni comido, pero había oído a Kaylee referirse a ellos.

Laine siguió adelante, observando que el clima veraniego estaba remitiendo. Las noches eran más frías. Al acercarse a la frontera del Estado de Nuevo México, sorteó El Paso describiendo un amplio arco. Sentía una alegría exultante al dirigirse hacia el norte. Viajó en paralelo a la autopista 25, alejándose de las ciudades todo lo posible. Los árboles eran infrecuentes y hasta los arbustos escaseaban, de modo que a menudo acampaba a más de un kilómetro y medio de la carretera más cercana, con el fin de que no lo detectaran. Oyó muchos disparos cuando atravesó Socorro. Se dirigió al oeste en Las Lunas para evitar a los habitantes de los alrededores de Albuquerque. La autopista 550 lo conduciría directamente hasta Farmington.

El martes siguiente no consiguió establecer contacto radiofónico durante la noche. Andy concluyó que se debía a que se encontraba en una zona sin alta frecuencia, más allá del campo de visión (que se encuentra limitado a setenta kilómetros debido a la curvatura de la Tierra) y sin embargo dentro de la distancia mínima para el «salto» ionosférico de las ondas radiofónicas. Añoraba las conversaciones con Kaylee y le dolía siquiera pensar en ella. Pero se consolaba con la certidumbre de que estaba muy cerca de casa.

Acampó cerca de Cuba, Nuevo México, y comió con apetito, sabiendo que todavía faltaban dos días de cabalgata hasta Bloomfield. Cuando atravesaba el pueblo de Cuba, oyó que había un hotel, un restaurante y una lavandería en activo a noventa kilómetros al noroeste, en el Centro de Comercio de Blanco. Las palabras «Allí tienen corriente eléctrica» lo fascinaron. Imaginaba una tierra de leche y miel, interminables bañeras con agua caliente y sábanas limpias.

El frío apretaba y Andy ardía en deseos de llegar al rancho de Bloomfield. Mientras se quedaba dormido, le dijo a Prieto:

—¡Otro duro día de viaje y dormirás en un establo y comerás avena, muchacho! —Se despertó al alba y sacudió la escarcha del saco antes de enrollarlo.

Al cabo de una agotadora jornada de viaje, Andy llegó al centro de comercio de Blanco después de que anoheciera. El centro de comercio no era más que un gran edificio en la carretera, a treinta kilómetros de Bloomfield. En los años anteriores a la Escasez, se había convertido en una galería de arte, más que un centro de comercio, que atendía a los turistas que visitaban el cercano cañón de Chaco. Pero al derrumbarse la economía, el establecimiento había vuelto a sus raíces. Además de un centro de comercio de comida y arreos de caballos, también albergaba un humilde hotel para viajeros.

Laine descubrió que, en parte, los dueños se habían mantenido abiertos debido a que se hallaban en uno de los puntos más meridionales de la minirred de FEUS. Muchos rancheros y granjeros recorrían kilómetros para cambiar comida y productos diversos, moler el grano, lavar la ropa y cargar las baterías de sus automóviles. El centro de comercio era tan próspero que recientemente se había expandido y habían construido un nuevo granero y un establo.

Andy les explicó la situación en la que se encontraba a los propietarios, que encontraron el relato delicioso y fascinante. A continuación se regaló un baño, un afeitado y un corte de pelo y lavó casi

toda la ropa. Además de la cena y la habitación, así como el establo, el heno y la avena del caballo, la estancia en el centro de comercio le costó dos monedas de plata de cinco pesos. Acostarse en una cama auténtica, en una habitación caliente, era un auténtico lujo para Andy. Pero le costó conciliar el sueño; temía por el caballo y ardía en deseos de volver con su hermano y su prometida. Curiosamente, echaba de menos el sonido de las sacudidas de la cola de Prieto.

La mañana del domingo once de noviembre, veinticinco meses después de haber salido de Afganistán, Andrew Laine se despertó temprano. Llevó el AK, la mochila y las alforjas al establo. Prieto lo recibió exhalando dos resoplidos.

—¿Qué te pasa, te estás volviendo ruidoso con los años? —comentó Andy con tono crítico—. ¿Huelo demasiado civilizado para ti? Yo también te he echado de menos, colega. —Le dio un rápido cepillado y examinó los cascos. Los kilómetros de cabalgata no habían sido benévolo con los cascos de Prieto, que se habían desgastado casi hasta los talones. Ahora Andy deseaba haberle puesto herraduras antes del viaje. Mientras lo ensillaba, le prometió—: Solo unas horas y estarás enterrado hasta las cejas en alfalfa, colega.

Demasiado impaciente para desayunar, mordisqueó una manzana y un poco de pan frito indio durante el trayecto. Por primera vez desde hacía muchos meses, le daba vergüenza mancharse la camisa.

—Señor, que este sea mi último día de viaje —suplicó—. ¡Por favor, Señor, concédemelo!

Los guardias de la barricada del sur de Farmington se mostraron satisfechos cuando vieron el apellido «Laine» estampado en las placas de identificación de Andy y este les explicó que era el hermano de Lars Laine, y admirados cuando supieron que había llegado cabalgando desde Belice. Andy comprobó sorprendido que disponían de cañones montados en soportes giratorios que se cargaban a través de la boca.

—Sí, son cañones de «bloques de motores». Disparan pistones estándar de seis y nueve milímetros. Pueden atravesar un coche limpiamente. Hay miles de segunda mano en los alrededores, de las explotaciones de gas natural. Antes de la Escasez, se vendían a precio de chatarra. Están hechos de acero inoxidable 4140.

Cuando se acercaba a Bloomfield, Andy cayó en la cuenta de que era domingo por la mañana y seguramente su hermano, Beth y Kaylee estarían en la iglesia cuando llegara a la carretera de la refinería. Así que se dirigió al pueblo, dobló a la derecha en Blanco Road y espoleó a Prieto, que cabalgaba a medio galope.

Lars, Beth, Grace, Kaylee y Shadrach estaban en la iglesia, mientras Reuben y Matthew se quedaban en casa, defendiendo el rancho. Cuando Andy llegó a la iglesia baptista de Berea, oyó a la congregación cantando. Ató el caballo, desató la mochila de la silla y la depositó en el vestíbulo del templo. Con el AK colgado apuntando hacia abajo, entró discretamente en el santuario. Le temblaban las manos a causa de la emoción.

La congregación estaba cantando «Padre Eterno, sálvanos». Haciendo gala de sus dotes melodramáticas, Andy entró desde el lado ciego de Lars sin que este lo advirtiera y se detuvo detrás

de su hermano. Lars y Shadrach estaban en la penúltima fila de bancos. Beth y Kaylee estaban de pie, una fila más adelante, al lado de Grace y dos niñas de ocho años, sosteniéndoles los libros de himnos, como siempre. Cuando terminó el himno, Andy le dio una palmadita en el hombro a Lars, susurrando:

—Siento haberme retrasado. —Lars emitió un grito ahogado y le rodeó el cuello. Sacando una bolsita de plástico del bolsillo de su camisa, Andy añadió—: Ah, he comprado los manguitos de lámpara de gas que me pediste de camino a casa.

Kaylee estuvo a punto de desmayarse. La iglesia se sumió en una tremenda conmoción y algunos de los feligreses abrazaron a Andy y le dieron palmaditas en la espalda. Las exclamaciones de «¡Alabado sea el Señor!» se extendieron a través del santuario como una ola. Hasta las dos señoras que se encargaban de la guardería fueron a darle un abrazo. Grace fue corriendo y le estrechó la cintura, chillando:

—¡Tío Andy, te hemos echado mucho de menos! ¡Qué moreno te has puesto!

El sermón, que conmemoraba el Día de los Veteranos, era una celebración de los deberes militares y el contexto bíblico de estos. Andy y Kaylee estuvieron cogiéndose la mano hasta el final, mirándose el uno al otro, sin prestar demasiada atención a las palabras del pastor. Después del himno de despedida y la bendición, Andy se levantó y anunció:

—No me gusta perder el tiempo, así que me gustaría pedirles a todos que se quedaran para una breve ceremonia. —Kaylee le dedicó una gran sonrisa y le dio un abrazo. Veinte minutos después estaban casados.

Moreland, Kentucky

Diciembre, año tres

En algunas regiones del territorio que controlaba el Gobierno Provisional, el suministro de gasolina se reanudó antes que la corriente. Este fue el caso en casi todo el oeste de Tennessee y Kentucky. En un movimiento que más adelante se consideró brillante, Greg Jarvis, el propietario de Apogee Solar, en Moreland, Kentucky, extendió un cable de corriente alterna sobre los tejados de los edificios, dos puertas más allá de la gasolinera de su primo segundo, Alan Archer. Esta estaba abierta seis horas al día, seis días a la semana, y obtenía grandes beneficios. Antes de la imposición de la divisa del Gobierno Provisional, la gasolina normal costaba un centavo el litro. Estos precios se calculaban en monedas de plata.

Un rótulo de gran tamaño, escrito a mano sobre una plancha de madera contrachapada de diez centímetros por veinte, advertía: «¡Solo monedas de plata o munición! No se aceptan billetes, cheques ni tarjetas». Archer y Jarvis habían suscrito un acuerdo de crédito con la refinería de Catlettsburg. Según los términos de dicho acuerdo, adquirirían grandes cantidades de gasolina y diesel con un descuento del 25% y recibían las dos primeras entregas a crédito. Después, pagaban en plata gracias a los ingresos de las ventas.

Al cabo de unos meses, Jarvis y Archer se embarcaron en otras empresas. La primera de ellas consistía en la venta de productos de petróleo envasados, como queroseno, aceite de motor y aceite de mezcla de combustible de dos ciclos en bidones de hasta veinte litros. Según el acuerdo, cobraban los mismos precios que la refinería de Catlettsburg, aunque seguían obteniendo beneficios gracias al descuento que se aplicaba a las grandes compras. La tienda se encontraba en uno de los edificios que recorría el «gran cable de extensión» entre Apogee Solar y la gasolinera.

La nueva tienda Lubricantes Jarvis había albergado anteriormente una ferretería, aunque esta se había quedado sin existencias desde que el antiguo dueño cometiera una terrible imprudencia aceptando billetes como forma de pago. Al final se había quedado con montones de papeles que no valían nada. Vendió el edificio vacío y las estanterías que quedaban a Jarvis a cambio de solo el equivalente a doscientos dólares en monedas de plata. La nueva tienda se iluminaba mediante dos bombillas fluorescentes compactas de sesenta vatios. Nadie se quejaba de la luz tenue.

Cuando estalló la crisis, Greg Jarvis había invertido uno de los préstamos a las pequeñas empresas en la adquisición de doscientos doce grandes paneles fotovoltaicos de la marca REC a precio de saldo que destinó a trueques durante buena parte de la Escasez. Cuando esta estalló, compró todas las baterías de ciclo profundo que encontró. Muchas de ellas eran de una empresa de carretillas de Frankfurt y de las flotas de carritos de golf de dos campos locales. Las remesas de Frankfurt llegaban en camión y se pagaban en plata a contrareembolso. Las baterías de los dueños del campo de golf se obtuvieron a cambio de sistemas de energía solar compactos. Uno de estos se instaló en un carrito de golf, que de esta forma se convirtió en un sistema móvil autosuficiente.

Asimismo, Apogee empleaba la energía sobrante de las matrices fotovoltaicas que no estaban expuestas en el escaparate cargando baterías de coches y tractores en la tienda anexa. Esta fue una empresa rentable hasta que se restauró la corriente.

«Aferraos, amigos míos, a lo que representan la Constitución y la República. Los milagros no vienen juntos y algo que ha sucedido una vez en seis mil años es posible que no se repita. Aferraos a la Constitución, porque si la Constitución norteamericana fracasa se desatará la anarquía en todo el mundo».

Andrew Laine estaba feliz en el rancho con su nueva esposa. Después de las tribulaciones del camino, los turnos de guardia de cuatro horas, cinco días a la semana, eran una obligación insignificante. Después de la cena, durante varias noches seguidas, Andy narró todas sus experiencias a Lars, Lisbeth, Grace, Kaylee y los muchachos Phelps, desde el servicio en Afganistán y el viaje a través de Alemania, Francia e Inglaterra hasta la travesía a bordo de la Durobrabis, Belice y la cabalgata a través de México hasta Texas y Nuevo México. Ellos estaban fascinados y le hacían docenas de preguntas. Andy contestaba cómodamente a casi todas, excepto cuando se trataba de los detalles de los tiroteos. En este punto se cerraba en banda y solo ofrecía vagas descripciones.

Durante los apacibles meses de invierno, se ganó la vida trenzando correas de rifle a medida, así como cinturones y bridas. Cuando menguaron las existencias de cuerda, usó áspero pelo de cola de caballo; el trabajo era más engorroso, pero el resultado era atractivo y el producto acabado era más valioso. Además de las tareas cotidianas del rancho, Andy se ganaba la vida al igual que los muchachos Phelps: aceptando trabajos durante la temporada de la cosecha.

Cinco meses después de su regreso, Andy y Kaylee compraron una camioneta Ford de segunda mano. Se trataba de una de las innumerables camionetas blancas de los técnicos que distribuían compresores en las explotaciones de gas natural. Muchas de ellas contaban con «banderas de advertencia» muy semejantes a las que utilizaban los vehículos de las dunas. Estas banderas estaban en uso desde la década de 1960, a resultas de dos espectaculares colisiones frontales, cuando las camionetas coronaban las ondulantes colinas de la región recorriendo angostas carreteras de gravilla. Los representantes rurales tenían fama de temerarios y las carreteras de gravilla eran implacables. Había cientos de aquellas ubicuas camionetas blancas ociosas desde que estallara la Escasez. Representaban uno de los activos más importantes del servicio y las empresas de ingeniería rurales. Solo había un escaso porcentaje de representantes en activo, de manera que la mayoría de los vehículos eran básicamente excedentes.

Andy creía que una de estas camionetas de reparto era la opción de transporte idónea, dado que abundaban los recambios y los neumáticos. Era consciente de que mientras durase la Escasez, habría gasolina y aceite esporádicamente, pero hasta que las fábricas de neumáticos no reanudasen la producción, estos se convertirían en un artículo imprescindible. Según sus palabras: «Espera cuatro o cinco años más. Para entonces un juego de neumáticos nuevos costará lo mismo que todo el vehículo. Ya lo verás». Predicaba con el ejemplo y compró ocho neumáticos de repuesto (instalados en llantas y equilibrados) que guardó en un rincón oscuro del granero. Más adelante adquirió una camioneta entera del mismo año y modelo que la suya, con la intención de reciclar los componentes, ya que el motor estaba estropeado; además, sumaba cinco neumáticos más en sus respectivas llantas, claro.

La camioneta costó veinte dólares nominales en monedas de plata anteriores a 1965. Irónicamente, la pintura de camuflaje que necesitaba costaba casi tanto como la propia camioneta: las camionetas eran comunes, pero la pintura de camuflaje de buena calidad escaseaba.

Aparte de la pintura, el único cambio significativo que Andy efectuó en el vehículo fue incorporarle

un carburador y un sistema de ignición tradicionales que había obtenido de una camioneta de 1977 que usaba el mismo bloque de motores Ford. Su padre había mencionado en una ocasión que sus amigos preparacionistas modificaban de esta forma sus vehículos para protegerlos de las ondas electromagnéticas, aunque otro beneficio era que de esta forma los motores de gasolina corrían con aceite de goteo, el residuo condensado que se obtenía en las explotaciones de gas natural. (El aceite ligero o los líquidos de hidrocarburo que se condensaban en los sistemas de tuberías de gas natural cuando este se enfriaba. A veces también se conocía como «gasolina natural» o simplemente «goteo»). La mayoría de los motores admitían una mezcla de gasolina y aceite de goteo. Descubrieron que para que funcionaran en condiciones óptimas con aceite de goteo puro debían retardarse los tiempos.

### La amenaza se recrudece

«Creo que en algún momento el mundo sufrirá una nueva fiebre del oro, cuando la población caiga en la cuenta de que la creación del llamado “dinero de papel” ha sido una tomadura de pelo de los bancos centrales. Ninguno de ellos ha emitido jamás riqueza auténtica y sostenible. En el fondo, los hombres son conscientes de ello. Por eso, en todos los experimentos con dinero fiduciario que se han llevado a cabo, el oro siempre ha sido el único superviviente».

—Richard Russell

Bradfordsville, Kentucky

Diciembre, año tres

Sheila Randall no estaba satisfecha con la nueva divisa federal. Se acuñaba en cantidades tan ingentes que la inflación se había disparado enseguida. La solución de Sheila era muy sencilla: seguía aceptando monedas de plata anteriores a 1965 como forma de pago y asimismo indicaba todos los precios en monedas de plata. Sin embargo, había incluido una tabla de conversión en la pizarra para que los clientes calcularan los pagos en «dólares de Fort Knox». Aunque al principio se había aplicado una proporción de diez a uno, al cabo de menos de un año esta había aumentado hasta diecinueve a uno. Todos sabían que era un robo, pero no podían hacer nada al respecto.

Los antiguos billetes de la Reserva Federal se repudiaban abiertamente, aunque debido a una simple cuestión de conveniencia todavía se aceptaban los valores nominales de las monedas anteriores a la

Escasez como cambio de los nuevos billetes. (Se explicaba que la acuñación y emisión de monedas nuevas sería una pesadilla logística para el incipiente gobierno.) De este modo, aquellos que habían conservado grandes cantidades de las antiguas monedas estaban de enhorabuena. Para «fortalecer» los nuevos dólares de Fort Knox, el gobierno de Hutchings ordenó que se confiscaran todas las monedas de oro, así como todos los lingotes de oro y plata desde diez onzas.

Esta prohibición se ignoraba o eludía en muchas ocasiones, aunque la desobediencia se castigaba con la pena de muerte. Innumerables barrotes de plata Engelhard y Johnson Matthey de cien onzas se cortaron en secciones, sorteando de esta forma el límite de diez onzas. Mientras tanto, la prohibición total de las reservas de oro privadas contribuía al aumento del valor de mercado de la plata en relación al oro, hasta el punto de que una onza de oro equivalía a doce de plata.

Buena parte de los lingotes de oro privados de todo el país se fundieron en anillos. No estaban hechos para ser llevados con asiduidad; de hecho, eran demasiado blandos para eso, al ser de veinticuatro quilates. No eran más que una forma de evitar la persecución a cuenta de la prohibición de los lingotes de oro. Algunos tenían el peso exacto estampado o grabado. Los dentistas también adquirieron cantidades considerables, aprovechándose de la exención sobre el «oro dental». Buena parte de este oro se cambiaba por servicios dentales.

Las conversaciones de Sheila Randall con los clientes, así como las que escuchaba a hurtadillas, habían adoptado un tono ominoso. La gente hablaba de la corrupción, el nepotismo y la justicia desigual que dispensaba el Gobierno Provisional. Enseguida se habló de una especie de movimiento de resistencia a Maynard Hutchings y sus secuaces. Aunque la forma de resistirse al gobierno no se había articulado exactamente, con el tiempo estas voces se hicieron cada vez más estridentes. Poco a poco se puso de manifiesto que el gobierno de Hutchings no restauraría nunca la libertad y la prosperidad a la que habían estado acostumbrados antes de la Escasez. Sheila se preguntaba qué diría la gente en la intimidad de sus casas, si se mostraba tan elocuente y estridente en público.

—¿Qué crees que ocurrirá? —le preguntó al ayudante Dustin Hodges.

—Creo que se avecina una guerra civil —contestó Hodges con tono grave.

»Está muy claro que Hutchings y sus seguidores no se reformarán por arte de magia y se convertirán en un gobierno honesto y respetuoso con la ley —añadió al cabo de una larga pausa—. Necesitarán un empujón de alguna clase y tengo el mal presentimiento de que será un empujón violento. Y en cuanto a las «tropas de pacificación» de las Naciones Unidas, son más numerosas cada día, ¿no? No veo otra solución que echarlas del país, porque seguirán oprimiéndonos y haciendo nuestras vidas miserables. No han venido a restaurar el orden ni a darnos limosna. Han venido a tomar, tomar y tomar.

—En ese caso, ¿qué hacemos? —quiso saber Sheila.

Hodges exhaló un suspiro.

—Agachamos la cabeza y escogemos nuestras batallas —contestó después de otra pausa prolongada—. Si nos enfrentamos a ellos demasiado pronto o luchamos con sus condiciones nos harán papilla.



Pero si escogemos el momento y el lugar, podemos hacerles mucho daño sin que sepan lo que les ha caído encima.

### Torbellino

«Sirves tanto a Dios cuando te ocupas de tus hijos y les inculcas el temor de Dios y les enseñas a encargarse de la casa y convertirla en una iglesia, como si te hubieran llamado a dirigir un ejército en una batalla por el Señor de las huestes».

—Charles Spurgeon

Los cientos de miles de norteamericanos que estaban en el extranjero cuando estalló la Escasez se hallaban en una posición muy apurada. Los misioneros y los turistas se vieron obligados a resguardarse allá donde se encontraban. Debido a la interrupción de los vuelos comerciales y el tráfico marítimo, solo aquellos que tenían los recursos necesarios, como Andrew Laine, habían vuelto a los Estados Unidos en los primeros años. La mayoría de los que se habían quedado encallados en países de habla no inglesa acabaron reducidos a la miseria y muchos de ellos murieron. Los militares norteamericanos destacados en el extranjero no corrieron mejor suerte. Los destinos más conflictivos, como Afganistán y Bosnia (donde los combates entre cristianos y musulmanes se habían recrudecido después de la Escasez), se convirtieron en trampas mortales insostenibles para las tropas estadounidenses. Aisladas del apoyo logístico, combatían valientemente, pero las bajas siguieron aumentando hasta que las unidades se desintegraron.

Algunos soldados consiguieron salvarse empleando tácticas de huida y evasión, pero la mayoría de ellos murieron de hambre, frío, heridas y enfermedades, o eran ejecutados cuando los capturaban. La mitad del cuerpo de Marines norteamericanos, que estaban desplegados en grandes números en Afganistán, sucumbieron de esta forma. El gobierno de Maynard Hutchings hablaba de repatriar a los soldados, marineros y aviadores abandonados, pero apenas hacía nada al respecto.

Hubo algunas excepciones notables. Un contingente de técnicos de la Fuerza Aérea estadounidense que trabajaba en el sistema de radar de fase de estado sólido<sup>91</sup> en la base de la Fuerza Aérea de Clear en Alaska había sobrevivido a dos inviernos de aislamiento, alimentándose sobre todo de carne de ciervo y oso. Después del deshielo de la primavera, cargaron sus equipos en una amalgama de vehículos militares y civiles y se desplazaron a Fairbanks, Alaska. Allí descubrieron que casi no había combustible y la población local estaba muriéndose de hambre. Sin otra alternativa, en

compañía de los trescientos setenta y dos habitantes de Tanana Valley recorrieron más de dos mil cuatrocientos kilómetros hasta Lynden, Washington. Lo que se conoció como «la marcha de la salud del coronel Haskins» duró siete meses.

Humboldt, Arizona

La Fuerza se abatió violentamente sobre Humboldt, Arizona, como un abrelatas. Se habían dedicado a los saqueos durante tanto tiempo que se habían convertido en verdaderos expertos. Sabían cómo acercarse a toda clase de viviendas y establecimientos. Con el tiempo habían aprendido a aplicar presión o esperar, intimidando y amenazando como auténticos maestros. Debido al número de sus efectivos y las advertencias que realizaban mediante megáfonos instalados en los vehículos, la mayoría de los residentes sucumbían al pánico y escapaban. Además, a medida que se topaban con dificultades habían adquirido experiencia suficiente para saber que cuando se enfrentaban con una resistencia significativa era mejor arrasar un lugar y darlo por perdido. Pero jamás abandonaban una casa cuando encontraban una fuerte resistencia. Eso habría sido un síntoma de debilidad.

Los pueblos contiguos de Humboldt y Dewey fueron presa fácil. Las casas estaban tan separadas que las conquistaron de una en una. No había ninguna resistencia orquestada, de modo que las viviendas individuales se tomaban una detrás de otra, sin temor a que los francotiradores los abatieran desde atrás. El botín era aceptable, aunque en los últimos meses era cada vez más difícil encontrar combustible. Corrían rumores de que había gasolina y diesel de fabricación reciente en las Cuatro Esquinas. Ignacio García planeaba desplazarse con sus efectivos en aquella dirección. Su plan consistía en merodear en los alrededores, tratando de obtener combustible nuevo, pero no atacar a los dueños de la refinería aún. Habría tiempo de sobra para eso.

91 SSPARS: *Solid-State Phased-Array Radar System*.

### Movimiento de contacto

«De cada cien hombres, diez ni siquiera deberían haber venido, ochenta no son más que objetivos, nueve son auténticos luchadores... Somos afortunados de tenerlos con nosotros... Ellos son quienes ganan las batallas, pero eh..., uno de ellos, uno de ellos es un guerrero... y él traerá de vuelta a los demás».

Un estruendo grave llegó a los oídos de Beth. Alzó la mirada de la tabla de lavar. Era día de colada, así que como de costumbre estaba frotando la ropa en el porche delantero; de esa forma derramaba el agua gris sobre los parterres de las flores. El sonido venía del oeste. Al cabo de un instante lo identificó: se trataba del motor de una motocicleta. Sonaba fuera de lugar en la carretera 4990, donde desde hacía dos años sobre todo circulaban caballos. Aunque la refinería se hallaba a escasos kilómetros carretera abajo, la gasolina era tan preciada que se usaba muy poco.

Beth observó con sorpresa que la motocicleta frenaba y se detenía ante la puerta delantera. Se puso en pie de un salto y empuñó el fusil M2, que estaba inclinado contra el marco de la puerta a sus espaldas. Sostuvo el arma apuntando hacia el suelo tal como Lars le había enseñado, apoyando la culata en el hueco del hombro; un hueco que unos meses atrás no había existido. Beth había perdido casi diez kilos desde que estallara la Escasez. Gracias a la dieta austera y el enérgico trabajo al aire libre había bajado hasta cincuenta y seis kilos.

Con un grito, Beth llamó a Lars, que la acompañó hasta la puerta. Ambos se acercaron con cautela a la carretera del condado. Lars llevaba el Valmet M62 y Beth el fusil, ambos apuntando hacia el suelo.

Cuando se hallaron a veinte metros de la puerta, el recién llegado exclamó:

—El señor Martin quiere verlo, señor, en cuanto sea posible. Ha dicho que es importante.

—Entendido —contestó Lars.

El motorista aceleró, dio la vuelta, describiendo un círculo cerrado, y se encaminó de regreso a la refinería. Lisbeth y Lars se dirigieron miradas curiosas.

Lars llegó a la refinería de Martin apenas veinte minutos después. Observó impresionado que las medidas de seguridad no habían disminuido en los tres años que habían transcurrido desde el comienzo de la Escasez.

—Gracias por venir, Lars —dijo L. Roy, sentado en su despacho.

»En una ocasión mencionaste que eras finlandés —continuó, después de una pausa nerviosa—, pero te llamas Lars. Ese es un nombre noruego, ¿no?

—Bueno, mi padre era finlandés de pura cepa, pero mi madre era sueca: su apellido de soltera era Bårdgård. Por eso acabé con un nombre sueco y un apellido finlandés.

—Ah, entiendo —murmuró Martin—. Tengo entendido que la lengua finesa es única, ¿no es cierto?

—Así es. Los finlandeses son como la oveja negra de Escandinavia. El idioma es completamente distinto del sueco, el noruego, el islandés y el danés. Es lo que se llama una lengua finougria. Las más cercanas son el estonio y el húngaro. Aunque a los finlandeses no les guste admitirlo, eso se debe a que descienden de las hordas mongolas. Así que no tiene nada de extraño que el resto de

Escandinavia no sepa cómo relacionarse con ellos. Es como si vivieran en zonas residenciales y Genghis Khan se hubiera mudado a la casa de al lado. Eso fue hace unos novecientos años.

»Su hombre dijo que tenía que discutir conmigo algo importante —añadió después de una pausa.

Martin asintió.

—Sí. He tenido una conversación en la banda de cuarenta metros con un caballero de Prescott, Arizona. Decía que teníamos que tratar una cuestión de seguridad muy importante. Entonces hizo una petición insólita. Preguntó si teníamos a alguien que hablara navajo. Le dije que sí. Entonces uno de mis empleados navajos se puso a la radio y los dos estuvieron vociferando, ya sabes, como los códigos que se utilizaban en la Segunda Guerra Mundial.

Laine asintió.

—Cuando acabó la traducción, el mensaje en resumidas cuentas era el siguiente: una banda de saqueadores conocida como La Fuerza, de la que nos han llegado muchos rumores, se dirige hacia Prescott. Se supone que ahora tienen más de doscientos hombres y unos cincuenta vehículos.

Laine emitió un silbido.

—Los habitantes de Prescott nos han pedido que les ayudemos a acabar con ellos —continuó L. Roy—. Algunos veteranos de guerra de Tuba City y Gallup, sobre todo navajos, han accedido a ayudarlos y saldrán hacia Prescott dentro de un par de días. Nos han pedido que mandemos al menos a seis hombres. Es algo arriesgado, aunque admito que es preferible enfrentarse a La Fuerza ahora, antes de que lleguen a nuestro patio de atrás. En mi opinión, esto es como la estrategia de Bush en la guerra contra el terrorismo: «Vamos a darles una buena paliza en otra parte para no tener que enfrentarnos a ellos en nuestro territorio». Estoy seguro de que no tengo que explicarte que los tipos de La Fuerza son muy malos. Más rastreros que la mierda de ballena.

Lars asintió de nuevo.

—Sí, estoy al corriente de su historial —dijo—. Son brutales y no tienen restricciones ni remordimientos.

Martin se inclinó hacia delante.

—Creo que es aconsejable que vayamos y hagamos un acto de contrición, y sobre todo que tratemos de arrebatarles los vehículos blindados. Sin ellos, La Fuerza perderá buena parte de su eficacia en combate. —Suspiró antes de continuar—: En fin, gracias a mi empleado navajo, le prometí que enviaría a ocho hombres, más de mil litros de gasolina y al menos ciento cincuenta cócteles molotov.

Lars asintió.

—Necesito a un hombre que dirija el equipo en nombre de Bloomfield y Farmington —prosiguió Martin—. Calculo que será un viaje de diez días como mucho. Llegáis, les dais una paliza y os marcháis. El equipo debería estar en carretera dentro de tres días.

Antes de que Lars Laine tuviera ocasión de hacer ningún comentario, L. Roy añadió:

—Este es el trato: si aceptas este trabajo, te daré diez onzas de oro y un crédito transferible imperecedero de veinte mil litros de cualquier combustible que fabriquemos, incluso queroseno. Recibirás cinco onzas de oro por adelantado y otras cinco cuando termines el trabajo, además del crédito de combustible. Cada uno de los hombres que escojas recibirá dos tercios de lo que te ofrezco a ti.

Lars inclinó la cabeza hacia un lado y observó:

—Es mucho riesgo para esa paga.

—Reconoce que tú tienes tanto interés como yo en acabar con esta amenaza o debilitarla. No me cabe duda de que Bloomfield ocupa una posición destacada en la lista de objetivos de La Fuerza. Como hemos discutido antes, la refinería es una golosina, un objetivo obvio. Ya conoces su modus operandi: si vienen, correrán peligro todos los que vivan en un radio de cincuenta kilómetros. Quizá incluso mucho más lejos. Y como tenemos pozos de petróleo y gas, nos enfrentamos a un riesgo mayor todavía: que vengan y decidan quedarse y establecer aquí su base de operaciones.

Laine inclinó de nuevo la cabeza y contestó:

—Estoy de acuerdo. Pero aunque hagamos esto y tengamos éxito, volará mucho plomo en las dos direcciones. Así que es muy probable que tenga que exponerme a la temperatura ambiente. Mi esposa se quedaría viuda y no tendría medios para subsistir.

Martin asintió.

—En ese caso déjame añadir lo siguiente: tienes mi palabra de honor de que si tú o cualquiera de nuestros hombres no vuelve a casa de esta misión, o si te quedas discapacitado, cuadruplicaré la compensación —ofreció—. Lo tendrás por escrito.

Lars exhaló una bocanada de aire y dijo con tono serio:

—De acuerdo, solo una cosa más: si participo en la selección del equipo y tengo derecho de veto sobre cualquiera que no considere digno de confianza, cuente conmigo.

de tu corazón debes saber que es una buena causa y que estás luchando por un buen motivo. La necesidad de contribuir o la creencia en el bien mayor, un amigo, el equipo o tu país; encuentra una razón que mantenga la hoguera encendida. Necesitarás ese fuego cuando las cosas se pongan feas. Te ayudará cuando estés físicamente agotado y mentalmente abatido y no veas lo suficiente para darel siguiente paso».

—Sargento mayor Paul R. Howe, ejército estadounidense (retirado), *Liderazgo y adiestramiento de combate: reflexiones sobre el liderazgo y el adiestramiento de un antiguo soldado de operaciones especiales*

Los siguientes días fueron frenéticos. Lars formaba el equipo y se encargaba de la logística. Lo primero de la lista era conseguir dos camionetas de doble cabina con enganches de remolque del tipo quinta rueda, así como un remolque para caballos para una de ellas y uno plano para la otra. Los dueños se las prestaron de buena gana, sabiendo que estaban contribuyendo a impedir que un ejército de saqueadores invadiera la región. A modo de camuflaje improvisado, pintaron las camionetas y los remolque de color marrón, con grandes manchas irregulares más oscuras, en el taller de accidentes automovilísticos de Garza en Aztec. Lars le dijo a Honoré Garza que se apresurase y añadió específicamente que no se preocupara por las capas.

—No queremos líneas marcadas ni contrastes visibles: tienen que fundirse con el entorno. —Garza lo entendió literalmente, de modo que pintó los bordes de las ventanillas y hasta los lados de las llantas y las matrículas.

Laine escogió a siete miembros, todos ellos veteranos militares; la mayoría también eran jinetes experimentados. Seis de ellos, entre los que se contaba un médico, eran ex militares, mientras que otro era un antiguo Marine. Todos ellos habían combatido en Irak o Afganistán y estaban especializados en armas de combate.

Cuatro de esos hombres (Brian Baugh, Pat Redmond, Chad Stenerson y Dave Escobar) eran empleados de la refinería. Los otros tres eran Bob Potts (un amigo de la iglesia de los Laine), Johanna Viser (una antigua enfermera sudafricana del ejército que recientemente había trabajado como técnico de urgencias) y Héctor Ruiz (un amigo de L. Roy Martin, al que este había conocido en el club Rotario). Con la excepción de Laine, todos los miembros del equipo estaban solteros o divorciados, y la mayoría se habían licenciado como E-4 o E-5. Héctor Ruiz había sido comandante de tanques y se había retirado con la categoría E-7. Ruiz tenía los mismos años que Laine. Lars había sopesado brevemente la idea de que Shadrach Phelps formara parte del equipo, pero no tenía experiencia en combate, de modo que lo había desestimado. Tampoco quería que su hermano Andy se uniera a la misión. En el caso de que Lars no regresara, alguien tendría que ocuparse del rancho.

Dos de los hombres tenían caballos propios y dos más los habían tomado prestados. Todos eran yeguas o caballos castrados a los que habían escogido por el buen temperamento y las marcas oscuras. En palabras del propio Lars: «No podemos dedicarnos a pintar caballos». Lars montaba el caballo de Reuben, Scrappy, un castrado de color chocolate con leche que permanecía especialmente tranquilo cuando oía disparos. Si no fuera por una pequeña llama blanca entre los ojos, Scrappy

pasaba casi tan desapercibido como un ciervo.

Lars habría preferido que el equipo fuera completamente uniforme, pero debido a la urgencia de la situación no tenían el tiempo suficiente para familiarizarse con las nuevas armas. Lars y Pat Redmond (que también montaba) tenían fusiles con cámaras de 7,62 x 39 milímetros (el cartucho del AK47), mientras que casi todos los demás tenían rifles del calibre .308 (tres M1A, una réplica de una PTR HK91, una réplica de una DSA FAL y una Saiga .308). La nota discordante en cuanto a logística era Johanna Viser, que llevaba un Galil de cinco coma cincuenta y seis milímetros, que había comprado porque era semejante al rifle R4 que le había entregado la Fuerza de Defensa Sudafricana antes matricularse en la universidad.

En un mundo perfecto, Lars se habría asegurado de que todos los miembros del equipo llevaran rifles con cargadores y municiones completamente intercambiables. En cambio, asignó a Héctor Ruiz y los otros dos hombres armados con M1A al equipo de «infantería» junto con Bob Potts, que tenía la Saiga. Al menos tres de ellos compartirían los cargadores si era necesario, y por supuesto Potts usaba al menos proyectiles individuales del calibre .308 extraídos de cargadores de M1A. Hicieron falta algunas súplicas y sobornos, pero todos los miembros del equipo consiguieron al menos ocho cargadores de repuesto cargados. Para la carga de combate, Laine decidió llevarse once cargadores.

La médico, Johanna, formaba parte del equipo de caballería de Laine. Se llamaban «caballería», aunque realmente operarían como dragones y combatirían desmontados. Aunque Scrappy estaba acostumbrado al sonido de los disparos, no tenían tiempo para adiestrar a los demás caballos. En esencia, las monturas se reservaban como poco más que vehículos de huida rápida. Sus reacciones ante la explosión de los cócteles molotov y las andanadas de disparos eran impredecibles.

Los hombres llevaban uniforme de camuflaje del desierto<sup>92</sup>. No era demasiado popular, porque desde lejos parecía una mancha gris; ese era el motivo de que el ejército estadounidense se hubiera decantado por el uniforme de camuflaje multicam en la Operación Libertad Duradera<sup>93</sup>. Pero se fundía con el terreno de artemisa dominante allá donde se dirigían. Además, si llevaban el mismo uniforme, se reconocerían entre ellos desde cierta distancia.

El día después de reclutarse el equipo comenzó el adiestramiento con formaciones de patrulla con fusiles descargados mientras los jinetes ensayaban movimientos a caballo y a pie. Aquella misma tarde los movimientos y las indicaciones manuales del escuadrón parecían profesionales. A continuación ensayaron emboscadas y ejercicios de acción inmediata, tales como la reacción frente a una emboscada y bengalas terrestres y aéreas y la ruptura del contacto.

Las prácticas de tiro empezaron al día siguiente en el rancho de Laine. Los dueños de los rifles los calibraron meticulosamente. También hubo tiempo para que se familiarizaran con las características de todas las armas, en previsión de que alguno de ellos tuviera que recoger el rifle de otro y usarlo. A continuación, Lars les ofreció algunos consejos prácticos sobre el combate nocturno. Uno de los más importantes era el siguiente:

—Es posible que no veáis bien las miras. En caso de duda, apuntad bajo, porque la tendencia natural es a apuntar alto por la noche.

A media tarde debían dirigirse a la refinería, donde el pequeño Ricky les ofrecería una demostración del uso de los cócteles molotov que había estado cocinando. Poco después de la llegada del equipo, López les indicó que formaran un semicírculo.

—Si tuviera unos días más —explicó—, seguramente habría elaborado unas cuantas granadas termita, pero se nos acaba el tiempo, así que tendrá que ser suficiente con esto. —Sacó un frasco lleno de una sustancia espesa.

Ricardo López había perfeccionado un diseño no inflamable mucho más seguro que el trapo encendido de siempre. Estaba basado en un diseño que le había descrito un tío abuelo que había sido consejero en Angola en la década de 1970. En una zona abierta, por motivos de seguridad, ataviado con una máscara antigás y botas con conexión estática a tierra, López había fabricado una abundante remesa de gasolina espesa. Durante todo este proceso había habido un ayudante cerca con varios extintores. López espesó la gasolina en un bidón abierto de doscientos litros que estaba medio lleno. Este combustible se había decantado de un bidón más grande, donde había reposado. El objetivo consistía en obtener gasolina pura, sin agua.

A continuación López y sus ayudantes arrojaron grandes cantidades de bolas de espuma y restos de poliestireno en el bidón y lo removieron con el palo de una escoba. Se necesitaba una considerable cantidad de poliestireno para que la gasolina empezara a espesarse. Siguieron removiéndola al tiempo que añadían más y más poliestireno y lo disolvían. Poco a poco la mezcla se espesó hasta que adquirió una consistencia semejante a la de la melaza. El resultado final fueron unos cien litros de combustible espesado al que Ricardo denominaba «el napalm de los pobres».

Entonces López llevó al laboratorio abierto varias cajas de tarros domésticos de un litro. Con la ayuda de guantes y una máscara de plástico transparente, abrió una bombona de ácido de batería de coche. Decantó cuidadosamente media taza de ácido sulfúrico concentrado en cada tarro y llenó el resto de gasolina espesada. Después sellaron los tarros con anillas y tapas ordinarias. En caso de que el ácido goteara sobre la cara externa, el tarro se aclaraba meticulosamente dos veces, empleando una de las fuentes de emergencia portátiles de la refinería. Cuando se secaban, se aplicaban dos gruesas cintas elásticas en el centro.

En el edificio tres, con un nuevo juego de guantes de goma, López elaboró una solución saturada de cloruro de potasio que derramó en una sartén. A continuación empapó hojas de papel de impresora que se habían cortado en tiras de diez centímetros de anchura. Entonces dispuso las tiras sobre la acera delante del edificio para que se secaran del todo. Después las guardó en bolsas con cierre de vacío. Observó que para mayor seguridad era muy importante que el papel clorado y las botellas se guardaran por separado y solo se unieran antes de usarse.

Después de algunas pruebas favorables de los cócteles molotov en el «fortín trasero» de la planta de Bloomfield, Ricardo realizó una demostración.

—Cuando estéis listos para encenderla —explicó—, debéis introducir una hoja de papel clorado debajo de la tira de cinta elástica. Entonces lo agitáis para que el ácido sulfúrico se mezcle con la gasolina. Como son líquidos distintos, el ácido no se mantiene suspendido durante mucho tiempo, como el aceite y el vinagre en la ensalada. Pero solo hace falta que *un poquito* del ácido sulfúrico



toque el papel y se obtiene una llama. —Levantando uno de los tarros envueltos con papel, añadió—. Así... —Lo agitó brevemente y lo arrojó a veinte metros de distancia. El tarro se estrelló contra el suelo, donde estalló al instante en una enorme bola de fuego que emitió una nube negra en forma de hongo. Hubo gritos, ovaciones y aplausos. A continuación, empleando la réplica de la Vector V-93, López demostró cómo se detonaba un cóctel a distancia. Erró el primero de los disparos, pero el segundo provocó otra gratificante bola de fuego.

Cada uno de los miembros del equipo de Laine recibió tres cócteles molotov de fogeo llenos de agua y uno auténtico para entrenarse. Todos obtuvieron buenos resultados excepto Bob Potts, que era más bajo que la media y no los arrojaba con la fuerza suficiente. Él mismo se rió de sus débiles lanzamientos y comentaba:

—Bueno, supongo que tendré que acercarme más, ¿no?

El plan de Laine era sencillo:

—Vale, habrá dos cócteles molotov en cada coche o camioneta, y digamos que cinco o seis en cada vehículo blindado. —El equipo de comunicaciones consistía en transmisores manuales de servicio de radio multiusos. Andaban escasos de equipos de visión nocturna, pero no había forma de encontrarlos con tan poca antelación. Estas miras eran más preciosas que el oro en la nueva economía.

Llevaban mil trescientos litros de gasolina en bidones Scepter de veinte litros. Las cajas de cócteles molotov estaban atadas en el remolque plano y cubiertas con una lona de tela marrón. Se dispusieron otros ocho bidones Scepter llenos de gasolina en el fondo de las camionetas.

Los equipos forasteros de Nuevo México y el noreste de Arizona habían colgado trapos azules en las antenas de radio y los parachoques frontales para identificarse como «amigos».

El trayecto hacia el oeste en dirección a Prescott fue algo tenso, aunque transcurrió sin incidencias significativas. La visión de los largos trechos de carretera completamente desiertos era escalofriante. Los pueblos eran especialmente inquietantes. Había barricadas en Shiprock y otra en la bifurcación de Tuba City, pero en ambos casos habían obtenido autorización de antemano mediante contactos radiofónicos de alta frecuencia. Les franquearon el paso exclamando: «¡Buena suerte!» y «¡Dadles caña!».

92 ACU: *Army Combat Uniform*.

93 OCP: *Operation Enduring Freedom Camouflage Pattern*.

«La necesidad de información útil es evidente y no hace falta subrayarla».

—General George Washington, al mando del ejército continental, 26 de julio de 1777

Casi todos los voluntarios locales llegaron desde Prescott. Alex comprobó con cierta decepción que solo había dos hombres del pueblo de Prescott Valley, al norte de la autopista que mediaba entre Humboldt y Prescott. Todos se habían reunido en el club de los Ranchos Conley.

Cliff Conley se había encargado de la organización y había arengado a las masas, pero enseguida delegó el proyecto en el doctor K.

Cliff abrió la reunión y después de las presentaciones el doctor K. expuso el «informe de la amenaza». En apenas unos minutos, explicó lo que había descubierto acerca de La Fuerza, su despiadada historia, el sitio donde se encontraban en ese momento y sus movimientos más probables. A continuación hizo una transición diciendo:

—Me gustaría que se encargara de la siguiente parte de la reunión un joven que se ha ganado mi respeto en los últimos días. Tengo el gusto de presentarles a Jamie Alstoba, de la nación navajo. — El doctor K. señaló con un ademán del brazo al fondo de la estancia.

Hubo sonoros murmullos entre la muchedumbre cuando un muchacho de anchas facciones, apenas trece años y menos de metro y medio de estatura se dirigió a la cabecera de la sala de reuniones. Llevaba pantalones vaqueros azules sucios y una camiseta de Pendleton. Hasta ese momento apenas habían reparado en su presencia.

El muchacho habló nerviosamente con una voz aguda y adolescente:

—Hola. Mi familia vive en Dewey, en East Antelope Way. La Fuerza asediaba el pueblo las veinticuatro horas del día, pero como son idiotas dejaban que los chicos como yo y los niños más pequeños andarán de un lado a otro y montaran en bici y casi no nos hacían caso. Así que vi exactamente en qué casa se encontraban y dónde estaban aparcadas las camionetas y los coches blindados. Mi padre me dijo que os pidiese ayuda. Me mandaron al señor Conley, que me prometió que me ayudaría y me dijo que volviese a Dewey y Humboldt. He estado los dos últimos días dibujando mapas. Hemos copiado el mapa de Humboldt en esto...

Ian Doyle y el doctor K. cogieron una voluminosa pizarra desde otra sala y la depositaron sobre dos sillas de la sala de reuniones. Se leía el siguiente rótulo: «HUMBOLDT 14:00 horas ayer». El muchacho se sacó un puntero láser del bolsillo trasero de los pantalones vaqueros y continuó:

—Vale, esto es lo que he visto: unos dos tercios de la banda se encuentran en Dewey y un tercio en Humboldt. He contado cuatro coches blindados como los de los bancos en Humboldt y otro que parece un tanque, pero con ruedas.

—Vehículo de transporte de tropas con ruedas —lo corrigió Ian Doyle.

Jamie asintió.

—Eso, vehículo de transporte de tropas —A continuación señaló con el puntero láser—. He indicado sus posiciones, aquí, aquí, aquí y dos aquí. Como veréis, la mayoría están en East Prescott Street. Estoy seguro de esas posiciones, pero claro, a lo mejor se han movido desde que me fui. He señalado en rojo las casas donde están los miembros de la banda. Había dos casas en llamas cuando me fui. Las he marcado en negro, al igual que las casas que ya se habían quemado. Las que son siluetas creo que las ha limpiado la banda o que no hay nadie en casa, o sí que hay alguien, pero la banda está a punto de echarlo. He indicado algunas colinas en las que podéis esconderos para acercaros a las casas y los vehículos: es lo que el doctor K. llama una «aproximación desenfilada».

Hubo murmullos de aprobación. Lars Laine, sentado en medio de la concurrencia, exclamó:

—¡Hay que buscarle un cargo en West Point!

Jamie Alstoba continuó, todavía muy nervioso:

—Bueno, señor, antes de que me felicite, déjeme hablarle de Dewey.

Ian Doyle y el doctor K. les mostraron una segunda pizarra, señalada: «DEWEY 14:00 horas miércoles», que depositaron sobre otras dos sillas, a la derecha de la primera.

—No tengo tantos detalles exactos acerca de Dewey —prosiguió el muchacho navajo—, porque el pueblo está mucho más desperdigado que Humboldt. Pero he contado siete coches blindados cuadrados, como los de los bancos, sobre todo en el extremo este del pueblo, aparcados en una carretera llamado Apache Knolls Trail, y tres vehículos de transporte de tropas en Apache Knolls Trail y South Tomahawk Trail, que está, eh..., paralela, al oeste. También tenían unas veinte o treinta camionetas, desperdigadas entre Apache Knolls Trail y South Tomahawk Trail, Sugar Leaf Lane y el este de Tanya Boulevard. Creo que escogieron esa parte del pueblo porque tiene, cómo se dice, «terreno dominante». Además hay casas grandes en las que duermen y se divierten. Detrás de las casas hay unas colinas con enebros, y que creo eso hace que los tíos de La Fuerza se sientan seguros, aunque me parece que es la mejor manera de atacarlos: llegáis a pie sin hacer ruido, desde esas colinas. Y he visto que los centinelas se pasan toda la noche con los prismáticos, mirando al norte y el este, hacia las autopistas, pero no detrás de ellos, a las colinas.

»Tienen ametralladoras montadas en trípodes en esta casa y en esta otra —continuó Jamie, señalando con el puntero láser—. Por alguna razón no aparcan los coches blindados ni los vehículos de transporte de tropas en los caminos particulares. Están colocados en zigzag en los dos lados de las carreteras. El doctor K. dice que es para darse «fuego de cobertura mutuo». Y les advierto que algunos duermen en los vehículos. Algunas camionetas están aparcadas en los caminos de entrada y

otras en las carreteras. No he visto ningún vehículo en los garajes, los graneros ni los talleres, pero a lo mejor me equivoco. En conclusión, hay un montón de camionetas, coches blindados y vehículos de transporte de tropas. Así que lo que hay en Dewey... es lo que el doctor K. llama un «entorno rico en objetivos». —Estallaron carcajadas en la sala.

Jamie Alstoba esperó a que se acallaran las risas y concluyó:

—¿Alguna pregunta?

»A lo mejor han saqueado algunas casas desde que me fui, pero estos últimos tres días estaban gordos y felices. Están de celebración. Estaban hasta las cejas de *Bizhéé' hólóní*, cerveza y licor, incluso durante el día. Así que si los atacamos en plena noche después de una borrachera podemos sorprenderlos cuando estén dormidos como troncos.

En total, habría cincuenta y ocho hombres y tres mujeres en la incursión en Dewey y Humboldt, y cien más involucrados, reuniendo la munición y el equipo necesarios y reforzando las defensas de Prescott.

Le pidieron a Lars Laine que explicara el plan para prender fuego a los vehículos de La Fuerza.

—Si quemamos suficiente gasolina espesada dentro, encima o debajo de la mayoría de los vehículos, lo conseguiremos —dijo este, poniéndose en pie—. Podemos acelerar las cosas agujereando los depósitos de combustible con disparos de rifle. Suponiendo que tengamos que destruir cincuenta vehículos, creemos que necesitaremos unos doscientos cócteles molotov. Y ese es el número que hemos traído.

Ian Doyle observó que habían llevado consigo un abigarrado surtido de rifles y escopetas, entre las que se contaban desde Mauser y Springfield .30 de la Primera Guerra Mundial hasta rifles de caza de gama alta con mecanismo de corredera. Observó complacido que casi la mitad de los voluntarios tenían rifles de combate semiautomáticos como M1A, FAL, HK91, L1A1, réplicas de AK-47 y AR-15 de diversas configuraciones. Aparte de la Ingram M10 del propio Ian, apenas tenían armas automáticas: una subametralladora Sterling registrada (una Sterling SMG, construida sobre un tubo de recepción Sten), un fusil M2 no registrado y dos AR-15 no registradas con conversiones de fuego selectivo. Ian consideró ofrecerles algunos de sus M16, pero cambió de idea al darse cuenta de que en manos inexpertas los rifles semiautomáticos serían mucho más efectivos durante el ataque.

Basándose en la información que habían recabado, decidieron que seis escuadrones de diez hombres cada uno atacarían Dewey y dos escuadrones más atacarían Humboldt. Los ataques estarían coordinados y se iniciarían a las 3:10 de la mañana, antes de que saliera la luna. Querían que el cielo estuviera oscuro para facilitarles la huida después del ataque.

Laine era consciente de que muchas de las personas implicadas no tenían experiencia en combate. Así que temiendo que desperdiciaran el elemento sorpresa con una descarga negligente, ordenó que nadie, excepto los dos hombres que debían abatir a los centinelas, cargara las cámaras de las armas hasta las 3:09 de la mañana.

El encargado de los centinelas en Dewey era Doug Parker, un veterano de la guerra de Irak que tenía una pistola HK45 ACP SOCOM con un silenciador Gemtech registrado. Parker se mostraba algo arrogante y aseguraba que «les daría en el ojo a la primera». A Ian no le gustaba, sobre todo porque Parker admitía que no había recibido instrucción formal con armas de mano. El adiestramiento de Parker con armas pequeñas en el ejército se había reducido a M16, M4 y M240B. En Irak había formado parte de un equipo de mortero de cuatro coma dos pulgadas.

Decidieron que los líderes de los equipos durante el ataque coordinado fueran Lars Laine (en Dewey) y Alex Doyle (en Humboldt).

Usaron una mira telescópica de sesenta. Para que el sol no se reflejara en la lente de la mira, fabricaron un tubo de extensión de treinta centímetros de largo con cartulina reciclada que unieron con tiras de cinta adhesiva de color verde oliva. La primera posición estratégica era un risco alargado de este a oeste entre Humboldt y una montaña llamada el Hormiguero. A continuación ascendieron subrepticamente hasta la cumbre de una colina en Eagle Drive que dominaba las extensas urbanizaciones de ranchos de Dewey.

Tendidos en los arbustos, tenían una estupenda visión de las casas más cercanas donde se alojaban los miembros de La Fuerza. Lars creía que los abrigo de piel largos que llevaban las mujeres tenían un aspecto cómico. Observó que tanto los hombres como las mujeres empuñaban rifles, fusiles o subametralladoras en todo momento.

Las observaciones del equipo de exploradores confirmaron la descripción de Jamie Alstoba. Aparentemente también estaba en lo cierto en cuanto a las horas en las que cambiaban los turnos de guardia: las seis de la mañana, mediodía, las seis de la tarde y medianoche. Lars mencionó que era bueno que fueran turnos de seis horas:

—Queremos que estén cansados y no demasiado alerta cuando atacemos.

Ensayaron varias veces. El ejercicio más importante, subrayó, consistía en «romper el contacto bajo el fuego enemigo».

—Tendréis que hacerlo y hacerlo bien, así que prestad atención.

Había cinco escuadrones de once miembros, así como dos líderes de pelotón y Blanca, a la que designaron vigilante de los vehículos. Los cócteles molotov y los papeles de ignición se distribuyeron equitativamente entre los miembros de los equipos de asalto. Casi todos ellos, excepto los médicos, llevaban cuatro tarros molotov cada uno en mochilas y bolsas, amortiguados con envoltorio de burbujas.

Asimismo, cada uno de los miembros del equipo llevaba agua y comida suficiente para dos días.

—Nuestros objetivos son la evasión y la huida; debéis dar esquinazo a La Fuerza y volver a casa sanos y salvos. Se trata de una misión única, así que tendréis que decidir con prudencia cuándo y cómo volvéis —explicó Lars.

El doctor K. lo ayudó durante las inspecciones. Se aseguraron de que todos los miembros del equipo llevaran cantimploras llenas o bolsas de agua para hidratarse y los rifles con los cargadores llenos y las cámaras vacías. Para asegurarse de que el equipo no hiciera ruido, ordenaron a los miembros del equipo que saltaran arriba y abajo sin moverse del sitio.

Se destinaron tres escuadrones al ataque de Dewey y los dos restantes al de Humboldt. Se acercaron siguiendo una ruta lenta, indirecta y cautelosa. Habían cubierto con cinta adhesiva los pilotos laterales y traseros de los vehículos. Los faros estaban cubiertos de la misma forma, dejando ranuras descubiertas de apenas un centímetro y medio. La visibilidad de la carretera era tan mala que se dirigieron a Dewey casi tan lento como si hubieran ido a pie. Los equipos de infantería aparcaron casi un kilómetro y medio al norte de Dewey. Como eran más silenciosos, los caballos de los dragones se ataron a solo ochocientos metros al este, en un terreno cubierto de arbustos.

Siguiendo las instrucciones recibidas, los miembros del equipo no envolvieron los cócteles molotov con los papeles de ignición especiales hasta que hubieron desmontado de los vehículos y los caballos.

Los dos pelotones se separaron antes de la medianoche y se dirigieron a Humboldt y Dewey muy despacio; tardaron más de dos horas. A continuación se sentaron formando una amplia línea. Los líderes caminaban entre sus respectivos escuadrones, señalando los vehículos a los que debían prender fuego y susurrando las últimas instrucciones. A las tres menos cuarto de la madrugada, Ian Doyle y Doug Parker empezaron a acercarse a los dos pueblos.

Parker divisó a los centinelas sin dificultades, porque ambos estaban fumando. Se acercó al primero desde atrás y le descerrajó un tiro en la cabeza desde tres metros de distancia. La bala atravesó los dos lados del cráneo del guardia, que se desplomó al instante, sin apenas otro sonido que las convulsiones de los brazos y las piernas y un murmullo borboteante. La pistola había emitido un sonido semejante al de un libro de tapa dura al caerse al suelo. Parker se acercó al centinela abatido, que ahora estaba sufriendo espasmos. No sabía si debía cortarle la garganta con un cuchillo, de modo que acabó pisándole el cuello hasta que dejó de moverse.

A continuación se dirigió al centro de Dewey, donde sabía que había otro centinela sentado en el asiento del copiloto de un todoterreno descapotable. Este se volvió de repente, exclamando: «¿*Qué pasa?*». Parker se hallaba a seis metros y medio de distancia. Alzó la pistola HK y apretó el gatillo. La bala rozó la cabeza del centinela, que descendió del todoterreno, herido, y se dio a la fuga dando tumbos. Parker hizo otros dos disparos y falló ambas veces. El centinela entró en tromba en la casa más cercana y cerró la puerta violentamente.

Como Parker no tenía radio, el doctor K. no descubrió que había errado el tiro hasta que hubieron transcurrido tres minutos. Aunque habían perdido el elemento sorpresa, decidió seguir adelante con el ataque, que estaba previsto apenas dos minutos después.

Entretanto, en Dewey, Ian Doyle se había acercado al centinela más próximo caminando tranquilamente. Creía que era preferible mostrarse indiferente.

—*¡Hola!* —Cuando se encontraba a menos de tres pasos, el guardia se dio cuenta de que no lo

reconocía. Pero entonces era demasiado tarde. Ian alzó la M10, que estaba cargada con munición subsónica. El arma se hallaba en posición semiautomática. Tosió dos veces y las balas acertaron al centinela en la mejilla y la frente. La cabeza restalló hacia atrás y el centinela se desplomó en un guiñapo espasmódico. Con los grandes silenciadores Sionics, la Ingram no hacía mucho más ruido que una palmada fuerte. Ni siquiera alarmó a los perros de los alrededores. Ian repitió el proceso con los dos centinelas restantes, a los que habían identificado anteriormente. El primero estaba sentado en una silla plegable de nailon china delante de un coche blindado. No llegó a levantarse de la silla. El otro estaba de pie en el camino de entrada de una casa, dándole la espalda y bebiendo una botella de vino. Solo este último hizo un ruido audible, cuando la botella de vino y el AK rumano repiquetearon al estrellarse contra el camino de baldosas de cemento.

Ian miró el reloj. Eran las tres y diez de la madrugada. Se alegraba de que La Fuerza todavía no se hubiera percatado de su presencia. Se arrodilló y giró noventa grados la empuñadura del martillo de la M10, accionando el seguro. A continuación cambió el cargador usado por uno lleno que sacó de la bolsa. Consciente de que enseguida habría mucho ruido, seleccionó la posición automática del arma.

Los tres escuadrones de Humboldt avanzaron en silencio, formando una tosca línea. Lars alzó un puño cerrado y la señal se transmitió a lo largo de la línea, indicando a todos que se detuvieran. Lars comprobó el reloj. Eran las tres y once minutos de la madrugada. Ian Doyle se acercó corriendo y susurró:

—Me he encargado de los tres guardias. Creo que la banda sigue durmiendo y no se ha enterado de nada.

Se estrecharon la mano.

—Buen trabajo, Ian —dijo Lars—. Vuelve con tu escuadrón. —Lars esperó, observando las casas cercanas y comprobando con frecuencia el reloj de pulsera. A las tres y cuarto en punto exclamó—: ¡Ahora! —Todos arrojaron los cócteles molotov contra los vehículos estacionados. Las bombas incendiarias estallaron en llamas, aunque sorprendentemente no hicieron mucho ruido, sino más bien destellos luminosos. Pero entonces empezaron los disparos, que enseguida se intensificaron hasta convertirse en un crescendo ensordecedor. Algunos de los tarros molotov no se rompieron, pero enseguida estallaron con el fuego de rifle deliberado. Los vehículos que no ardieron inmediatamente recibieron algunas de las bombas incendiarias restantes. Había tantas explosiones de cócteles molotov que la calle se iluminó casi como si fuera de día.

Cuando arrojaron todas las bombas, la mayoría de los incursos se tendieron boca abajo y siguieron disparando. Lars vació medio cargador del Valmet M62, apuntando cuidadosamente a los fogonazos de las armas o los movimientos que se atisbaban al otro lado de las ventanas de las casas. El volumen de disparos de rifle desde las casas enseguida sobrepasó al de los atacantes. Laine oía el restallido de las balas y sintió que una de ellas le atravesaba el ala de la gorra y casi se la arrancaba de la cabeza.

Entonces vio que un hombre se desplomaba bruscamente a la derecha, pataleando y aferrándose el pecho. Lars fue corriendo y comprobó que le habían acertados dos veces en el abdomen superior y estaba manando sangre a borbotones. La peor de las dos heridas estaba cerca del esternón. Laine

había visto una herida semejante, un «acierto en el corazón», en una ocasión, cuando estaba en Irak. Observó que el hombre era un miembro del equipo de infantería. Dos balas rastreadoras silbaron a una distancia incómodamente escasa. Comprendiendo que el hombre estaría muerto en unos instantes, Lars se alejó corriendo de la línea de fuego.

Se arrojó tras unos arbustos, donde se detuvo y se arrodilló. Apoyó el Valmet contra una roca y sacó una bengala cilíndrica del tubo de embalaje. Manoteó con la mano protésica, colocando el tapón de la bengala sobre la base. Entonces la golpeó contra el suelo. Hubo una explosión y un silbido y una bengala de estrellas rojas estalló a sesenta metros de altura.

Laine cogió el Valmet y gritó para hacerse oír sobre los disparos:

—¡Alfas, cobertura! ¡Bravos, retirada! —Disparó deliberadamente el resto del cargador cuando discernía movimientos o fogonazos en las casas que ocupaba La Fuerza. Una andanada de balas rastreadoras de una de las ametralladoras de La Fuerza silbó sobre su cabeza. Cuando el cargador se estaba acabando, Pat Redmond apareció corriendo, sosteniendo la M1A cruzada sobre el pecho y chillando:

—¡Vámonos cagando leches!

—¡Bravos, cobertura! ¡Alfas, retirada! —exclamó ahora Lars. Se puso en pie de un salto y fue corriendo hasta la retaguardia, recargando el rifle sobre la marcha. La mano de goma dificultaba la acción. A continuación introdujo el cargador vacío en otra bolsa que llevaba en el cinturón, como había hecho en Irak y Afganistán.

Recorrió quince metros, se detuvo y se dio la vuelta, arrodillándose y apuntando con el rifle.

—¡Alfas, cobertura! ¡Bravos, retirada! —Vacío un cargador entero, disparando una vez por segundo a todos los blancos factibles. A continuación gritó—: ¡Bravos, cobertura! ¡Alfas, retirada! —Salió corriendo de nuevo, recargando sobre la marcha.

De esta forma, a salto de mata, el equipo de dragones de Laine sobrepasó la colina relativamente intacto. Lars observó que Héctor Ruiz se había echado el rifle al hombro mientras los demás lo sostenían cruzado sobre el pecho. Hicieron un rápido recuento y formaron una línea de comandos. Recorrieron ciento ochenta metros sobre una segunda colina hasta los caballos. Después de tantas carreras cargado de esta forma, Lars estaba sin aliento cuando llegó hasta Scrappy. El caballo estaba pataleando, confundido por los disparos y las explosiones. A la derecha, Johanna estaba echando la correa del Galil sobre el pomo de la silla y se disponía a apoyar un pie en el estribo cuando Héctor Ruiz fue corriendo hacia ella, con el rifle todavía colgado, aferrándose el brazo izquierdo contra el pecho.

—Tengo un pequeño problema, Johanna —gruñó.

Héctor se arremangó la manga empapada de la camisa del uniforme de camuflaje, descubriendo una fea herida que le surcaba el dorso del antebrazo. Era un corte profundo, de veinte centímetros de largo, y manaba sangre de la parte alta de la incisión. Pat Redmond sostenía un puntero de lente roja



para que Johanna viera lo que estaba haciendo mientras le aplicaba un torniquete de combate en el bíceps. A continuación envolvió la herida con una voluminosa venda.

—Vamos a alejarnos unos cuantos kilómetros y después nos detenemos y te lo grapo —dijo mientras trabajaba—. Si nos separamos, afloja el torniquete dentro de veinte minutos. Si sangra mucho, apriétalo tanto como necesites. Pero no lo dejes durante más de treinta minutos seguidos. — Aparentemente temía que la bala le hubiera astillado un hueso del codo.

—Será mejor que nos movamos —los instó Laine—. No quiero estar aquí cuando esos tipos duros remonten la colina. Puede que solo tarden unos minutos.

—Sí, deberíamos irnos. No me pasará nada —añadió Héctor.

Johanna asintió.

—Iré detrás de ti, Héctor.

El equipo de Laine montó rápidamente en los caballos y cabalgó hacia el norte. Durante el trayecto, divisaron a la mayoría de los equipos de infantería corriendo por las colinas, dirigiéndose hacia el este. Lars estaba tranquilo, sabiendo que habrían llegado a sus vehículos y habrían abandonado el terreno antes de que amaneciera.

Los dos escuadrones que atacaron Humboldt no tuvieron tanta suerte como los equipos de Dewey. Cuando arrojaron los cócteles molotov y dispararon, recibieron un fuego implacable como respuesta. No fueron conscientes de las bajas que habían sufrido hasta que regresaron a Prescott.

## Escape y evasión

«El momento en el que se admite socialmente la idea de que la propiedad no es tan sagrada como las leyes de Dios y que no existen fuerzas legales ni justicia pública capaces de protegerla se desatan la anarquía y la tiranía. Si “No codiciarás los bienes ajenos” y “No robarás” no fueran mandamientos del cielo, deberían convertirse en preceptos inviolables en todas las sociedades antes de que estas puedan civilizarse o liberarse».

—John Adams, *En defensa de la Constitución de los Estados Unidos de América contra los ataques de M. Turgot* (1787)

Las instrucciones de Blanca fueron muy sencillas:

—Quedaos junto a los vehículos. Si alguno de los miembros de La Fuerza divisa las camionetas antes de la hora señalada para el comienzo de la incursión, decídselo a los líderes de los equipos inmediatamente.

Esperó, escuchó y rezó, mientras asía el Mini-14 GB. Entonces oyó disparos y explosiones distantes, a la hora exacta. Una hora después oyó que los equipos regresaban, abriéndose paso entre los arbustos. Ian estaba con ellos pero Alex no. De acuerdo con sus planes, todos los vehículos se fueron a las cinco y media de la madrugada. Habían advertido a todos que si no habían llegado a la zona de estacionamiento para entonces, tendrían que ingeniárselas para volver a Prescott.

En el club de los Ranchos Conley, fue un día de espera impaciente. Cuando al fin llegaron los rezagados, solo dos de ellos habían sufrido heridas. Apenas habían dado las cinco de la tarde cuando Ian saludó a un recién llegado de cincuenta y tantos años que llevaba dos rifles, un Garand M1 entre las manos y un Ruger Mini-14 echado a la espalda. Ian reconoció el diseño de camuflaje de la correa de este último: era de su hermano Alex.

—¿Dónde está Alex? —quiso saber.

Con aspecto taciturno, el otro meneó la cabeza lentamente de un lado a otro a modo de respuesta.

—Recibió un disparo que le perforó el pulmón. No logramos detener la hemorragia.

—¿Dijo algo antes...? ¿Antes de morir?

—No, lo siento. Solo tosió y después murió.

Los ojos de Ian se llenaron de lágrimas.

—Bueno, gracias por decírmelo. Puedes quedarte con el Ruger —contestó.

El recién llegado estrechó la mano de Ian y le dio las gracias, y después se fue a someterse a un reconocimiento formal del doctor K.

Aquella noche las Cuatro Familias empaquetaron a toda prisa el equipo, la ropa y la escasa reserva de comida restante. Dos de las familias decidieron instalarse en un complejo más fácilmente defendible en Prescott Valley. Tomarían una ruta indirecta, describiendo un círculo y eludiendo la ruta que seguramente tomaría La Fuerza. Las otras dos familias, siguiendo la recomendación del doctor K., habían decidido abandonar la región. Se irían en dos caravanas y cuatro todoterrenos. Uno de ellos era el Ford Excursion de Alex. Ian se lo había ofrecido al doctor K., junto con casi todo el equipo de Alex, explicándole que aunque hubiera querido quedarse con algo, el espacio reducido y la carga limitada de los dos Laron eran inflexibles. Lo único que conservó de la habitación de Alex fue munición de cinco coma cincuenta y seis milímetros de la OTAN y nueve cargadores del Mini-14. Anteriormente, Alex le había aconsejado a Blanca que solo utilizara cargadores Ruger originales

de fábrica.

—Las demás marcas de cargadores, las de los mercados de repuestos, no son más que basura que se atasca constantemente —subrayó.

El doctor K. invitó a los Doyle a acompañarlo a bordo de un todoterreno Fleetwood que engullía diesel.

—Gracias por la oferta —contestó Ian sin dudarlo—, pero prefiero que sigamos haciendo lo que sabemos hacer mejor, que es volar. Digámonos adiós.

Ian Doyle había jugueteado anteriormente con la idea de seguir una ruta paralela a la de los todoterrenos, saltando de un aeropuerto al siguiente. Pero concluyó que si querían encontrar un refugio seguro antes de quedarse sin combustible o sin suerte debían dirigirse al refugio de Todd Gray, en la sección septentrional del centro de Idaho.

Lars estuvo impaciente durante toda la mañana, esperando la llegada del equipo de infantería. Escribió un informe y solicitó que se lo entregaran al doctor K. Bob Potts, que apareció a las once de la mañana, sudoroso, fue el último. Para entonces los caballos estaban cargados en remolques y el resto del equipo había hecho las maletas y estaba listo para marcharse. Después de algunos apretones de mano y un largo trago de la cantimplora, Potts y los demás se subieron a las camionetas. No hubo ninguna ceremonia. No hubo ninguna celebración. Habían hecho lo que había que hacer y estaban contentos de volver a casa. Lars ardía en deseos de alejarse de La Fuerza antes de que los saqueadores tuvieran ocasión de reagruparse. El brazo de Héctor estaba decorado con una nueva hilera de treinta y siete grapas quirúrgicas. Decía que le dolía, pero era soportable gracias a las dosis regulares de calmantes que le administraba Johanna Viser. Aparte de la herida de Héctor, el equipo de Lars había salido ileso.

Dejaron atrás Flagstaff y llegaron a Winona la primera noche, donde acamparon junto a la carretera de Twin Arrows, al este del pueblo. Estaban todos nerviosos y no durmieron bien. Poco después de marcharse a la mañana siguiente, vieron sorprendidos una pequeña manada de alces en la ladera de una colina que dominaba la carretera. Se detuvieron y Chad Stenerson apoyó el M1A con mira telescópica sobre la capota de la camioneta que iba delante. Abatió a un macho y una hembra en rápida sucesión. Necesitó seis disparos para hacerlo. El alce restante huyó en la espesura cercana. En menos de una hora habían descuartizado a los animales abatidos y los habían arrastrado hasta las camionetas. Con el esfuerzo combinado de los ocho miembros del equipo, fue relativamente sencillo. Pero necesitaron una fuerza considerable para subirlos al remolque de combustible. Después de esto, el resto del viaje hasta casa fue rápido y transcurrió sin incidencias.

Con dos de las monedas de oro que había ganado gracias a la incursión en Humboldt, Lars compró dos pistolas de nueve milímetros, una Glock 17 y una Glock 19. Estas usaban cargadores intercambiables, aunque los cargadores cortos del modelo 19 no funcionaban con el modelo 17, que tenía la culata más larga. Las dos pistolas solo incluían cinco cargadores y una cartuchera. Lars deseaba desesperadamente hacerse con más cargadores, pero eran un artículo codiciado. No muchos estaban dispuestos a desprenderse de ellos. Un vendedor navajo le había explicado a Beth: «En los malos tiempos, cuando la gente te dispara, ¿qué es un cargador extra, exactamente? Eso no existe.

Nunca se tienen demasiados. Y con la munición ocurre lo mismo».

Los únicos cargadores que los Laine encontraban regularmente en los mercadillos eran excedentes militares de treinta cartuchos de aleación de M16, que se habían fabricado en grandes números. Pero estos también se vendían a precios desorbitados. Al ver los estantes desabastecidos y los precios exorbitantes durante una visita a Deportes Zia en Farmington, Beth comentó:

—Deberíamos haber invertido en cargadores y munición. Habría sido una inversión mejor que la plata.

Lars exhaló un suspiro y contestó:

—Sí, tienes razón. La munición vale su peso en plata últimamente y piden lo que quieren por los cargadores.

En realidad Lars preferiría haber adquirido dos pistolas SIG P226 o P228 compatibles con la de Andy, pero eran mucho más escasas que las Glock. En aquella Nueva Era de Schumer, no cabían los quisquillosos. Además, era consciente de que los cargadores de repuesto de la Glock se encontrarían mucho más fácilmente, dado que se habían fabricado muchas.

44

Ignis

«La venganza no tiene previsión».

—Napoleón Bonaparte

Ignacio estaba furioso. Antes de que amaneciera fue corriendo de casa en casa durante horas, evaluando los daños que habían sufrido. Estableció contacto radiofónico con su primo Simón en Humboldt. Sumando sus cifras, concluyó que el fuego había destruido hasta el último de los vehículos blindados de La Fuerza, así como la mitad de las camionetas y las caravanas. Además, las llamas y las explosiones habían destruido más de la mitad del botín, la munición y el combustible de la banda. Habían muerto unos veintiséis hombres y tres mujeres. Otros quince hombres habían resultado heridos y seguramente tres de ellos morirían.

Solo habían capturado a uno de los atacantes, al que torturaron hasta que confesó que habían salido

de Prescott, antes de darle muerte. Ignacio, hecho una auténtica furia, iba corriendo de una camioneta a la siguiente, chillando:

—*¡Bastardos! ¡Venganza, venganza! ¡Mátenlos a todos!*

Durante las siguientes treinta y seis horas rescataron los despojos de los vehículos calcinados y requisaron nuevas camionetas y caravanas en Humboldt y Dewey. Acabaron con un surtido heterogéneo. Algunas tenían colores brillantes, pero eso no importaba. Solo necesitaban las suficientes para que todos sus hombres llegaran a Prescott. Empezarían el camino pronto, y querían sangre.

Dos días después de la incursión, habían robado camionetas y caravanas suficientes para todos. Simón y Tony se reunieron con Ignacio García durante el almuerzo.

—¿Cuál es el plan de acción? —quiso saber Simón.

—Vamos a Prescott y lo arrasamos —gruñó Ignacio.

—¿Ese es el plan? ¿Todo el plan?

—Ese es todo el plan: vamos allá, quemamos el pueblo hasta los cimientos y matamos a todo el mundo. Y me refiero a todo el mundo, a sus hijos, a los perros, las gallinas y hasta las cabras.

Simón asintió gravemente. Sabía que Ignacio todavía estaba furioso y que no aceptaría ningún consejo. De modo que repitió simplemente:

—Vale, mañana iremos a Prescott y los mataremos a todos.

Al cabo de una pausa, añadió:

—Haré que todos busquen más bengalas.

«Es un esfuerzo considerable, pero me gustaría que estableciéramos una distinción más cuidadosa entre las libertad y las libertades. No son lo mismo, aunque sin duda están relacionados. La libertad consiste en la ausencia de ataduras; es una circunstancia física. Las libertades, en cambio, entrañan

una situación política que refleja la capacidad legal de los ciudadanos para defenderse a sí mismos y a sus seres queridos sin interferencia del Estado. Observen que la Declaración de Independencia nos bendice a nosotros y a nuestros descendientes con las libertades de una forma clara y concreta. Me gusta llevar una copia de bolsillo de la Declaración, así como la Constitución, en todos mis viajes. Es bueno tenerlas a mano cuando surgen discusiones».

—El difunto coronel Jeff Cooper

Según los cálculos del doctor K. solo treinta y un miembros del equipo de asalto habían regresado a Prescott a la tarde siguiente. Y de esos, solo tres habían sufrido heridas leves.

—Con las balas de los rifles de alta velocidad no existe término medio —declaró con tono franco—. Sufres una herida sin importancia o te desangras, más tieso que la mojama.

La Fuerza no apareció al día siguiente, ni al siguiente.

Los pueblos de Prescott y Prescott Valley se hallaban sumidos en un estado de alarma después de la incursión. Aunque se consideraba un éxito, era evidente que habían agitado el avispero. Entonces supieron gracias a la radio CB que La Fuerza había rodeado Prescott Valley y se dirigía directamente hacia Prescott.

Blanca estaba recorriendo el dormitorio de un lado a otro.

—¿Qué crees que ocurrirá? —le preguntó a Ian—. Quemasteis casi todos los vehículos de La Fuerza y ahora dices que solo habéis acabado con unos cuantos miembros.

—Saldrán buscando sangre, de eso no me cabe ninguna duda. Tienen que saber que salimos desde algún lugar cercano. En el peor de los casos habrán capturado a alguno de nuestros desaparecidos y le habrán hecho hablar. Eso significa que irán directamente a los ranchos Conley. Será un verdadero baño de sangre.

—¡Entonces tenemos que irnos! —exclamó Blanca—. Al menos tenemos que estar cien por cien listos para marcharnos, *muy pronto*.

Ian y Blanca montaron y repostaron los aviones enseguida. Cargaron a bordo todo lo que pudieron, dejando apenas espacio, a la espera de una indicación de que el ejército de saqueadores se dirigía hacia Prescott.

—A lo mejor llegamos hasta Idaho. Dos de mis antiguos colegas de la universidad, Dan Fong y Todd Gray, están allí arriba. Son preparacionistas. Recuerdas que te he hablado de ellos, ¿no? A Dan le vuelven loco las armas. Tiene como dos docenas. Todd ha construido un auténtico refugio de supervivencia; tiene comida suficiente para muchos años, semillas, tanques de combustible, de todo. Forma parte del grupo del refugio. Si queda alguien vivito y coleando después de la Escasez, son

ellos. Con nuestras habilidades, es probable que nos acepten.

—¿Probable? ¿Quizá? Eso es mucho.

—La otra opción está a punto de ser invadida. El refugio de Todd en Idaho es el único sitio seguro que se me ocurre.

Mientras acendían, observaron que muchos edificios del centro de Prescott estaban en llamas.

Blanca conectó el micrófono y comentó simplemente:

—*Ay, ay, ay.*

Siguiendo una carta aérea de la región, Blanca dirigió los dos Laron hasta Cedar City, Utah.

El aeropuerto se hallaba al noroeste del pueblo, al oeste de la I-15. Cuando aterrizaron, descubrieron sorprendidos que vendían combustible 100LL. El operador de base fija explicó a Ian que habían rescatado recientemente el combustible escondido porque se rumoreaba que enseguida recibirían una nueva remesa desde Oklahoma.

—Así que no importa si vendo los últimos cuatrocientos litros del viejo, porque tendremos otro nuevo gracias al Gobierno Provisional —concluyó.

—¿Qué Gobierno Provisional? —quiso saber Ian.

—El de Fort Knox. ¿No te has enterado? —contestó el encargado del aeropuerto.

—Nada confirmado, solo algunas habladurías. ¿Así que es cierto?

—Claro que sí. Tendremos una especie de administración regional de las Naciones Unidas. Pero nos han prometido autonomía local.

Ian inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó.

—Aún no lo sabemos, pero oye, es mejor que no tener gobierno.

Ian dirigió una mirada a su esposa y comentó:

—Bueno, en mi opinión, solo existe una forma legítima de gobierno, que es una república constitucional. De lo contrario prefiero que no haya ningún gobierno. Uno de mis profesores universitarios era un libertario recalcitrante. Siempre llevaba una chapa que decía: «El mejor gobierno es el desgobierno».

—¡Secundo la moción! —intervino Blanca.

Al final, Ian cambió un juego de pistolas de bengalas Olin del calibre .12, cien cartuchos de balas de nueve milímetros y veinte dólares en chatarra de plata a cambio de ciento sesenta litros de gasolina.

El encargado de la base dejó que durmieran en un hangar casi vacío, junto a los aviones.

Al día siguiente, debido al flagrante exceso de carga, rodaron durante más tiempo hasta que alzaron el vuelo. Siguieron la I-95 y las indicaciones esporádicas del GPS hasta una larga pista de asfalto en Brigham City, Utah. A excepción de algunas turbulencias, el vuelo transcurrió sin incidencias.

Llevaban una breve carta de recomendación del encargado de la base de Cedar City. Se la entregaron al primo de este, que dirigía el aeropuerto de Brigham City.

Allí les brindaron un recibimiento amistoso, aunque a todas luces la comida escaseaba. Uno de los empleados del aeropuerto les confió que los mormones de todo el país se habían dirigido hacia Utah al comienzo la Escasez.

—Todos tenían familiares en este Estado, así que creyeron que era un lugar seguro. El problema es que Utah consume más comida de la que produce localmente. Así que aunque muchas familias habían hecho acopio de alimentos, siguiendo los consejos de la iglesia, toda esa comida almacenada se ha acabado. La gente está cultivando como loca, pero el agua escasea en muchos sitios. Así que si los camiones de comida de Albertson's y Safeway no salen a la carretera dentro de poco nos moriremos de hambre; así de sencillo. Por eso todo el mundo está a favor del Gobierno Provisional.

Ian y Blanca estuvieron en Brigham City durante dos días. En tres transacciones distintas compraron ciento cincuenta y cinco litros de gasolina, que le costaron a Ian once dólares en chatarra de plata, doscientos cartuchos de munición de nueve milímetros de punta hueca, un martillo, unas tenacillas y un multímetro de voltios-ohmios de la marca Fluke. Sin embargo, recelaba de la calidad de la gasolina, que no se había estabilizado y tenía visibles churretones de parafina. Así que la extrajo laboriosamente y la filtró a través de una gamuza de automóviles en un bidón de gran tamaño. A continuación añadió un botella de elevador de octanaje «104+» de la marca Gold Eagle y una parte de una botella de alcohol. Según le explicó a Blanca, este último absorbería el agua de la gasolina. Dejaron que reposara durante toda la noche. La mañana antes de irse, Ian volvió a extraerla del bidón mediante una bomba (filtrándola de nuevo) y llenó todos los tanques, depósitos y botellas que tenían. Dejaron los últimos siete litros en el fondo del bidón, temiendo que estuvieran contaminados con agua.

Al cabo de otra jornada de vuelo llegaron a Grangeville, Idaho. La visión del mosaico de campos en la llanura de Camas tranquilizó a Ian, que conectó el micrófono y dijo:

—*Ay, mira, Conchita.* Esta región es completamente agrícola. No creo que nadie se muera de hambre aquí arriba.

El aeropuerto se hallaba en el extremo norte del pueblo. Después de algunas indagaciones, consiguieron ochenta y siete litros de gasolina en los que Ian invirtió sus últimos diez dólares en chatarra de plata y cambió otros ciento veinte cartuchos de nueve milímetros. Pasaron otra noche en el hangar. Blanca mencionó que después del desayuno solo tendrían comida para dos días.



—¿Sabes, Ian? Nos estamos quedando sin plata y munición muy deprisa. Estamos apurando mucho esta pequeña aventura —le advirtió.

—Lo sé, lo sé. Tenemos que rezar y confiar en que Fongman y Todd sigan ahí.

Al día siguiente había niebla, aunque no demasiado espesa. Ascendieron hasta el cielo soleado y se dirigieron hacia el norte sobre la llanura de Camas y el valle del río Clearwater hasta Bovill, Idaho, en el extremo oriental de las colinas Palouse.

Cuando se acercaron a Bovill, comprobaron que el terreno era ondulado y muy frondoso. Ahora que escaseaba el combustible, los aviones volaban muy ligeros. Bovill no tenía aeropuerto, de modo que aterrizaron en la autopista 8, al oeste del pueblo. La aldea era tan pequeña que fueron deslizándose hasta la bifurcación de la autopista 3. Aterrizaron tan cerca del pueblo que llamaron la atención de todos los vecinos. Un enjambre de niños y adolescentes fueron corriendo hacia los aviones cuando apagaron los motores. En respuesta a las preguntas de Doyle, una de las vecinas dijo que conocía a Todd y Mary Gray y que estaban sanos y salvos y les explicó cómo se llegaba a la hacienda donde vivían. Al cabo de unos minutos les ofreció un mapa de carreteras y un mapa del Parque Nacional de Clearwater. En este último había señalado el rancho.

El vuelo hasta el rancho solo duró tres minutos. Blanca divisó el granero ovalado con techo metálico delante de la finca de los Gray. Describieron un círculo en el aire y vieron a una mujer armada con un rifle en un amplio huerto cercado detrás de la casa.

Ian conectó el micrófono del transceptor Icom y anunció con tono alegre:

—¡Ahí está, Blanca! Esa es la casa de Todd, no hay duda. Es exactamente como la describió Fongman.

Observando los árboles a sus pies, Ian calculó que soplaba una brisa suave. Trazaron otro círculo y tomaron tierra en el sendero de gravilla, uno detrás de otro; Ian iba delante. Se deslizaron hasta que el Laron de Ian se encontró delante del camino y el buzón de los Gray. Cuando apagaron los motores, Blanca transmitió:

—Espero que nos reciban bien.

Ian tocó el interruptor del micrófono y contestó:

—Estoy seguro de que lo harán. Tenemos que vivir con fe.

## Agradecimientos

Por encima de todo, hacen falta fe y amigos para sobrevivir. Yo he sido bendecido con muchos amigos que me han reforzado mi fe en Dios Todopoderoso.

Esta novela está dedicada a un grupo no tan ficticio: Conor, Dave, Hugh, Jeff, Ken, Linda «la memsahib» (D. E. P.), Mary, Meg, P. K., Roland y Scott. ¡Que no se moje la pólvora!

Gracias especialmente a mi nueva esposa, Lily Avalancha, por la inspiración, el apoyo y las solícitas correcciones que me ha brindado.

Asimismo, quiero darles las gracias de corazón a las demás personas que me han dado ánimos, que me han facilitado detalles técnicos que utilicé en los bocetos de los personajes, y que me han ayudado mucho durante el proceso de edición: Antonio, Azreel, Ben y Angela, Brent F., Chris F., Cope, Daniel C., «El otro señor Delta», los empleados de FEUS, Grizzly Guy, Ignacio L., Jerry J. en Afganistán, Johannes K., Keith K., el doctor Mark L., J. S. CW3, Dave M., Michael H., Dean R., «Sno» y Terrie.

Gracias a mi editora Emily Bestler de Atria Books por su paciencia y su vista de águila.

Gracias también a J. I. R. por el resumen articulado de «artículos obligatorios y no obligatorios» y D. S. de Montana, por la valiosa información sobre las lesiones cerebrales traumáticas.

Esta novela describe una época catastrófica y nos recuerda:

Porque os he llamado y me habéis rechazado, os he tendido la mano y no la habéis aceptado, sino que habéis desdeñado mis consejos y mis reproches, también me reiré de vuestras desgracias, me burlaré de vosotros cuando tengáis miedo, cuando os azote como una desgracia y la destrucción caiga sobre vosotros como un huracán, cuando os atormenten el desasosiego y la angustia. Entonces me llamaréis, pero no contestaré; me buscaréis, pero no me encontraréis: porque habéis despreciado mi sabiduría y no habéis escogido el temor de Dios, habéis desdeñado mis consejos y mis reproches. Así pues, comeréis el fruto de vuestras decisiones y quedaréis abandonados a vuestros propios medios. Pues si rechazáis la vida sencilla y escogéis la abundancia de los locos sufriréis la destrucción. Pero aquellos que me escuchen estarán a salvo y no temerán mal alguno.

Se lo suplico: ¡hagan las paces con Dios y acopio de alubias, balas y tiritas! Jesucristo es nuestra única esperanza segura.

James Wesley Rawles

Rancho Rawles

Julio de 2011

**?:** abreviatura de radioaficionado para «Voy a repetir lo que acabo de decir».

**10/22:** rifle de percusión anular semiautomático del calibre .22 fabricado por Ruger.

**1911:** consulte «M1911».

**73:** abreviatura de radioaficionado para «Saludos». Siempre se usa en singular. (No se utiliza «73s».)

**9/11:** los atentados terroristas del once de septiembre de 2001, que acabaron con las vidas de tres mil norteamericanos.

**AAA:** *American Automobile Association*, Asociación de automovilistas norteamericanos.

**ABT:** en inglés, «about». Abreviatura de radioaficionado para «acerca de».

**Aceite de goteo:** el aceite ligero o los hidrocarburos líquidos que se condensan en los sistemas de tuberías de gas natural cuando este se enfría. Se conoce asimismo como «gasolina natural», «gasolina de condensación» o sencillamente «goteo». La mayoría de los motores de gasolina admiten una mezcla de gasolina y aceite de goteo sin ninguna modificación. El aceite de goteo en estado puro funciona en la mayoría de los motores de gasolina si se retardan los tiempos.

**ACP:** *Automatic Colt Pistol*, pistola automática Colt.

**ACU:** *Army Combat Uniform*, uniforme de combate del ejército: el uniforme de camuflaje de diseño «digital» del ejército estadounidense que ha sustituido al BDU.

**AK:** *Avtomat Kalashnikov*, la familia de armas con propulsión de gas que inventara Mijaíl Timoféyevich Kaláshnikov, sargento del Ejército Rojo. Los AK son notablemente resistentes y se fabricaron en gran número, de manera que son omnipresentes en buena parte de Asia y el Tercer Mundo. Las variantes de Kaláshnikov más efectivas son Valmet, de fabricación finlandesa; Galil, de fabricación israelí; y R4, de fabricación sudafricana.

**AK-47:** la generación primitiva del fusil AK con un receptor fresado que dispara cartuchos intermedios de 7,62 x 39 milímetros. Consulte también: «AKM».

**AKM:** *Avtomat Kalashnikova Modernizirovanniy*, la siguiente generación de AK de 7,62 x 39 milímetros con receptores estampados.

**AM:** *Amplitude Modulation*, modulación ampliada.

**AO:** *Area of Operations*, área de operaciones.

**AP:** *Armor-Piercing*, antiblindaje.

**APC:** *Armored Personnel Carrier*, transporte de tropas blindado.

**AR:** rifle automático. Se trata de un término genérico que se refiere a las variantes semiautomáticas de la familia Armalite, diseñada por Eugene Stoner (AR-10, AR-15, AR-180, etcétera).

**AR-7:** rifle de supervivencia semiautomática LR del calibre .22 diseñado por Eugene Stoner. Solo pesa un kilo.

**AR-10:** antecesor de siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN del rifle M16, diseñado por Eugene Stoner. Los primeros AR-10 (de fabricación portuguesa, sudanesa y cubana, a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960) no deben confundirse con los rifles AR-10 exclusivamente semiautomáticos actuales, que se intercambian más fácilmente con los componentes de los AR-15 de calibres pequeños.

**AR-15:** variantes civiles semiautomáticas del fusil M16 del ejército estadounidense.

**ASAP:** en inglés, «as soon as possible», lo antes posible.

**ATF:** consulte «BATFE».

**AUG:** Consulte «Steyr AUG».

**B&E:** *Breaking and Entering*, allanamiento de morada.

**BATFE:** *Bureau of Alcohol, Tobacco, Firearms, and Explosives*, Departamento de Bebidas Alcohólicas, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, una agencia impositiva del gobierno federal de los Estados Unidos de América.

**BBC:** *British Broadcasting Corporation*.

**BDU:** *Battle Dress Uniform*, uniforme de batalla. El cuerpo de Marines norteamericanos también lo denomina «dispositivo de camuflaje».

**BK:** en inglés, «break». Abreviatura de radioaficionado para «cambio», sin que sea necesario el uso de señales de llamada.

**BLM:** *Bureau of Land Management*, Departamento de Gestión de Tierras, una agencia del gobierno federal de los Estados Unidos de América que administra los terrenos públicos.

**BMG:** *Browning Machine Gun*, ametralladora Browning. Suele referirse a la BMG del calibre .50, el cartucho de ametralladora pesada estándar del ejército estadounidense desde principios del siglo XX. Actualmente suele usarse en rifles contrafrancotiradores de precisión de largo alcance.

**BOQ:** *Bachelor Officers Quarters*, cuarteles de oficiales solteros.

**BP:** *Blood Pressure*, presión sanguínea.

**BX:** *Base Exchange*, cambio de base.

**C-4:** composición cuatro. Explosivo plástico.

**CAR-15:** consulte «M4».

**CAS:** *Close Air Support*, apoyo aéreo a corta distancia.

**CAT:** *Combat Application Tourniquet*, torniquete de combate.

**CB:** *Citizen Band*, radio de banda ciudadana, una banda de transmisión VHF. En los Estados Unidos no se requiere ninguna licencia para transmitir en esta banda. Algunos transceptores de CB son capaces de operaciones SSB. Al principio tenía veintitrés canales, aunque aumentó hasta cuarenta canales durante la Edad de Oro, en los últimos años de la década de 1970.

**CHU:** *Containerized Housing Unit*, cubículos habitables. Se trata de CONEX a los que se incorpora una puerta, una ventana, una salida de aire en el techo, cables de corriente y aire acondicionado, como los que utilizan los soldados de servicio en Irak.

**CLP:** *Cleaner, Lubricant, Protectant*, «limpiador, lubricante y protector». Lubricante con especificaciones militares que se comercializa con el nombre «Break Free CLP».

**CO2:** dióxido de carbono.

**Cóctel molotov:** bomba incendiaria de mano que consiste en un recipiente de vidrio lleno de gasolina o gasolina espesada (napalm).

**COD:** *Collect On Delivery*, pago contra reembolso.

**CONEX:** *Continental Express*, expreso continental, los omnipresentes contenedores de acero de seis, nueve y doce metros de largo que se utilizan en diversos modos de transporte.

**COPS:** *Committee of Public Safety*, Comité de Seguridad Pública.

**CP:** *Command Post*, puesto de mando.

**CPY:** en inglés, «copy». Abreviatura de radioaficionado para «Recibido».

**CRKT:** *Columbia River Knife & Tool*, fabricante de cuchillos y herramientas.

**CU:** en inglés, «see you». Abreviatura de radioaficionado para «Hasta luego».

**CUCV:** *Commercial Utility Cargo Vehicle*, vehículo de carga de aplicaciones comerciales. Es la versión de la típica *pickup* y de la Chevrolet Blazer que fabricó el ejército estadounidense en la

década de 1980, que se vendieron como excedentes a principios del siglo xxi.

**DE:** abreviatura de radioaficionado para «desde». Se utiliza entre señales de llamada.

**DF:** *Direction Finding*, orientación.

**DMV:** *Department of Motor Vehicles*, Departamento de Vehículos Motorizados.

**E&E:** *Escape and evasion*, huida.

**ES:** abreviatura de radioaficionado para «y».

**FAA:** *Federal Aviation Administration*, Administración Federal de Aviación.

**FAL:** consulte «FN/FL».

**FB:** en inglés, «fine business». Abreviatura de radioaficionado para «Buen trabajo». Suele traducirse como «Estupendo» o «Maravilloso».

**FBO:** *Fixed Base Operator*, operador de base fija. Suele referirse a las instalaciones de repostaje de los aeropuertos privados pequeños.

**FEMA:** *Federal Emergency Management Agency*, Agencia Federal de Gestión de Emergencias, una agencia del gobierno de los Estados Unidos de América. El acrónimo también suele traducirse jocosamente como *Foolishly Expecting Meaningful Aid*, «esperando ayuda como idiotas».

**FER:** en inglés, «for». Abreviatura de radioaficionado que significa «para».

**FEUS:** *Farmington Electric Utility System*, Sistema de Corriente Doméstica de Farmington.

**FFL:** *Federal Firearms License*, licencia federal de armas de fuego.

**FLOPS:** *Flight Operations*, operaciones de vuelo.

**FN/FL:** fusil de combate de siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN fabricado originalmente por la empresa belga Fabrique Nationale (FN) y distribuido en más de cincuenta países durante las décadas de 1960 y 1970. Actualmente se producen como «clones» exclusivamente semiautomáticos para diversos fabricantes. Consulte «L1A1».

**FOB:** *Forward Operating Base*, base de operaciones avanzada.

**Fobbit:** nombre despectivo que se aplica a los soldados que raras veces salen del perímetro defensivo de una base de operaciones avanzada (FOB).

**FORSCOM:** *U. S. Army Forces Command*, mando de las fuerzas del ejército estadounidense.

**Frag:** fragmentación.

**FRS:** *Family Radio Service*, Servicio Radiofónico Familiar.

**Fusil M1:** fusil semiautomático del ejército estadounidense distribuido durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente entre los oficiales y las tropas de segunda como los artilleros, destinado a la autodefensa. Utiliza «.30 USA», un cartucho del calibre .30 intermedio (de pistola). Se fabricaron más de seis millones. Consulte «Fusil M2».

**Fusil M2:** versión de fuego selectivo (completamente automática) del fusil semiautomático del ejército estadounidense distribuido durante la Segunda Guerra Mundial y el conflicto de Corea.

**Galil:** consulte «AK».

**Garand M1:** el fusil de combate más importante del ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial y el conflicto de Corea. Es semiautomático, tiene una cámara .30-06 y utiliza un cargador de ocho cartuchos en bloque de carga alta que se expulsa cuando se dispara el último cartucho. Suele llamarse Garand, en homenaje a su creador. No debe confundirse con el fusil M1 estadounidense, otro semiautomático de la misma época, que dispara cartuchos de pistola mucho menos potentes.

**GCA:** *Gun Control Act*, Ley de Control de Armas de 1968. Esta ley introdujo las FFL y prohibió el comercio interestatal de armas de fuego fabricadas después de 1898, excepto si estaban destinadas a los titulares de una FFL o se realizaba a través de ellos.

**Glock:** famosa pistola de estructura de polímero diseñada por el austriaco Gaston Glock. Las Glock son el arma favorita del crítico de armas Boston T. Party.

**GMRS:** *General Mobile Radio Service*, Servicio Radiofónico Móvil General, servicio radiofónico bidireccional UHF-FM con licencia. Consulte «FRS» y «MURS».

**GMT:** *Greenwich Mean Time*, horario de Greenwich.

**Gold Cup:** versión deportiva del Colt M1911. Tiene miras ajustables, cañón ahusado y un cojinete más estrecho que la M1911 estándar.

**GOOD:** *Get Out Of Dodge*. Traducido libremente, «salir cagando leches».

**GPS:** *Global Positioning System*, Sistema de Posicionamiento Global.

**Ham:** término coloquial que se refiere a los operadores de radio aficionada.

**HF:** *High Frequency*, alta frecuencia. Banda radiofónica que utilizan los operadores de radio aficionadas.

**HI:** abreviatura de radioaficionado para «risas».

**HK o H&K:** Heckler und Koch, fabricante de armas alemán.

**HK91:** Heckler und Koch modelo 91. Variante civil (exclusivamente semiautomática) del rifle G3 de siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN.

**HOA:** *Homeowners Association*, Asociación de Propietarios.

**HR:** en inglés, «here». Abreviatura de radioaficionado para «aquí».

**Humvee:** vehículo multiusos con ruedas de alta movilidad.

**HW:** en inglés, «how». Abreviatura de radioaficionado para «cómo».

**IBA:** *Interceptor Body Armor*, chaleco antibalas.

**ID:** identificación.

**IFV:** *Infantry Fighting Vehicle*, vehículo de combate de infantería.

**IPI:** *Indigenous Populations and Institutions*, Instituciones y Poblaciones Indígenas.

**IV:** intravenoso.

**K:** abreviatura de radioaficionado para «adelante».

**Kevlar:** material utilizado en la mayoría de cascos y chalecos antibalas. «Kevlar» también es el sobrenombre del casco estándar del ejército estadounidense.

**KJV:** *King James Version*, la Biblia del rey Jaime.

**KL:** apodo de radioaficionada de Kaylee Schmidt.

**KN:** abreviatura de radioaficionado para «Adelante» (dirigido solamente a la emisora con la que ha establecido contacto previamente).

**L1A1:** la versión del FN/FL del ejército británico, fabricada con medidas en pulgadas.

**LAW:** *Light Anti-tank Weapon*, arma ligera antitanque.

**LC-1:** transporte de carga de tipo uno (equipo de carga del ejército estadounidense desde la década de 1970 hasta la de 1990).

**LDS:** *Latter-Day Saints*, Santos de los Últimos Días, comúnmente conocidos como mormones. (La doctrina es imperfecta, aunque sus medidas de preparación son estupendas.)

**LF:** nombre que reciben los aviones de la base de la Fuerza Aérea de Luke, Arizona.

**LP:** *Liquid Propane*, propano líquido.



**LP/OP:** *Listening Post/Observation Post*, puesto de escucha/puesto de observación.

**LRRP:** *Long-Range Reconnaissance Patrol*, patrulla de reconocimiento de largo alcance.

**M1A:** equivalente civil (exclusivamente semiautomático) del fusil M14.

**M1 Abrams:** el tanque de batalla más importante de los Estados Unidos de América en nuestros días, con un cañón de ciento veinte milímetros («cañón principal»).

**M1A:** versión civil (exclusivamente semiautomática) del fusil M14 de siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN del ejército estadounidense.

**M1911:** pistola semiautomática Colt modelo 1911 (y clones de la misma), con cámara de .45 ACP.

**M4:** fusil de fuego selectivo de cinco coma cincuenta y seis milímetros de la OTAN del ejército estadounidense (versión más corta del M16, con cañón de catorce pulgadas y media y culata plegable). Las variantes más antiguas del M16 recibían nombres como XM177E2 y CAR-15. Las variantes civiles exclusivamente semiautomáticas reciben habitualmente los mismos nombres, aunque también se conocen como «M4geries»<sup>94</sup>.

**M4gery:** versión civil exclusivamente semiautomática del fusil M4 con cañón de dieciséis pulgadas en lugar de catorce pulgadas y media.

**M9:** versión del ejército estadounidense de la pistola semiautomática Beretta M92 de nueve milímetros.

**M14:** fusil de combate de fuego selectivo de siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN del ejército estadounidense. Estos fusiles siguen distribuyéndose en cantidades limitadas, sobre todo a tiradores de élite. Los equivalentes civiles exclusivamente semiautomáticos del M14 se denominan «M1A».

**M16:** fusil de combate de fuego selectivo de cinco coma cincuenta y seis milímetros de la OTAN del ejército estadounidense. La variante contemporánea más común es el M16A2, con miras mejoradas y controles de ráfagas de tres disparos. Consulte «M4».

**M60:** ametralladora ligera de canana de siete coma sesenta y dos milímetros de la OTAN del ejército estadounidense, semiobsoleta, que incorporaba algunos elementos de diseño de la MG-42 alemana.

**MAC:** dependiendo del contexto, *Military Airlift Command*, «mando de transporte aéreo», o *Military Armament Corporation*, «Corporación de Armamento».

**Maglite:** famosa marca americana de linternas con carcasa de aluminio.

**MICH:** *Modular/Integrated Communications Helmet*, casco de comunicaciones integradas/modulares.

**Mini-14:** fusil semiautomático de cinco coma cincuenta y seis milímetros de la OTAN fabricado por Ruger.

**MNI:** en inglés, «many». Abreviatura de radioaficionado para «muchos».

**MOLLE:** *Modular Lightweight Load-carrying Equipment*, equipo de carga ligera modular.

**MRE:** *Meal, Ready to Eat*, comida precocinada.

**MSG:** *Mission Support Group*, grupo de apoyo de misión (Fuerza Aérea estadounidense).

**MSS:** *Modular Sleep System*, sistema de descanso modular.

«**Munición de juguete**»: munición reservada para el trueque. (Término acuñado por el coronel Jeff Cooper.)

**MURS:** *Multi-Use Radio Service*, servicio radiofónico multiusos. Servicio radiofónico bidireccional VHF que no necesita licencia. Consulte «FRS» y «GRMS».

**MVPA:** *Military Vehicle Preservation Association*, Asociación para la Conservación de los Vehículos Militares.

**MXG:** *Maintenance Group*, grupo de mantenimiento (Fuerza Aérea estadounidense).

**Napalm:** gasolina espesada que se utiliza en ciertas armas incendiarias.

**NAPI:** *Navajo Agricultural Products Industry*, Industria de Productos Agrícolas de la nación Navajo.

**NBC:** *Nuclear, Biological, and Chemical*, nuclear, biológico y químico.

**NCO:** *Non-Commissioned Officer*, suboficial.

**NFA:** *National Firearms Act*, Ley Nacional de Armas de Fuego de 1934, que introduce el impuesto sobre el traslado de ametralladoras, supresores (comúnmente llamados «silenciadores») y escopetas y rifles de cañón corto.

**NiCd:** cadmio de níquel (batería recargable).

**NiMH:** hidruro metálico de níquel (batería recargable). Se trata de una mejora del NiCad.

**NM:** en inglés, «name». Abreviatura de radioaficionado para «nombre».

**NWO:** *New World Order*, Nuevo Orden Mundial.

**OCP:** *Operation Enduring Freedom Camouflage Pattern*, camuflaje de la Operación Libertad Duradera, comúnmente conocido como «multicam».

**OG:** *Operational Group*, grupo operativo (Fuerza Aérea estadounidense).

**OM:** en inglés, «old man». Abreviatura de radioaficionado que significa «viejo». Todos los hombres son OM en el mundo de la radio aficionada.

**OP:** *Observation Post*, puesto de observación. Consulte «LP/OP».

**OTAN:** Organización del Tratado del Atlántico Norte.

**PBO:** *Property Book Officer*, oficial responsable del inventario.

**PCS:** *Permanent Change of Station*, cambio de puesto permanente.

**PERSCOM:** *Personnel Command*, mando de personal del ejército estadounidense.

**Pre-1899:** armas fabricadas antes de 1899, no clasificadas como «armas de fuego» según las leyes federales.

**Pre-1965:** monedas de plata norteamericanas acuñadas en 1964 o antes, con escaso o nulo valor numismático, que sin embargo tienen un contenido en plata del 90%. Los tratantes de monedas a veces se refieren desdeñosamente a las monedas anteriores a 1965 gastadas como «chatarra» de plata.

**ProvGov:** Gobierno Provisional.

**PSE:** en inglés, «please». Abreviatura de radioaficionado para «por favor».

**PT:** *Physical Training*, entrenamiento físico.

**PV:** *Photovoltaic*, fotovoltaico. Dispositivo que convierte la energía solar en corriente continua, habitualmente para cargar baterías.

**PVC:** cloruro de polivinilo (tubería de agua de plástico blanco).

**QRF:** *Quick-Reaction Force*, fuerza de reacción rápida.

**QRM:** abreviatura de radioaficionado que significa «interferencia de otra emisora».

**QRN:** abreviatura de radioaficionado que significa «estática».

**QRP:** abreviatura de radioaficionado que significa «transmisores de baja potencia (de menos de cinco vatios)».

**QRZ:** abreviatura de radioaficionado que significa «¿Quién me llama?». Si se utiliza al final del contacto en lugar de «SK», significa «Estoy esperando más llamadas».

**QSB:** abreviatura de radioaficionado que significa «La señal se pierde».

**QSO:** abreviatura de radioaficionado que significa «contacto (conversación)».

**QSY:** abreviatura de radioaficionado que significa «cambio de frecuencia».

**QTH:** abreviatura de radioaficionado que significa «localización».

**R:** abreviatura de radioaficionado que significa «He oído todo lo que has dicho y no hace falta que repitas nada».

**Rifle negro/pistola negra:** términos genéricos para los fusiles de combate modernos, que tienen la boca y la culata de plástico negro, lo que les confiere una apariencia «completamente negra». En cuanto al funcionamiento, sin embargo, no son muy distintos de los diseños semiautomáticos anteriores.

**ROTC:** *Reserve Officers' Training Corps*. Cuerpo de Formación de Oficiales en la Reserva.

**RPG:** *Rocket-Propelled Grenade*, granada de propulsión a cohetes.

**SADF:** *South African Defense Force*, Fuerza de Defensa Sudafricana.

**SBI:** *Special Background Investigation*, investigación especial.

**SCI:** *Sensitive Compartmented Information*, información compartimentada sensible.

**SIG:** *Schweizerische Industrie Gesellschaft*. Fabricante de armas suizo.

**SK:** abreviatura de radioaficionado que significa «Clave silenciosa».

**SOCOM:** *Special Operations Command*, mando de operaciones especiales.

**SOP:** *Standard Operating Procedure*, procedimiento operativo estándar.

**SSB:** *Single SideBand*, banda lateral única (modo operativo de dispositivos de CB y radio aficionada).

**SSPARS:** *Solid-State Phased-Array Radar System*, sistema de radar en fase en estado sólido.

**Steyr AUG:** fusil de infantería «de novillo» de cinco coma cincuenta y seis milímetros del ejército austriaco. El ejército australiano también la ha adoptado en sustitución del L1A1.

**S&W:** Smith & Wesson.

**SWAT:** *Special Weapons And Tactics*, tácticas y armas especiales. («SWAT» significaba originalmente «Special Weapons Assault Team», equipo de asalto con armas especiales, hasta que esta denominación se consideró políticamente incorrecta.)

**TA-1 y TA-312:** líneas telefónicas de campo militares.

**TAD:** *Temporary Assigned Duty*, misiones temporales.

**TARPS:** *Tactical Aerial Reconnaissance Pod System*, sistema de cápsulas de reconocimiento aéreo táctico.

**TDY:** *Temporary Duty*, misiones temporales.

**Termita:** mezcla de polvo de aluminio y óxido de hierro que al encenderse causa una fuerte reacción exotérmica. Se usa sobre todo en soldaduras. Las unidades militares también lo utilizan como agente incendiario para destruir equipos.

**TK:** Tom Kennedy.

**TNX:** en inglés, «thanks». Abreviatura de radioaficionado para «gracias».

**TS:** *Top Secret*, alto secreto.

**TU:** en inglés, «thank you». Abreviatura de radioaficionado para «Gracias».

**UAV:** *Unmanned Aerial Vehicle*, vehículo aéreo no tripulado.

**UR:** en inglés, «your» o «you're». Abreviatura de radioaficionado para «tu» o «tú estás», dependiendo del contexto.

**USAEUR:** ejército estadounidense en Europa.

**USAFE:** Fuerza Aérea estadounidense en Europa.

**VAC:** *Volts, Alternating Current*, voltios, corriente alterna.

**Valmet:** conglomerado finlandés que antes fabricaba diversos tipos de armas de fuego.

**VDC:** *Volts, Direct Current*, voltios, corriente continua.

**Viper:** famoso sobrenombre del avión de combate F-16. (El nombre oficial es «Halcón de combate», aunque la mayoría de los pilotos lo detestan.)

**VW:** Volkswagen.

**VY:** en inglés, «very». Abreviatura de radioaficionado para «muy».

**WD-1:** cable telefónico de campo aislado de dos conductores del ejército estadounidense.

**YL:** en inglés, «young lady». Abreviatura de radioaficionado para «jovencita». Todas las mujeres son YL en el mundo de la radio aficionada, tengan los años que tengan.

94 Juego de palabras intraducible. *Forgeries*, falsificaciones.

## Supervivientes